

Kent Anderson

EL SOL VERDE



Kent Anderson

EL SOL VERDE

Traducido del inglés por Cristina Martín Sanz

AdN Alianza de Novelas

Índice

Invierno: Idaho

La Academia

My Girl

El conejo del Templo

Weegee

El certificado POST

La tienda de rocas

Felix Maxwell

Viento

Fuego amigo

Estadísticas

La tienda de licores

Un paseo por Piedmont

El tiempo está cambiando

Elvis Hitler

Sigue la corriente para llevarte bien con la gente

Libya

El lago Merritt

Felix y Levon

El libro de aves de Weegee

Solsticio

La Villa

El barrio chino

Ángeles y demonios

Actuar de forma directa

El centro

Coche perdido

Una riña entre vecinos

Felix da las gracias a Hanson

Parada de un coche de narcóticos

Volveré de todas formas

Pensando en Libya

Estrellas falsas

Segunda vez

Horas extras

Libya le cuenta una historia a Weegee

Conmoción cerebral

La visita de Weegee

Flint's Ribs

Todo va bien

Gobierno secreto

El león

Medalla al valor

Porsche rojo

Weegee en peligro

Se acabó

Lone Pine

Agradecimientos

Créditos

Para mi dulce Elizabeth

Invierno: Idaho

Es invierno en Idaho. Ya es más de medianoche y debería estar oscuro, pero la nieve barrida por el viento cruje con los relámpagos y sacude las ramas cristalizadas de los árboles helados. En el horizonte norte se divisan los cortinajes verdes y azules de la aurora boreal formando ondas, desplegándose y volviéndose a plegar.

Del susurro de la nieve surge Hanson con dos brazados de leña de camino a la cabaña. Un búho, refugiado en los árboles, donde el viento no parece tocarlo, observa con unos ojos grandes y amarillos cómo Hanson deja la leña en el porche, abre la puerta, entra y cierra para que no entre el viento. Cuelga el chaquetón e introduce varios trozos de madera de algarrobo en la estufa de hierro, espera a que suba el fuego y después cierra la puerta y echa el pestillo. La única iluminación que hay en el interior de la cabaña es la que sale por el agrietado ventanuco de mica de la estufa, que parpadea de forma intermitente en las paredes como si fuera un antiguo proyector de películas. Parecía abril, con la primavera ya próxima, cuando de pronto llegó la tormenta desde la montaña. Hanson se sienta delante del fuego con las piernas cruzadas y se pone a beber tequila de la botella mientras pasea la mirada por los libros apilados en filas y torres contra las paredes, cuyos títulos relucen a la luz del fuego.

Dentro de seis semanas se marchará, en cuanto finalice el trimestre y haya entregado las notas. Va a echar de menos a sus alumnos, no le cabe duda, y también echará de menos la cabaña, situada casi un kilómetro por encima de Boise, cuyos montes recorre a lo largo de todas las estaciones del año, contemplando cómo van llegando los cambios de tiempo desde el noroeste. Pero, después de haber pasado tres años trabajando de profesor adjunto en la universidad, se marcha. Y el Departamento de Lengua se alegrará de que se marche. Hanson no se parece en nada a ellos, y le maravilla que alguna vez creyera parecerse. Regresa al único empleo que pudo encontrar tras la guerra, un empleo en el que la gente entiende el dolor mejor que la retórica. Basta ya de vida intelectual, piensa sonriendo, es hora de volver a hacer lo que se le da bien.

Introduce una mano por debajo del cuello de la camisa de lana y saca una brújula del tamaño de una moneda que lleva colgada de un cordel. Es una

brújula de supervivencia del ejército, la tiene desde la guerra. El esmalte de color verde mate está mellado en el borde del estuche de latón, pero la brújula sigue funcionando como Dios manda, y puede fiarse de ella si alguna vez se pierde. La sostiene en horizontal y observa cómo la aguja gira, tiembla, se da la vuelta y se sitúa apuntando al norte. El norte de siempre, piensa. El norte que nunca cambia, en el que siempre hay hielo, el aullido del viento y osos polares, unas sombras blancas que se perfilan entre la ventisca.

Apura el tequila, se levanta y va hasta una de las estanterías. Estudia los títulos a la luz del fuego, los toca, saca uno de Yeats que todavía está alabeado de cuando en Vietnam iba a todas partes con él pegado a la pierna, envuelto en plástico, en un bolsillo de su traje de camuflaje. Le da un golpecito con el nudillo, sonriendo, y vuelve a ponerlo en su sitio, entre la *Guía de Oxford de la poesía inglesa* y una biblia del rey Jacobo que se llevó en una ocasión de un motel de Salt Lake City.

Ha vivido en campamentos aislados de la unidad operacional alfa en los que siempre estaba despierto, incluso cuando dormía, en ciudades en las que ponía trampas en su apartamento con alambres, cartuchos de escopeta y cargas de explosivos detrás de los tabiques. Y en una ocasión, en una cabaña construida junto al río Costilla, en la cordillera Sangre de Cristo, en el norte de Nuevo México, a cien kilómetros del supermercado más próximo, tuvo que hacer las paces con los fantasmas. Sus cadáveres fueron enterrados en aquella zona durante las guerras que libraron los españoles y los indios ute doscientos años antes, y durante una semana o así estuvo durmiendo al aire libre, al lado del río, mientras ellos lo observaban, entonaban cánticos y hacían grandes ademanes con los brazos y las piernas para exhibirse, y una noche invocaron un viento helado que bajó de las montañas y arrancó de raíz tres de los antiguos álamos que crecían junto al río. Después de aquello lo dejaron en paz, lo aceptaron —o eso quiso creer él— y se alegró de tenerlos por allí por la noche, vigilando.

En el exterior de la cabaña, la nieve, transportada por el viento, cae sin hacer ruido, corre, gira sobre sí misma, da vueltas y se va, sobre el telón de fondo de las luces del pueblo que se ven allá abajo, a lo lejos.

Va al reservado del fondo, que hace las veces de dormitorio, se quita los vaqueros y los calzoncillos largos, se mete entre las recias sábanas de algodón de color verde claro y, con las manos detrás de la nuca, contempla cómo bailotean las sombras en los troncos que forman el techo. Siente en los oídos un sinfín de trinos y gorjeos, silbidos y pitidos; son los acúfenos, que los médicos del Departamento de Veteranos le dijeron que jamás mejorarían, sino que irían a peor.

La Parca está dentro de la cabaña, al otro lado de la pared. Hanson oyó a un

hombre abriendo y cerrando los cajones de la mesa, leyendo correo antiguo. Está mirando los libros, hablando con ellos en su antigua lengua. Cuando empieza a canturrear, Hanson sonrío y cierra los ojos. La Parca observa el fuego. Allá en lo alto, en el cielo, muy por encima de la tormenta y de las preocupaciones terrenales, la constelación de Orión, enorme y majestuosa, ejerce de guardiana del tiempo.

La Academia

Viendo que ya iba el tercero, Hanson apretó el paso. Podría hablarle al dolor. Podría hacerle daño, si fuera necesario. Podría salirse de su cuerpo, verse a sí mismo correr, y dejar el dolor atrás. Pero Hanson confiaba en el dolor. Era algo real, no una abstracción, ni una metáfora, ni una inteligente analogía que uno exhibe en un puto cóctel del Departamento de Lengua. En la calle, el que aguanta más dolor gana, así de simple, y Hanson era capaz de aguantar todo el dolor que le enviaran. Iba cantando:

*Pues yo tenía un perrito que se llamaba Blue,
tenía un perrito que se llamaba Blue,
tenía un perrito...*

Cruzó la calle sin dejar de correr, dio media vuelta y la cruzó de nuevo. No alcanzaba a ver a los corredores que llevaba delante ni tampoco a los que llevaba detrás. Bien.

*Tenía un perrito que se llamaba Bluuue,
un perrito muy bueno que me diste tú...*

Vamos, se animó a sí mismo, vaaamos. ¡Corre! Atravesó Railroad Park corriendo en paralelo a un seto de dos metros de alto que estaba todo polvoriento y ajado por la contaminación. Al otro lado del seto había una gigantesca locomotora a vapor, pintada de plata y negro, que parecía moverse a la par que él, cada vez a mayor velocidad, dejándose entrever por el follaje.

Tercer puesto, bien, pensó. Me gusta el tercer puesto. Me encanta el tercer puesto.

Al fin y al cabo, aquello era solo correr. Todo se reduce a quién mata a quién. Da igual lo deprisa que corras si estás muerto. Cuando estás muerto, ya nada importa: ni quién eras, ni quién creías ser, ni en qué cosas creías, ni a qué bando pertenecías. Todo se acabó. Lo bueno que tiene la muerte es que uno ya no tiene que lidiar con los fracasos, con las veces que ha sentido miedo o incertidumbre,

las veces que ha estado borracho o le han fallado la memoria o las habilidades sociales, todas las veces que debería haber actuado mejor. Todo eso se acabó también. Cuando uno está muerto, puede relajarse por fin, y dormir un poco.

Pero hoy se sentía bien corriendo. Se sentía bien y malvado. Cuanto más deprisa corría, mejor se sentía, y cuando se sentía bien de verdad no le entraban ganas de bailar, ni reír ni cantar, sino de dar por culo. Había intentado explicarle eso a la gente normal, pero ni siquiera pudo explicárselo a sí mismo. El motivo no importaba, ya fuera estando en combate o a solas en la calle con una placa y una pistola. Allí se sentía bien. «No hay problema, señoría, estoy estupendo, preparado para enfrentarme al público», exclamó riendo y sin dejar de correr.

Allá delante, McCarty, que iba en segundo puesto, avanzaba cojeando y con una mano apoyada en la cadera. Hanson lanzó un gruñido y aceleró un poco más, en busca de Byron Fernández, que iba en cabeza. Fernández era el único amigo que tenía en la Academia. Con aquel nombre, cabría pensar que era hispano; sin embargo, era un negro de clase media que se había criado en Alameda. Pero más le valía darle alcance pronto, porque ya se veía, por detrás de los árboles y del tráfico, tapando el sol, el rascacielos de la Ciudad de la Justicia de la Policía de Oakland.

Un jefe adjunto había tomado la decisión de aceptar la solicitud de Hanson y de contratarlo sin haberlo visto antes, pasando por encima de las objeciones del teniente Garber de Formación, el oficial responsable de la Academia. Después de todo, era jefe adjunto, y los oficiales subordinados como el teniente Garber necesitaban que alguien les recordara ese detalle de tanto en tanto.

Además, Hanson contaba con cuatro años de experiencia en la policía, ya que había trabajado en el gueto de Portland, en Oregón, una ciudad más o menos del mismo tamaño que Oakland. Aquella pequeña Oakland había atraído a un gran número de familias de negros procedentes del Sur a trabajar en los astilleros y en las fábricas de armamento de la Segunda Guerra Mundial. Cuando los astilleros y las fábricas cerraron, las familias se quedaron estancadas. En Portland recibió varias distinciones por su valor y su capacidad de innovación. Había sido sargento de las fuerzas especiales en Vietnam y había obtenido dos Estrellas de Bronce. Poseía una licenciatura en Literatura Inglesa y estaba dando clases de Lengua en la Universidad de Boise. Sí, tenía treinta y ocho años, pero muchos de los mejores oficiales de la Policía de Oakland estaban dentro de aquella franja de edad. Hanson, declaró, sería un importante activo para el Departamento. Los motivos por los que el jefe adjunto dio su aprobación para que Hanson ingresara en la Academia eran los mismos por los que el teniente Garber no quería que

ingresara. Había aprendido el oficio en otro departamento de policía, era demasiado viejo y no se le podría entrenar.

Cuando Hanson llegó a Oakland y descubrió que se le iba a exigir pasar los cinco meses de instrucción en la Academia en compañía de reclutas de veintiuno y veintidós años, el jefe adjunto ya no estaba en el Departamento.

Antes de que llegara Hanson, todos los martes por la tarde, durante varios meses, el jefe adjunto se reunía con una mujer llamada Brandi en una habitación cedida por cortesía del hotel Marriott. Brandi le fue presentada al jefe adjunto por un conocido común de la DEA, un amigote del teniente Garber. Bajo la dirección del teniente Garber, se llevó a cabo una operación de vigilancia. Se instalaron cámaras de vídeo, y el teniente Garber, junto con un sargento de Antivicio, contempló cómo se cometía el delito: cómo se aceptaba el uso de la habitación del Marriott a modo de gratificación. El jefe adjunto no fue ni acusado ni detenido, pero una semana antes de que llegase Hanson dimitió de su puesto en el Departamento de Policía de Oakland para aceptar un empleo en la Policía de Detroit.

Hanson no sabía nada de todo este asunto, como es natural, pero sí se había dado cuenta de que entrar en la Policía de Oakland había sido una equivocación. Él no era lo que buscaban ellos y ellos no eran lo que buscaba él, pero necesitaba aquel empleo. Consideraban que tenía una actitud negativa, y era verdad. El teniente Garber y el equipo de formadores la habían tomado con él desde que entró en la Academia, intentando coaccionarlo para que dimitiera. Sin embargo, iban a necesitar suerte: era más duro que ellos.

En una de las primeras inspecciones formales, el sargento White, que ocupaba un alto puesto en el equipo de formadores, le dijo que el bolsillo secreto que tenía en su nuevo pantalón de lana no era lo bastante hondo como para que cupiera su «porra corta», un bastón de veinticinco centímetros relleno de plomo que le habían adjudicado además de la porra más larga para casos de mayor proximidad.

Cuando Hanson dijo: «Sí, señor, lo mandaré arreglar», White lo regañó por hablar en exceso estando en clase e incluyó un recordatorio de reprimenda en su expediente. Más recientemente, White redactó un informe para el expediente de Hanson relativo a la última inspección, en la que le ordenó que volviera del revés los bolsillos del pantalón y le señaló un sello del sindicato que estaba cosido al fondo del bolsillo derecho, lo cual constituía una infracción del uniforme. Hanson tuvo que responder por escrito para explicar que había cometido el descuido de no quitar dicho sello del bolsillo.

Dejó a White en mal lugar en la cancha exterior de prácticas de tiro. White lo había elegido a él para ponerlo como ejemplo de lo difícil que era disparar una

pistola con precisión después de haber corrido treinta metros, ida y vuelta. Hanson dio en el blanco las seis veces que disparó, y lo único que pudo decir White fue: «Normalmente es difícil disparar con precisión cuando se viene de una persecución y se trabaja bajo presión. Recuerden lo que les digo, no hagan caso de la chiripa que ha tenido Hanson. En la calle no existe la suerte».

En aquel momento Hanson comprendió que debería haber fallado un par de tiros, pero es que cuando empezó a disparar se dejó llevar por la memoria muscular, su cuerpo asumió el mando, más rápido que la mente, y entró en modo supervivencia.

Se sintió un poco mal por hacer pasar pot tonto a White en la cancha de tiro. Algunos días, White empezaba a beber ya después del almuerzo, Hanson se lo notaba por el olor que despedía. Imaginó que ya tendría una vida bastante difícil. Pero se estaba cansando de aquello, y en ningún momento había sentido compasión alguna por el teniente Garber.

El teniente Garber, varios años más joven que Hanson, no había trabajado mucho en las calles, como era el caso de la mayoría de los oficiales que tenían un rango superior al de sargento, pero en cambio había pasado años preparándose para los exámenes de promoción y aprendiendo a moverse por la política interna del Departamento. Su rechazo oficial hacia Hanson, expresado con frecuencia ante el equipo de formadores, consistía en que Hanson era un desobediente. Hanson podía ser irónico en ocasiones en las que no debía serlo, y hacía demasiadas preguntas en clase solo por mantenerse interesado y despierto, pero aquello no era desobediencia. Hanson era capaz de acatar órdenes y observar una conducta respetuosa.

Era viernes, a media tarde. A Hanson, al igual que la mayoría de los alumnos, le estaba costando mantenerse despierto tras la carrera de la mañana y una clase de dos horas sobre las leyes de tráfico. A las cinco había llegado el teniente Garber a impartir una clase sobre cómo redactar órdenes de registro para un examen que habría el lunes por la mañana, pero se fue por las ramas hablando de un reciente fallo de causa probable del Tribunal Supremo de California y su presidenta, la «comunista» Rose Bird, que, una vez más, había erosionado el poder de la policía.

Los demás alumnos se inclinaron sobre sus pupitres para escuchar con atención y animaron al teniente a continuar para que el examen sobre órdenes de registro se aplazase. Hanson se reclinó y se puso a escuchar también, escéptico como de costumbre respecto de la política del teniente Garber, pero diciéndose a sí mismo que debía limitarse a escuchar sin hacer preguntas, dado que aquello no era un aula universitaria. Apenas un par de semanas antes le había sugerido a un ponente que los oficiales de la policía eran fundamentalmente trabajadores

sociales armados cuyo trabajo consistía en interpretar y hacer cumplir el contrato social de la comunidad que patrullaban. Fernández vio que estaba pensando, y cuando el teniente se giró para cerrar la puerta del pasillo, sonrió y le hizo con la mano un gesto como diciéndole: «relájate», para advertirle que no debía hacer comentarios. Hanson le sonrió a su vez y negó con la cabeza: «Hoy no».

El teniente llevaba puesto su impecable uniforme, hecho a medida, y por lo tanto también su placa de teniente de la Policía de Oakland, una estrella de oro macizo. Se situó detrás del podio, se quitó la gorra y recorrió a los alumnos con la mirada en silencio, con una actitud viril y militar, pensó Hanson, estableciendo su excelente «presencia de la autoridad», y comenzó a hablar con más detalle de la estupidez de la reciente agresión del comunista Tribunal Supremo de California contra el poder policial.

Un policía, les contó el teniente Garber, dio el alto a un hombre de color que iba andando a las once de la noche por Beverly Hills porque iba vestido de forma inapropiada y se notaba a las claras que no era el típico vecino de aquel barrio. El sospechoso afirmó que era un guionista que se alojaba no muy lejos de donde le habían dado el alto. El aliento le olía a alcohol, testificó el policía, y, basándose en su experiencia, llegó a la conclusión de que el sospechoso se encontraba bajo su influencia y le pidió que le mostrase algún documento de identidad. El sospechoso reaccionó contestando: «Sigue soñando, gilipollas. Me voy a casa», y echó a andar sin hacer caso del policía, que le estaba diciendo que se detuviera. Llegó un coche policial y los agentes, ya en la escena, tras observar la conducta del sospechoso, su apariencia física y su negativa a obedecer la orden del agente principal, y justificadamente preocupados de que pudiera ir armado, lo redujeron y arrestaron. Un residente, una persona mayor, que afirmó haber visto la detención —desde su porche, situado casi a una manzana de allí, y de noche—, testificó que los policías, blandiendo sus armas reglamentarias, agredieron al sospechoso sin motivo aparente y lo empujaron varias veces contra el coche policial al tiempo que le lanzaban insultos racistas.

El sospechoso rechazó un acuerdo para no ir a la cárcel y, cuando el caso llegó a juicio, varios famosos de Hollywood testificaron en su defensa y fue declarado no culpable de todos los cargos, incluida la posesión de una cierta cantidad de cocaína —menos de un gramo— que los agentes le encontraron dentro de un zapato. El Tribunal descartó esto último junto con los demás cargos —agresión a un agente de policía, resistencia a la detención, intoxicación en público y posesión de cocaína— porque, según su opinión, de entrada la policía no tenía una causa probable para darle el alto. El sospechoso demandó a la Policía de Beverly Hills y recibió una indemnización de 1,3 millones de dólares. A partir de ahora, iba a ser todavía más difícil establecer los elementos de una

detención por causa probable, al menos en California.

Joder, pensó Hanson sonriendo, ese tipo tuvo suerte de que no le pegaran un tiro, en Beverly Hills, y de que un ricachón liberal hubiera visto lo sucedido y estuviera dispuesto a testificar. Dios, él...

El teniente había dejado de hablar y se había quedado inmóvil, de pie detrás del podio, mirando a Hanson. Y el resto de la clase también.

—¿Sí, señor? —dijo tan calmadamente como pudo; Fernández puso los ojos en blanco.

—Por lo visto, esto le resulta divertido. ¿Tiene algo que compartir con nosotros? —El teniente le hizo un gesto con la cabeza para animarlo a hablar.

Bien, pensó Hanson, de acuerdo.

—Señor, yo echaría la culpa a los agentes que participaron más que a Rose Bird.

El teniente Garber le hizo otro gesto para animarlo a continuar.

—Fue una manera de actuar un poco tonta por parte del agente principal. Señor, los agentes como ese, de hecho, invitan a los tribunales a recortar el poder de la policía.

El teniente Garber lo interrumpió levantando un dedo al tiempo que miraba al resto de la clase.

—He aquí a nuestro experto en temas constitucionales —anunció—. Gracias por su perspicacia, agente Hanson. El agente en cuestión, un curtido oficial que hizo uso de su larga experiencia y de su conocimiento de las calles, que intentó detener a un sospechoso que, de hecho, se encontraba en posesión de cocaína es, en su opinión, «tonto»?

El tonto soy yo, pensó Hanson, por hablar.

—Yo diría que es un oficial extraordinario —prosiguió el teniente Garber— por haber efectuado una detención legítima. Yo no soy ningún experto, pero así lo consideraría yo. Extraordinario. Pero es posible que usted sepa algo que yo desconozco. ¿Le importa compartirlo con la clase?

—Señor, ya sabe usted, en ocasiones se trata de un juego, un...

—¿Un juego? ¿Eso es lo que opina usted? ¿El juego de la aplicación de la ley? ¿El juego de proteger a los ciudadanos de los depredadores que hay en las calles? —dijo Jenks gesticulando hacia el ventanal por el cual se veía el este de Oakland a lo lejos—. Yo no sé nada de juegos. Y, para ser políticamente correcto, no estoy hablando únicamente de Tyrone, esto no tiene nada que ver con la raza, cosa que, obviamente, está bien clara para todo el que sea capaz de verlo. Esto tiene que ver con la ley.

—Señor, no es mi intención discutir, en absoluto, pero...¿por qué no limitarse a acercarse al sospechoso y preguntarle qué tal, hablar con él y ver si...?

El teniente Garber alzó una mano y Hanson dejó de hablar.

—Se suspende la clase hasta el lunes por la mañana. Hanson, usted quédese.

—Señor... —empezó uno de los alumnos—, ¿el lunes sigue habiendo examen sobre órdenes de registro o...?

—No lo sé, Parker. No lo sé. Usted estudie.

Hanson se puso de pie y esperó detrás de su pupitre. El resto de los alumnos salieron sin volver la mirada. El teniente Garber aferró con fuerza el atril.

—¿Cuáles son sus intenciones, Hanson?

—¿Mis intenciones, señor?

—Sus intenciones. —El teniente Garber casi estaba gritando—. ¿Qué es lo que está haciendo aquí? No recibimos muchos alumnos de treinta y ocho años licenciados en literatura. ¿Está escribiendo un libro?

—No, señor —respondió Hanson manteniendo una expresión neutra.

—¿Tal vez pretende hacer una carrera en servicio social, entonces? ¿Para ayudar a los oprimidos? ¿O quizá en la Facultad de Derecho? No es usted demasiado viejo para eso, si se da prisa en empezar. Podrá trabajar con la Unión por las Libertades Civiles.

Hanson no dijo nada, y esperó a que el teniente Garber terminara de desahogarse.

—El motivo por el que se lo pregunto, Hanson, es que usted no parece encajar muy bien en el Departamento de Policía de Oakland. Su trabajo en el aula es satisfactorio, más o menos, pero eso constituye solo una pequeña parte de la preparación para trabajar de policía en las calles, por lo menos aquí, en Oakland. El sargento Jackson, por ejemplo, me dice que usted y él han tenido algún que otro problema en lo referente a la aptitud física y la defensa propia, algo que yo, personalmente, considero una parte muy importante de su formación.

Hanson asintió para indicar que estaba escuchando.

—Muy bien, Hanson. En ese caso va a tener que trabajar con más ahínco para demostrarnos que desea aprender cómo esperamos de nuestros agentes que hagan cumplir la ley, y nadie va a hacer nada para que dicha formación le resulte a usted más fácil. Piénselo. Puede irse.

—Sí, señor. Gracias, señor —respondió Hanson, y acto seguido salió del aula.

Cuando iba por el pasillo, pasó junto a la puerta abierta del equipo de formadores. El sargento Jackson estaba allí de pie, observándolo. El sargento Jackson era el oficial sénior de formación física. Era un poco mayor que Hanson y llevaba dieciséis años trabajando en las calles. Se decía que cuando era un joven recluta traído de algún lugar del sur, se casó con una mujer rica, hermosa y con contactos políticos, y que por lo tanto no necesitaba los cincuenta mil

dólares al año que le pagaba el Departamento. Acudía a trabajar porque le gustaba el trabajo. Les decía a los tenientes y a los capitanes cuándo se equivocaban y por lo visto hacía lo que quería en la calle, por muy brutal o escandaloso que fuera.

El sargento Jackson era duro e inteligente, ágil y rápido. Tenía mal genio, pero lo empleaba en beneficio propio. Puteaba a Hanson cada vez que tenía la oportunidad. «Usted», decía cuando necesitaba un voluntario señalando a Hanson, que estaba sentado en las esterillas con las piernas cruzadas, descansando con el resto de la clase. Hanson se ponía de pie, empapado en sudor, e iba hasta donde estaba el sargento Jackson, el cual lo utilizaba para hacer una demostración de cómo reducir a un oponente, o cómo trabarle el brazo o la muñeca con una dolorosa llave, o cómo fingir un movimiento en una dirección para a continuación girar sobre sí mismo y echarle la zancadilla, mientras explicaba al resto de la clase, con toda la calma y sin quedarse nunca sin respiración, lo que estaba haciendo.

Hanson nunca cambiaba de expresión cuando el sargento Jackson lo arrojaba contra la esterilla o le hacía una llave de bloqueo de la carótida y lo asfixiaba hasta que ya no veía más que un túnel negro. Poseía la capacidad de salirse de sí mismo y observar la escena desde fuera; se negaba a darle al sargento Jackson la satisfacción de ver emoción alguna. No podía permitirse el lujo de enfurecerse.

El lunes siguiente marcó el inicio del cuarto mes de la Academia. Para entonces, la mitad de la clase, la 106.^a Escuela de Reclutas, había abandonado, había causado baja por lesiones o había sido expulsada por bajo rendimiento. Dos alumnos fueron despedidos por algo relacionado con sus antecedentes que se había pasado por alto en el examen inicial. Otro dimitió tras haber sido arrestado por agresión en un bar del centro.

Los alumnos que conseguían llegar juntos al final de aquel período de la instrucción en la Academia de Policía de Oakland denominaban a aquellos cinco meses «Curso de combate en las calles». Los formadores les firmaban permisos a ellos, y a un amigo que los llevara en coche, para que fueran a las urgencias del hospital Alameda County. Las excusas más habituales eran un dedo roto, una fractura de nariz, una fisura en una costilla o una conmoción cerebral. Los alumnos subían al coche cojeando tras jornadas de doce y catorce horas corriendo ocho kilómetros, practicando con la porra, aprendiendo llaves de defensa personal, cómo reducir a un oponente, cómo ponerle las esposas, cómo

«hacerlo entrar en razón»... Todos los reclutas llevaban la camiseta blanca del Departamento con el emblema de la Policía de Oakland impreso en la pechera y un pájaro carpintero rojo, amarillo y anaranjado en la espalda. El pico del pájaro carpintero dejaba ver unos dientes, como si gruñera, y sobre él ponía: MÁS DURO QUE EL PICO DE UN PÁJARO CARPINTERO.

Esa tarde estaban sentados formando un semicírculo en el suelo del gimnasio, escuchando al sargento Jackson.

—Todo el que pelee contra un agente de policía matará a un agente de policía —le dijo el sargento Jackson a la clase—. Para él, sus armas y placas no significan nada, porque él no tiene nada que perder. Así es la gente. Un individuo así, cuando le den el alto en la calle, les mentirá, los interrumpirá y les discutirá. Si ustedes le permiten hacer todo eso, le estarán dando permiso para que los mate, porque los considerará débiles. Si le dicen que está detenido, les insultará y se largará. Cuando intenten ponerle las esposas, se resistirá, forcejeará y los matará, con la pistola de ustedes si es que no tiene él otra. No esperen que nadie obedezca la ley como estamos obligados a obedecerla nosotros; ellos se rigen por la ley de la selva.

»Él no es como ustedes. No crean ni una palabra de toda esa alegre cháchara progresista sobre que en el fondo todos somos iguales. Él es un animal distinto. Y cuando ustedes se vean metidos en una reyerta en las calles, recuerden que ahí no tienen amigos. No pueden rendirse sin más, no pueden abandonar, porque entonces él los matará. Les aseguro por mis cojones, y que me disculpen las señoras, que no va a conformarse con reducirlos y luego marcharse a su casa con su mujer y sus hijos.

»Ganar la pelea es la única opción que tienen, y eso quiere decir que, en el momento mismo en que ese tipo los mire mal, hable con insolencia, replique o levante una mano, ustedes deberán darle una patada en el culo, hacerle daño y seguir haciéndole daño hasta que deje de intentar levantarse; después lo detienen, lo esposan y piensan en algo de que acusarlo más tarde. Si la cosa sale mal y tienen la impresión de que él va a poder con ustedes, péguenle un tiro y mátenlo. Si es necesario, no vacilen. Nos vemos obligados a hacer demasiadas cosas al mismo tiempo como para encima vacilar. Si Tyrone los obliga a matarlo a fin de salvar ustedes la vida, el Departamento los respaldará.

»En los años que llevo trabajando en las calles, ningún agente que se haya visto obligado a matar a un ciudadano en defensa propia ha tenido que enfrentarse a algo más grave que dos semanas de baja administrativa sin sueldo. Oakland es la capital de los expresidarios de toda California. Esos tipos no

temen a los tribunales y tampoco temen la cárcel. Los tribunales tienen un atasco de casos de delitos graves a la espera de juicio como para dos y tres años. Las cárceles están abarrotadas. Y esos tipos saben todo esto. Si ese individuo tiene que volver a la cárcel, allí se sentirá como en su casa, porque esa es su casa de verdad. Él nació en la cárcel. La cárcel fue su hogar ya desde antes de que naciera.

»Él no tiene miedo a la ley, los tribunales ni la prisión. Así que yo estoy aquí para decirles que más le vale que les tenga miedo a ustedes. Ahí fuera, en la calle, ustedes son la ley. Ustedes pueden hacerle daño ahora. Muchos de ustedes han llegado a adultos pensando que no era así. Ahora ya lo saben.

Después de que la clase tomara un descanso, Hanson se colocó frente al sargento Jackson sobre una esterilla de espuma roja para practicar lo que se denominaba un ejercicio para bloquear los golpes del contrario. El sargento Jackson llevaba unas manoplas acolchadas de color rojo, semejantes a unos guantes de carnicero confeccionados con un plástico brillante. Hanson estaba con los brazos a los costados, esperando que Jackson intentara golpearlo en la cabeza. Estaban tocándose con los pies, demasiado cerca para que Hanson pudiera ver las dos manos de Jackson con su visión periférica, de modo que lo miró a los ojos para predecir el momento en que llegaría el golpe y de qué lado vendría. Fue bloqueando un golpe tras otro, incluso cuando comenzaron a sucederse con más rapidez y más fuerza, hasta que el sargento Jackson, un poco falto de resuello, dijo:

—No me mire a los ojos. Míreme las manos. Lo que mata son las manos, no los ojos.

Los dos sabían que él no podía vigilar ambas manos. El siguiente golpe también lo paró.

—Repito: no me mire a los ojos.

Hanson, todavía con la mirada fija en los ojos del sargento, pensó en la posibilidad de romperle la nariz, hacerle sangrar, hacerle todo el daño que pudiera antes de que Jackson le diera de hostias y lo expulsara. O en propinarle un puñetazo en la garganta y tal vez matarlo.

—Adelante —le dijo el sargento—. Inténtelo.

Hanson necesitaba aquel empleo. Bajó la mirada a la manopla derecha de Jackson y no la apartó hasta que el sargento lo golpeó en la sien con la manopla izquierda. A continuación, con las manos a los costados, giró la cabeza para vigilar la manopla izquierda y no hizo ningún intento de parar el golpe que sabía que iba a llegar. Jackson lo golpeó con la manopla derecha en la otra sien, esta vez más fuerte, y casi lo derribó. A Hanson se le nubló la vista y vio una miríada de estrellitas blancas y rojas. Pero recuperó el equilibrio y giró la cabeza hacia el

otro lado.

—Largo —ladró el sargento Jackson—. Salga de aquí mientras todavía pueda. Tómese el resto del día libre.

Hanson, con un intenso silbido en los oídos, cruzó por entre los demás alumnos en dirección a las dos puertas de doble hoja que veía al fondo del gimnasio, con la esperanza de poder salir por aquella de las dos que fuera real antes de ponerse a vomitar. Sintió que le tocaban el hombro y sonrió al oír que Fernández le susurraba: «Que los follen». Sabía que si continuaba andando lograría salir por la puerta verdadera y atravesar la Academia, a no ser que acabaran con él, porque eso era lo que iban a tener que hacer.

Ya en el vestuario, se quedó largo rato de pie bajo la ducha, aspirando el vapor y dejando que el agua caliente lo golpease con fuerza mientras le resbalaba un reguerillo de sangre de la nariz. Siete semanas más y su clase saldría graduada de la Academia. El 19 de noviembre de 1982. Había rodeado aquella fecha en el calendario del restaurante Los Tres Dragones que tenía clavado con una chincheta en la pared de pladur de la cocina, llena de manchas de agua.

My Girl

Era el solsticio de invierno, el 21 de diciembre, la noche más larga del año. A partir de ahí los días empezarían a alargarse. Iba a trabajar durante las Navidades, una semana en la que la tasa anual de homicidios alcanzaba de nuevo los diez dígitos para volver a cero el día de Año Nuevo.

En el distrito 5 no encontró ningún sitio donde comer, así que tras la última llamada se fue al Junkyard Dog de Foothill a tomar una Coca-Cola y una hamburguesa. No tenía hambre porque había desayunado un batido de proteínas, pero sabía que debía comer algo para las horas de más que le tocaría trabajar. No había suficientes policías en la calle, y aquella semana todo el que tuviera algo de antigüedad, por poca que fuera, estaría de vacaciones. Y otros estaban de baja por enfermedad. Solo había dos coches asignados al distrito 5, y la mitad de las llamadas que recibían eran de fuera de ese distrito. Los coches de apoyo tardarían mucho o no existirían, una situación peor que de costumbre, pero de todas formas él se sentía sumamente cómodo trabajando solo y tener que hacer horas extras a causa de las Navidades no lo molestaba. Era mejor trabajar en un coche patrulla que estar solo en casa o en la calle rodeado de muchedumbres que hacían compras de última hora al son de la música navideña de supermercado.

Su nómina quincenal era más del doble de lo que ganaría haciendo cualquier otra cosa, aunque encontrase otro empleo. Se había comprado un sofá, un microondas y otro robot de cocina que no iba a usar jamás. Le cambió las cuatro ruedas al coche, un International Harvester Travelall D1100 de 1963, el modelo de cuatro puertas, que había adquirido en una subasta del Servicio Forestal de Missoula. Lo había llevado desde Boise hasta Oakland, pero a duras penas. Valía para llevarlo de su piso a la Ciudad de la Justicia. Si lo dejase tirado del todo, podría coger un autobús o ir andando. Al final tendría que comprarse otro coche, pero eso implicaba negociar con un vendedor de coches, y quería aplazarlo todo lo que fuera posible. Dos meses más y se habría puesto al día con los gastos y tendría dinero en el banco. ¿Para qué otra cosa iban a contratarlo? Aún no había estallado la siguiente guerra, y cuando estallase él sería demasiado viejo para alistarse. No se veía capaz de aguantar dos o tres años más en el mundo académico para obtener un doctorado, y, aunque lo fuera, no sabía qué podía

hacer después. Y en un trabajo de oficina duraría aproximadamente un día sin tirar al jefe por la ventana.

Una vez que terminaba de pasar lista, que se alejaba de la Ciudad de la Justicia y salía a las calles, la cosa no estaba tan mal. A solas por el este de Oakland, con la vida/muerte/vida/muerte. Y por la manera en que lo iban cambiando de una ronda a otra y de un distrito a otro todas las noches, no se podía decir que existiera una supervisión constante. No se veía obligado a mirar continuamente a su espalda por si aparecía algún sargento criticando su modo de actuar y esperando que hiciera las cosas a la manera del Departamento. Por lo visto, siempre que mantuviera su cuota de detenciones, lo dejarían en paz. Quizá incluso el trabajo saliera bien y él pudiera jubilarse y morir dentro de veinticinco años.

El Junkyard Dog era una vieja autocaravana Airstream pintada de marrón perrito caliente, con una franja encima de color amarillo que semejaba la mostaza. En el extremo que estaba más cerca de la calle había un robot con forma de cabeza de perro salvaje, soldado y reforzado con remaches, que salía de la cabina de un camión, con dientes, ojos y orejas puntiagudas, todo fabricado con piezas de desguace: radiadores, parachoques, alerones... Los ojos eran dos focos que iluminaban Foothill día y noche. La cabeza protegía la ventanilla a prueba de balas como si fuera una cochera abierta. Hanson aparcó marcha atrás en el espacio que quedaba más cerca de la calle, se apeó y fue hasta la ventanilla. Solo había otro coche más, más viejo que el suyo: un Cadillac dorado y muy tuneado, con una mujer joven en el asiento del pasajero.

El conductor del Cadillac ya estaba ante la ventanilla de grueso plexiglás que hacía las veces de puerta giratoria en miniatura. Había sacado un billete de cinco dólares con manchas de sangre, pero el que atendía, un chico negro y regordete, con una gorra de papel, se negaba a accionar la puerta giratoria para cogerlo. La chapa que lucía en la chaquetilla blanca llevaba el apellido «Jiménez», pero no tenía pinta de ser mexicano.

—No aceptamos billetes manchados de sangre —dijo Jiménez con la voz amortiguada por el plástico a prueba de balas.

La sangre era reciente, estaba húmeda y brillaba a través de las fibras de papel bajo la luz artificial. Ninguno de los dos pareció percatarse de la presencia de Hanson, que estaba allí de pie, uniformado, armado, luciendo una chapa con su nombre y con una radio por la que se oía el constante ir y venir de las llamadas de la centralita.

—Es dinero legal —dijo el cliente al tiempo que se volvía para mirar a la chica del coche—. Las leyes federales obligan a aceptarlo.

Llevaba un traje confeccionado con hilo iridiscente que proyectaba una

nebulosa verde y dorada.

Jiménez se limitó a mirarlo y negar con la cabeza.

—Tío, ¿te crees que me lo estoy inventando? Es lo que dice la ley, tronco, y nadie está por encima de la ley.

Hanson no había pedido permiso a la centralita para abandonar aquel distrito. Se alegró de que el sindicato de la policía se hubiera opuesto a la última propuesta del Departamento de colocar transpondedores en los coches patrulla para poder saber dónde estaban en todo momento. Cuando por fin se salieran con la suya, no iba a poder comer nada mientras estuviera de servicio.

El tipo trajeado se volvió hacia Hanson.

—¿Va usted a aplicar la ley, agente? —le preguntó.

—¿Quiere que lo detenga o que le dispare? —Miró al chico de la autocaravana—. Jiménez... —empezó.

—Yo no me llamo así, tengo que llevar puesta esta mierda de apellido mexicano toda la noche.

—Dele un par de servilletas —dijo Hanson hablando por el pequeño micrófono que había por encima de la ventanilla a prueba de balas—. Si consigue limpiarlo bien, usted lo mete dentro y lo coge por una esquina que no esté manchada de sangre, con dos dedos, ¿de acuerdo? —Levantó la mano por encima de la cabeza y juntó el índice y el pulgar—. Y luego, antes de que nos enzarcemos en complicados debates sobre cuestiones legales, lo mete en la caja registradora.

Ninguno de los dos dijo nada. Ambos pusieron cara de cabreo.

—Piénselo. Cuando me vaya, puede hacerme caso o seguir discutiendo, pero de momento póngame una Coca-Cola y una hamburguesa con queso. ¿Vale, Jiménez? ¿Por favor? —A continuación se volvió hacia el tipo del traje—: Perdone por haberme colado, pero es que tengo que volver a la calle y lo suyo puede durar toda la noche. ¿Vale? —El cliente se limitó a mirarlo con cara de pocos amigos—. O bien puede usted enseñarme ahora mismo la documentación. Considero que un billete manchado de sangre constituye un motivo suficiente para investigarlo y registrar su coche. Usted decide.

—Dale la Coca-Cola —le dijo el tipo trajeado a Jiménez— y a ti que te follen. Yo me voy a otra parte.

Regresó al coche con el billete sujeto con dos dedos. Hanson bebió un sorbo de Coca-Cola contemplando cómo se iba el Cadillac mientras Jiménez le envolvía la hamburguesa.

—Gracias —le dijo al chico—, y feliz Navidad.

Esperó a estar a solo unas pocas manzanas de su distrito para declarar finalizado su último aviso.

—*Recibido, Cinco Tac 51 finalizado...*, pero llevamos un rato reteniendo un 245, una agresión con arma blanca frente al Artistic Hair Haven, entre la 66 y Foothill.

—Voy para allá —respondió Hanson, que colgó el micrófono y paró junto a la acera para consultar el callejero y terminarse la hamburguesa en tres bocados.

Con un gruñido, se puso la Coca-Cola entre las piernas y enfiló a toda velocidad la calle Este 14 pasando por delante de un aparcamiento lleno de árboles de Navidad de aspecto triste, rodeado por una valla de alambre de espino.

Tuvo que detener al propietario del Artistic Hair Haven y acusarlo de asalto a mano armada, ocultación de arma y posesión siendo expresidiario, pero por lo menos no tuvo que pelear con él para llevárselo al calabozo. En cambio, tuvo que hacer mucho papeleo. Después acudió a una reyerta familiar en la que el marido había intentado prender fuego al árbol de Navidad; eso dijo la mujer, pero se desmayó antes de poder incendiarlo y ella le echó encima una cazuela de agua hirviendo, así que tuvo que ir a urgencias con quemaduras de tercer grado en la parte posterior de las piernas.

Para las dos de la madrugada la situación estaba tranquila y Hanson conducía por las callejuelas adyacentes a la avenida 96. En el cielo batía las palas un helicóptero de la policía que se dirigía hacia la bahía.

Llevaba el cinturón de seguridad desabrochado y la funda del arma apoyada en las rodillas para poder sacar la pistola rápidamente. Imaginaba la cara de idiota que tendría estando muerto, acribillado a balazos al volante, con el cinturón abrochadito y la pistola enfundada. El teniente Garber y los chicos se librarían de él. El experto en temas constitucionales, el trabajador social. Sonrió imaginándolos a todos partiéndose de risa con ello. Le gustaría saber si a su funeral llevarían a alguien que tocara «Amazing Grace» con una gaita.

Allá delante se oyó el estrépito que hacía un cubo de basura al rodar por el asfalto esparciendo latas de cerveza, envases de comida rápida de edición especial para Navidad y una comadreja cubierta de un pelaje blanco plateado que salió dando tumbos y cruzó por delante de los faros del coche para ir a esconderse en la oscuridad; era enorme y torpe y tenía la cola partida en dos y el rostro manchado de algo de color blanco que la hacía parecer un payaso.

Hanson pasó despacio junto al cubo de basura, inclinado sobre el asiento del pasajero, y llamó al animalito susurrando a través de la ventanilla:

—Eh, comadreja...

—*Cinco Tac 51.*

Sin apartar la vista de la comadreja, detuvo el coche y descolgó el micrófono del salpicadero.

—Aquí Cinco Tac 51.

—*Cinco Tac 51, tenemos una pelea de veinticinco o treinta personas a la altura de la Ochenta y dos con Bancroft...*

—De acuerdo.

—¿*Necesita un coche de apoyo?*

—Ya me encargo yo. —Luego, dirigiéndose a la comadreja, agregó—: Ten cuidado, amiguita. Feliz Navidad. —Soltó una carcajada y se incorporó.

¿Un coche de apoyo?, mis cojones, pensó mientras salía de la callejuela. Como si hubiera alguno disponible. Como si un coche de apoyo conducido por un agente al que no conocía de nada fuera a servir de algo con toda aquella gente. Sí, sí, un coche de apoyo. Si cuando llegara él todavía había veinticinco o treinta personas peleando, para calmarlas tendría que recurrir a un bombardeo. Nadie aguantaba quince minutos peleando, a no ser que fueran zombis. A saber cuál era el problema en realidad. A saber qué se encontraba. A saber si lograba resolverlo o acababa muerto. Aquello era lo que le gustaba de su trabajo: que se olvidaba de los problemas, las dudas, los errores y los arrepentimientos por los que ya no podía hacer nada.

Era un triste centro comercial con varias tiendas moribundas y otras ya cerradas. Había doce o catorce coches aparcados formando un círculo, todos con la radio sintonizada en la misma emisora. Había parejas bailando, bebiendo y fumando marihuana. Las brasas rojas de los cigarrillos y los porros resplandecían y bailaban en la oscuridad del aparcamiento. Vieron llegar el coche patrulla, por supuesto, pero hicieron como que no. Hanson apagó los faros y se detuvo como a un par de coches de distancia del círculo. Se oía cantar a Donna Summer «She works hard for the money». Se apeó del coche patrulla para ver cómo bailaban y escuchar la canción de Donna Summer, que hablaba del caso de tantas mujeres, y también hombres, del este de Oakland.

Hacía una noche estupenda. La mejor hora del día, en opinión de Hanson. Se subió de un salto al capó del coche, donde era más difícil que pasaran de él, pero ellos se las arreglaron sin ningún problema, hasta que empezó a agitar los brazos en alto y gritó:

—¡Disculpen, disculpen todos! —Agitaba los brazos hacia arriba y hacia atrás igual que un árbitro señalando un *touchdown*—. Disculpen, tengo que decirles una cosa...

No tenía reparos en parecer un poco tonto si con ello lograba resolver un problema. No había muchos policías que obraran de aquel modo, así que por lo general la gente le prestaba atención. La mayoría de los policías se habrían

quedado dentro de su coche patrulla y habrían impartido órdenes a través del megáfono.

Por fin, todo el mundo se volvió hacia él y dejó de ser invisible. Haciendo equilibrios sobre el capó del coche, los miró, sin miedo, en actitud razonable, estableciendo rápidamente contacto visual con muchos de ellos. Si la gente ve que tienes miedo, no escuchará nada de lo que digas.

—Gracias —exclamó—. Gracias, señoras y señores. La centralita me ha hecho venir aquí diciéndome que había veinticinco o treinta personas peleándose en estos momentos. En fin... —Hizo una pausa y sonrió—. Yo les he dicho que vale, que iba a encargarme de ello.

Esto provocó unas cuantas carcajadas, y la tensión empezó a disiparse. La brisa proveniente del mar era un poco fresca a aquellas horas, y agradeció el calorcillo que despedía el capó del coche. A lo mejor podía anotar aquel detalle en un parte. Sin más papeleo. Existía la posibilidad de que alguien le disparase, pero no era probable; y si le disparaban, ¿qué más daba?

—Veo que no están peleando, sino únicamente bailando y pasándolo bien. Pero la cosa es... —continuó, mirando el reloj— que son las dos y media y que a lo mejor la gente que vive por aquí está intentando dormir porque mañana tienen que ir a trabajar, y han pensado que si decían que había una pelea la policía tardaría menos en llegar que si decían que había una fiesta. —Se encogió de hombros y levantó las manos—. ¿Qué puedo decir? Sea como sea, ¿podrían hacerme el favor de marcharse a casa? Lo siento, pero, si no se marchan, van a venir muchos más polis, y entonces sí que se armará una buena. No sé si me entienden.

Justo en aquel momento, como si fuera una señal del cielo, en todas las radios empezaron a sonar las seis primeras notas del bajo del tema «My Girl» del gran Smokey Robinson.

—Eh —dijo Hanson con una gran sonrisa—, ¡«My Girl»!

«My Girl», pensó Hanson siguiendo la letra de la canción durante unos momentos. Era una canción alegre, pero también triste, en el este de Oakland, donde... En fin, tal vez fuera posible encontrar allí un poco de alegría cuando uno era joven, tenía novia y las cosas todavía no pintaban tan mal. Recorrió a los jóvenes con la mirada.

—En serio, les agradecería a todos que se marcharan a casa.

Los presentes miraron a Hanson, luego se miraron unos a otros y finalmente empezaron a dirigirse hacia sus coches al tiempo que apuraban los porros y se bebían lo que quedaba de sus cervezas Olde English 800 y Night Train, algunos riendo y otros diciendo adiós a Hanson con la mano.

—Muchas gracias —voceó Hanson—. De verdad, gracias. Se lo agradezco.

Que tengan buena noche. Y feliz Navidad.

Cuando se bajó del capó, todo el mundo estaba ya arrancando el coche y encendiendo los faros, que describían arcos luminosos al cruzarse unos con otros y se reflejaban en los escaparates de las tiendas. Hanson se quedó a observar cómo los coches iban desfilando por las dos salidas del aparcamiento y tomando distintas direcciones, con el resplandor de los faros y las luces rojas de posición adelantándose mutuamente y la música de la radio difuminándose.

Levantó la vista y contempló las estrellas, ya familiares porque eran viejas amigas de la época que pasó en Idaho. Allí aprendió a conocerlas, a respetar su elegante fiabilidad, a fiarse de los antiguos protocolos que observaban en su movimiento. Esta noche también se veía a Júpiter, que brillaba más que la más brillante de todas las estrellas, regio y firme en su órbita a través de las constelaciones. Y la poderosa constelación de Orión, en forma de gigantesco reloj de arena, con un cinturón contra el que daban la impresión de chocar otras estrellas menores antes de hundirse en la nebulosa que había más abajo.

—Rigel. Betelgeuse, Bellatrix, Saiph —pronunció en voz alta para presentar sus respetos a las estrellas principales de la constelación antes de meterse de nuevo en el coche patrulla.

Cuando encendió los faros, la luz arrancó un destello a la curva del parachoques cromado de un automóvil que no estaba escondido del todo, al fondo, en el callejón que había al final del centro comercial. Quitó el cierre magnético a la escopeta al tiempo que iba hacia allí y también abrió un poco la puerta del conductor para, si fuera necesario, poder abrirla del todo de una patada y saltar fuera con la escopeta. Se detuvo al principio del callejón, donde quedaba protegido por la delantera del coche patrulla, alumbrando el reluciente Cadillac azul marino con los faros. Tenía las lunas tintadas y dentro estaba oscuro. Lo hizo todo con calma, sin indecisión ni miedo, contento por el momento consigo mismo, dejando a un lado el pasado y el futuro. A lo mejor estaba sintiendo lo que sentía la gente normal cuando decía que estaba feliz.

El Cadillac bajó la ventanilla del conductor y este saludó.

—Buenas noches, agente. Una noche estupenda.

Tendría unos treinta años, era más joven que Hanson, y llevaba una barba recortada y unas gafas de montura metálica que le agrandaban ligeramente los ojos.

—Buenas noches, caballero —respondió Hanson a través de la ventanilla del coche policial, en tono amistoso pero con la mano en la escopeta—. ¿Está esperando a alguien?

—Ya me iba, agente. Gracias. Ahora que se ha terminado la música —añadió, con seguridad pero sin arrogancia, educado, con un tono de voz que empujaba a

uno a creerle—. Admiro el modo en que ha dispersado usted a esa gente, con tanta facilidad.

Algo tramaba, y Hanson se preguntó quién sería, pero ya era tarde, hora de regresar a casa, y estaba seguro de que ambos volverían a verse.

—La mayoría de la gente se muestra razonable si se le da la oportunidad — declaró Hanson sin creerse ni una palabra.

—Muy cierto, agente —coincidió el otro—. Esa es también la experiencia que he tenido yo. —Cosa que, a todas luces, no era verdad.

—Desde luego —dijo Hanson procurando no romper a reír—. Buenas noches. Conduzca con cuidado.

La luna tintada se elevó de nuevo y el Cadillac salió del callejón sin hacer ruido, se detuvo al llegar a la calle, giró a la derecha y se alejó. Hanson había sacado el bolígrafo para anotar la matrícula, pero esta estaba tapada por una especie de plástico. Volvió a cerrar el bolígrafo y se quedó observando cómo el Cadillac giraba al llegar a la siguiente manzana y se perdía de vista.

Cualquiera de los que habían estado presentes en aquella fiesta le habría dicho a Hanson que el del Cadillac era Felix Maxwell, capo de la droga en Oakland, un chico salido de las viviendas sociales que había logrado dejar huella. En cambio, nadie habría podido decirle lo que los astros les tenían preparado a los dos.

El conejo del Templo

Era Nochevieja y Hanson había aparcado en el extremo sur del estacionamiento del templo mormón. Las nubes se habían disipado y allá a lo lejos la bahía resplandecía como el acero pulido. Aquel templo quedaba fuera de su distrito, pero tenía una salida directa a la autopista en caso de que recibiera un aviso a última hora y era un buen lugar en el que terminar de redactar los informes. Se alegraba de haberlo encontrado. Había dejado el coche patrulla junto a una tapia de media altura, en un talud de seis metros en el que no había peligro de que apareciera nadie por su espalda mientras escribía. Por encima del coche, el templo llenaba todo el espacio con sus contrafuertes de mármol iluminados por los focos y con unos resplandecientes pináculos dorados que se elevaban desde las colinas de Oakland, como si fuera la ciudad de Oz. El enorme estacionamiento se hallaba vacío, los miles de farolas que lo iluminaban, en tonos pastel azules y verdes, daban la impresión de flotar por encima del asfalto como si fueran ovnis en formación militar, aguardando.

En aquel ambiente frío y silencioso terminó de redactar el informe de agresión y resistencia a la detención. Le temblaba la rodilla, pero por lo menos no se le había hecho un jirón en aquel pantalón de lana de noventa dólares. Se habían filtrado unas gotas de sangre a través de la tela, pero nada que no pudieran solucionar en la tintorería.

Mientras escribía, escuchaba lo que iba emitiendo la centralita, las voces que se oían por la radio. La mayoría de las noches no veía ningún otro coche patrulla hasta que regresaba a Transporte al finalizar su turno. Cuando era policía en Portland, en el corazón del gueto del distrito norte, tenía un compañero. El mismo compañero todas las noches, y realizaban la misma ronda, de tal modo que acabaron conociendo a la gente que vivía allí y esa gente acabó conociéndolos a ellos. Nadie les tenía ningún cariño, pero sabían quiénes eran y también sabían que podían fiarse de que iban a ser justos, o por lo menos coherentes. No eran simplemente dos tíos blancos de uniforme anónimos.

Los policías de calle del Departamento, como iban cambiando de una ronda a otra, rara vez llegaban a conocerse entre sí y mucho menos a los ciudadanos de color a los que —para eso les pagaban— debían proteger y servir, o, visto de

manera más realista, les pagaban para que los contuvieran dentro de las autopistas del este y el oeste de Oakland y les impidieran entrar en el centro y en los distritos blancos. Los policías vivían en diversas urbanizaciones periféricas bien comunicadas, situadas a una distancia de entre treinta y ochenta kilómetros de los límites urbanos, y desplazarse a Oakland para trabajar era igual que fichar en la fábrica envasadora de carne al finalizar su turno, darse una ducha, dejar la ropa del trabajo manchada de sangre en el vestuario y hacerse una hora de autopista para llegar a su hipoteca de treinta años. Sin apenas contacto durante el trabajo, y ninguno en absoluto fuera de él, los agentes eran mayormente desconocidos. Si alguno de ellos necesitaba refuerzos, acudía el coche más cercano, por supuesto.

Cuando un policía era asesinado, se interrumpía todo lo demás hasta que el sospechoso moría resistiéndose a la detención, se suicidaba o, si los medios de comunicación llegaban a la escena antes de que esta fuera acordonada, era detenido, condenado y enviado a prisión. Y por lo general acababa muerto antes de que transcurriera un año: por múltiples puñaladas, arrojado desde algún lugar elevado o prendido fuego en su propia celda a manos de agresores desconocidos, porque era necesario que la gente de la calle supiera que si mataban a un policía ellos también acabarían muertos. Era un tema de trabajo, nada personal.

Oakland, que tenía la tasa más alta de expresidarios de todas las ciudades de California, desplegaba coches patrulla en los que iba un solo agente, y nunca había suficientes para cubrir las treinta y cinco rondas en cinco distritos y trescientos sesenta mil habitantes. Hanson no lo sabía, pero muchas noches él era el único policía que estaba de servicio para veinte mil personas.

Todavía era capaz de convencer a la gente para que fuera al calabozo, como hacía en Portland, pero en Oakland resultaba más difícil. Y algunas noches tenía la sensación de que iba volviéndose más malvado. Tenía que andarse con cuidado, se dijo, o de lo contrario acabaría convirtiéndose en lo que quería el Departamento antes de darse cuenta de lo que estaba sucediendo. Todas las noches se planteaban situaciones de vida/muerte/vida/muerte, pero eso era lo que le gustaba: era en aquellos momentos cuando le parecía que todas aquellas luces se encendían para él.

Recorrió el aparcamiento con la vista, echó la cabeza hacia atrás, respiró hondo, esperó unos instantes y luego fue soltando el aire muy despacio. Feliz Año Nuevo. Llevaba como mínimo una hora fuera de las calles, atendiendo el aviso cuyo informe ahora acababa de redactar, y gran parte de ese tiempo lo había pasado esperando en la sala de urgencias del hospital Alameda County mientras un médico indio le cosía el corte del ojo a su detenido y le taponaba la nariz rota, para que cuando Hanson se lo llevase al calabozo lo aceptasen sin

problemas.

Echó un último vistazo a los formularios del informe, se cercioró de que había rellenado todos los apartados pertinentes y lo firmó: Hanson/7374P. Luego miró el espejo retrovisor y observó las filas de luces blancas y rojas que iban y venían a toda velocidad, como si fueran ríos, por la autopista que se distinguía a lo lejos.

Lo único que había entre la autopista y él era el corazón de las tinieblas, en el que todo el mundo era sospechoso, incluso las víctimas, o incluso los policías, que no eran más que otra pandilla callejera, igual de brutal —acaso más— que cualquiera de ellas, tan sobrepasados en número que se veían obligados a usar la fuerza bruta para poder sobrevivir. Al final, la brutalidad organizada y superior era lo que les permitía aplicar las leyes de otro país.

En el espejo lateral apareció una sombra nueva, encajada entre la tapia y el asfalto del aparcamiento, que cambiaba de forma a medida que se iba acercando al coche patrulla. Parecía tener un núcleo macizo que se alargaba y se encogía, que extendía unos tentáculos y a continuación los replegaba, que se movía de un lado a otro. Nada más verla sufrió un sobresalto, incluso quizá se asustó durante un momento, pero después obligó a su corazón a calmarse. Sería algún otro juego de luces y sombras, otro espejismo, presagio o alucinación. Tal vez fuera una amenaza, o tal vez no. Apoyó la palma de la mano sobre la pistola y cambió de postura en el asiento para cerciorarse de que la funda no pegara contra el asiento y tener así libertad de movimiento. Luego se inclinó hacia la ventanilla del pasajero para ver mejor.

Vio un conejo de color negro azabache y orejas caídas que salvó la tapia de un brinco y salió a campo abierto. Era, de verdad, el conejo más grande que Hanson había visto en toda su vida. Dio otro salto y se acercó otro poco más. Hizo un alto, ladeó la cabeza y observó a Hanson con un ojo negro y brillante como una perla, directamente a la cara, iluminado de lleno por las luces del templo.

Es el conejo del templo, se dijo Hanson. Como aquellos monos que eran los dueños de los templos hindúes de la India. Le vino a la mente el médico indio de la sala de urgencias; ¿existiría alguna relación entre ambas cosas?

—Hola —le dijo a través de la ventanilla abierta—. Hola, amiguito. ¿Es eso? ¿Eres el conejo del templo?

El ojo continuó fijo en él.

—¿Hablas mi idioma?

Debía de ser la mascota de alguien. O tal vez venía del patio trasero de algún vecino que criaba conejos para su consumo. Nada más. No era nada sobrenatural, pero aun así resultaba raro ver a un conejo negro en la zona este de

Oakland.

El conejo dio otro salto y se acercó otro poco más. Esta vez, para poder verlo, Hanson tuvo que sacar la cabeza por la ventanilla y mirar hacia abajo. El conejo ladeó la cabeza y lo miró a su vez. Estaba hecho polvo, igual que un gato callejero, pero parecía sano. Tenía un mechón desigual de pelo blanco que le nacía debajo de un ojo y discurría a lo largo del hocico, como si hubiera tenido allí un corte que se le había curado y el pelaje le hubiera vuelto a salir, pero de color blanco. Hanson se retiró, abrió la portezuela tan suavemente y en silencio como le fue posible y salió del coche. Fue despacio hasta la parte de atrás, con naturalidad, sonriendo, tranquilo y sin hacer movimientos bruscos, como si se dirigiera a un narcotraficante. Luego se arrodilló muy despacio. Le crujieron las rodillas.

—Hola, conejito —dijo en voz baja, acercándose con andares de pato—. No se mueva, policía...

Estaba a punto de echarse a reír cuando de pronto el conejo dio un brinco delante de él, se giró en el aire y desapareció al otro lado de la tapia. Hanson cayó hacia atrás y se sostuvo con ambas manos. El corazón le retumbaba en el pecho. Volvió a ponerse en pie de un salto, corrió hacia la tapia y se asomó. Unos tres metros más allá vio el jardín trasero de una vivienda. Una sombra, el conejo negro, iba comprimiendo la hierba conforme saltaba, como si fueran las huellas que iba dejando un gigante invisible. Rodeó la casa, echó a correr como una flecha por Lincoln Avenue y se perdió de vista. Un conejo negro en Nochevieja, en el templo de los mormones. Era un presagio demasiado complejo para estudiarlo en aquel momento.

Al otro lado de la tapia, allá a lo lejos, autopista adelante, en las llanuras del este de Oakland, se oyó el estampido de varios disparos de armas de fuego. Un ruido distante que pudo discernir a pesar de los acúfenos. Cientos de ciudadanos estaban dando la bienvenida al año nuevo con pistolas, rifles y escopetas disparando al cielo de la noche. De los patios y ventanas se elevaban resplandores amarillos y anaranjados. Antes del amanecer, dos personas resultarían heridas y una muerta a causa de las balas que caían de nuevo a tierra. La primera muerte del nuevo año. Miró la hora. Las doce de la noche. Hora de entrar. Ya iba tarde.

Hanson vivía en Oakland, encima de Grand Avenue. Su casa se encontraba a pocas manzanas de la frontera con Piedmont, una pequeña localidad limítrofe que contaba con su propio departamento de policía y su propio servicio de bomberos. Una pequeña isla de blancos ricos rodeada por el oscuro océano de Oakland.

Nada más pasar el Safeway, torció para salirse de Grand, enfiló Sunny Slope

Avenue y giró a la izquierda para tomar Jean Street. Pasó de largo su casa y aparcó unos cuantos números más allá, al otro lado de la calle. No había ningún coche desconocido en las inmediaciones ni nadie andando por las aceras. Se apeó del Travelall, se echó la bolsa sobre el hombro derecho y metió la mano dentro para asir la empuñadura de caucho de la Browning Hi-Power de 9 mm. Acto seguido cruzó la calle para entrar en su piso alquilado, la planta principal de un elegante edificio construido en 1907 tras el terremoto y el incendio que sufrió San Francisco, una auténtica belleza en aquella época, supuso, mucho antes de que el propietario actual lo transformara en tres apartamentos. Una nube de partículas de polvo flotaba inmóvil en el aire del vestíbulo. Recorrió el pasillo, examinó las ventanas y las cerraduras, y llegó hasta la cocina. Una vez allí, volvió a ponerle el seguro a la Hi-Power y se la guardó en el bolsillo de la cadera.

Sirvió tres dedos de tequila verde en un alto y grueso tarro de mermelada y se lo echó al gaznate. Le chamuscó la garganta y le explotó en el estómago. Levantó el tarro hacia la luz y estudió las burbujas en forma de lágrima que tenía, aire que había quedado atrapado cuarenta o cincuenta años antes. Se tomó otro, volvió a llenarlo y después fue por el pasillo hasta el dormitorio. Una vez allí, se descalzó y se tendió en la cama con las manos debajo de la nuca, contemplando el techo, y se quedó dormido con la ropa puesta.

Hanson está durmiendo.

No le importa mucho dormir de día, después de haber pasado la noche entera trabajando en las calles. Los sonidos amortiguados de otras personas que salen de casa para ir al trabajo, como el abrir y cerrar de las portezuelas de los coches y el ruido de los motores al arrancar y marcharse, le resultan tranquilizadores. Se siente a salvo, y durante el día rara vez sueña. Hay veces que incluso se despierta a mediodía sin ninguna sensación de miedo y sin el menor rastro de resaca.

Le da lo mismo vivir que morir. Cuando la gente descubre eso en sus ojos, titubea, se piensa las cosas dos veces, intenta explicarse. Cuando no hablan con él o no pueden... En fin, él ha sobrevivido tantas veces, mientras que otros no han podido, que su reacción a cualquier amenaza es instintiva, más rápida que el pensamiento, una fuerza vital que escapa de su control. Hay noches en las que sabe que no pueden matarle. Le preocupa vivir eternamente.

Weegee

Era el Día de San Valentín, pero a Hanson le daba igual. Era el principio de su turno, acababa de girar hacia el norte para tomar High Street cuando la centralita le informó de un atropello con fuga. Le dijeron que no tenían una unidad de tráfico disponible. Volvió a tomar Foothill Boulevard para ir a Fruitvale y después tomó Fruitvale en dirección norte hasta estar a unas pocas manzanas de la ubicación. Ya estaba aprendiendo a manejarse un poco con las calles. Sin embargo, odiaba los avisos por incidentes de tráfico, suponían demasiado papeleo.

Se habían juntado media docena de personas. Una camioneta negra con las lunas tintadas y una pegatina de una Harley-Davidson en el parabrisas trasero se había empotrado contra la portezuela del conductor de un Oldsmobile de color verde que parecía estar abandonado. Todavía humeaba el radiador cuando llegó él, y la luna del parabrisas estaba destrozada por el lado del conductor; el vidrio de seguridad seguía de una pieza, pero todo abollado y cubierto de sangre y de unos largos mechones de cabello negro. Hanson examinó el interior de la guantera de la camioneta y encontró documentación a nombre de un tal Arlie Oso Cuerno Hueco. También había una bolsita con unos quince gramos de cristal, la metanfetamina callejera, pero la dejó donde estaba hasta ver cómo se desarrollaban las cosas.

El sol todavía estaba muy alto; hacía buena tarde y allí cerca había media docena de críos de color divirtiéndose, dando vueltas en bicicleta en torno al estropicio: bajaban la calle, saltaban el bordillo para subirse a la acera y volvían a bajar a la calle; ejecutaban acrobacias y observaban a Hanson para ver qué iba a hacer. Estaban contentos con el espectáculo, tendrían diez o doce años, todos delgados y musculosos; se estaban exhibiendo.

—¿Cómo va eso, chavales? —les preguntó mirando alrededor y estableciendo contacto visual con cada uno de ellos.

—No va mal.

—Genial.

—¿Y usted, agente?

—Bastante bien, por el momento —respondió Hanson—. ¿Alguno de

vosotros ha visto cómo ocurrió esto? —preguntó señalando la camioneta humeante.

—Yo lo he visto.

—Yo también.

—Yo lo he visto todo.

—¿Alguno ha visto adónde se fue el conductor? Lo más seguro es que tenga que hablar con él.

Un par de chicos soltaron risitas al tiempo que hacían acrobacias, giraban el manillar a izquierda y derecha y pedaleaban erguidos sobre las ruedas traseras.

—Eran dos. Se fueron por Fruitvale. Los dos iban borrachos.

—Un blanco y un indio enormes. Dos armarios.

—Seguro que el que conducía era el indio.

—Exacto.

—Ha acertado, agente. Se dio un golpe tremendo en la cabeza.

—Weegee se fue tras ellos. Por allí.

—Entonces será mejor que encuentre a Weegee. Gracias por la ayuda, chavales.

—De nada.

—Para eso estamos.

—Yo creo que va a necesitar refuerzos, porque eran dos tipos enormes. Y de la pandilla de los Ángeles.

—Ya veré cómo se da la cosa —respondió Hanson al tiempo que se guardaba la documentación en el bolsillo de la camisa y echaba a andar por la calle.

Al instante las bicicletas se separaron de él y se situaron unas delante y otras detrás, a modo de escolta.

Otro chico venía pedaleando hacia ellos, cuesta arriba, ganando velocidad. En la bici había puesto un naípe sujeto con una pinza de la ropa, de modo que iba dando topetazos con cada uno de los radios de la rueda y producía un ruido semejante a un motor pequeño.

—Eh, Weegee. ¿Adónde se han ido? —voceó uno de los integrantes de la escolta, el que parecía ser el líder.

—Tío, están en el Anchor. —Luego miró a Hanson de arriba abajo—. Será mejor que llame a un par de polis más para que lo acompañen.

—Gracias, Weegee. Creo que simplemente voy a saludarlos y preguntarles qué es lo que ha pasado y si se encuentran bien.

—Usted manda. Haga lo que le parezca.

—Lo que me parece... —dijo Hanson mirando alrededor en busca de su coche patrulla— es que será mejor que lleve el coche. —Sonrió a Weegee—. No sea que se me olvide dónde está si tengo que meter a un detenido en el asiento de

atrás. Esas cosas siempre dejan en mal lugar a la policía.

Aparcó en doble fila delante del Anchor Tavern, encendió solo las luces de emergencia traseras y se apeó del coche. El Anchor era un local pequeño, no había mucho espacio para utilizar la porra larga, de modo que la dejó dentro del coche. Cruzó la puerta y esperó a que sus ojos se acostumbraran a la semioscuridad.

El indio tenía una risa rara, peculiar, una especie de tartamudeo histérico que intimidaba a la gente. Parecía pesar unos ciento veinte kilos. Joder, pensó Hanson, un indio borracho y drogado. El blanco medía casi dos metros, era delgado y no estaba tan borracho. Ambos llevaban los colores de los Ángeles del Infierno de Oakland. La sede del club estaba a unas calles de Fruitvale.

—Señor Oso Cuerno Hueco —dijo Hanson yendo hacia su mesa. El indio se volvió para mirarlo y rápidamente apartó la vista, como si no hubiera reaccionado ya al oír pronunciar su nombre. Sobre la mesa tenían varias jarras de cristal medio llenas de cerveza—. Caballeros —les dijo al tiempo que recogía las jarras y las trasladaba a otra mesa—, lamento retirarles la cerveza, pero es que son jarras muy grandes.

El indio se lo quedó mirando y el blanco se reclinó en su asiento con curiosidad por lo que iba a suceder a continuación. Miró por la ventana y vio a todos los chavales en sus bicicletas mirando hacia el interior del local.

—Esa es mi patrulla —dijo Hanson.

—¿Y dónde están los otros polis?

—Haciendo buenas obras, espero —contestó Hanson.

Acto seguido, sin romper el ritmo y con gesto de naturalidad, se sacó la radio del cinturón y pidió a la centralita que enviasen una ambulancia al Anchor Tavern. La centralita le respondió que tardaría un rato y él volvió a colocarse la radio en el cinturón.

El indio lanzó una carcajada, pero se interrumpió de pronto y miró a Hanson con cara de pocos amigos. Tenía dos cortes profundos en el pómulo, la nariz recién rota y el pelo manchado de sangre. Hanson le dirigió una mirada blanda, intentando ver la expresión de sus ojos, pero estos eran dos piedras negras que no expresaban nada.

—Necesita puntos —le dijo—. Por lo que parece, ha atravesado el parabrisas con la cabeza.

El indio lanzó otra carcajada, volvió a fruncir el ceño, rio otra vez y entornó los ojos.

—Pogo y yo hemos estado haciendo lucha libre. No sé nada de ningún parabrisas.

—He encontrado esto en la guantera de esa camioneta negra —dijo Hanson al

tiempo que sacaba la documentación que se había guardado en el bolsillo de la camisa—. Lleva su nombre. Y todos esos críos de ahí me han dicho que usted iba al volante cuando chocó contra el Oldsmobile.

—Ese Oldsmobile lleva seis meses abandonado.

—No creo que aparezca nadie quejándose de los desperfectos, pero a usted tengo que llevarlo a urgencias y detenerlo por conducir bajo los efectos del alcohol.

El indio rio de nuevo, se interrumpió y frunció el ceño. Hanson posó la mirada en el blanco.

—¿Su amigo se encuentra bien?

—Sí. ¿Es usted el único policía que han enviado?

—El único, señor...

—Yo me llamo Pogo. ¿Ha encontrado alguna cosa más en la guantera?

—Quizá quiera sacar del coche algún objeto de valor antes de que se lo lleve la grúa.

—Iré a ver. Gracias.

Hanson asintió con la cabeza y volvió a mirar al indio.

—Le agradecería que se levantara para que pueda ponerle las esposas. Ya sabe que no hay más remedio. Iremos a urgencias para que le curen la herida, y después al centro para cursar la orden de detención.

—Adelante, Oso —dijo Pogo—, pagaremos la fianza.

Hanson le dio las gracias a Pogo con un gesto al tiempo que el gigantesco indio se ponía de pie.

—Haga el favor de poner las manos en la espalda —le instruyó Hanson mientras sacaba las esposas plateadas que llevaba al cinto—. Voy a ponerle las esposas con el seguro doble, para que no le aprieten.

El indio miró a Pogo. En aquel momento llegaron dos policías motorizados, se detuvieron junto al coche patrulla de Hanson y subieron a la acera dispersando a los chiquillos. El indio dio un paso atrás y Pogo se puso de pie, alargó el brazo y cogió una de las jarras de cerveza, con tanta rapidez que el líquido que había dentro quedó un segundo suspendido en el aire, como si viajara a cámara lenta, y después se derramó por la mesa y por el suelo.

—De modo que usted era el único, ¿eh? —le dijo a Hanson.

—No he pedido refuerzos.

Los dos agentes de tráfico dieron un acelerón a sus enormes motos blancas y negras, después apagaron el motor, bajaron el soporte y se apearon. Los dos permanecieron unos instantes sin moverse, como si fueran dos luchadores de sumo; luego colgaron el casco en las motos y se dirigieron hacia la puerta.

Ya dentro, dedicaron unos segundos a recorrer el local con la mirada. Sus

trajes de cuero crujían y sus gafas de sol eran como espejos.

—No seas capullo —dijo Barnes, el más alto, mirando al gigantesco indio— y no te trataremos como tal. —Su porra sobresalía de la funda.

—Pues ven acá, cabrón —le dijo Pogo agarrando la jarra de cerveza.

—No —se interpuso Hanson mirando a los dos agentes y bloqueando a Pogo con la mano.

Arlie Oso Cuerno Hueco arremetió contra Hanson. Este chocó con el pecho contra una mesa y después cayó al suelo de espaldas y resbaló hacia la barra llevándose por delante a los clientes que estaban sentados en las banquetas. Se retorció para ponerse de costado, se incorporó, apartó de en medio a un cliente que le estorbaba y, con la misma lentitud que si estuviera caminando bajo el agua, volvió hasta el agente de tráfico más bajo, el cual, con la porra en alto, estaba retrocediendo hacia la puerta al verse acorralado por el indio, que avanzaba hacia él como un autobús. En aquel momento se detuvo bruscamente frente a la puerta del bar un segundo coche policial iluminando la tarde con sus luces estroboscópicas rojas y azules. Hanson comprendió que todo aquello había sido un montaje de los de Tráfico y los de la patrulla diurna, que lo habían utilizado como cebo. Pensaron que, al verlo solo, los dos moteros, ambos borrachos, se resistirían a ser detenidos y así ellos tendrían una excusa para acudir al rescate de Hanson y darles de hostias.

Pero eso no importaba ahora. Saltó sobre las anchas espaldas de Arlie Oso Cuerno Hueco, apretó el antebrazo izquierdo contra su cuello y le hizo una llave para bloquearle la respiración. Se colgó de él, separando los pies del suelo, y le interrumpió la entrada de aire y el suministro de sangre al cerebro a la vez que resistía los intentos que el indio, desesperado por aprovechar un último resquicio de aire, hacía por librarse de él. Finalmente el indio se desplomó en el suelo igual que un árbol, inconsciente, y Hanson lo esposó en los pocos segundos de que disponía hasta que volvieran a funcionarle los pulmones y el cerebro. A esas alturas, los otros tres agentes ya habían reducido a Pogo con una lluvia de golpes propinados con la rodilla, el codo y la porra, y había llegado un tercer coche policial.

Cuando todo acabó, los dos agentes motorizados y los tres patrulleros del turno de día estaban todos fuera, enfrente del bar, felicitándose unos a otros. Pogo, sangrando por la cabeza, estaba en el asiento trasero de uno de los coches patrulla. Cruzó una mirada con Hanson y después desvió el rostro y apoyó la cabeza en el asiento. Ese tipo piensa que soy un mentiroso y un matón, pensó Hanson, cree que se la he jugado para detenerlo.

—Eh —dijo el alto, Barnes—, deberías haber visto aquí al amigo dejar sin respiración a ese puto indio.

—Sí —respondió el otro, que se llamaba Durham—, ha sido increíble. El otro estaba a punto de arrancarme la cabeza cuando Hanson tiró al suelo a ese mamón.

Hanson se limitó a mirarlo con la cara enrojecida. Temía ponerse a vomitar. Le dolía la mano, pero todavía no quería mirársela.

—Eh —le dijo Barnes con una risa forzada—, perdona que nos hayamos servido de ti para tenderles una emboscada a esos dos mierdas, pero ha funcionado. Los dos van a ir a chirona con todos los cargos que vamos a presentar contra ellos. Era una oportunidad demasiado buena para dejarla escapar. ¿Qué fue lo que le dijiste a ese?

—Le dije que hiciera el favor de levantarse para que pudiera ponerle las esposas.

—Exacto. Pues buena suerte —dijo Durham.

—Estaba esposando al indio cuando aparecisteis vosotros.

—¿Cómo? ¿A esos dos hijos de puta? Si no hubiéramos aparecido nosotros, te habrían dado de hostias. Todavía tienes mucho que aprender en este barrio.

—No necesitaba refuerzos.

—Este tío acaba de salir de la Academia —les dijo Durham a los dos patrulleros—. Tiene treinta y ocho años, ¿os lo podéis creer? Cuando consiga tener los mismos años de experiencia que yo, ya me habré jubilado.

—Que te jodan —dijo Hanson en voz baja—. No pedí refuerzos —repitió, acercándose.

—No te acerques más, amigo —le advirtió Durham; Hanson notó que el aliento le olía a tabaco.

—Déjale que se vaya, Dwayne —terció Barnes—. Está pirado. Vamos a llevarnos a estos detenidos.

—A la mierda con los detenidos —dijo Durham, erizándose.

—Está loco, Dwayne, vámonos —insistió Barnes agarrándolo por los hombros.

Sujetadme, pensó Hanson.

—Vosotros sois de Tráfico y habéis efectuado las detenciones, así que vosotros os encargáis del papeleo —les dijo.

Los dejó a un lado y echó a andar por la calle en dirección a la camioneta siniestrada. Una vez allí, se miró la mano.

Tenía dislocado el dedo anular, torcido hacia atrás a la altura del primer nudillo y apuntando hacia la quinta dimensión. Antes de que se le ocurriera cambiar de idea o que le faltase el valor, agarró el dedo, lo estiró y lo colocó en su articulación. El dolor fue tan intenso que creyó que iba a desmayarse. Lo asaltó una arcada y vomitó los últimos restos del sándwich de queso y del yogur

de limón que se había obligado a ingerir a modo de almuerzo.

—Menos mal que le han mandado refuerzos.

El que había hablado era Weegee, de pie junto a su bicicleta.

—Weegee, ¿cómo va eso?

—Tirando. ¿Y usted, agente Hanson?

—Bien —respondió Hanson con la boca seca—. Estupendamente.

Weegee lo miró.

—Vale. Cuídese —le dijo.

—Tú también. Gracias por ayudarme.

—No hay de qué —respondió Weegee—. Estuvo usted genial con esos Ángeles, hasta que aparecieron esos polis motorizados.

—Bueno —repuso Hanson—, gracias, amigo. Me alegro de que pienses eso.

—Genial. Hasta luego —se despidió Weegee. Levantó el manillar de la bicicleta haciendo un caballito y recorrió unos metros calle abajo pedaleando y haciendo ruido con el naípe antes de volver a dejar caer la rueda delantera contra el asfalto.

Hanson lo contempló hasta que se perdió de vista, sorprendido de que la opinión de un crío pareciera importante. Sonrió, luego se metió en la camioneta, sacó la droga de la guantera, la aplastó hasta convertirla en polvo y la lanzó al viento.

El certificado POST

Veintiuno de marzo. El equinoccio de primavera. Dos de la madrugada. Hanson estaba en su piso, situado en el límite entre Oakland y Piedmont, sacando brillo a los objetos de cuero con ayuda de las medias de color carne que había comprado el día anterior en Walgreen's. Las había cortado a la altura de las rodillas y había metido la mano en la parte destinada al pie, como si fueran unos guantes, para no dejar marcas de dedos en lo que estaba limpiando.

Las botas militares con puntera de acero no constituían ningún problema, pero con las demás cosas era imposible no dejar marcas: el cinturón de la pistola, las trabillas, la funda del gas pimienta, el estuche de las esposas y la sobaquera con solapa de cuero blando.

Otra vez sacando brillo al cuero y al latón, se dijo. Debería haberse quedado en Vietnam. Haber vuelto al Command and Control North. Al Proyecto Fénix, a Laos, a la Llanura de las Jarras. Haberse enganchado a la CIA. Haberse quedado allí hasta que le hubieran matado. Pero en el último momento perdió la cabeza —o el valor— y pensó que sería buena idea volver a casa mientras todavía estuviera vivo.

Supo que volver a casa había sido un grave error en cuanto se bajó del avión en Carolina del Norte con sus botas de paracaidista, la boina verde y sus medallas en el uniforme de gala. Un poco más de tiempo le llevó comprender que la guerra era lo único que había deseado siempre, pero para entonces la guerra ya se había acabado y él seguía vivo. Fue como perder a la mujer que amabas, la que jamás olvidarías, tu verdadero amor, porque no te habías dado cuenta de que la amabas o ni siquiera sabías lo que era amar, y ahora cualquier otra mujer iba a decepcionarte.

Lo mejor que podía hacer por el momento era trabajar un año en la calle para obtener el certificado POST de formación y normas para agentes del orden, una licencia para ser policía en California. Un intento de «profesionalizar» aquel trabajo. Normalizar a los agentes de policía, convertirlos en unidades intercambiables. Para obtener el certificado POST tenía que pasar el período de prueba de dieciocho meses, en el que estaban incluidos los cinco de la Academia. Le quedaban nueve meses, pensó. Aguantaría nueve meses más.

Si obtenía el certificado POST en Oakland, podría solicitar un traslado a cualquier comisaría del estado y canjear la experiencia adquirida en las calles del este de Oakland por un trabajo en alguna ciudad pequeña de la costa; un lugar en el que pudiera llegar a jefe en pocos años, en el que la ley sería él, un trabajador social armado que aplicaría el contrato social de esa jurisdicción en particular; un lugar en el que la justicia fuera más importante que el Código Penal de California. Si surgiera algún problema, se encargaría de solucionarlo. Él solo. Podría ir andando a casa, al coche, al bar, a comprar alcohol, a donde estuviera la gente, al aparcamiento... Entraría, daría un paso al frente, se presentaría, tomaría una decisión y resolvería el problema sobre la marcha. Aplicaría su propio código penal, y todo sin desenfundar un arma. A la mierda todas esas chorradas sobre la «seguridad de los agentes» que dictan las normas. Él no necesitaba un arma, tan solo los idiotas necesitaban un arma. La mitad de los policías que morían cada año caían por un disparo de su propia pistola. Si alguien quisiera dispararle, tendría que traer su propia pistola, no podría robarle la suya. Y solo tendría una oportunidad.

Las luces del piso parpadearon, amenazando con apagarse; después se intensificaron más de lo habitual y por último volvieron a la normalidad. El cableado de aquella vieja casa fue diseñado cuando nadie utilizaba demasiada electricidad. Todavía tenía una caja de fusibles en vez de un cortacircuitos, y ahora hacía falta comprar unos cuantos fusibles. De pronto, las luces parpadearon y algo salió de la cocina, pegado a la pared, y se desplazó por detrás de él, en el límite de su visión periférica, intentando captar su atención. Parecía una especie de pato fosforescente, y decidió no hacerle caso.

—En otra ocasión —dijo en voz alta y mirando hacia el techo, justo en el momento en que se iba la luz en toda la casa.

Dejó la sobaquera en la alfombra, cogió su pistola y se fue a oscuras en dirección al dormitorio. Ya terminaría al día siguiente.

Hanson está durmiendo, ha viajado hasta el lugar en que la guerra no acaba nunca. Allí en este momento se está poniendo el sol, en el Cuerpo I del Norte, con un escuadrón de cinco hombres del CRP, el Pelotón de Reconocimiento de Combate, los veinticinco o treinta asesinos verdaderos que tienen en el campamento. Psicópatas y drogadictos, huérfanos de guerra, hombres solitarios, supervivientes atormentados, mercenarios vietnamitas que cobran en metálico, en dólares americanos, dinero de la CIA del que nadie tiene que acusar recibo.

Estaba haciéndose de noche en las montañas cuando vieron al pelotón del enemigo aparecer entre la vegetación que crecía junto a un arroyo y empezar a subir la pronunciada pendiente que se dirigía al este. Eran ocho o diez hombres,

moviéndose con la última claridad del día, ajenos al hecho de que estaban siendo observados. Incluso bajo la luz menguante, y a aquella distancia, se hacía obvio que eran miembros locales del Viet Cong, soldados de media jornada, que probablemente estaban regresando a alguna aldea semioculta en la que los esperaban sus familias. Se encontraban fuera del alcance de los rifles. Habría sido posible herir a uno o dos con medio cartucho de un M16, pero no probable, y al oír los primeros disparos se dispersarían, echarían a correr y resultaría más difícil alcanzarlos, incluso aunque fueran cargando con los heridos, una vez que traspusieran la colina y se perdieran de vista.

El pelotón de reconocimiento los observó en silencio, de pie en semicírculo alrededor de Hanson, el cual estaba agachado frente a la radio PRC 25, buscando la frecuencia de la gran base de artillería que había junto a la costa. La encontró, pulsó el micrófono y dijo:

—Misión de ataque. —Se identificó con su señal de llamada y, hablando en voz baja como si los del Viet Cong fueran a oírlo, añadió—: Bombas de fósforo blanco. Tenemos un grupo de hombres a la vista.

Acto seguido proporcionó las coordenadas sobre la cuadrícula. Se encontraban ampliamente dentro del alcance de los 155 de la base y de la artillería de ocho pulgadas. Incluso aunque el grupo lograra rebasar la colina, aquellas potentes armas los alcanzarían por la otra ladera.

—Necesitamos ese fuego de artillería pronto —dijo hablando al micrófono—, antes de que los perdamos de vista en la oscuridad.

La base era una unidad militar de gran tamaño, dotada de una compleja cadena de mando y protocolos de seguridad, de modo que funcionaba despacio. Los miembros del pelotón de reconocimiento murmuraron, menearon la cabeza y miraron al cielo cuando vieron que Hanson tuvo que identificarse de nuevo y repetir las coordenadas. La radio tan solo crepitó por efecto de la estática.

Vamos, pensó Hanson. Esperó y esperó, pero la radio continuó crepitando. Todos observaron cómo los soldados del Viet Cong seguían ascendiendo por la ladera de la colina. Debían de estar sin resuello, con calambres en las piernas, tirando de sí mismos cuesta arriba a través de una vegetación que les llegaba a los hombros, arañándose con ella las manos y las muñecas. El propio Hanson había hecho aquello mismo montones de veces, sintiendo el escozor del sudor en las manos ensangrentadas. Vamos, vamos.

—*Disparados* —dijo una voz procedente de la radio, interrumpiendo la estática.

Instantes después, dos proyectiles 155 pasaron volando por encima de sus cabezas, silbando como banderas enormes en medio de un vendaval. Fósforo blanco, bombas de color plata que rebasaron la cima de la colina e iluminaron el

negro del horizonte con sendas nubes explosivas, potentes estallidos de fósforo que brotaban del humo en forma de arco, cada uno con su propia estela blanca. Una sola partícula de ese material era capaz de producir quemaduras en la piel, el músculo y el hueso y salir por el otro lado. No se podía apagar con agua, pues se servía del oxígeno que contenía esta para arder más. Si se lograba cubrir la herida con barro, y de ese modo privarla de aire, se podía impedir que la partícula continuara perforando el cuerpo. Si es que uno tenía barro a mano. Uno estaba jodido si le caía una partícula encima, era el mayor miedo de todos.

—Lancen trescientos —dijo Hanson al micrófono, y seguidamente pasaron otros dos proyectiles por encima de su cabeza que fueron a explotar junto al arroyo que discurría allá abajo. Los del Viet Cong, ya acorralados, lo tenían jodido, y eran conscientes de ello. Los siguientes disparos que pidiera Hanson les caerían directamente encima. No podían hacer nada, no tenían dónde esconderse, la colina estaba incendiada. Hanson no alcanzaba a verlos por culpa del humo, pero sabía que estaban huyendo. Por debajo de ellos la hierba estaba ardiendo, las llamas ascendían a toda prisa y les pisaban los talones. Ya no iban a lograr volver a casa para cenar, iban a morir.

Hanson sintió que sus hombres lo estaban observando y los miró a los ojos, aquellos ojos de asesinos que relucían plateados y dorados reflejando el fósforo blanco y el fuego. Hablaban con los ojos, y Hanson sonrió, asintió, pulsó el micrófono de la radio y, en vez de pedir más artillería, dijo:

—Cancelen la misión de ataque. Lástima, se nos han escapado.

Los miembros de aquel grupo enemigo se preguntarían por qué habían sobrevivido. Hasta el fin de su vida se preguntarían cuál había sido la razón, pero jamás adivinarían que había sido Hanson con su pelotón de reconocimiento el que había decidido perdonarles la vida jugando a ser Dios aquella noche en las montañas.

—La próxima vez —dijo Hanson hablando al micrófono—. Buen trabajo. Gracias. Corto.

Uno de los miembros del pelotón fue pasando una cantimplora y todos bebieron aspirando el aire fresco de la noche. Había llegado el momento de plantar las emboscadas nocturnas. Allá en lo alto empezaron a asomar las estrellas por encima de las montañas del Cuerpo I del Norte, mientras que en Oakland el amanecer va iluminando el cielo mientras Hanson duerme.

La tienda de rocas

Estaba casi en la autopista cuando la vio en la esquina de un cruce sin señalizar. Una casita bien cuidada, con un patio diminuto arreglado como un jardín japonés, con piedras y arena formando arcos sucesivos de color azul, gris y blanco, como si fuera un dibujo del cielo nocturno. Cuando aminoró la velocidad al llegar al STOP, vio estrellas y planetas que brillaban y giraban por todo el jardín: era la luz del sol, que arrancaba destellos al cuarzo, la obsidiana y la mica.

En todas las noches que había patrullado aquella zona, nunca se había fijado en aquella casa. El garaje tenía una puerta de láminas protegida con barras de hierro y candados, y en el camino de entrada para coches resplandecía un Lincoln negro y alargado de los años cuarenta. Por encima de la puerta situada junto al garaje se veía un cartel que llevaba la siguiente leyenda, en letras sencillas y de color negro: TIENDA DE ROCAS DEL REVERENDO RAY.

Atravesó el cruce y se detuvo junto a la acera para verlo mejor. El barrio se hallaba desierto, no había nadie en la calle, ni tampoco coches, y las casas estaban protegidas con tablonces. Reinaba un silencio absoluto. Incluso sus acúfenos habían quedado reducidos a unos leves chasquidos de interferencias, lejanos y próximos al mismo tiempo, como serpientes de cascabel. El sol brillaba con la palidez de una tarde de invierno nublada; en cambio, el cielo estaba totalmente azul. Le vino a la memoria un eclipse que vio un domingo cuando tenía cinco años, estando en casa solo, mientras la sombra de la luna corría por la calle.

Con un ligero mareo, se miró los ojos en el espejo retrovisor y se dijo que debería dormir más y comer mejor. Y no beber tanto. Tenía que cuidarse más, o de lo contrario aquel trabajo acabaría con él antes de cumplir los dieciocho meses y dimitir sin dar la impresión de que se rajaba.

Cuando se apeó del Travelall y echó a andar hacia la casa, se sintió bastante bien. Allá en lo alto pasó rugiendo un avión de pasajeros. En los árboles se arrullaban las palomas. Los oídos le pitaban como siempre. El mareo había desaparecido. En cambio oyó música, tal vez alguien que cantaba.

El Lincoln era como si acabara de salir de una sala de exposiciones del

pasado, con aquella pintura negra en la que se veía a sí mismo reflejado, como si fuera un espejo de los que se ven en los parques de atracciones. Se vio primero delgado y después gordo, levantado del suelo, estirado de un parachoques al otro y finalmente convertido en un enano atrapado en el tapacubos cromado de una de las ruedas. Los anchos neumáticos de banda blanca relucían de puro nuevos y la mullida tapicería de color granate se veía impecable.

Lo que había oído era un piano, y procedía de la casa. Cerró los ojos y sintió las notas en los párpados.

—*It's Georgia... always Georgia.*

Sonaba igualito que Ray Charles cantando «Georgia on my Mind», y no era la radio. Tal vez fuese un sofisticado sistema de sonido. Abrió los ojos.

¿Cómo es posible que no se hubiera fijado nunca en aquella tienda de rocas? Era muy frecuente que se parase en las tiendas de rock que había tanto en las autopistas como en las carreteras comarcales. Los propietarios siempre eran personajes poco corrientes —excéntricos, tendenciosos, obsesos, maníacos, taciturnos, paranoicos—, algún tipo de idiotas prodigio, genios innatos o psicóticos al límite que siempre lo recibían como si fuera una alucinación que ya esperaban. Se lo llevaban a sus almacenes secretos, le mostraban lo que guardaban en sus sótanos y le presentaban a su perro. Cuando se iba, le decían que no se olvidara de volver pronto, y cuando arrancaba con el coche se despedían de él con la mano como si se fuera a otro planeta.

—*Georgia on my mind.*

La aldaba que había en la puerta, un león de latón con un aro en los dientes y dos ópalos verdiazulados por ojos, dio la impresión de examinar a Hanson cuando este se aproximó. Debajo del león había un letrero pequeño que decía: ESCARBA EN LA TIERRA Y ME ENCONTRARÁS, DIVIDE EL MAR Y ALLÍ ESTARÉ. ABIERTO.

—*I say Georgia, oh Georgia...*

De pronto cesó el canto, pero el piano siguió sonando. Hanson fue a coger la aldaba, pero en ese momento la persona que había estado cantando rio suavemente, hizo un trino en el piano y exclamó:

—Pase, agente.

Hanson abrió la puerta.

Aquel tipo era igual que Ray Charles: llevaba gafas grandes y oscuras y sonreía meneando la cabeza como si estuviera oyendo alguna otra canción. Era ciego y estaba sentado en una silla de ruedas ante el piano, al otro lado de una mampara de vidrio cuyos cristales, que tenían el tamaño de un puño, le iluminaban el rostro proyectando sobre él dibujos azules, rosas y blancos. Tocó las últimas notas de «Georgia» de tal forma que fueron enmudeciendo gradualmente.

—Sabía que estaba de camino —dijo.

—Ni yo mismo sabía que estaba de camino.

—Simplemente no se había dado cuenta. Además, aquí no tendrá problemas si deja el coche fuera. A mis clientes no los molesta nadie.

—¿Era usted el que estaba cantando? —El ciego hizo un gesto afirmativo con la cabeza—. Ha sido maravilloso —aseguró Hanson.

—Gracias, pero la canción no es mía, sino de Ray Charles.

—Puede que la canción no, pero la voz sí.

—Es solo un truco —dijo el ciego al tiempo que se derrumbaba en su silla de ruedas, como si no tuviera huesos en el cuerpo.

—Ese coche que tiene ahí fuera es fantástico —dijo Hanson para cambiar de tema—. ¿Quién...?

—Justo acabo de arreglarlo. Los coches hay que mantenerlos y cuidarlos.

—¿Quién...?

—Cuando conduzco de noche, veo bastante bien. Como por todas partes hay alumbrado, se ve el camino. Mis ojos son más sensibles de noche, curiosamente.

Negro, ciego y lisiado, pensó Hanson. Y también loco.

—¿Eso no es el *blues*? Sí, señor. Así es.

Tocó una nota, luego otra, y seguidamente empezó a cantar. Una sombría marcha fúnebre:

La muerte no toma vacaciones en esta tierra.

Nunca toma vacaciones en esta tierra.

Acto seguido, soltó una carcajada e hizo un trino en el piano igual que Jerry Lee Lewis.

—Ha pasado bastante tiempo, ¿no?

—¿Desde... er...? —dijo Hanson intentando ser cortés.

—Desde la última vez que me vio. ¿Qué le trae por la tienda de rocas del reverendo Ray?

—Pasaba por aquí...

—No estoy muy bien ubicado.

—Iba de camino a...

—No es buen sitio para una tienda de rocas, lo sé bien —dijo el ciego improvisando una melodía en el piano—. ¿Qué estaba haciendo por aquí en su día libre? Más concretamente —añadió girando la cabeza y mirando a Hanson con sus ojos ciegos a través de las gafas oscuras—, ¿por qué quiere trabajar en este lugar, donde todo el mundo lo odia? Voy a decirle por qué. —Los cristales negroazulados de sus gafas reflejaron dos imágenes gemelas de Hanson, vistas

desde abajo—. El odio es algo en lo que uno puede apoyarse. Te da un motivo para vivir. Es mejor que el amor, desde luego. Es algo en lo que uno puede creer, hermano. —Tocó unos acordes en el piano y después los repitió, solo que en una nota distinta—. ¿Tiene algún amigo por aquí?

—Pues...

—Muertos —lo interrumpió Ray tocando un acorde—. Todos los amigos que tenía están muertos. ¿Por qué cree usted que ya se han reunido con la Parca?

Hanson reflexionó un momento.

—¿Y bien?

—Por mala suerte.

—¿Qué? ¿Cómo es eso?

—Eran tan buenos en lo suyo que lo único que podía acabar con ellos era la mala suerte. Se aburrían, y corrieron riesgos.

—¿Burlaban a la Parca?

—No tenían miedo de morir.

—Todo el mundo tiene miedo a la muerte.

—Todo el mundo, no.

Ray tocó unas pocas notas y cantó, en voz muy baja:

*... y cualquiera sabe
que crees conocerme bien,
pero no me conoces.*

Cerró la tapa del teclado, pero volvió a abrirla.

—Eche un vistazo por la tienda —lo invitó con un ademán propio de un director de circo—. Aquí dentro guardo la historia del mundo, hermano. Observe mis rocas, mis gemas, las joyas, los minerales, los cristales... Piedras preciosas y semipreciosas, comunes, raras y de valor incalculable. Tengo fósiles del pasado y meteoritos anteriores al pasado. Tengo de todo: vida y muerte, oro y plomo, amor y guerra. Respuestas a preguntas que todavía no ha formulado nadie en esta vida. ¿Ve ese cristal verde de ahí? Una balda más abajo; eso es, lo encontré. Es arena transformada en cristal por la primera bomba atómica, en Nuevo México, en las instalaciones que había en Trinity. ¿Y ve ese cristal negro, en esa otra balda? Se denomina obsidiana para armas. Sí, para fabricar flechas, lanzas y demás. Está más afilada que una cuchilla. Cristal verde, cristal negro, siempre es la misma historia, nunca cambia. El que posee las armas posee también el oro. Ya sabe a qué me refiero. Da igual que sean garras, dientes, puñales o bombas atómicas. Evolución de las armas, podríamos denominarlo. La gente habla de la evolución como si fuera algo fiable y lógico. Pues no lo es. —Hizo una pausa

para sonreír y sacudir la cabeza en un gesto negativo y ejecutó otro trino en el piano—. La evolución es tan poco de fiar como todo lo demás. Los dinosaurios dominaron el planeta durante millones de años y aún seguirían dominándolo, pero siempre hay sorpresas. —Tocó un potente acorde en el piano, como el tañido de una campana, y entonó—: Cayó un meteorito. —Rio y dejó que el acorde fuera difuminándose—. Eso no se lo esperaban. Olvídense de las estrategias de supervivencia y el *statu quo* de la evolución. Todo volvió a empezar.

Hanson entrelazó las manos a la espalda para no romper nada que después tuviera que pagar. Se inclinó para ver de cerca algunas de las piedras polvorientas apiladas en las baldas de madera.

—Lo que está mirando se llama calcita diente de perro. Esa pieza llegó desde México a través de una cueva inundada por el agua y llena de toda clase de tiburones ciegos, rayas y serpientes venenosas. En algunos lugares hasta las rocas tienen dientes. Les hacen falta para sobrevivir. ¿Y ve el diamante que hay al lado? Sí, ese. Está en bruto y sin tallar, tal como estaba el día en que salió de un tubo del subsuelo hace cinco millones de años. Adelante, cójalo.

Hanson cogió el diamante y le dio vueltas en la mano. Tenía el tamaño de una bola de billar, pesada, arrugada y nudosa, de un blanco nacarado y traslúcido. Estuvo a punto de resbalársele de la mano cuando Ray gritó:

—¡Y fíjese en eso otro, hermano! Ahí abajo, en el cuenco de plata: son todos meteoritos, más viejos que el Sol, más viejos que el sistema solar, lo único que queda de una estrella que se consumió, estalló y se volvió negra hace cuatro mil millones de años. Todos ellos cayeron en una repentina lluvia de meteoritos sobre Johnson City, Texas, hace apenas setecientos años. Ojalá lo hubiera visto. Meta ahí las manos y sienta el peso, es algo que usted sabrá apreciar, no me cabe duda. Como se incendiaron al entrar en la atmósfera, se convirtieron en trozos de níquel puro grabados con diminutos jeroglíficos y cristales verdes que nadie ha visto jamás en la tierra, más duros que el diamante y tan luminosos como el fuego. ¡Fíjese, qué luz!

—¿Y cómo es que usted ha...? —preguntó Hanson al tiempo que hundía la mano en el cuenco. Seleccionó una piedra y la levantó en alto—. ¿Por qué no están...? ¿Señor?

Hanson fue hasta el piano, llevando en la mano el meteorito incrustado de gemas. El reverendo Ray había desaparecido. La silla de ruedas en la que estaba sentado hacía un momento se hallaba vacía. Hanson miró por la ventana aquel extraño barrio, tan desierto. Dos remolinos de polvo se perseguían el uno al otro.

De pronto, algo chocó contra el suelo a su espalda. Sabía que no debía hacer caso. Ignóralo, haz como que no te has dado cuenta y sal por la puerta. De todas

formas, no era real.

Pero se volvió.

—Vaya —dijo—, ¿qué puedo hacer por ti? —Contempló el conejo de pelaje negro azabache y enormes orejas llenas de cicatrices, como las de un gato callejero, que lo miraba con unos ojos negros sobrenaturales y acusatorios al mismo tiempo. Tenía un mechón de pelo blanco que le recorría el hocico. Era el mismo conejo de la otra vez, el conejo del templo. El meteorito se le estaba clavando en la mano y proyectaba haces de luz verde y dorada hacia el techo, las paredes y el suelo—. ¿Qué?

El conejo lo miró, y Hanson vio en sus ojos pinturas rupestres y ángeles renacentistas.

—¡Reverendo Ray! —voceó—. ¿Es suyo este conejo?

Allí no había nadie.

—Tengo que irme. Quitá de en medio, gamberro —le dijo al conejo. Seguidamente salió y cerró la puerta tras de sí.

Felix Maxwell

Soplaba un viento cálido procedente de Lodi o de Tonopah que hacía revolotear las bolsas de plástico y los envases de comida rápida. Llegaba a Oakland dos o tres veces al año, todas las primaveras. Venía del desierto y silbaba entre los árboles y sacudía persianas y ventanas intentando penetrar en las casas.

El polvo se acumulaba en los faros del coche patrulla, y cuando Hanson giró hacia el sur en High Street surgió de improviso una manada de perros salvajes cuyos ojos amarillos brillaron igual que disparos de pistola ante los faros del coche. La centralita continuaba emitiendo avisos que todavía tenía acumulados de la tarde, algunos de ellos con retrasos de dos y tres horas. Hanson había recorrido los distritos 4 y 5 atendiendo avisos desde el comienzo de su turno, todavía con resaca y medio mareado por el coñac que se había tomado para dormir la noche anterior. Dobló en dirección oeste en la calle Este 14, con el micrófono en la mano, preparado para intervenir entre una transmisión y otra y finalizar su último incidente, un 245 borracho con un cuchillo de cocina y un aerosol limpiahornos.

—*Tres L 34, descarte ese último aviso y vaya a Tres L 40...*

—Tres L 34, recibido... ¿Cuál era la ubicación?

De pronto el horizonte tembló con un relámpago mudo efecto el calor.

Sí, sí, pensó Hanson frotándose los ojos con el dorso de la mano con que sostenía el micrófono mientras la centralita le repetía la dirección a quien se estuviera ocupando de Tres L 34.

—Pon atención, idiota. Vamos... —Tenía el dedo pulgar apoyado en el botón de hablar—. ¿Coche en un control de tráfico?

—*Cuatro L 14 entre la 65 y MacArthur... Un momento, Cuatro L 14.*

Calle adelante había un Rolls Royce Silver Shadow de color blanco perla con el volante a la derecha, aparcado en doble fila delante de Raylene's Discount Liquors. Iluminado por las luces de neón de las ventanas con barrotes de la tienda, relucía con un brillo morado, como de otro mundo, y había atraído a una multitud que se congregaba en la calle, a su alrededor. Hanson colgó el micrófono y se detuvo junto a la acera a media manzana de distancia. Encendió solo los intermitentes traseros y observó cómo iba aumentando el grupo de

gente. Tenía los ojos inyectados en sangre, y el nudillo que se había jodido en el último aviso le dolía una barbaridad. Cerró el puño para combatir el dolor.

Se apeó del coche patrulla, se guardó el bloc de multas en el bolsillo de atrás y cerró la portezuela con la cadera. Dejó la porra dentro del coche; no habría espacio suficiente para utilizarla estando en medio de tanta gente. Los intermitentes emitían leves chasquidos rítmicos y la radio que llevaba en el cinto crepitaba de vez en cuando. Se subió un poco el cinturón de la pistola y apagó la radio.

Cerró con fuerza el puño en el que tenía el nudillo despellejado y lo miró. ¿Eso te ha hecho daño? ¿Y esto otro? Estampó el puño contra la palma de la otra mano. Sonrió al sentir el dolor, contento de tener una oportunidad para bajarse del coche patrulla, porque tenía la espalda entumecida de ir conduciendo en aquel asiento destrozado. Además, supuso un alivio desconectar la radio; fue como deshacerse de un dolor de cabeza del que no se había percatado antes. La centralita no sabía dónde estaba, así que si las cosas se torcían se encontraría solo. Bien, pensó, estupendo.

La multitud todavía no era hostil, pero tampoco amistosa. Sonrió al pensarlo.

—Amigos, permítanme que les diga...

Lanzó una carcajada en voz alta. Ya estaba junto al grupo de curiosos, y aquellos que hasta el momento habían fingido no verlo se volvieron para mirarlo. Notó que se le tensaron los músculos de los hombros y del pecho. Ahora sonreía con los ojos; era su sonrisa de mala leche.

—Hola —exclamó, penetrando en el gentío—, ¿qué tal va eso?

Levon lo venía observando desde que detuvo el coche patrulla junto a la acera. Desde el asiento trasero del Rolls lo veía por duplicado, en los dos espejos retrovisores; veía cómo se acercaba atravesando la multitud y con aquella sonrisa de mala leche en la cara. Hacía tiempo que no veía a nadie actuar así.

Felix y Tyree habían llegado aquella tarde de Los Ángeles y habían recogido a Levon justo cuando empezaba a hacerse de noche. Felix había estado tres meses en Los Ángeles, y ahora que había vuelto le apetecía dar una vuelta por el antiguo barrio, recuperar el contacto.

Felix estaba charlando con el grupo de curiosos, sentado en el asiento del pasajero, con la ventanilla bajada, hablando con el viejo Jessie Barnes, llamándolo tío Jessie. Finalmente le puso un billete de cien dólares en la mano y lo despidió.

Felix siempre iba dos pasos por delante de todo el mundo; era muy inteligente y un buen político cuando quería. En cambio, otras veces, últimamente, incluso aunque se tratara de algo importante, no le apetecía salir en absoluto, y se quedaba encerrado en su búnker de hormigón. Había días en los que era tan

bueno como siempre y se ocupaba del negocio, otros días se ofendía por nada, veía conspiraciones por todas partes sin motivo. Esta noche se lo veía tranquilo, un poquito engreído, que era como había sido siempre y como tenía que ser para volver aquí. Tal vez la temporada que había pasado en Los Ángeles le había hecho bien.

Levon ya iba camino de ser un hombre mayor; en octubre cumpliría los sesenta y uno. Tenía más dinero del que necesitaba para lo que le quedaba de vida; era hora de jubilarse, mientras aún pudiera, y marcharse a un lugar en el que nadie lo conociera y nadie pudiera encontrarlo. Un lugar en el que hiciera calor y la gente fuera amable. Pero no podía abandonar a Felix ahora, por lo menos hasta que pasaran unos cuantos meses.

Volvió a mirar al policía reflejado en el espejo retrovisor.

Felix estaba estrechando la mano a través de la ventanilla a un joven proxeneta que no iba a llegar a los veinte.

—Ahora sí —le dijo al chico, riendo.

—Un verdadero honor, señor Maxwell —dijo el chico—. Si alguna vez puedo serle de ayuda, dígamelo, por favor.

A continuación, el chico le hizo una breve reverencia, dio un paso atrás y volvió a reunirse con los suyos.

Levon mantuvo la mano apoyada en su Colt 1911 del ejército hasta que el muchacho dio media vuelta y se fue. Demasiada gente que vigilar al mismo tiempo. No sabía por qué había traído aquella maldita Uzi, no servía de nada con una multitud así. Debía de estar haciéndose viejo, y también idiota.

—Felix —llamó—, vámonos.

—Nobleza obliga, Levon —replicó Felix—. A esta gente la conozco de toda la vida. Esperan tener la oportunidad de hablar conmigo.

—Has visto demasiadas veces las películas de *El padrino*. ¿Ves a ese agente que viene hacia aquí?

—Desde que se bajó del coche patrulla. Ya conozco a ese policía, Levon.

—Echa otro vistazo.

Hanson sentía el nudillo curado. La resaca había desaparecido. Una mujer atractiva, vestida con una camiseta de tirantes y lentejuelas y pantalones ajustados, le puso morritos desde la acera al tiempo que lo señalaba con el dedo como si fuera una de las Pointer Sisters. Hanson estableció contacto visual con ella y le respondió con una sonrisa.

—Una noche estupenda, ¿verdad? —comentó al pasar junto a tres individuos que estaban intentando ignorarlo. Al ver que no le contestaban, se detuvo, se

volvió y los miró—. ¿Verdad? —repitió, esperando la respuesta, sonriendo y mirándolos con lo que él denominaba su «sonrisa Shirley Temple», con los ojos muy abiertos, un truco que había descubierto años atrás. Una expresión que era íntima y alocada, tan poco natural que nadie la había visto nunca y por lo tanto no sabía cómo reaccionar a ella. Y además era fácil, y también divertida.

—Ajá.

—Sí.

—Bien. Eh, mirad, está saliendo la luna —dijo, forzando su suerte—. Pero qué luna —tarareó a la vez que daba media vuelta y se internaba en la multitud de curiosos. En aquel momento estalló un relámpago que iluminó toda la bahía. Esa noche Hanson estaba rebosante de energía, nada podría afectarlo.

Levon vio a Lemon Lee intentando abrirse paso por entre la gente, por delante del policía. Apoyó sus largos brazos en el techo del Rolls y se inclinó llenando con su cabeza de búfalo todo el espacio de la ventanilla del pasajero.

—Felix, tengo un asunto que tratar contigo.

—¿Y por qué no lo hablas conmigo, Lemon? —replicó Levon desde el asiento de atrás.

—No quiero nada contigo, Levon, te enterarás enseguida. El problema lo tengo con tu pupilo.

Levon conocía a Lemon Lee desde que ambos eran unos críos. En tercer curso Lemon ya era un gilipollas. Había sido reclutado directamente en el instituto para ocupar el puesto de jardinero izquierdo en el equipo de los Monarchs de Kansas City, la franquicia glamurosa del béisbol negro. Jackie Robinson y Satchel Paige habían jugado para los Monarchs antes de que Jackie Robinson rompiera la barrera del color. Lemon había sido durante dos años el principal bateador de los Monarchs, hasta que el dinero y su propia hostilidad lo echaron a perder y el equipo le rescindió el contrato. Después de aquello consiguió ir tirando, trabajando para diferentes personas, haciendo distintas cosas, la mayoría de ellas ilegales. Levon no lograba entender cómo no lo habían matado hacía ya muchos años. Era un tipo grande, sí, pero a un chaval de dieciséis años, que pesaba sesenta kilos, cabreado y con una 9 mm no le importa que el otro fuese grande.

Lemon sería más feliz estando muerto, se dijo Levon. A lo mejor Dios lo mantenía vivo para castigarlo. En cambio él nunca había visto pruebas de que existiera esa clase de dios personal, pensó al tiempo que agarraba el 45 y alargaba la mano hacia el tirador de la puerta.

Hanson llegó hasta el Rolls justo en el momento en que un individuo corpulento, de cincuenta y tantos, se inclinaba para hablar con alguien sentado en el interior del coche. Su camisa amarilla, del tamaño de una tienda de campaña, estaba un poco levantada y dejaba al descubierto parte de la espalda, negra y cubierta de vello.

Hanson se plantó detrás de él.

—Disculpe —le dijo, pero el otro lo ignoró—. Por favor, disculpe —insistió, esta vez tocándolo en el hombro.

Esta ocasión, el otro volvió la cabeza y se miró el hombro, como si el que le había tocado le hubiera ensuciado la camisa.

—No me pongas la mano encima, capullo —dijo a la vez que se llevaba la mano a la espalda para apartar a Hanson.

Para Hanson fue como si se detuviera el tiempo, como si se hubiera quedado suspendido en el aire. Por lo general, mantenía su vena agresiva encadenada y sujeta con tres llaves, para no oírlos, pero ahora sintió sus aullidos, acompañados de los murmullos y los silbidos de sus acúfenos.

Vio la enorme mano de Lemon que venía lentamente hacia él, flexionando la muñeca y los nudillos, fácil de atrapar. Le agarró la muñeca con la mano izquierda y el dedo corazón —tan grande como un cigarro puro— con la derecha. Tiró de la muñeca para que Lemon perdiese el equilibrio y le rompió el dedo. Lemon lanzó un chillido y poco a poco fue apartándose del coche. Hanson siguió retorciéndole la muñeca, esta vez con ambas manos, para tenerlo controlado; luego le propinó una patada en la pierna con el costado de la bota, justo en la rodilla, para dislocarla; y acto seguido una segunda patada en la espinilla y una tercera en el empeine, con lo que le aplastó esa delicada cadena de huesecillos y también los tendones y los nervios. Finalmente, se hizo a un lado mientras Lemon se derrumbaba en la calle y se encontró frente a frente con Felix Maxwell, el cual lo miró a su vez como si formara parte de aquella broma. Era el individuo de las gafas de montura metálica que estaba al volante de aquel Cadillac azul marino del callejón, la noche en que convenció a aquel grupo de gente de que se fuera a casa.

Lemon chillaba y se agitaba igual que un pez grande y amarillo, y Hanson se volvió hacia la multitud de curiosos.

—¿Alguien conoce a este hombre? —voceó—. Me parece que podría estar sufriendo un infarto. Necesita una ambulancia, y a mí no me funciona la radio.

A su espalda, Felix hizo un gesto con la mano en dirección a la multitud, y al momento salió un pandillero acompañado de varios amigos. Entre todos se llevaron a Lemon, medio en brazos, medio a rastras, al tiempo que en el cielo estallaba un relámpago que congeló el momento igual que el *flash* de una

cámara.

—Buenas noches —dijo Hanson absolutamente feliz, acercándose al coche.

—Buenas noches, agente. ¿Un infarto, usted cree?

Hanson miró al suelo para no sonreír, meneó la cabeza en un gesto negativo y volvió a levantar la vista.

—Quién sabe.

—A lo mejor es que Satanás le ha mandado un rayo.

—Satanás está siempre presente —replicó Hanson con una ancha sonrisa.

Hanson señaló con la cabeza al hombre de más edad que iba en el asiento trasero y después al chico que iba al volante.

—Por lo visto, debería haberme aproximado por el otro lado del vehículo —comentó—. El volante no está donde debería estar. Sea como sea —dijo dirigiéndose al joven conductor—, ya que estoy aquí, ¿me permite su permiso de conducir, caballero?

—¿He cometido alguna infracción de la que no me haya dado cuenta?

—Enséñale el permiso al agente —le dijo Felix al tiempo que leía el nombre que figuraba en la placa de Hanson—. Es mi sobrino —aclaró—. A veces habla sin pensar.

Hanson asintió.

—Y permítame que le presente a mi mentor, Levon. Cuida de mí en todo momento.

Levon, el pasajero del asiento de atrás, era más corpulento que Felix. Habría sido un tipo de aspecto mucho más rudo si no fuera por su actitud y su traje bien cortado, el abrigo de vestir extendido sobre el asiento sin llegar a ocultar el bulto que formaba una Uzi de 9 mm. Otro policía probablemente no habría reparado en dicho bulto ni habría reconocido qué era, pero Hanson se había entrenado años atrás con una Uzi. Señaló el abrigo con la cabeza y dijo:

—Ya empieza a hacer calor. Me alegraré cuando nos dejen usar camisa de manga corta.

—El coche es mío —dijo Felix—. La documentación está en la guantera. —Esperó a abrirla hasta que Hanson le indicara que no había problema. Cuando Hanson le dio el visto bueno, abrió la guantera de madera de arce con nudos, sacó la documentación y se la entregó a Hanson—. Lo compré en Los Ángeles la semana pasada. Hoy solo hemos salido a dar un paseo. Tyree quería ver qué tal iba.

Hanson echó una ojeada a la documentación y se la devolvió. El nombre que figuraba en ella era el de Felix Maxwell. Cogió el permiso de conducir del chico y copió los datos en su libreta. Tyree Raymond Stewart.

—Gracias, señor Maxwell, y también a usted, señor Stewart —agregó

mirando al conductor a la vez que le devolvía el permiso—. Un coche precioso. Pero me preocupa que lo tenga aparcado en doble fila; ha atraído a mucha gente y podría venir algún conductor borracho por esta calle.

Felix hizo un gesto afirmativo.

—Nos iremos de la calle y continuaremos nuestro camino, si es que no necesita usted ninguna otra información. Gracias.

—A usted, señor Maxwell —respondió Hanson acariciando el capó del Rolls —, por prestarme su ayuda con toda esta gente. Le estoy agradecido. Y también a usted, señor —le dijo al pasajero del asiento de atrás ignorando totalmente la Uzi, hasta el punto de que bien podría estar mirándola directamente. La lustrosa portada de un libro nuevo que había sobre el asiento, al otro lado, reflejó la escasa luz que había: *Jubílese en Jamaica*—. Muy bien, señor Maxwell —concluyó Hanson—, vaya con cuidado. Esta parte de la ciudad es peligrosa.

—Eso me han dicho —repuso Felix.

—Espero que ese caballero tan corpulento se encuentre ya mejor y vaya de camino al médico. ¿Usted lo conoce?

—Jamás lo había visto.

Hanson asintió, intercambió una sonrisa con Felix y se fue. Esta vez, la multitud se apartó para dejarlo pasar.

La chica del pantalón ajustado le puso morritos y le lanzó un beso. Hanson le hizo un saludo con dos dedos al estilo John Wayne y emprendió el regreso a su coche patrulla mientras el Rolls arrancaba sin hacer ruido.

No había habido motivo para confiscar la Uzi. Aquellos tipos eran traficantes de droga y la necesitaban para el trabajo. Las únicas personas a las que podían disparar eran otros traficantes de droga. Si se la hubiera confiscado, habría supuesto un follón para nada. Maxwell habría salido del calabozo al cabo de una o dos horas y él habría estado rellenando papeleo hasta media mañana para los federales del Departamento de Alcohol, Tabaco, Armas de Fuego y Explosivos —también conocido como el ATF—, que se cabrearían mucho al ver que los hacían trabajar en mitad de la noche. A la Policía de Oakland no le haría ninguna gracia involucrar a los federales, y de todas formas no se conseguiría nada. No había prisa. Maxwell y aquellos pequeños matones seguramente habían salvado el culo gracias a la multitud congregada. Ya se tropezaría con Maxwell en otra ocasión.

La centralita sonaba igual que dos o tres subastadores hablando al mismo tiempo. Los distritos 4 y 5 aún no se habían puesto al día con la acumulación de avisos que siempre había antes del cambio de turno. De pie, tras la portezuela abierta del coche patrulla, Hanson apuntó unas cuantas cosas para sí mismo acerca del Rolls y de sus ocupantes; seguidamente se subió al coche y cerró la

portezuela con energía para que quedase encajada. El interior del coche olía a orina y a vómito, a humo de tabaco y a miedo, y aún conservaba el olor salado de la sangre. El asiento de muelles en el que iba sentado era tan bajo que a duras penas alcanzaba a ver por encima del volante, como si fuera demasiado joven para tener permiso de conducir. A lo mejor se traía un cojín para trabajar. Sonrió al pensarlo y después arrancó.

En el Rolls, que ahora estaba girando para tomar la calle 69, Felix se asomó por la ventanilla para contemplar las estrellas.

—Ese poli ha visto la Uzi —dijo Tyree—, estoy seguro. Como llame a la centralita, dentro de un momento vamos a estar rodeados de policías.

Felix negó con la cabeza.

—La ha visto, tío Fe.

—Ya lo sé, Tyree —respondió Felix inclinando levemente la cabeza, todavía mirando las estrellas—. Pero no va a llamar a nadie. —Se recostó de nuevo contra el asiento de cuero gris mientras el Rolls plateado avanzaba suavemente, igual que la luna, atravesando las descampadas escombreras de Oakland en las que se había criado.

—¿Por qué no?

—Porque para él era divertido. Ha estado vacilando a Levon al respecto, nos ha estado vacilando a todos. Venía todo envalentonado por haberse abierto paso entre la gente, igual que Moisés en el mar Rojo. Pero, si me equivoco —le dijo a Tyree mientras miraba a Levon—, pondremos la Uzi en tus rodillas y diremos que es tuya. De modo que, pase lo que pase, no me preocupa.

—Voy a decirte yo una cosa acerca de ese poli —intervino Levon con una risita—: Por cómo se ha movido, ha jodido a Lemon. Le ha partido primero el dedo y luego el pie.

Tyree miró a Felix.

—Yo pensaba que había sufrido una especie de infarto o algo parecido.

—Ese poli le ha dado bien por el culo —contestó Levon. Después, dirigiéndose a Felix, agregó—: Lemon no tiene muchos amigos, pero ese poli se la ha jugado, con toda esa gente delante. Ha tenido suerte de que tuvieras disponible a ese chico y a sus amigos para que se llevaran a Lemon.

—Ahora ese chico va a querer un trabajo. Una esquina —dijo Felix—. ¿Le has mirado a los ojos?

—Yo no me fiaría de él.

—Podría ser un empleado de corta duración —propuso Felix—. Podría sernos útil. Como te he dicho, yo ya he visto a ese poli —continuó—: Es el que

se subió al capó de su coche patrulla y pidió por favor a todo el mundo que se fuera. Me han contado cosas de él. Es nuevo en el Departamento, pero ha trabajado en más sitios. No es un tío al que convenga joder, pero tampoco es un capullo. No cae muy bien en el Departamento.

—Por mí, después de lo de esta noche, no tengo problema con él —dijo Levon—. Pensé que iba a tener que matar a Lemon y que pasaría la noche en el calabozo. Agradezco que no haya sido así.

—¿Ves, Tyree? Tienes que aprender a ser amable con los policías. No tienes por qué besarles el culo, pero sí ser educado. Y prestar atención a todo, a los ojos, a su forma de moverse, no solo al uniforme. El motivo de que vistan de uniforme es que así son todos iguales. Pero no son todos iguales.

—Vámonos a casa —ordenó Felix—. El agente ha dicho que es peligroso andar por aquí de noche.

El asiento eléctrico emitió un suave zumbido cuando Felix lo reclinó. Cerró los ojos durante un momento y después se sacó de la camisa un objeto unido a una cadena de oro: un pequeño reloj de arena tallado en cristal de cuarzo transparente, encastrado en oro y lleno de trocitos de diamantes en vez de arena. Abrió los ojos, lo sostuvo entre el índice y el pulgar, le dio la vuelta y contempló cómo iban cayendo los granitos a través del estrecho cuello y depositándose en el fondo.

—Ocurra lo que ocurra —dijo hablando para sí, como si estuviera solo en el coche—, ocurrirá. Pero el tiempo nunca deja de acumularse a mi alrededor.

Viento

Y desde la hora sexta toda la tierra se oscureció.

Era Viernes Santo, el día en que Jesucristo fue clavado en la cruz. Y también el primer día de abril, el Día de los Inocentes¹. A Hanson ya le quedaba una semana menos para alcanzar su objetivo de obtener el certificado POST y marcharse de la Policía de Oakland.

El viento caliente llevaba soplando una noche y un día. La noche anterior había acompañado a Hanson hasta su casa, y lo había despertado a la mañana siguiente. Subía y bajaba de intensidad, y cuando Hanson llegó al distrito 5 había empeorado bastante: formaba remolinos en las callejuelas, empujaba cubos de basura contra los coches aparcados, hacía rodar torbellinos de polvo por la calle Este 14, levantaba trozos de periódico, envoltorios de hamburguesas, tiques de aparcamiento, bonos de autobús, recibos de bebidas alcohólicas y carteles del año pasado con fotos de niños fugados que habían desaparecido y cuyas caras estaban ya tan ajadas por la intemperie que parecían todos iguales. El viento volvía a la gente irritable, susceptible, más propensa a discutir y a oponer resistencia a la autoridad. El cuerpo de bomberos estaba muy ocupado con la quema de contenedores y los incendios provocados.

Había detenido el coche junto a la acera en una calle del distrito 5 y estaba buscando en el callejero la dirección que le había proporcionado la centralita, un aviso de problema desconocido procedente de una persona que no había querido dar su nombre. La centralita llevaba ya unas horas con aquel aviso y ahora él no lograba encontrar la dirección. Un problema desconocido de una persona anónima en una dirección que no encontraba en el callejero.

El viento soplaba proveniente del pasado, fuerte, racheado, repleto de voces, zarandeando el coche patrulla. Levantó la vista y vio a un chaval que venía en bicicleta por la misma calle, inclinado hacia un lado para contrarrestar la fuerza del viento e intentando ver quién estaba dentro del coche patrulla. Era Weege, ágil y musculado porque iba a todas partes en su bicicleta, se dijo Hanson, todos los días, sin descanso, recorriendo los distritos sombríos y peligrosos del este de

Oakland. A Weege no le quedaba mucho para que usara una pistola 9 mm por primera vez como centinela de algún camello en alguna zona de viviendas sociales; después tendría una esquina propia donde traficar, y para entonces ya podría permitirse una Uzi. Era un buen chico que trabajaría mucho y probablemente moriría antes de cumplir los veinte. A lo mejor antes de morir conseguía llegar a dirigir, o a distribuir, o a extorsionar.

Le hizo un breve saludo a través del parabrisas. Weege sonrió de oreja a oreja, irguió la espalda y empezó a pedalear, esta vez cortando el viento y ganando velocidad, hasta que Hanson pensó que iba a pasar junto al coche patrulla como una exhalación. En el último instante frenó, giró el manillar, se detuvo limpiamente derrapando de lado y se quedó mirando a Hanson desde el otro lado de la ventanilla.

—Hola, agente Hanson —dijo sin acusar el esfuerzo—. Ya me parecía que era usted.

—Cuando vamos de uniforme todos somos iguales —replicó Hanson sin poder evitar sonreír también—. ¿Cómo te va, Weege?

—Bien.

—¿Vives por aquí cerca?

—Me muevo, ya sabe. ¿Qué ocurre, agente?

—He vuelto a perderme en el este de Oakland —respondió Hanson—. A lo mejor tú puedes ayudarme. —Cogió de nuevo el callejero—. Es justo aquí —dijo tocando una página doblada del callejero, un librito con espiral—. Tiene que estar por aquí cerca, pero no lo encuentro. Es una calle que se llama Bleeker Court.

Weege miró atrás, calle arriba, y después volvió a mirar a Hanson.

—¿Está seguro?

—Del todo. Bleeker Court. Me la ha facilitado la centralita.

—¿Y para qué tiene que...? —En aquel instante el viento levantó un cubo de basura y lo arrojó contra un coche abandonado que había en la acera de enfrente—. ¿Para qué tiene que ir a esa calle?

Tiene que ir... Aquella frase le trajo a la memoria el ritmo de la marcha de la escuela de paracaidismo, muchos años atrás. Recordó su propia voz, y también las voces de personas de las que hacía mucho que no se acordaba, la mayoría de las cuales habían muerto. *Tienes que ir, tienes que ser, aviación, formación...*

—Por un aviso de problema desconocido —respondió.

—¿Y querían que fuera la policía?

—Eso parece.

Weege volvió a mirar calle arriba.

—Esta zona de la ciudad es rara —dijo ladeando ligeramente la cabeza como

si estuviera escuchando algo.

—¿Qué...? —le preguntó Hanson.

—No, nada, es que... —Weegee sonrió—. Me ha parecido que me llamaba alguien —rio—, pero habrá sido el viento. Puedo llevarle yo —se ofreció al tiempo que daba la vuelta a la bicicleta girando sobre la rueda delantera—. Es por aquí.

Hanson fue detrás de él en el coche patrulla recorriendo callejuelas; cruzando verjas de hierro de vallas metálicas; atravesando solares vacíos; lugares que no había visto jamás; callejones con señales que decían SIN SALIDA pero que sí tenían salida; una especie de jungla de vagabundos salpicada de grandes bidones de basura que ardían llenando de chispas el aire; un estrecho pasaje forrado a ambos lados con contenedores apilados unos encima de otros; un basurero en el que vio tres cerdos del tamaño de un perro que correteaban con las patas rígidas y la cola enroscada y levantada y se perseguían entre el polvo agitado por el viento, lanzando chillidos y saltando por encima de coches, cocinas y frigoríficos destrozados y desperdigados que parecían ataúdes.

—No son más que perros —se dijo Hanson.

Weegee se detuvo en un auténtico callejón sin salida en el que había un matorral de ramas de bambú del grosor de una muñeca y de unos seis metros que bloqueaba el paso. Hanson se detuvo junto a él haciendo crujir la grava con los neumáticos.

—Es ahí detrás —dijo Weegee señalando el bambú—. A veces ni yo mismo lo encuentro.

—¿A veces?

—Es difícil de explicar. Ahí viven varias viejas, todas blancas. —Dio vuelta a la bicicleta—. ¿Ha visto los tres cerdos? —Soltó una carcajada—. Tengo que irme.

Acto seguido, volvió a subirse a la bici de un salto. Echó una última mirada a Hanson, como si fuera a decirle algo, pero cambió de idea y se marchó. Hanson se quedó mirando cómo se iba; después apagó el motor y se apeó del coche. Sacó su brújula de supervivencia, pero la flecha no se quedaba quieta, oscilaba continuamente a un lado y a otro.

El matorral de bambú se agitaba y siseaba, y cuando levantó la vista salió de él una bandada de estorninos de pico anaranjado y después otra, todos con plumas moteadas, iridiscentes y verdinegras, aleteando como locos y lanzando agudos graznidos. Hanson inclinó la cabeza para escuchar, luego abrió una rendija en la cortina de troncos de bambú brillantes y puntiagudos y descubrió que al otro lado había un sendero de ladrillos.

Doce chalés californianos, seis a cada lado de un patio en el que crecía una

única palmera datilera inclinada por efecto del viento que agitaba sus frondas secas con un fuerte murmullo. Había plantas que Hanson no había visto nunca en Oakland —ni en ninguna parte— y que allí crecían con gran vigor. Enredaderas uña de gato con flores amarillas y ramas semejantes a zarpas, puntiagudos cactus de flores de color malva... Los pequeños chalés estaban cubiertos casi por completo por pasifloras que contribuían a sostener en pie lo que quedaba de ellos. Probablemente fueron construidos después del terremoto de San Francisco de 1906, se dijo Hanson; muchas personas perdieron sus hogares y se trasladaron a Oakland, una época muy anterior a la Segunda Guerra Mundial, tras la cual empezaron a llegar numerosos negros para trabajar en los astilleros, las conserveras y las fábricas de automóviles.

Mujeres mayores, todas ellas de raza blanca, que vivían lejos de todo, en el extremo sureste del este de Oakland, que vestían faldas descoloridas y blusas y vestidos demasiado estrechos en las caderas y en los hombros, que entraban y salían por la puerta abierta del chalé n.º 5. Debían de ser jóvenes cuando los construyeron, pensó Hanson, y los ferris iban y venían constantemente desde San Francisco, deslumbrantes con sus luces entre la niebla de la bahía. El viento le trajo el sonido de una música a lo lejos, y las visualizó de jóvenes, con el pelo a media melena y vestidos de lentejuelas estilo años veinte, iridiscentes como los estorninos, bailando toda la noche en el transbordador bajo una de aquellas bolas de espejos que colgaban del techo de la pista de baile y proyectaban haces de colores sobre las paredes.

Cruzó el patio. Allá en lo alto las nubes de estorninos adoptaron la forma de una serpiente, un tiburón, una medusa en movimiento..., y finalmente explotaron y se dispersaron. El viento suspiraba y susurraba.

—Señoras —dijo Hanson subiendo los hundidos escalones del porche del chalé n.º 5—, buenas tardes.

Lo ignoraron como si fuera alguien que viniera vendiendo religión. Salían por la puerta con revistas bajo el brazo, latas de conservas, papel de cocina y libros apilados contra el pecho, cargadas con bolsas de tiendas que hacía mucho que habían cerrado.

—Señoras, disculpen.

Detrás de él llegó una anciana que pasó rauda por su lado y entró en la casa al tiempo que lo miraba con impaciencia y cara de pocos amigos. Tuvo que apartarse a un lado para dejar pasar a otra que portaba una lámpara de mesa con la pantalla rota y a otra más que salía con una caja de cartón llena de cintas verdes y rojas, lazos autoadhesivos de purpurina y papel de regalo navideño ya usado. El viento levantó parte del contenido de la caja antes de que ella pudiera impedirlo, y el vistoso papel de regalo salió volando y dio tumbos por el patio.

En el interior de la vivienda había paquetes de periódicos amarillentos y medio desmenuzados, apilados en altas torres a lo largo de las paredes del salón principal, encima de los muebles y de la enorme consola de madera de roble que albergaba el televisor. Entre las torres de periódicos discurría un estrecho pasillo que llevaba hasta el sofá, continuaba hacia el rincón del comedor, que a su vez estaba abarrotado de pilas de ejemplares del *Oakland Tribune* que llegaban a la altura del pecho, por encima de las repisas de las ventanas, años y décadas de malas noticias. La casa olía a comida quemada y camuflada con ambientador, y también flotaba un leve olor dulzón, a podrido, como el aliento de un conductor borracho que asegura no haber bebido alcohol.

—¿Quién ha llamado a la policía?

Una persiana suelta se agitaba con el viento.

En la cocina, una mujer descalza y vestida con un albornoz y un gorro de ducha de los que dan en los moteles iba abriendo y cerrando uno tras otro todos los muebles, que ya estaban vacíos.

—¿Señoras?

Estaban saqueando la casa.

Otra anciana, una que tenía tan poco pelo que se le veía el cuero cabelludo, vestida únicamente con una combinación raída de color carne, se esforzaba por abrir un cajón que se había atascado. Finalmente el cajón cedió y salió del todo. La anciana retrocedió trastabillando, chocó contra la pared del fondo, se le resbaló un tirante de la combinación y le dejó un pecho al descubierto. Un montón de platos baratos cayeron al viejo suelo de linóleo, junto con manojos de cucharillas de plástico unidas con una goma y tenedores y cuchillos de los que regalan con la comida para llevar. La anciana miró a Hanson y se subió el tirante.

En un extremo de la cocina se amontonaban varias bolsas negras de basura y varias cajas de ese vino que viene en bolsas aplastadas y rezumando líquido. Hanson cerró la puerta de la nevera al pasar y entró en una estancia que antes debió de ser un comedor, donde una mujer corpulenta, vestida con una bata de flores, con el pelo castaño y sin vida recogido con una goma, y con unas medias de nailon enroscadas por debajo de las rodillas, estaba inspeccionando los cajones de un aparador de madera oscura. Se había pintado los labios de un color rojo sangre y llevaba las cejas totalmente depiladas y luego dibujadas con lápiz formando un arco agresivo.

De repente se oyó un estrépito que le hizo volver la cabeza, y otras dos mujeres pasaron junto a él corriendo apresuradas mientras entraba en un dormitorio que tenía las cortinas cerradas y una iluminación en el techo tan sutil como la de una estación de autobuses, varias bombillas de cien vatios en una

lámpara de aspecto barato. Todavía no las había robado nadie. La alfombra anaranjada y azul de pelo largo que cubría el suelo estaba llena de cristales rotos de un espejo que se había caído de la pared y se había hecho añicos sobre un tocador. Por todas partes había piezas de bisutería barata, polvos faciales, chaquetas, blusas y zapatos, y también botellas vacías de vodka de diferentes tamaños.

Y un cuerpo tendido en la cama.

No vio que hubiera señales de traumatismos, pero no pensaba darle la vuelta para ver si había algún orificio de salida. Podría haber muerto de cualquier cosa —envenenamiento, asfixia, un picahielos en el oído...—, pero lo más probable era que aquella mujer hubiera muerto, finalmente, de vejez. Estaba tumbada boca arriba, desnuda, con las rodillas levantadas y separadas, todavía rígidas a causa del *rigor mortis*. Un brazo descansaba sobre el cuerpo y el otro estaba extendido y con la palma hacia arriba, con el rostro vuelto hacia Hanson y los ojos casi cerrados. En las nalgas y en los pies se apreciaba sangre acumulada, ya negra. Las sábanas, que en su día debieron de ser color marfil, presentaban un brillante tono negro grafito después de los muchos años que su propietaria debió de dormir encima, borracha, sin conocimiento, sin lavarlas jamás. El rostro de la fallecida parecía, más que viejo, anciano. La muerte había alisado todas las arrugas de expresión y de preocupación, así como las del entrecejo, y había tensado la piel de las mejillas y de la nariz. Era una mujer anciana y anónima, la máscara de la muerte de una mujer cualquiera. Aristocrática, intemporal. Se aproximó y la observó de cerca. Aquella noche se llevaría consigo el perfume dulzón de la muerte, prendido en el cabello y adherido al uniforme. Fuera el viento gemía, castañeteaba y emitía chasquidos que parecían disparos.

Recogió la colcha del suelo, apartó las botellas de vodka, que rodaron hacia los lados, y cubrió el cadáver. Ya se había alterado y saqueado la escena del crimen; diría que la había encontrado tapada. Cuando regresó a la cocina, vio que no había nadie. La casa estaba vacía, estremeciéndose con el viento. Una puerta de rejilla chirriaba y golpeteaba sin cesar. Cerró y echó la llave a la puerta de atrás, y luego fue a asegurarse de que todas las ventanas de la casa estuvieran bien cerradas. Regresó al dormitorio y permaneció un momento en el umbral.

—No le va a pasar nada —le dijo al cadáver—. Ya está todo cerrado. Estará bien. —El viento hacía tabletear las ventanas, intentando entrar—. Bien —repitió, y salió de la casa.

Ya en el porche, sacó la radio del cinturón, pulsó el botón del micrófono y dio el código de identificación. Lo interrumpieron las interferencias. El viento soplaba en una dirección determinada a gran altura y cambiaba de dirección en otra altura distinta, lo cual desgajaba las nubes. El viento estaba cantando.

La centralita le dijo que aguardase un momento.

La nube de estorninos se había constreñido hasta formar un brillante embudo verdinegro y estaba virando lentamente hacia el límite de San Leandro.

La centralita volvió a comunicarse y le dijo que se mantuviera a la escucha.

Fue hasta el siguiente chalé, subió la escalera y llamó a la puerta. Le pareció oír a alguien hablando dentro, o tal vez fuera la televisión, o simplemente el murmullo del viento. Volvió a llamar, esta vez usando la porra corta, observando a los pájaros y escuchando los crujidos de la palmera, semejantes al roce de un remo gigante con la borda del barco. No acudió nadie a abrir, pero las voces se interrumpieron.

De los árboles brotaba la oscuridad como si fuera humo, se elevaba en el viento y se esparcía por las nubes. Las puertas de rejilla golpeaban una y otra vez contra los marcos, y los perros aullaban al cielo.

—*Cinco Tac 51.*

—*Cinco Tac 51 —repitió Hanson.*

—*Esto... Cinco Tac 51, olvide ese aviso. Tiene un 908.*

—*Verá... aquí hay un cadáver.*

—*Cinco Tac 51, ¿me oye? Abandone. Esa ubicación no pertenece a nuestra jurisdicción. Tiene un 908.*

—*Cinco Tac 51, voy a necesitar...*

—*Cinco Tac 51, le será asignado al condado. Tengo un número de aviso en Alameda County para que tome nota, ¿está listo para copiarlo?*

Hanson copió el número en su libreta y volvió a guardarse la radio en el cinturón. Echó una última ojeada al chalé n.º 5 y emprendió su regreso al coche patrulla.

El conejo negro estaba casi oculto bajo el porche del chalé n.º 2. Parecía una sombra, una discontinuidad en el suelo de hormigón. Hanson pasó por su lado haciendo caso omiso, iba pensando en cómo iba a hacer para encontrar el camino de vuelta al distrito. Estaba oscureciendo y en el horizonte se veía el resplandor de los relámpagos. El viento ya era lo bastante desagradable, no le hacía falta otro puto conejo negro. Seguro que en el este de Oakland había centenares de conejos negros que parían camadas todas las noches y que eran famosos en todo el país, aunque él nunca hubiera oído hablar de ellos. Una reserva de presas para todos los perros salvajes. Ahora el conejo venía detrás de él, como un perro. Hizo un alto, se volvió y lo miró. El viento le revolvía el lustroso pelaje formando pequeños remolinos negros y sus grandes orejas se movieron cuando levantó la cabeza para mirarlo. Tenía un mechón de pelo blanco que le nacía debajo de un ojo y discurría a lo largo del hocico. En efecto, era el conejo del templo. Aquel templo se encontraba a varios kilómetros de allí, casi todos cuesta

arriba, al otro lado de dos autopistas. Era el mismo conejo. No iba a dejarlo en paz.

—¿Qué? —dijo Hanson.

El animal ladeó la cabeza y comió unas cuantas hojas de hierba sin dejar de observar a Hanson con un ojo.

Hanson hizo ademán de ahuyentarlo con las manos, como si estuviera chapoteando con el agua hasta la cintura.

—Largo de aquí. Vete.

Pero el conejo no se movió del sitio, de modo que Hanson lo esquivó.

—Hola, agente Hanson.

Era de nuevo Weegee, que venía hacia él abriéndose paso por la cortina de bambú.

—Weegee, cuánto me alegro de verte, chaval. Uf. Ya dudaba que fuera a ser capaz de salir de aquí, este es un sitio raro de verdad.

—Sí —coincidió Weegee. Miró a Hanson y después bajó la vista hacia el suelo. Era tímido, o tal vez le daba vergüenza ajena que un policía se perdiera una y otra vez—. Estaba pensando en eso y llegué a la conclusión de que debía volver, por si me necesitaba.

Le llevó unos instantes. Hanson comprendió que al propio Weegee le daba miedo aquel lugar, pero le había enseñado a él cómo se llegaba y ahora había vuelto. Se mordió el labio y miró al cielo, pero el cielo había desaparecido; ahora no había más que nubarrones negros.

—Es hora de hacernos un *di-di*, chaval, si es que consigo atravesar el puto bambú...

—¿Qué es un *di-di*?

—*Di-di mau*. Es vietnamita. Quiere decir «Vámonos de aquí cagando leches».

Hanson metió la bicicleta de Weegee en el maletero del coche patrulla y ambos se marcharon. El chico estaba todo emocionado hablándole de un político o traficante de drogas del barrio que era igual que Robin Hood. Hanson sonreía y afirmaba con la cabeza, pero en realidad no estaba oyendo lo que decía. Tampoco hacía caso de la centralita. Iba escuchando lo que decía el viento.

Llevó a Weegee al Junkyard Dog a que se comiera una hamburguesa y después se ofreció a dejarlo en su casa, pero el chico dijo que prefería irse en la bici, que no estaba lejos.

Más tarde, consultó el mapa de su ronda y vio que una minúscula esquina de Oakland, en la que estaba incluido Bleeker Court, había sido tachada y eliminada de los límites de la ciudad.

[1](#) En el mundo anglosajón, el 1 de abril corresponde al Aprils Fools', el Día de los Inocentes, que en España se celebra el 28 de diciembre (*N. de la T.*).

Fuego amigo

Hanson está durmiendo.

La ciudad de Oakland está despierta. Un agente de narcóticos infiltrado que se llama Sandler está persiguiendo a un adolescente negro de quince años por los patios de las casas del distrito 4. Sandler y sus dos compañeros habían pasado la noche intentando organizar una compra por parte de unas personas del oeste de Oakland, pero no habían tenido suerte. Cuando Sandler estaba a punto de arrancar y marcharse en su coche sin distintivos y dar la noche por terminada, el adolescente pasó por su lado en otro coche, lo cual lo cabreó mucho. La cabeza del conductor quedaba prácticamente oculta por el reposacabezas, lo cual indicaba que no era un tipo muy grande, así que Sandler fue tras él e informó del número de matrícula empleando la frecuencia secreta que utilizaban los policías infiltrados. Por lo general en las calles había quince o veinte policías de incógnito una noche cualquiera, pero los policías de patrulla no lo sabían, y tampoco conocían las frecuencias secretas que empleaban ellos y otras unidades especiales. El Departamento, preocupado por que los patrulleros pudieran dejar al descubierto a los infiltrados y a los de las unidades especiales, lo mantenían en secreto.

La matrícula resultó ser la de un vehículo que habían robado aquella misma mañana, de modo que Sandler activó las luces rojas que llevaba escondidas detrás del radiador del austero Ford azul oscuro que casi nadie reconocía como un coche de la policía.

El adolescente, que se llamaba Ezekiel, llevaba casi todo el día conduciendo aquel coche; ya casi se le había terminado la gasolina y estaba pensando en dejarlo tirado cerca de donde vivía para poder regresar andando a casa. En cuanto vio las luces rojas a su espalda, salió disparado por la autopista de Nimitz y, con el coche policial pisándole los talones, aceleró casi hasta ciento sesenta. Fue una carrera que jamás iba a olvidar. Tomó High Street con un chirrido de neumáticos, intentó perder a los policías cerca de su barrio en vano, chocó derrapando contra un buzón azul grande, se bajó del coche y echó a correr hacia su casa.

A aquellas alturas Sandler ya estaba cabreado de verdad y bombeando

adrenalina, así que detuvo el coche, se apeó de un salto y dejó a su compañero dentro. Estaba decidido a cargarse a Ezekiel, o por lo menos darle una buena paliza.

Se percató de que el chico estaba corriendo en paralelo a él, de modo que se apartó trazando un arco. Un par de manzanas más adelante lo estaba esperando; el chico, que no estaba en muy buena forma, surgió de la oscuridad sin aliento. Sandler lo derribó y le apuntó a la cabeza con su 44 de cañón corto.

A aquellas alturas ya venían de camino varias unidades de apoyo para ayudar a Sandler a atrapar al ladrón de coches. Dos de ellas, al volante de las cuales iban dos policías jóvenes que llevaban menos de seis meses en las calles, sorprendieron con los faros a Sandler inclinado sobre el chico, apuntándole con una pistola a escasos centímetros de la cabeza. El chico estaba chillando: «¡No me mate!».

Ellos no conocían a Sandler y, por supuesto, desconocían que existieran policías infiltrados, así que se bajaron de los coches patrulla, apuntaron a Sandler con sus armas semiautomáticas y le ordenaron que no se moviera. Pero en aquel momento uno de ellos apretó el gatillo sin querer; asustó al otro, que también era nuevo, y entre los dos dispararon a Sandler once veces desde el centro de la calle.

Ezekiel tenía miedo de moverse y Sandler había muerto.

Al día siguiente los medios de comunicación no comentaron nada, tan solo apareció un breve artículo que contaba que un agente de la Policía de Oakland había fallecido de forma accidental por unos disparos.

Estadísticas

A Hanson ya casi se le había pasado la resaca y la brisa de la bahía olía a mar abierto. Uno de mayo, otro mes que quedaba atrás; ya no había motivo para que no fuera a completar el período de prueba de dieciocho meses. Le vino a la memoria que su madre era la Reina de Mayo cuando estaba en el instituto. Seguiría adelante.

Acababa de terminar de atender el primer aviso del día —un «intento de sodomía/agresión con arma letal», así fue como lo describió la persona de la centralita— en una casa situada a medio camino, resultado de una discusión sobre si Jesucristo era realmente el Hijo de Dios o simplemente un profeta. Las dos víctimas eran también sospechosas, pues la supuesta amenaza con el cuchillo fue contra el supuesto sodomita. Cuando Hanson consiguió separarlos y calmarlos, ambos parecían encontrarse bien, salvo porque estaban borrachos y moderadamente psicóticos.

Casi había llegado al final del período de su informe mensual y necesitaba otras tres detenciones más por delitos graves y por lo menos dos leves para equiparar su cuota de arrestos con la del resto de la brigada y cumplir con las estadísticas. Podría haber detenido a ambos por delito grave, y de hecho lo estuvo sopesando. Aunque el fiscal del distrito jamás les imputara ningún delito, aquellas dos detenciones contarían para las estadísticas; dos menos, le faltaba una. Pero procesar a los detenidos, y después el transporte y el papeleo, le habría llevado dos horas, así que escribió lo siguiente en un parte de servicio: «Problema resuelto. Hanson/7374P». Procuraba reducir los avisos a partes de servicio.

Le habían prometido no acercarse el uno al otro durante lo que quedaba de noche; cada uno estaba a solas en su propio cuarto y ambos se despidieron de él con la mano cuando se marchó. Él se despidió a su vez y él mismo se sorprendió de abrigar la esperanza de que no pasara nada. ¿Qué estaba haciendo? Eran dos negros borrachos y psicóticos de Oakland, siempre iba a pasar algo. Estaban jodidos y condenados, y no se les podía ayudar.

Sería mejor que consiguiera unas cuantas detenciones más en las próximas noches, o de lo contrario el teniente Garber tendría un recordatorio y una excusa

para joderle. Una de las novias de Fernández, que trabajaba en el Registro, le había contado que el teniente los obligaba a llevar todo el papeleo de Hanson a su despacho. Llevaba tanto tiempo trabajando en los distritos 4 y 5 —solo un punto en el radar— que tenía la esperanza de que el teniente hubiera empezado a olvidarse de que él estaba allí. Jamás había visto por allí a nadie de rango superior a sargento, y de esos tampoco muchos. Excepto por los tiroteos, las agresiones con arma letal y unos cuantos robos a mano armada, la mayoría de los incidentes eran disputas domésticas, disputas entre vecinos, disputas en una propiedad, allanamientos, amenazas y agresiones simples, y varios 647. Así que en la mayoría de los casos era en efecto un asistente social. En el este de Oakland la gente solo llamaba a la policía cuando las amenazas ya habían conducido a un callejón sin salida, y una de dos: o llamaban a la policía o solucionaban el asunto con pistolas, cuchillos o llaves inglesas. Hanson sabía hablarle a la gente, apaciguarla, preguntar, sugerir, persuadir, decirles lo que convenía hacer, y no efectuaba detenciones a menos que fuera necesario. Y eso le reducía el papeleo pero perjudicaba sus estadísticas. Sin embargo, algunas noches, ya cerca del final del período de reporte, como la de hoy, hacía todo lo que estaba en su mano para actuar según las normas, para hacer las cosas al estilo de la Policía de Oakland y resolver los problemas metiendo a la gente en el calabozo. Tal vez se sintiera mal actuando así cuando llegaba a casa al amanecer, pero se decía a sí mismo que, si no lo hacía él, lo haría otro que trataría a la gente mucho peor. Además, quedaban ya menos de ocho meses. Después se iría a un departamento mejor, en el que pudiera hacer el bien de vez en cuando. El fin justificaba los medios, y no debía mortificarse más.

Un poco calle adelante, enfrente de una casa de estilo victoriano que estaba medio derruida, había un individuo negro: treinta y pocos, sin camiseta, cachas curtido en la cárcel, con una cabeza cercenada en la mano que balanceaba por el pelo. Cuando Hanson levantó el pie del acelerador, ya había empezado a golpearla contra un árbol y a destrozarla: la nariz, las orejas, la mandíbula... Hanson frenó y se acercó al bordillo de la acera, y entonces vio que no se trataba de una cabeza, sino de una maceta que contenía una planta marchita de la que ya no quedaban más que unos tallos secos y un montón de raíces. Volvió a pisar el acelerador, enderezó el volante y se marchó preguntándose dónde iba a poder obtener un par de delitos graves entre un aviso y otro.

Miró por el espejo retrovisor y observó al negro, que ahora estaba de pie en la calle, todavía sacudiendo lo que quedaba de la planta seca y mirando el coche patrulla con el ceño fruncido, como diciendo: «¿Qué cojones estás mirando, hijo de puta?».

También necesitaba unos cuantos infractores al volante, conductores a los que

podiera poner una multa de tráfico. Los encontraría, pero si no cumplía su cuota de detenciones ningún mes parecería un policía mediocre, lo que llamaban «una tortuga», y si uno parecía una tortuga es que era una tortuga.

Bueno, ¿y qué? No debería preocuparlo la reputación que tuviera entre aquellos tipos, pero sí lo preocupaba. En un departamento de policía, la fama lo era todo, un día sí y otro también. En poco tiempo a uno empezaba a preocuparle el hecho de que pudiera ser quien sus compañeros decían que era. Una vez que uno empezaba a creer que era un policía mediocre y a perder la seguridad en sí mismo, el trabajo podía con él, y entonces se convertía en lo que los demás creían que era. Hanson a veces echaba de menos tener un compañero con el que poder hablar, pero ya estaba acostumbrándose a estar solo.

Cuando estuvo en Portland había muchos compañeros a los que no caía bien; en cambio, su reputación era sólida. Él era un poli de los duros en el distrito norte, el más difícil, un tipo agresivo y con agallas. Quizá fuera un poco peculiar, pero daba una patada a una puerta y era el primero en entrar. Quizá fuera un sabihondo y un abrazaárboles, quizá hablara como un comunista, pero no le aguantaba nada a nadie. Todos pensaban que estaba un poco más loco que ellos, pero que eso no quitaba que fuera valiente de cojones.

Pero Hanson no era valiente, ni tampoco estaba loco; simplemente, nunca tenía miedo, tan solo se enfadaba de vez en cuando. Se suponía que debería haber muerto durante la guerra. A veces le preocupaba cagarla, que muriera otra persona, cometer alguna negligencia y morir pareciendo un idiota. Eso no lo quería, y, como es natural, esperaba que, cuando sucediera, no implicara sufrir mucho ni tardara demasiado tiempo. Era así de simple, y lo guardó en secreto. Aunque en realidad no era un secreto, sino tan solo algo que sabía que no iba a poder explicar jamás.

Un secreto que sí tenía era su vena de maldad. Suponía que era algo innato, pero en el ejército y en la guerra se había dado cuenta de que no era un mero rasgo de su personalidad, sino más bien un talento que poseía y que iba mejorando con la práctica. Había aprendido que, si eres un cabrón y además no te importa vivir o morir, nadie se mete contigo. Pero ese rasgo lo tenía controlado desde hacía mucho tiempo. A veces pensaba que, incluso teniéndolo controlado, se le notaba en los ojos cuando miraba a alguien, y que la otra persona se percataba de aquella mirada y por eso hacía lo que él le ordenaba. Igual que un perro agresivo que sigue siendo leal y protector aun cuando su amo lo tiene encadenado.

En Portland tuvo un compañero durante cuatro años, hasta que lo asesinaron, y entonces él persiguió al asesino y lo ejecutó. Dicho compañero, Dana, llevaba catorce años siendo un respetado veterano del gueto y lo conocían como el Oso

de la Avenida. Un tipo impertérrito, casi una fuerza de la naturaleza, testigo de cómo trabajaba Hanson. Ambos patrullaban la misma zona todas las noches y trabajaban con policías que iban en coche de dos en dos en otras zonas adyacentes y que también veían trabajar a Hanson. Los testigos y el boca a boca: así era como uno se ganaba la fama en Portland.

En Oakland, la fama dependía del papeleo: informes de delitos, de detenciones, de delitos contra la propiedad, de testigos, de información adicional, de información suplementaria... Un buen policía tenía unas buenas estadísticas. Efectuaba un montón de detenciones que quedaban registradas y archivadas. En Oakland, un buen policía por lo general tenía más quejas ciudadanas de las que necesitaba, en ocasiones, muchas más. Como efectuaba más detenciones, era lógico que tuviese más quejas, pero si uno era un policía que utilizaba las detenciones como primera y principal opción a la hora de tratar con la gente, sin intentar antes dialogar y escuchar, lo más seguro era que recibiera un gran número de quejas de ciudadanos. Los policías pronunciaban la palabra *ciudadano* exactamente igual que la palabra *gilipollas*.

Se efectuaban tantas detenciones para cumplir la cuota que aproximadamente solo una de cada diez quejas llegaba al fiscal del distrito. Era todo cuanto podía absorber el sistema. Luego podían transcurrir meses, incluso un año, hasta que el caso fuera examinado por un detective, y para entonces el sospechoso, los testigos o las víctimas podían estar ya en el calabozo —«La víctima de hoy es el sospechoso de mañana»— o haber muerto, en cuyo caso el fiscal del distrito se alegraría mucho de poder eliminar aquel caso de su bandeja de asuntos pendientes.

La tasa de asesinatos resueltos se basaba en el número de detenciones —más estadísticas— y no en los sospechosos que eran declarados culpables. Que se declarase culpable a una persona era más bien resultado de una confesión obtenida tras veinticuatro o treinta y seis horas de interrogatorio ininterrumpido. Los detectives grababan las confesiones pero no grababan los interrogatorios previos, de modo que a veces, después de pasar tres o cuatro años en la cárcel, la persona que había confesado era puesta en libertad cuando salía a la luz que en el momento en que se cometió el crimen ella estaba en el trabajo, o en casa de alguien, o incluso en el calabozo, y que había vídeos o grabaciones o testigos que podían demostrarlo, y que el sospechoso les había dicho esto a los policías que lo interrogaron hasta que finalmente confesó para evitar la condena a muerte que ellos le dijeron que iba a recibir si no confesaba.

El Departamento llevaba un mantenimiento de la cuota de detenciones igual que el ejército llevaba un recuento del número de bajas en Vietnam. Era la única manera que tenía de demostrar que estaban en el tajo cuando el índice de

delincuencia continuaba aumentando todos los años. Pero los tribunales tenían tal atasco con tantas detenciones que únicamente iban a juicio los casos que eran prácticamente imposibles de perder. La mayoría de los detenidos sabían esto, así que no admitían ser culpables y eran puestos en libertad para convertirse en una estadística más adelante.

Patrullando en solitario en el este de Oakland, Hanson rara vez veía otro coche policial en toda la noche. Nadie lo veía a él salvo los ciudadanos, que siempre eran personas desconocidas, porque, como todos los policías de Oakland, cada noche patrullaba una zona distinta. Todos los contactos entre ciudadanos y agentes, aunque solo fueran un gesto, una mirada o un comentario oído a medias, tenían lugar entre personas desconocidas que se esperaban lo peor. Todo contacto era potencialmente letal.

A media tarde, Hanson aparcó marcha atrás en una fila en la que había más coches estacionados y desde la que podía observar el Pioneer Chicken. Se trataba de un edificio de aluminio y cristal, alumbrado por unos focos como si fuera una catedral del Ejército de Salvación y ribeteado por unas luces parpadeantes de neón. De la cocina, situada en la parte de atrás, salía una columna de vapor; era como un milagro de tres al cuarto. El gigantesco letrero de Pioneer Chicken, profusamente iluminado, rotaba y se inclinaba surcando el cielo oscuro igual que una estación espacial del gueto: una carreta cubierta de dibujos animados cuyas ruedas parpadeaban con luz roja mientras un rollizo cocinero de piel blanca sostenía en alto un pollo asado del tamaño de una motocicleta.

Habían sufrido cinco o seis robos en los dos últimos meses, en toda la cadena, en todas las franquicias de Pioneer Chicken que había repartidas por la ciudad, así que habían aumentado la iluminación y habían contratado guardias de seguridad por el salario mínimo que se negaban a trabajar cuando se hacía de noche.

Enfrente de donde estaba aparcado Hanson, cerca de un cruce, había un negro cincuentón, con la mano izquierda cerrada en un puño, esperando a que se pusiera verde el semáforo. Se trataba de un heroinómano que Hanson vio por primera vez en enero, trabajando en aquella zona. Unas semanas antes le había dado el alto y le había tomado el nombre, la dirección y la fecha de nacimiento, a modo de talismán, para reservarlo para cuando anduviera falto de detenciones. A aquellas horas normalmente estaba en la calle, siempre solo y siempre vestido con la misma cazadora y el mismo pantalón. Pasaba los días y las noches gracias a la heroína, era lo único que le permitía dormir y el único motivo que lo impulsaba a levantarse, un delito leve pero fácil de reportar.

Como era un agente de policía curtido, sabía reconocer los seis signos de la

adicción a los opiáceos, así que contaba con una causa probable para darle el alto, registrarlo por si llevara armas y examinarlo por si tuviera marcas de pinchazos que constituyeran una prueba suficiente de que estaba infringiendo el estatuto 11550 de la Ley de Salud y Seguridad de California, que trataba del uso de sustancias controladas. El formulario para dar parte de un arresto por estar bajo la influencia de narcóticos era fácil de rellenar, no tenía demasiadas casillas y al final incluía unos sencillos dibujos de ambos brazos en los que el agente que efectuaba la detención podía indicar dónde tenía marcas de pinchazos el sospechoso.

Hanson se apeó del coche patrulla.

—¡Eh, Jonah! —lo llamó.

Jonah levantó la vista con una sonrisa forzada y sin decidir si debía huir o no. Sabía que era culpable de algo, pero no sabía muy bien de qué. Mantuvo la sonrisa mientras repasaba mentalmente los últimos días en busca de alguna pista. Entretanto, el semáforo cambió de rojo a verde.

—Venga aquí —le pidió Hanson.

La sonrisa de Jonah empezó a esfumarse. Ya era demasiado tarde para huir, y además no tenía adónde ir; había estado en San Francisco unas pocas veces, y una vez en Los Ángeles, cuando estaba en el instituto, pero aparte de eso había pasado toda su vida en el este de Oakland.

Hanson le hizo una seña para que se aproximara al coche patrulla y él obedeció, procurando avivar un poco el paso y no perder la sonrisa.

—¿Qué ocurre, agente? —preguntó, abrigando todavía la esperanza, después de una vida entera siendo abordado por la policía, de que no lo detuviera.

—Venga.

—Solo iba a comprar pollo —dijo Jonah señalando el Pioneer Chicken con la cabeza, prácticamente calva, y abriendo el puño para que Hanson viera los dos billetes de dólar y las monedas que llevaba—. Tengo mucha hambre —continuó en actitud sumisa.

—Súbase la manga.

—¿Y ahora qué pasa?

—Súbasela.

—Señor agente, solo iba a comprarme algo para cenar y para casa.

—Súbasela.

Jonah se subió la manga y, con la mirada fija en el letrero giratorio del Pioneer Chicken, le mostró el brazo a Hanson, un brazo cubierto de cicatrices, agujeros y heridas infectadas.

—¿Lleva algún arma encima, Jonah?

—No, señor.

—¿Algo en los bolsillos...?

—No, señor.

—¿... con lo que pudiera herirme?

—No, señor. Perdone...

—Está bien —dijo Hanson educadamente, sin poder evitarlo—. Apóyese contra el coche —le ordenó, esta vez sin tonterías, sin empatía, estrictamente profesional.

En la operación de ponerle las esposas a una persona era donde la gente resultaba herida. Era la última oportunidad que tenía el sospechoso de huir, o de intentar quitarle el arma al policía. En cambio, una vez que las esposas ya estaban puestas, allí se acababa todo.

—Inclínese sobre el capó y ponga las manos a la espalda. —Había unas cuantas personas observando desde el aparcamiento del Pioneer Chicken; Hanson las miró con el ceño fruncido, le irritaba la humillación que estaba sufriendo Jonah—. Separe un poco más las piernas —le dijo al tiempo que golpeaba los talones desgastados de los zapatos de Jonah con la puntera de acero de su bota.

Una vez esposado, Jonah ya no volvió a pronunciar palabra. Hizo lo que Hanson le dijo, sin quejarse, como si Hanson no fuera más que una manivela o una pieza del engranaje de una maquinaria ya conocida e implacable. Ninguno de los dos habló durante el trayecto al calabozo, pero Hanson iba escuchando la respiración del detenido al otro lado del separador metálico del interior del coche y pensando qué habría hecho esa noche si no hubiera sido arrestado por infringir el estatuto 11550. No gran cosa. Habría cenado un par de trozos de pollo frito, tal vez un vaso de vino mezclado con algo más fuerte, y un poco de heroína para difuminar las duras aristas de su fracasada vida. Y después, a la cama.

En cambio ahora iba a pasar la noche probablemente de pie, con una docena de borrachos, sociópatas y matones en una celda mugrienta en la que, antes de que amaneciera, empezaría a sufrir el mono de la heroína. Después lo encadenarían a una argolla del autobús del calabozo y lo trasladarían a Santa Rita, donde probablemente pasaría noventa días.

Cuando saliera de aquel lugar tendría que gorronear algo de dinero, encontrar un sitio donde quedarse mientras buscaba dónde vivir y rezar para que su proveedor de heroína no estuviera encerrado, o, en caso contrario, buscarse uno nuevo. Esencialmente, volver a la normalidad. Ya lo había hecho muchas veces, y no era para tanto. Probablemente ni siquiera estaba tan cabreado al respecto, era algo que formaba parte de la vida.

Hanson se emborrachó de tal manera después del trabajo que al día siguiente tuvo que llamar diciendo que estaba enfermo. El teléfono le temblaba en la mano de tan fuerte que era la resaca. Utilizó un par de papelinas de cocaína que recuperó de la parte trasera del coche patrulla tras decidir que no había motivos para procesar al que las había dejado allí; las fue esnifando poco a poco mientras se daba un largo baño y escuchaba los ruidos y gorgoteos que hacían las cañerías en el interior de las paredes de aquella casa tan vieja.

Hizo todo lo que pudo para no acordarse de Jonah, que estaba pasando el mono en Santa Rita para que él pudiera sumar una detención más a sus estadísticas; para que él pudiera dar satisfacción a un sargento de cuyo apellido no se acordaba y un teniente pequeño y arrogante que se dedicaba con empeño a buscar erratas en los informes, y para que él se ganara el respeto de un puñado de patrulleros a los que, sobre todo, despreciaba.

Se preguntó si no estaría acostumbrándose a aquello y si no empezaría a hacer cosas peores sin avergonzarse de sí mismo. Repasó los argumentos habituales: que, si no lo hacía él, vendría otro más gilipollas que él a estas alturas y lo haría; que era solo un medio para conseguir un objetivo, para poder hacer el bien en otro departamento. Ya solo tenía que seguir haciéndolo durante siete meses más. Y un par de días. Él no era de los que se rajaban. Ni de coña. Nadie podía llamarlo rajado. Y no era que creyera de verdad en las absurdas leyes que se suponía que debía hacer cumplir. A nadie le importaban una mierda. Aquello era solo un empleo, un empleo bien remunerado en una mala economía. ¿Qué otra cosa iba a hacer? Era demasiado viejo para empezar a llevar corbata y recibir órdenes de un «ciudadano» retrasado mental al que podría matar con sus propias manos sin siquiera sudar. Sí, necesitaba empezar a no ser tan duro consigo mismo de vez en cuando.

Hanson estaba encerrado en la esclusa de seguridad del calabozo del Departamento. El ayudante estaba ya a punto de pulsar el timbre para abrir la puerta, pero tuvo que irse a echar una mano a otro ayudante con el detenido que había traído Hanson. Este había venido todo el camino profiriendo amenazas contra Hanson, dando cabezazos contra la mampara de plexiglás, escupiendo y gritando que pensaba averiguar dónde vivía y que la próxima vez que lo viera, hijo de puta, sería la última, porque pensaba llevar encima la escopeta. Cada vez que se detenía para tomar aliento, Hanson le decía, sin apartar los ojos de la carretera y empleando un tono de voz sereno y razonable, que no le convenía dar cabezazos contra el plexiglás porque podría hacerse daño.

En cuanto lo dejó custodiado en el calabozo y pudo salir por la puerta interior

de la esclusa de seguridad de acero, otro ayudante le dijo al detenido que era escoria, y el detenido se puso hecho una furia. Hanson no veía lo que estaba pasando, pero a juzgar por los gruñidos y los golpes dedujo que los ayudantes estaban forcejeando para rodear el cuello del prisionero con un brazo a fin de asfixiarlo: dejarlo sin aire para que la sangre no le llegara al cerebro. Los demás presos gritaban a los ayudantes e instaban al detenido a que siguiera peleando, aunque algunos de ellos se reían.

Hanson sonrió. Aquel detenido estaba a punto de explotar y los ayudantes habían accionado el resorte.

La maniobra de asfixia ya era ilegal en casi todas las ciudades. Muy de vez en cuando, raramente, el preso moría por eso. Se le inflamaba la tráquea, no podía respirar y, a no ser que alguien le practicara una traqueotomía, se quedaba en el sitio. Como era una maniobra que se utilizaba sobre todo con varones de raza negra —los negros representaban un número desproporcionado de detenidos—, varios grupos defensores de los derechos humanos habían logrado prohibirla oficialmente. Hanson la había empleado muchas veces en la calle, tanto en Portland como en Oakland. El gas pimienta no funcionaba con un individuo que estaba lo bastante cabreado o borracho como para enfrentarse con la policía, y por lo general se le tenía demasiado cerca para usar la porra larga, porque el otro ya te tenía agarrado. De modo que, si el detenido era corpulento y había decidido resistirse, en la actualidad era frecuente que la única alternativa realista a la maniobra de asfixia fuera dispararle antes de que él te quitase la pistola y te pegase un tiro. La prohibición había dado como resultado que hubieran muerto muchos sospechosos. Recientemente se había colocado una valla al otro lado del límite de Berkeley que decía lo siguiente: SI VOTAS A FAVOR DE LA MANIOBRA DE ASFIXIA, ESTARÁS VOTANDO A FAVOR DEL KU KLUX KLAN.

La esclusa de seguridad era un largo pasillo de malla metálica provisto en cada extremo de una puerta que se bloqueaba eléctricamente. Para entrar en el calabozo, Hanson tenía que dejar su revólver en una pequeña taquilla, guardarse la llave en el bolsillo y después esperar a que el ayudante pulsara un botón que le franqueara el paso de la puerta exterior. Luego cerraba dicha puerta, que volvía a quedar bloqueada, iba hasta el final del pasillo y el ayudante le franqueaba el paso de la puerta interior. Solo podía haber una puerta abierta; de ese modo los detenidos no podían escabullirse junto al agente que los había arrestado para huir del calabozo.

A su izquierda había una sala de retención para los detenidos que aún no habían sido fichados formalmente. Como todavía duraba el forcejeo con el detenido que había traído, Hanson se dedicó a observar a los que aguardaban en la sala de retención.

Dos mexicanos de diecimuchos o veintipocos años. Uno estaba desnudo de cintura para arriba y tenía el pecho, los brazos y la espalda cubiertos de multitud de cicatrices rojas de arma blanca, resultado de varios años de peleas de cuchillos en las que el contrincante sujetaba la navaja de forma que solo se veían unos centímetros de hoja y al atacar producía cortes de dos centímetros de profundidad que, a todas luces, el mexicano había impedido que se curasen a base de mantener abiertos los bordes de la herida durante un día o dos, para que llamaran más la atención. No se diferenciaban mucho de las cicatrices que dejaban los duelos prusianos cien años atrás. Aquel chico había participado en muchas peleas de cuchillos.

El otro mexicano, que parecía ser el jefe, iba vestido con una camiseta de maquinista de tren, de rayas grises, con un dibujo en la espalda muy bien hecho de un chicano con una cinta en la cabeza, un bigote de bandido y gafas de espejo que empuñaba una escopeta recortada apuntada directamente al público, sobredimensionada y, en perspectiva, enorme.

En la misma sala había también un indio borracho sentado en un rincón para que no lo molestara nadie, un negro de treinta y muchos años muy borracho que se caía continuamente y otro negro que estaba menos borracho y discutía con el mexicano medio desnudo, que no hacía más que llamarlo putita.

—Vas a ser mi putita, negro. En cuanto apaguen las luces, me vas a comer la polla.

—Yo no soy tu putita.

—Esta noche sí lo vas a ser, corazón.

El mexicano de la camiseta le dijo al de las cicatrices que cerrase el pico.

Al fondo del calabozo se oyó a otra persona chillando:

—Ayúdenme... Ayúdenme...

—¡A callar! —chilló a su vez el de la camiseta—. ¡A callarse todos la puta boca de una vez!

En eso llegó el ayudante, con sangre en el uniforme.

—Un hijoputa se ha meado en los pantalones y lo hemos obligado a limpiar el estropicio con esa puta camisa hawaiana. —Levantó la vista hacia un monitor de televisión de seguridad—. Un momento, tengo que dejar pasar a esta. — Seguidamente pulsó el botón para que entrase una funcionaria que llevaba del brazo a una presa. Una atractiva negra de veintitantos años que iba vestida como una pastorcilla sexi, como si acabara de salir de una fiesta de disfraces. Se había perfilado los ojos con un lápiz color plata y se había aplicado colorete rojo en las mejillas. Su vestido azul celeste flotaba dando botes a causa de las muchas capas de enaguas que llevaba debajo. También lucía como adorno un ramillete de claveles rojos y en la mano portaba un cayado de pastorcilla de papel maché

envuelto con cinta plateada.

—Esta noche me vas a comer la polla.

—Cállate.

La funcionaria le pidió a Hanson que se hiciese cargo del cayado para que ella pudiera acompañar a la chica a la planta de arriba, al calabozo de las mujeres. Hanson estableció contacto visual a través del perfilador de ojos color plata y la chica le entregó el cayado, ejecutó una breve reverencia con su vestidito y le dijo:

—Vestida de virtud, ante el trono me presento.

Acto seguido, dejando a Hanson con el cayado de papel envuelto en cinta plateada, se volvió hacia la funcionaria y entró con ella por una puerta lateral que el ayudante les abrió apretando otro botón.

El mexicano de la camiseta le estaba sonriendo.

—¿Usted cree en el diablo? —le preguntó—. ¿Cree? Pues cuando venga el diablo, me voy a reír. Me voy a reír mucho.

Los demás inquilinos de la celda observaban a Hanson.

—¿Qué pasaría si nosotros —preguntó Hanson señalando con el cayado a la joven disfrazada de pastorcilla que acaba de irse— fuéramos las últimas personas que hubiera en el mundo?

—Que los mataríamos —respondió el mexicano con unos ojos opacos como dos piedras negras—. Usted se cree que su placa le hace superior —le dijo—. Y su pistola.

—Y mi cayado —replicó Hanson sosteniéndolo en alto frente a él.

—¿Listo para salir? —le preguntó el ayudante.

—Sí, ya estoy listo.

El ayudante pulsó el botón que desbloqueaba la puerta y Hanson la cruzó, cayado en mano.

—Cuando venga el diablo, me voy a reír. Me voy a reír mucho.

Hanson apoyó el cayado contra las taquillas; recuperó su pistola; la examinó para comprobar que estuviera cargada, tal como hacía siempre que se la guardaba en la funda, y se dirigió hacia la puerta siguiente.

—Cuando venga el diablo...

Hanson empujó la puerta siguiente, que daba al garaje de los calabozos. Iba pensando en el diablo.

Hanson se encontraba en el distrito 4, con el coche patrulla aparcado junto a la pared de un almacén. Se alegraba de que ya casi fuese la hora de terminar, así podría emborracharse. Los dos días siguientes eran su fin de semana. Desde que

se hizo de noche había estado viendo telarañas colgando de las farolas, o por lo menos eso era lo que parecían. Algún fenómeno propio de aquella época del año, pensó. Estaba terminando un informe cuando de pronto salió de una callejuela una vieja camioneta con la parte de atrás abierta, hizo un alto en la calle, la atravesó y después continuó por la callejuela del otro lado. Llevaba los faros delanteros encendidos, pero los traseros no. Eran las tres de la madrugada.

Hanson dejó un momento el impreso del informe, apagó la luz interior y fue detrás de la camioneta. Recorrió una manzana sin encender las luces e informando a la centralita de su posición y del número de matrícula. Al llegar a la siguiente calle, encendió las luces del techo y los faros. Las luces estroboscópicas iluminaron de manera intermitente la camioneta, que se había detenido, y a su conductor, que agarraba el volante con ambas manos.

Fue hasta él sosteniendo la linterna a un lado, bien alejada del cuerpo; de ese modo, el que intentara dispararle apuntaría hacia allí, teóricamente; dudaba que fuera a servir para algo. El único sitio en el que la gente aprendía a disparar eran las películas, y en ellas casi siempre era cuestión de suerte, buena o mala. Y, de todas formas, la mayoría de los tiroteos tenían lugar lo bastante cerca como para que hubieran sido apuñalamientos. La puntería no intervenía demasiado.

Al pasar por detrás de la furgoneta echó un vistazo dentro. Había un neumático de repuesto, una cadena para remolcar, una caja de seis latas de aceite vacías, varios trozos de madera y una docena de latas de cerveza vacías.

Los árboles deformados por la contaminación le rozaban el hombro y la cara con un follaje grisáceo que apestaba a monóxido de carbono, orina y humo rancio, todo procedente de la fábrica de patatas fritas Granny Goose que había a veinte manzanas de allí. El conductor seguía con las manos en el volante.

Hanson dio unos golpecitos en el techo de la camioneta con la linterna.

—Señor —le dijo manteniéndose apartado de la puerta, alerta y cansado al mismo tiempo.

El conductor era un individuo de raza blanca, cabello rubio, largo y sucio y dentadura en mal estado, que vestía un vaquero raído y una mugrienta camiseta que decía QUIERO MI MTV. Cuando sonrió, Hanson se dio cuenta de que era un expresidiario. Se le notaba en los ojos, en aquella mirada de perro maltratado, en aquel gesto de miedo que intentaba disimular con una actitud jovial.

—Buenas noches, agente —saludó—. ¿Qué tal?

—Hola —respondió Hanson sin entusiasmo. Esperó que sobre aquel cabrón no pesara una orden de detención, porque ya era casi la hora de marcharse a casa y no le apetecía incurrir en horas extras trasladándolo al calabozo—. ¿Adónde se dirigía?

—Voy a decirle la verdad, agente —respondió el otro—: me iba a casa.

Vengo de casa de mi novia. —Hanson aceptó aquella mentira con un gesto afirmativo de cabeza—. Se llama June y vive en Harvey Court. —Chorradas de presidiarios sociópatas, pensó Hanson; qué deprimente—. La verdad, agente, June es una chica estupenda. ¿Agente?

—Vale —gruñó Hanson.

Alumbró el interior de la cabina con la linterna, el suelo, debajo del asiento y luego el salpicadero, y se fijó en las manos del conductor. Allí olía a tabaco rancio y a vómito, igual que en el asiento trasero de un coche policial.

—¿Me permite ver su permiso de conducir, por favor?

En aquel momento le contestaron de la centralita: el sujeto no tenía pendiente ninguna orden de búsqueda ni de detención, pero actualmente se encontraba en libertad bajo fianza por un delito de allanamiento. La camioneta no era robada.

Tardó un poco en dar con el permiso de conducir; lo buscó en la guantera, en los bolsillos, encima del parasol, en una billetera abarrotada de papeles y tarjetas de visita, hasta que por fin lo encontró metido detrás del reposabrazos de la puerta.

—Aquí está —dijo—. No tengo ni idea de por qué lo habré metido ahí.

Le entregó a Hanson el carné, reblandecido y medio roto. En la foto se le veía mucho más joven; más que joven: se le veía bien, como seguramente estaba antes de ir a la cárcel.

—Señor O'Donald —dijo Hanson leyendo el nombre que figuraba en el carné —, este permiso caducó hace tres años.

Había noches en las que daba la impresión de que en Oakland todo el mundo era un expresidiario o iba a serlo pronto.

—¿Tan viejo es? El otro debo de tenerlo en casa. Por eso me ha costado tanto encontrarlo.

Hanson sacó su bloc de multas y empezó a escribir.

—Agente, ya casi estoy en mi casa, vivo al lado de High Street. Ya sé que es bastante tarde, pero es que mi chica y yo hemos tenido una larga conversación. Sobre el futuro, ¿sabe? Le agradecería mucho que me dejara pasar esta. —Ahora su voz había adquirido un deje de miedo, y Hanson se apartó unos centímetros—. Mi agente de la condicional... va a cabrearse mucho.

—Tengo que dar parte de esto, señor. No me queda más remedio —respondió Hanson.

Pero sí que tenía otra alternativa: podía no denunciar a aquel tipo. Pero ¿por qué iba a hacerlo? Era un pedazo de escoria.

—Por favor, agente, ¿no podría usted dejarlo pasar solo por esta vez?

—Me es imposible, señor —replicó Hanson escribiendo la notificación a la luz de la linterna mientras las luces estroboscópicas del coche patrulla giraban

implacables, proyectando haces de alegres colores sobre tan sombría escena—. Además, tiene las luces traseras rotas. Ni siquiera voy a pedirle que me enseñe la documentación del vehículo.

Hanson llevaba poquísimas multas de tráfico. Le pasó la notificación al conductor a través de la ventanilla y le dijo que la firmara.

—¿Sesenta y tres dólares? —exclamó el conductor cuando leyó el importe de la multa, con la cara iluminada alternativamente por las luces azules y rojas—. Agente, no tengo sesenta y tres dólares. Si me multa, estoy jodido.

—Puede firmar o apearse del vehículo —le dijo Hanson.

El otro firmó la notificación y se la devolvió a Hanson.

—¿Puedo irme ya?

—Aquí tiene su copia. —La arrancó de la libreta y se la entregó.

Se preparó para bloquearlo si se le ocurría bajarse de la camioneta y atacarlo, pero el otro se limitó a mirarlo, vencido pero no sorprendido, un perro apaleado. Se metió la multa en el cuello de la camiseta, arrancó y se marchó.

Hanson se lo quedó mirando unos instantes; después subió de nuevo al coche patrulla, apagó las luces y permaneció un momento sentado, a oscuras, con un zumbido en los oídos semejante a una plaga de grillos. Se sentía gilipollas, aunque no hubiera hecho nada malo. Joder, había dejado que aquel mamón se fuera de rositas sin enseñarle la documentación de la camioneta. Además, el muy cabrón lo habría matado si hubiera tenido cojones y hubiera pensado que iba a salir impune. Y luego presumiría de ello ante sus amigos de la cárcel.

Pero, efectivamente, era un gilipollas, pensó; da igual, otro policía gilipollas. No tardaría en ser como todos los demás policías, finalmente pasaría a ser uno más de ellos. Si empezaba a efectuar tantas detenciones como pudiera, acumulaba tantas multas como pudiera y lamía tantos culos como pudiera, tal vez algún día llegaría a ser sargento o a entrar en una brigada especial de narcóticos a trabajar con los gilipollas «especiales».

Aquel capullo estaba conduciendo por las callejuelas porque no quería que la policía lo parase sin llevar permiso de conducir y a saber sin qué más. Lo más probable era que hubiera rebasado su horario límite y que se encontrara donde no debía. A lo mejor había estado «relacionándose con delincuentes conocidos». ¿Y con quién más podía relacionarse? ¿Con fieles que acudían a la iglesia y padres de familia? Con otros perdedores, tal vez, tipos a los que ya no les quedaba autoestima, que aceptaban pagas mínimas, que trabajaban para poder emborracharse los fines de semana.

El agente de la condicional iba a cabrearse, sí. Probablemente volvería a encerrarlo en chirona. Pero, hombre, de todas formas estaba destinado a volver a la cárcel. Con el tiempo. Si no hubiera sido de la mano de Hanson, habría sido

de la mano de otro. En fin, a la mierda. Ya era hora de retirarse. Tenía dos días libres. Finalizó el control de tráfico y le comunicó a la centralita que se marchaba a casa.

No sabía si iba a poder completar los dieciocho meses.

Una vez que se hubo incorporado a la autopista, rompió la multa, arrojó los trozos por la ventanilla y se quedó mirando por el espejo retrovisor cómo se los llevaba el viento, iluminados de color rosa por las luces traseras del coche, y finalmente desaparecieron.

La tienda de licores

Cuando confirmó que estaba disponible para atender avisos, la centralita lo envió de refuerzo a la tienda de licores Black & White que había en la 27 con Fruitvale. Cuando llegó allí vio que habían mandado más coches, entre ellos uno que venía con un código 3 por la calle MacArthur iluminando el cielo, cada vez más oscuro, con sus luces azules y rojas. Aparcó medio subido al bordillo, se apeó, cerró el coche con llave y después tuvo que abrirse paso a empujones entre la multitud, sin detenerse, con el codo pegado a la pistola enfundada, hasta que consiguió cruzar la puerta acristalada y penetrar en el interior de la tienda —el ojo del huracán—, donde hacía calor, humedad y el suelo resbalaba a causa del alcohol y la sangre y estaba salpicado de fragmentos de botellas rotas que reflejaban la luz. Fuera, al otro lado de los cristales tintados, las luces estroboscópicas azules y rojas iluminaban a cámara lenta al gentío, que no dejaba de chillar y agitar el puño.

El sargento Jackson aparcó en el estacionamiento y se apeó del coche apartando de malos modos a un individuo con rastas que le estorbaba. Este cayó hacia la multitud, la cual lo arrojó a la acera, furiosa de que se les hubiera echado encima. Jackson, para abrirse paso, empujó a un adolescente con sobrepeso que estaba agitando los dos puños en el aire; lo golpeó con el codo en el pecho, lo hizo caer de rodillas y atravesó a zancadas la multitud que aullaba rabiosa para llegar hasta la tienda. Una vez allí, se volvió, recorrió a la multitud con la mirada y se puso al mando de los otros agentes. Que Hanson supiera, el sargento Jackson salía a la calle únicamente para hacerse cargo de una situación que iba a ponerse fea o cuando estaba de humor para joder al personal, ya se tratara de sospechosos, ciudadanos u otros agentes.

Dentro de la tienda de licores la iluminación de los fluorescentes que zumbaban en el techo era potente y no formaba sombras. Al final de cada pasillo había unos espejos convexos que distorsionaban la escena desde todas las perspectivas. El ventilador situado al fondo de la tienda daba vueltas y absorbía el olor a alcohol, a sangre y a humo de pistola, y lo dispersaba y volvía a absorberlo.

El atracador muerto parecía flotar en medio de un profundo charco de sangre

y alcohol. Todavía le manaba sangre de lo que le quedaba de cara. Según les dijo el empleado, había entrado por la puerta empuñando una navaja y «actuando como un demente». El empleado sacó de debajo de la caja registradora una pistola 44 Special Bulldog de cañón corto, solo para apuntar con ella al atracador, para que viera que estaba armado. Pero la pistola se le disparó de manera accidental por debajo del mostrador. La bala de punta hueca de 240 granos atravesó la madera de contrachapado, aumentó hasta el doble de su tamaño original y se incrustó en el cuello del atracador desde abajo. En su trayectoria ascendente, le seccionó la arteria carótida y casi también la lengua, le atravesó el paladar y le rompió los dientes superiores y la nariz para finalmente quedarse alojada en el techo del local.

Según el empleado, echó a correr por los pasillos de la tienda «como pollo sin cabeza» sangrando por el cuello y por la cara, tropezando con las estanterías y las pirámides de botellas, hasta que se derrumbó.

Uno de los policías, el segundo hasta el momento, hizo un comentario imitando el acento de John Wayne acerca de la estupidez de llevar una navaja a una pelea con armas de fuego.

—Ya no va a poder comer mazorcas de maíz —comentó un policía llamado Coleman mientras miraba al atracador con un pie a cada lado de su cabeza. De improviso el herido se revolvió y vomitó un grumo de sangre sobre la bota y la pernera del pantalón de Coleman, el cual retrocedió de un salto y chocó contra un expositor de vodka Smirnoff Citrus que hasta entonces había permanecido intacto—. Joder —exclamó al tiempo que se rompían contra el suelo las quince o veinte botellas de vodka.

En aquel instante empezaron a temblar los ventanales. Era música, una canción de alguna película famosa o de alguna serie de televisión, incesante, cada vez más rápida y más alta; procedía de los coches amontonados y atrapados en el aparcamiento, todos con la radio sintonizada en la misma emisora.

I wanna do it, do it, do it, do it with you.

You make me crazy...

Se oyó una sirena de ambulancia acercándose a toda velocidad por la calle Este 14, pitando, aullando, cada vez más audible. Los perros atados con cadenas en las casas de alrededor se sumaron y empezaron a aullar también.

El gentío iba en aumento y se estaba cabreando. Un chaval le gritó algo a un policía hispano que Hanson no había visto nunca:

—¿Me estás diciendo que no puedo estar en la acera? ¿Eso es lo que me estás diciendo? ¿Que no puedo estar en una acera? ¿Eso es lo que me estás diciendo?

El policía había desenfundado la porra larga, pero la mantenía vuelta del revés y oculta detrás del brazo.

—Esta puta acera es de uso público, y tú me estás diciendo...

—Te estoy diciendo que cierres la puta boca, gilipollas, y te estoy diciendo que te bajes de una vez de mi puta acera —gritó el policía, que se volvió, sacó la porra y golpeó al chico en el pecho; este cayó de espaldas entre dos coches.

I wanna do it, do it, I wanna do it with you.

Let's go crazy...

Estaban llegando más coches policiales, demasiados, que cerraban el paso a los coches particulares. De ellos se apearon agentes armados con porras que empezaron a apartar a la gente, con ganas de sacudir al personal.

Hora de irse, pensó Hanson, antes de que alguien se lleve un balazo. La situación podría haberse resuelto con un único coche con dos hombres, dos agentes que trabajaran todas las noches en aquel barrio y conocieran a todo el mundo, reflexionó mientras cruzaba la tienda pisando alcohol y cristales rotos.

En aquel momento, apareció un Monte Carlo verde manzana con la suspensión modificada. Subido al bordillo, pasó por encima de los marcadores del aparcamiento y se detuvo frente a la tienda, con los amortiguadores hidráulicos rebotando. Jackson empezó a golpear el capó con su linterna de aluminio. El conductor se apeó, listo para liarse a puñetazos, y el sargento Jackson se sacó algo de la parte posterior del cinturón de la pistola. Parecía una cámara de plástico azul. Un mes antes le habían dado una de las primeras pistolas Taser. Hanson no supo lo que era hasta que Jackson le disparó un par de descargas al chico en el pecho, dibujando un arco de electricidad de color azul que lo lanzó contra la puerta abierta del coche y la cerró de golpe. El chico se desmoronó allí mismo, en el asfalto, aturdido, y después apoyó una mano en el suelo para incorporarse.

—Eso es para que tengas un poco más de energía —le gritó Jackson al tiempo que volvía a cargar la Taser.

Hanson se abrió paso entre el gentío para regresar a su coche patrulla. El helicóptero de la policía tronaba sobre sus cabezas, y cuando hubo pasado estalló uno de los escaparates de la tienda. Dentro de poco estarían allí todos los policías que había en Oakland, se dijo mientras intentaba pasar por entre un montón de coches aparcados en doble fila. Ya debían de estar acumulándose los avisos para otros servicios. Iba a ser una noche ajetreada. Si se daba prisa, la centralita lo mantendría en código 908 en la tienda de licores el tiempo suficiente para que pudiera ir hasta el distrito 3 y cogerse un par de Whoppers

Junior. Sería la única oportunidad que tendría de comer algo esa noche. Calle arriba le pareció ver a Weege manobrando con su bicicleta entre los coches aparcados en doble fila y los peatones, pero lo perdió de vista entre la multitud.

Al otro lado de la calle había un negro encorvado, un enano de piernas torcidas, que parecía estar estudiando a Hanson mientras este abría la portezuela de su coche patrulla, pero llevaba unas gruesas gafas de espejo que reflejaban las luces estroboscópicas de los coches policiales y no dejaban ver sus ojos. Por la manga derecha de la camisa de botones le asomaban dos relojes. En la mano izquierda sostenía una botella de cerveza Olde English 800. Observó a Hanson hasta que este se metió en el coche patrulla y se marchó; después volvió a mirar a la multitud enfurecida y se echó a reír, levantó sus brazos deformes por encima de la cabeza y empezó a dar saltitos de un pie al otro, bailando, derramando el líquido de la botella, hasta que se oyó el primer disparo de pistola en el aparcamiento de la tienda de licores.

Cuando Hanson finalizó su turno, el amanecer apenas coloreaba las nubes por el este.

—La aurora de dedos rosas, hija de la mañana —recitó Hanson en voz alta.

Miró el espejo retrovisor de fuera, consiguió arrancar el Travelall, se alejó de la Ciudad de la Justicia y empezó a recorrer las desiertas calles del centro, pasando por delante de escaparates protegidos con barrotes y deteniéndose en los semáforos en rojo en cruces en los que no circulaba nadie. Tomó Grand Avenue, giró para continuar por Lakeshore, aparcó y se apeó del coche. El lago Merritt estaba gris y bidimensional, con un manto de niebla que pesaba sobre el agua.

Se sacó un par de esposas del bolsillo de atrás y, sin apartar la mirada del lago, empezó a jugar con ellas, a abrirlas y cerrarlas. Se desprendieron algunas escamas de sangre seca, ya negra o granate oscuro, que salieron revoloteando como si fueran insectos diminutos. El chasquido de los dientes de metal resultaba ruidoso en medio de aquel silencio, así que las cerró y se las volvió a guardar en el bolsillo. Iba a tener que rascar la sangre con limpiametales y un cepillo de dientes. Le ponía las manos encima a mucha gente todas las noches, la mayoría estaba sangrando, borracha o drogada, así que era un milagro que no hubiera pillado alguna enfermedad venérea, o una hepatitis, o vete a saber qué. Como eso que se había extendido por ahí últimamente. Nadie sabía lo que era, pero por lo visto mataba sobre todo a los drogadictos y a los homosexuales. Si él se muriera de eso, la Policía de Oakland afirmarían que era las dos cosas.

Doblando la calle apareció un carruaje tirado por un caballo para turistas; los cascos hacían eco sobre el hormigón. Era un caballo blanco con arreos y orejeras

de color negro y con tachuelas de latón que avanzaba sin darse ninguna prisa. El cochero, impecable con un esmoquin y un sombrero de copa, se detuvo al lado del Travelall. Detrás de él, el lago empezaba a resplandecer conforme el sol iba elevándose en el cielo.

—¿Haciendo horas extras, agente?

—Justo ahora me marchaba a casa —respondió Hanson.

—*Champán* y yo también nos vamos ya para el establo —comentó el cochero—. Surge de la oscuridad como por arte de magia, ¿verdad? —dijo señalando el lago, que estaba adquiriendo un tono plateado a través de la niebla. Luego se fijó en el nombre que figuraba en la placa de Hanson—. Permítame que me presente, agente Hanson. Me llamo Michael Townsend Landon, pero todo el mundo me llama Mickey.

Ambos contemplaron cómo el lago iba tomando color.

—Es la mejor hora del día, ¿verdad, *Champán*?

Al oír su nombre, la yegua blanca se sacudió dentro de su arnés y las grandes ruedas del carruaje se movieron hacia delante y luego hacia atrás. Hanson le apoyó una mano en el pescuezo y ella volvió la cabeza para mirarlo con unos ojos oscuros y suaves escondidos tras las orejeras.

—Mi hermano mayor también hace cumplir la ley, en Lone Pine —dijo Mickey.

—¿Es ayudante? —preguntó Hanson.

—No, qué va, es el propio *sheriff*. Del condado de Inyo. Ya lleva una temporada en ese puesto. Más o menos el que manda es él. A mi hermano no le gusta lo que él denomina mi «estilo de vida», dice que probablemente le cuesta votos cada vez que se presenta a la reelección, pero siempre resulta reelegido. En el condado de Inyo llevan mandando los Landon desde el siglo XIX. Mi bisabuelo vino de Indiana. En 1860 se fue a las Sierras, a buscar oro en Bodie. No luchó en la guerra de Secesión.

—Mi tatarabuelo luchó para la Confederación —comentó Hanson—. Y todos sus hermanos y primos. La mayoría murió.

—Mi hermano lleva cuidando de mí desde que éramos pequeños —dijo Mickey—. Es la única familia que me queda ya. Se lo cuento todo —siguió diciendo; por un momento fue casi como si estuviera hablando para sí mismo—, y él me escucha. También es republicano. Pero sigue siendo mi hermano mayor —dijo al tiempo que se estiraba el cuello de la camisa—. Fíjese, el lago se nos ha echado encima sin que nos diéramos cuenta, y mire cómo brilla ahora. Será mejor que nos vayamos ya.

Se inclinó para estrecharle la mano a Hanson con su guante blanco.

—Ha sido un verdadero placer conocerlo —dijo Hanson estrechándole la

mano.

—Un placer.

—*Champán* —se despidió Hanson acariciando el flanco a la yegua.

Mickey chasqueó la lengua para arrear al animal, sacudió levemente las riendas con los dedos y comenzó a alejarse. Hanson observó cómo se detenía al llegar a una esquina y cómo lanzaban chispas las llantas de hierro de las altas ruedas del carruaje. A continuación Mickey giró a la izquierda, alzó su mano enguantada y se perdió de vista.

Hanson volvió a centrar la mirada en el lago, que ahora se veía reluciente. Una fila de pelícanos blancos pasó volando a escasos centímetros del agua, rozando la superficie con la punta de las alas, buscando peces —eran unas aves bastante torpes en tierra, pero gráciles en el aire—, y después aterrizó con dificultad, como siempre. Aquel verano alguien había estado capturándolos para cortarles el pico con una sierra y luego dejar que se murieran de hambre.

Un paseo por Piedmont

Una o dos veces por semana, Hanson echaba una carrera por las calles de Piedmont, una isla de riqueza que contaba con ayuntamiento propio, construida en lo alto de un promontorio y rodeada por la pobreza y la desesperación de Oakland. Las calles se hallaban desiertas y las enormes viviendas, construidas después del terremoto de San Francisco, se veían vacías, y Hanson imaginó que si entrase en una de ellas encontraría desayunos a medio terminar todavía calientes en la mesa o la encimera, sin habitantes, desaparecidos para siempre. Las únicas personas que se veían eran los jardineros mexicanos y, algunas veces, al cartero y algún que otro coche patrulla de la policía de Piedmont. Los jardineros, en su mayoría, fingieron no verlo.

Recorriendo las calles al azar, admiró las casas, los amplios porches con columnas dóricas, los leones de piedra sobredimensionados, las puertas de madera de roble maciza, las ventanas de cristales esmerilados, unos ventanales gigantescos desde los que los gatos que estaban sentados detrás del cristal lo seguían con la mirada. Hanson ya los conocía a todos, los señalaba y exclamaba al pasar por delante de ellos: «Hola, amigo».

La policía de Piedmont era un grupo de guardias de seguridad bien remunerados, contratados para no dejar entrar a los intrusos, pero eran policías auténticos, tipos que ya habían trabajado en las calles de Oakland y de San Francisco. Otros, venidos de Los Ángeles, Seattle y de más al este, eran tipos que querían vivir lejos de donde habían trabajado antes para no tropezarse nunca con personas a las que hubieran detenido. Llevaban a la espalda varios años de lucha en las calles y ahora solo tenían que ser educados y simpáticos, desplegar su encanto en las interacciones con los ciudadanos de Piedmont, pero también mostrarse discretos a la hora de dar una patada en el culo a un intruso si era lo bastante estúpido como para no marcharse cuando se lo pedían.

Los ciudadanos de Piedmont querían sentirse a salvo en su barrio, pero también eran buenos liberales, defensores de la Unión Estadounidense por las Libertades Civiles; creían en los derechos humanos y civiles y no querían ver a la policía dando de hostias a los que robaban en las casas, los ladrones de coches y los potenciales allanadores de morada que rondaban la calle, ni tampoco que

sus hijos tuvieran que presenciar cosas tan desagradables.

Al doblar la esquina de Nova Drive vio un poco más adelante a un ratero que todavía no lo había visto a él. Redujo la velocidad para seguirlo manteniendo la distancia. Era un yonqui delgado, de veintitantos años. Vaqueros negros, con los bajos deshilachados de tanto arrastrarlos por el suelo, deportivas negras y una camisa militar de color verde aceituna con unas franjas negras en los brazos donde antes había galones de sargento. Cabello pelirrojo, sucio y largo hasta los hombros, y barba pelirroja de tres días.

Estaba mirando. Se quedaba unos instantes inmóvil en la acera y estudiaba las casas por las que iba pasando, los pocos coches aparcados, los porches, los buzones, las puertas de los garajes... Tal vez algo olvidado en el patio que él pudiera robar. Comprobaba si había gente en casa, si eran jóvenes o viejos, si había una alarma, si tenían perro... Hanson fue aproximándose a él sin hacer ruido, hasta que estuvo lo bastante cerca como para echarle la zarpa encima antes de que saliera corriendo.

—Qué hay, colega. ¿Vive por aquí? —le preguntó.

—¿Quién coño es usted? —graznó el otro.

Hanson llevaba una sudadera a la que le había quitado las mangas y unos vaqueros Levi's cortados.

Hanson lanzó una carcajada, encantado.

—Míreme, colega —susurró. Acababa de despertarse su vena agresiva—. Míreme, «sargento». —Clavó la mirada en los ojos del chico, azules y acuosos. Iba a necesitar un poco más de heroína dentro de unas horas, antes de que anoheciera—. Este no es su barrio, aquí no le dejan entrar. Vuelva allá abajo, a Oakland, que es su sitio. —Le indicó con la cabeza el camino por el que había venido.

—Solo estoy dando un paseo, tío —contestó el yonqui haciendo un esfuerzo por que no le saliera un graznido—. Estamos en un país libre.

—No es verdad. Eso es lo que dicen.

El yonqui fue a decir algo, pero le salió un tartamudeo.

—Ya nos conocemos de otra ocasión, ¿verdad? Nos vimos una noche al lado de Fruitvale, ¿a que sí?

—Joder, tío, yo qué sé.

—Váyase a casa, sargento, la guerra ya se acabó.

El otro permaneció un momento donde estaba, como si no recordase quién era; luego dio media vuelta y echó a andar.

—Eh, papanatas —le dijo Hanson, y el chico se detuvo—: si vuelvo a verle por aquí, le daré de hostias y después le diré a la policía que lo detenga por agresión. Y el destornillador que lleva en el bolsillo es un arma letal. Agresión a

mano armada, sargento. Más las órdenes de detención que sé que tiene vigentes. Así es como veo yo su futuro en este barrio. ¿Vale?

—Vale.

—Genial. Adiós.

El yonqui se marchó sin mirar atrás, con el típico contoneo de recluso macarra, pasándose la mano por el pelo cada pocos pasos.

Conque un país libre, pensó Hanson.

De libre no tenía nada. Ya ni siquiera era un país, si es que lo había sido alguna vez. Era una empresa, y él a su edad había tenido la suerte de que la Policía de Oakland lo hubiera contratado como capullo profesional.

Había nubes y soplabla una brisa helada procedente del mar. Iba a ser una noche fría y húmeda. Un tiempo raro. Aquel muchacho aún disponía de unas horas para robar algo, venderlo y pillar un poco de heroína antes de que se hiciera de noche. O pasar la noche acurrucado detrás de un contenedor, colocado y bajo la lluvia. De todas formas ya no tenía salvación, se dijo al tiempo que reemprendía la carrera doblando hacia la izquierda para continuar un tramo más cuesta arriba. Ya estaba condenado desde que nació.

Media hora más tarde, empapado de sudor, medio perdido en aquel barrio, iba caminando con las manos en las caderas, resoplando, cuando reparó en el coche patrulla que había aparecido a su espalda. Sonrió. Era Knox, el policía de Piedmont del que ya se había hecho amigo.

Knox detuvo el coche junto a la acera, a su altura.

—Tanto correr va a acabar contigo, Hanson. Caerás fulminado de un infarto.

—Me mantiene en forma y me ayuda a quemar la empatía. Hace que parezca más poli.

—Hanson, para trabajar en el distrito 5, y por la noche, necesitas engordar un poco.

Knox había estado en Vietnam al principio, había pasado una temporada allí y había regresado antes de que Hanson hubiera terminado siquiera su entrenamiento en las fuerzas especiales.

—Oye —replicó Hanson—, hace un rato me ha tocado hacer tu trabajo.

Acto seguido le contó el encuentro con el ladrón pelirrojo.

Knox hurgó dentro de una caja de zapatos llena de fotos de fichas policiales, sacó una y se la enseñó.

—Es él —confirmó Hanson.

Knox asintió con un gesto, le dio las gracias y volvió a meter la foto en la caja con las demás.

—Hanson, no tienes pinta de que tu sitio esté en el agradable entorno de Piedmont. Un día de estos te vas a topar con algún poli nuevo del Departamento

que no te conozca y me va a tocar ir a sacarte del calabozo.

—¿Ya puedo bajar las manos?

—Basta con que no hagas movimientos furtivos.

Hanson lanzó una carcajada.

—Derribarlos y ponerlos boca abajo —canturreó Knox—. Hanson, dime una cosa: ¿sigue siendo peligroso andar de noche allá abajo, con Tyrone? Recuerdo que antes había mucho peligro después del atardecer.

—A mí no me da miedo nada —replicó Hanson.

Knox se había criado en Boston. Lo reclutaron para servir a su país y cuando regresó de Vietnam empezó a trabajar en la policía de San Francisco y pasó allí doce años antes de trasladarse a la de Piedmont. No hablaba mucho de la guerra, pero Hanson notaba que lo había pasado bastante mal.

—Hanson, tienes cierto impulso suicida. Eres demasiado mayor para esa mierda.

—En absoluto —repuso Hanson—. A mí no pueden matarme.

Knox sonrió y negó con la cabeza.

—Hanson —empezó, metió la marcha en el coche y volvió a mirarlo—, ve con cuidado.

Hanson juntó los talones y ejecutó un saludo militar. Se sentía bien saludando a Knox de aquel modo, para eso servía un saludo, para mostrar el vínculo que uno tenía con las personas a las que respetaba, por lo menos eso era lo que se suponía.

El tiempo está cambiando

Para ser detenida, la persona, en opinión del agente, ha de ser un peligro para sí misma, ha de ser un peligro para los demás o ha de encontrarse gravemente incapacitada. Sección 5150 de la Ley para el Bienestar Social e Instituciones de California.

A Hanson le resultó familiar nada más verlo allí, en el agua, el aviso 5150 que la centralita le había enviado a investigar. Era alguien a quien había conocido años atrás, cuando los dos eran mucho más jóvenes. Llevaba todo el día caminando junto al lago Merritt —desde antes del amanecer, según le dijo un borracho—, siguiendo los contornos del lago, «como si estuviera buscando algo que hubiera perdido». Un individuo de raza blanca que no respondía a nadie. Todas las personas con las que habló Hanson lo recordaban o lo contaban de manera un poco distinta.

«Tío, simplemente pasa de los negros. Aunque eso no es nada nuevo aquí. Si le saludas, él sigue andando como si no te hubiera visto, como si fuera superior a ti. No se toma siquiera la molestia. Aunque esté loco, sigue siendo un puto racista.»

«¿Ese? Está realmente mal de la cabeza, se lo digo yo. Es un puto enfermo, no hay más que ver cómo te mira. No he visto nada igual.»

«Poco después se le acercaron unos y le dijeron: “Qué tal, tío, ¿cómo vas?”, y él simplemente hizo caso omiso. Entonces llegaron un par de negros y le preguntaron si se creía un tipo duro, porque no lo parecía. Y dijeron que a lo mejor necesitaba que alguien le diera un par de hostias para enderezarlo. No, señor agente, no le tocaron, solo se lo dijeron para que reflexionara un poco, ya sabe.»

«Si está en el agua es por su puta culpa.»

Echó a andar en dirección al agua llena de fango y se metió hasta las rodillas para alejarse de la gente lo suficiente como para que se les quitaran las ganas de mancharse los zapatos o mojarse los pantalones.

Luego empezaron a arrojarle cosas, con lo cual lo obligaron a meterse más

adentro, hasta el pecho y después hasta el cuello, de modo que no le quedó más remedio que remar con las manos para conservar el equilibrio andando de puntillas por el fondo. Después se metió otro poco más, y tuvo que patalear para no hundirse entre ramas de árboles, latas de cerveza y de refrescos, y vasos de papel arrugados que flotaban a su alrededor. Menos mal que en la orilla no había muchas piedras, se dijo Hanson, porque de lo contrario era posible que aquel chico ya estuviera muerto cuando él llegara y consiguiera abrirse paso por entre la gente.

«Cuando yo llegué ya estaba en el agua, así que no tengo ni idea, agente. Pero el muy hijoputa ha tenido la suerte de que haya llegado usted para hacerse cargo de la situación y poner un poco de orden.»

Hasta las aves se sentían molestas: las gaviotas, los pelícanos, los patos, los cormoranes negros y los gansos sobrevolaban el lago emitiendo graznidos y de tanto en tanto se lanzaban en picado sobre él. Quizá su comportamiento se debía al tiempo tan raro que estaba haciendo, aquella podría ser la explicación más simple. El viento había cesado, y durante toda la semana había hecho un calor impropio de aquella época. Hacía un hermoso día de mediados de mayo, y las previsiones decían que aquel buen tiempo iba a continuar durante el resto de la semana.

Hanson hizo señas al chico desde el borde del agua para que volviera.

—Vamos, venga aquí. Es hora de irse.

Observó cómo se acercaba nadando hasta que logró hacer pie; después, pisando el fango, salió a la orilla y llegó a la hierba. Vestía una sudadera gris deformada y unos vaqueros, y no llevaba ni zapatos ni calcetines. Seguramente se le habían quedado trabados en el fango. Puso cara de sorpresa, solo un instante, cuando pareció reconocer a Hanson, y luego volvió a adoptar el gesto de víctima arrogante.

—Voy a ponerle las esposas —le dijo Hanson—. Se las pongo porque no tengo más remedio, ¿de acuerdo?

El otro se volvió y miró el lago mientras Hanson lo esposaba.

—¿Lleva algún documento que lo identifique? —El aludido se limitó a mirar el lago. Hanson sabía que no iba a aparecer en ninguna base de datos—. ¿Lleva encima algún arma, una navaja, algo así? Es mejor que me mire, así podremos terminar con esto. —Después añadió en tono más suave—: Y se ahorrará problemas que no nos interesan a ninguno de los dos. —El chico se volvió y lo miró—. ¿Cómo se llama? ¿A qué nombre responde ahora?

El otro continuó mirándolo.

—Bien —dijo Hanson—. Vamos a hacer lo siguiente: yo lo llevo al hospital del condado para que decidan lo loco que está y qué hay que hacer con usted. Al

hospital Alameda County. Yo simplemente voy a llevarlo. Venga. Ahora dese la vuelta, muy despacio —ordenó al tiempo que movía un dedo en círculo para indicar que lo que quería era buscar algún bulto en aquella ropa mojada donada por el Ejército de Salvación que pudiera sugerir la presencia de un arma, porque no pensaba cachearlo—. Ya puede parar.

No parecía un chaval, ya no. Tenía la edad de Hanson y los mismos rasgos escoceses-irlandeses-apalaches, pero más suaves, más relajados, resultado de más años bebiendo alcohol. Hanson lo conocía.

—Vamos —le dijo, y ambos subieron la cuesta hasta donde se encontraba el coche patrulla, aparcado en la hierba. Hanson abrió la portezuela trasera—. Eso es —dijo a la vez que le hacía una seña para que entrara en el coche y le agachaba la cabeza para que no se la golpeará con el marco—. En el hospital le proporcionarán ropa seca. ¿Se encuentra bien?

Como el otro no respondió, Hanson cerró la puerta, se subió al coche y, reflexionando sobre ello, arrancó.

Aquello pasó durante su segunda semana de entrenamiento básico, un día que hizo un calor sofocante en Fort Bragg. Un individuo se desmayó a propósito, e inmediatamente otros tres o cuatro hicieron lo mismo. El instructor se cabreó y escogió a Hanson para echarle la bronca. Le gritó al oído que no adoptaba correctamente la postura de firmes, que le faltaba «actitud militar». Luego comenzó a pasearse a su alrededor ajustándole la inclinación de la cabeza y tirándole hacia abajo del brazo.

Hanson se sentía un poco mareado a causa del calor y decidió que si el instructor volvía a tocarlo otra vez se largaría de allí. A la mierda todos. Se iría hasta un pino que ya había elegido, se sentaría y desconectaría mentalmente. *Bye bye*. Sabrían que estaba fingiendo estar catatónico, pero era capaz de seguir así hasta que lo expulsaran de su puto ejército y de su puta guerra. Ese es su recuerdo de lo que pensó. Pero no lo hizo.

A lo mejor aquel chico simplemente estaba sordo y loco, pensó, y no era una versión distinta de sí mismo que se desgajó de él aquel día de entrenamiento y se fue por otro camino. Él mismo estaba bastante sordo, le habían estallado los oídos en la guerra, pero oía lo suficientemente bien a la gente que le gritaba en la calle y, en cuanto a lo de estar loco, había aprendido a hacer como que la mayor parte del tiempo no lo estaba.

Observó al detenido por los retrovisores laterales, luego por el retrovisor central, a través de la mampara de plexiglás, y el detenido le sostuvo la mirada impertérrito, con la misma arrogancia que antes exhibía él. Finalmente, se cansó, se reclinó contra el asiento y se puso a mirar por la ventanilla.

—El tiempo está cambiando —dijo el chico.

Hanson detuvo el coche en una gasolinera Shell cerrada. Se apeó y abrió la portezuela trasera.

—Baje —le ordenó, contento de ver la leve expresión de miedo que se reflejó en sus ojos—. Dese la vuelta.

Le quitó las esposas.

—Ya está. Ni se le ocurra mirarme. Si me mira, le doy de hostias. —Al ver que el otro no se movía, apoyó la bota en la parte de atrás de sus vaqueros mojados y le dio un empujón—. Largo.

El otro se ajustó el vaquero y dio unos pasos, descalzo y con el pantalón chorreando agua.

—Espere —lo detuvo Hanson. Sacó la billetera, extrajo un billete de veinte, hizo una pausa y extrajo el resto del dinero; luego se plantó delante del detenido y le embutió los billetes en el bolsillo de los vaqueros—. Adiós.

Desde el coche patrulla observó cómo se alejaba andando por la calle hasta que se perdió de vista al doblar una esquina, y a continuación se puso a escribir el parte de servicio: «No hay denunciante. Problema resuelto. Hanson/7374P».

Dio el aviso por terminado y fue a atender otro «problema desconocido» que había surgido en MacArthur Boulevard. La luz diurna cambió, se atenuó o se oscureció, y se tornó de un amarillo sucio. De pronto cayeron unas gotas de lluvia contra el polvo del parabrisas. Hanson miró a través de la ventanilla del lado del pasajero. Se estaba formando una tormenta al otro lado de la bahía, el cielo estaba negro como si hubiera llegado el apocalipsis y se acercaban densas cortinas de lluvia. En el mar se oyó el retumbar de un trueno, una gigantesca armada de nubarrones cargados de rayos que se arremolinaban en el horizonte empujando y avanzando hacia el interior.

Detuvo el coche y contempló cómo se iba acercando la tormenta, barriendo a su paso los depósitos y las refinerías de petróleo, pasando entre las grúas del puerto agachadas igual que perros robóticos, azotando las vallas publicitarias y levantando los tejados de los almacenes. Invadió la autopista, ralentizando y deteniendo el tráfico; inundó las calles de la zona este de Oakland. Las redes eléctricas sufrieron un apagón y los transformadores de los postes telefónicos explotaron en un montón de chispas. La tormenta sacudió el coche patrulla y lo zarandeó sobre sus amortiguadores; el granizo acribilló el techo y la aguanieve volvió opacas las ventanillas. La centralita enmudeció.

Varias horas más tarde, después de que se hiciera de noche, Hanson emprendía el regreso al distrito 4 después de haber transportado a un detenido. Conducía despacio por las calles inundadas bajo la intensa lluvia. Iba pensando en los

sucesos de aquella jornada y se equivocó al tomar una salida; penetró en un distrito de almacenes. Empezaron a sonar unos timbres mecánicos. De la oscuridad surgió de repente la barrera blanca y roja de un paso a nivel iluminada por los faros del coche y Hanson frenó de golpe a menos de medio metro de ella, que tenía una luz roja de advertencia que parecía un ojo de toro que despedía destellos sobre el capó del coche.

Llegó el tren como salido de la nada, en plena oscuridad, y pasó tronando, como una exhalación, con sus dos pisos de altura, como un tornado que todo lo arrolla: vagones con portones deslizantes, vagones cisterna, vagones plataforma, vagones volquete, góndolas que se balanceaban de un lado a otro a través de la lluvia y que abandonaban Oakland, Erie Lackawanna, Santa Fe, Oregon Pacific, Pee Dee River, Kansas City, Illinois Central, Green River..., camino de otros lugares. La lluvia formaba una nube de vapor y humo de colores por encima del coche patrulla; los faros de los automóviles que aguardaban al otro lado de la vía aparecían y desaparecían de forma intermitente entre los huecos que quedaban entre un vagón y otro; el tren iba pasando con un fuerte estrépito y un traqueteo que zarandeaba el coche. Hanson, con el uniforme mojado por la lluvia, se reclinó contra su asiento y cerró un momento los ojos, exhausto.

Iba vadeando las lodosas aguas del Song Mai Loc, de nuevo en la temporada del monzón, a la hora más calurosa del día, en una guerra que se estaba librando en el otro rincón del planeta. Según el mapa que estaba usando, se encontraban a medio kilómetro de una aldea que se llamaba Mai Than antes de que fuera destruida. Todas las aldeas del mapa habían sido destruidas, esa era la palabra que aparecía en letras mayúsculas debajo de cada una, entre paréntesis. Lo que había sido Mai Than, antes de que fuera destruida, se encontraba al otro lado de un promontorio, justo después de una línea azul que en el mapa era el río que estaban cruzando, el Song Mai Loc marrón, el lodoso río Song Mai Loc.

Con un calor pegajoso y sin apenas moverse, a mitad del río y con el agua hasta la cintura, iban Hanson y cinco miembros del pelotón de reconocimiento para combate, mercenarios vietnamitas que eran sus mejores asesinos. Era ya el tercero de los cinco días de reconocimiento que había planeado Hanson para actualizar la información que figuraba en el mapa.

Al terminar de atravesar el río hicieron un descanso, ocultos en una marchita mata de bambú, para beber el agua tibia y con sabor a yodo que llevaban en las cantimploras, comer un puñado de aquellos pescaditos fritos que se consumían como si fueran palomitas y arrancarse o quemar las sanguijuelas que se les habían adherido a los tobillos y a las ingles mientras cruzaban la corriente.

De pronto Rau, el sargento del pelotón, le hizo una seña a Hanson y apuntó hacia un lugar: cuatro o cinco mujeres que conducían una reata de búfalos de agua junto a la base del promontorio y que venían hacia ellos. Ya estaban muy cerca, se oían sus risas agudas y musicales flotando a través de la lluvia. Todavía no los habían visto, y los búfalos no los habían olido porque estaban situados a contraviento, siguiendo una ruta o un camino que no se hallaba en el mapa.

Mai Than ya no debía ser destruida —o todavía no—, y cuando las mujeres los vieran enviarían tras ellos a los jefes de la aldea, que serían fuerzas del Viet Cong. Hanson sabía que llevaban más de dos años sin contar con fuerzas amigas en aquella zona, y por eso había querido verificarlo con aquella misión. Buena idea, pensó sonriendo. Se encontraban muy lejos del alcance de la artillería de cualquier base de apoyo, y los helicópteros de combate y los aviones de transporte táctico de la 101.^a base de Quang Tri no iban a poder rebasar las montañas con aquel mal tiempo. Estaban solos. ¿Qué iba a hacer cuando aquellas mujeres los descubrieran, decirles que estaban tomándose un respiro y que ya se iban?

Podían huir de inmediato, pero las unidades locales del Viet Cong, que conocían el terreno mucho mejor que él, que solo lo conocía por el mapa, les darían alcance enseguida. Bueno, pensó Hanson relajándose, se quedarían donde estaban y lucharían allí mismo, matarían a todos los del Viet Cong que pudieran antes de que los mataran a ellos. Genial.

—Debemos atacar —le susurró Rau imitando por señas la acción de disparar una pistola y matar a las mujeres al tiempo que hacía un gesto negativo con la cabeza en plan de broma, como si se arrepintiese. Llevaba matando vietnamitas, ya fueran de un bando político u otro, desde los doce años. Era el único empleo que había tenido en su vida. En el campamento, a veces bebía una mezcla de opio y licor de arroz, pero conocía bien su trabajo.

Putos monstruos, pensó Hanson a la vez que desabrochaba una solapa de su mochila; eso es lo que somos todos. Sacó de la mochila la Hi-Standard del calibre 22 que llevaba envuelta en un plástico y a continuación el silenciador.

Había llegado a ser muy bueno en su trabajo, y cuando se es tan bueno, pasado un tiempo, si se sobrevive lo suficiente, lo único que puede acabar con uno es la mala suerte, y, aunque uno tenga mala suerte, si conserva la calma y hace lo que procede hacer, saldrá ileso.

Llevaba consigo la 22 con silenciador solo por si acaso veían a un miembro del Viet Cong o del ejército norvietnamita al que tuvieran que hacer prisionero, dispararle para que no muriera de inmediato y llevárselo consigo. Aquella pistola no era silenciosa del todo, pero hacía muy poco ruido, y además tenía un cargador de repuesto de diez balas. Era una pistola de precisión y había

practicado con ella en el campamento hasta que logró dominarla. No tendría dificultades para meter un balazo a cada una de aquellas cinco mujeres —las que eran— en cinco segundos. Les dispararía a la cabeza. Lo que le gustaba de la guerra, lo que a todo el mundo le gustaba si es que le gustaba algo, era la simplicidad. Su misión consistía en seguir vivo y procurar que también siguieran vivos los integrantes de su equipo.

Cuando hubieran matado a aquellas mujeres podrían huir, soltar las correas de emergencia de las mochilas, desprenderse de todo salvo la munición y el agua; tendrían una ventaja para volver a cruzar la línea azul y, ahora que ya se conocían el camino, regresar a las colinas y a los valles en los que podrían ocultarse, en los que no había tantos soldados del Viet Cong, y, si tenían suerte y corrían deprisa, desde allí podrían llamar a la artillería; tal vez llegaran vivos al día siguiente. Lo lograrían si contaban con una ventaja y mataban a aquellas mujeres.

Limpió la pistola con un trapo aceitado que llevaba en la misma bolsa; la examinó para comprobar que tenía una bala en la recámara, una del calibre 22 para exploradores, enroscó el silenciador y quitó el seguro. Intercambió una mirada con Rau y los otros cuatro miembros de su pelotón de reconocimiento, y entonces fue cuando las mujeres empezaron a azuzar a los lentos búfalos con sus varas de bambú y a rodear el promontorio, sin sospechar que habían estado a punto de ser objeto de una carnicería. Hanson permaneció agachado, controlando su respiración, mientras sus hombres ponían cara de alivio y decepción a la vez.

Las delicadas risas, los golpes de las varas de bambú contra los lomos de los búfalos, el tintineo de las campanas que llevaban los animales colgadas del pescuezo..., todo fue difuminándose a medida que se alejaban.

Todos se habían salvado, y allí estaba él, sentado dentro de aquel maloliente coche patrulla al ralentí, bajo la lluvia, pero el tren había pasado, ya no hacía ruido y se había perdido de vista por la vía. El tintineo de la campana mecánica era tan solo el pitido que tenía siempre en los oídos, cuando se daba permiso a sí mismo para escucharlo. La barrera blanca y roja se elevó como un brazo que le indicaba con aquel gesto que ya podía proseguir con su vida. Se pusieron a cruzar los vehículos del sentido contrario, cuyos faros le hirieron los ojos cuando traquetearon por encima de las vías. Había más automóviles detrás de él, en fila, esperando, temerosos de tocarle el claxon a un coche policial. Metió la marcha y avanzó a través de la lluvia.

Elvis Hitler

Otra noche de lluvia. El tiempo estaba cambiando. La centralita estaba tan activa como siempre. Hanson llegó a la dirección que le habían facilitado y detuvo el coche media manzana más adelante, observando la casa por el espejo retrovisor. Otro 415-F, disturbio, disputa doméstica, una pelea familiar, personas que necesitaban que fuera alguien armado con un bastón o con una pistola a tomar decisiones por ellas. El motor sobrecalentado se apagó, los limpiaparabrisas se quedaron quietos, la lluvia siseó levantando nubecillas de vapor del capó del polvoriento coche policial. La centralita enmudeció.

Encerrados en una taquilla de la pared, la camisa y los pantalones de lana no habían tenido tiempo de secarse entre un turno y otro. Seguían estando húmedos, pesados y calientes. Hanson tenía resaca, dolor de cabeza y diarrea, y se arrepentía de no haber llamado para decir que estaba enfermo. Cerró con fuerza el puño de la mano derecha hasta que sintió dolor, a fin de reanimar un poco su actitud. Al parecer el truco surtió efecto, así que lo repitió y estrujó la herida azulada e infectada que se había hecho en la palma de la mano al saltar una valla metálica dos noches atrás, cuando iba persiguiendo a un violador.

Buscó dentro del maletín de cuero negro que llevaba en el asiento de al lado y sacó un medicamento para la acidez estomacal, y por un instante vio su cara reflejada en la curva del parabrisas; parecía un mago de rostro serio sacando un conejo rosa de la chistera. Bebió un buen trago del áspero antiácido, inclinó el envase y lo examinó. Ya estaba medio vacío. Volvió a ponerle el tapón y lo guardó. Se pasó la lengua por los labios, se miró en el retrovisor por si le hubiera quedado algún resto del jarabe rosa y sintió otro retortijón. A lo mejor debería diseñar una funda para llevar el antiácido siempre consigo, como la del gas pimienta.

De repente cobró vida el canal tres para informarle:

—Sobre su sujeto no pesa ninguna orden de detención ni de búsqueda. Se encuentra en libertad condicional por 245, 148 del Código Penal y 11550 de Salud y Seguridad. Tenga en cuenta que en los nueve últimos meses ha sido detenido dos veces por un 242, por el denunciante que presentó usted. En ambas ocasiones se retiraron los cargos.

—904 —respondió Hanson, y volvió al canal dos.

Se puso el guante táctico de la mano izquierda, 225 gramos de plomo reforzado metido en cinco compartimentos, uno detrás de cada dedo, y otro individual, más grande, que cubría el dorso de la mano. Para dejar libre la mano con la que empuñaba la pistola, el otro guante se lo metió debajo del cinturón con la muñeca asomando, a fin de poder cogerlo rápidamente y golpear con él al adversario, su mejor arma en distancias cortas.

Se apeó del coche, cerró la puerta sin hacer ruido, y al hacerlo se metió en un charco de agua cubierto de hojarasca y basura. El agua fría se le coló por los bordes de las botas de puntera reforzada y cuando echó a andar por la calle notó que un calcetín se le estaba escurriendo hacia el talón.

Escuchó un momento ante la puerta y exclamó: «¡Policía!». Golpeó tres veces con la porra corta y, cuando oyó que alguien venía a abrir, la guardó en el bolsillo de la pernera del pantalón.

Una mujer abrió la puerta todo lo que le permitió la cadena de seguridad y miró a aquel policía que aguardaba de pie bajo la lluvia. Iba descalza, en pantalón corto, sin sujetador, con una camiseta negra que llevaba delante un rótulo en letras blancas que decía: VETE A LA MIERDA Y MUÉRETE. De los labios, hinchados, le colgaba un cigarrillo. El labio inferior se veía partido pero ya curándose.

—¿Ha llamado a la policía o me he equivocado de dirección? —le preguntó Hanson.

La mujer quitó la cadena de seguridad y retrocedió lo justo para dejarlo pasar, para que no siguiera mojándose. Era un poco corpulenta, los pechos le llenaban la camiseta y los vaqueros recortados le estaban tan cortos que los bolsillos le quedaban suspendidos por encima de los muslos, blancos y carnosos.

Hanson se encogió de hombros con un gesto de impaciencia.

—¿Todo bien?

La mujer abrió la puerta un poco más, de modo que Hanson pudo entrar en la vivienda, maloliente y caldeada en exceso, y lo miró como si no supiera qué estaba haciendo allí aquel policía ni por qué lo había dejado entrar. No estaba muy en forma, se la notaba pálida y cansada. Lucía un moratón en un ojo que tendría un par de días, y los hematomas del brazo ya habían adquirido una tonalidad verdiazulada y amarilla.

—¿Qué? —dijo.

Hanson negó con la cabeza.

—Nada —respondió al tiempo que la rodeaba para verificar que no hubiese nadie escondido detrás de la puerta de la calle, aún semiabierta.

—Quiero que se vaya de esta casa —murmuró la mujer agitando el cigarrillo

entre los labios—. Quiero que ese cabrón se vaya de aquí. ¡Ya! ¡Ahora mismo!

Vale, vale, pensó Hanson. El tono de voz de la mujer era exactamente lo que debería haberse esperado.

—¿Y cuál es el problema? —le preguntó.

De nuevo sintió un retortijón.

La mujer se quitó el cigarrillo de la boca, miró a Hanson y luego gritó hacia su espalda.

—¡El problema es él! ¡Es un capullo! Y lo quiero fuera de aquí.

—¡Que te jodan! —chilló una voz de hombre procedente del sótano.

¿Cuántas veces, se preguntó Hanson al tiempo que intentaba controlar los retortijones, había vivido aquella misma situación, con aquellos mismos gilipollas?

Procuró respirar —una técnica para reducir el estrés que al psicólogo de la Academia le había llevado una hora explicarle— y aspiró una bocanada de humo del cigarrillo mentolado que se estaba fumando la mujer. En el este de Oakland resultaba casi imposible saber dónde había un cuarto de baño, teniendo en cuenta la rotación de zonas, y de todos modos la centralita estaba demasiado ocupada para concederle tiempo a uno para un 980-B. La Policía de Oakland tenía un número para todo.

Tal vez pudiera resolver rápido aquel incidente, zanjarlo con un parte de servicio —«Problema resuelto»— y pasar al cuarto de baño antes de que la centralita lo enviara a atender otro aviso.

Las tripas se le calmaron durante un momento, y entonces fue cuando comprendió por qué aquella casa le parecía todavía más extraña de lo normal: estaba llena de recuerdos de Elvis. Era algo más que una colección: un museo, una obsesión, una especie de parque de atracciones construido en torno a la muerte de un famoso en mitad del desierto. Visiones y versiones de Elvis a través de distintos países, objetos y formas de expresión artística. Los cuadros de las paredes se habían pintado sobre todo en terciopelo negro, y las facciones de Elvis eran ligeramente hispanas o asiáticas. Elvis en Tijuana como torero; Elvis en Saigón paseando con un soldado fantasma de mirada triste; Elvis boina verde armado, en el corazón de la jungla; Elvis cazando ciervos en un Ford F-150 con portarrifles. Elvis con el Che, con Mao, con Richard Nixon y con Malcolm X; predicando con Billy Graham, cruzando el río con Martin Luther King, entre las nubes del cielo con los Kennedy y arrodillado a solas iluminado por el resplandor divino en el huerto de Getsemaní.

Había bustos de porcelana, pintados a mano con pistola; en uno de ellos el esmalte rojo no estaba bien alineado con la forma de los labios; en otro, el azul de los ojos estaba ligeramente descentrado; todos tenían la nariz, la sonrisa o las

patillas desenfocadas, mal dibujadas, con lo cual parecía que Elvis se desensamblaba y pasaba a otras dimensiones.

Había figuras de caucho —muñecas Barbie de Elvis vestidas con trajes de época—, muchas de la última época de Las Vegas, con el traje blanco de lentejuelas, las botas y las gafas de sol. Pero también había un Elvis paleta; un Elvis soldado; un Elvis con camisa hawaiana y guirnalda de flores, como en la película *Amor en Hawái*; un Elvis karateca con cinturón negro, con unos brazos semejantes a armas letales que giraban a la altura de los hombros. Había un Elvis de chapa metálica de unos treinta centímetros de alto colgado de un alambre que iba desde la puerta de la cocina hasta el techo por el que Elvis ascendía hasta el paraíso del rock & roll ataviado con un traje de chaqueta setentero holgado con aspecto de túnica, con las piernas abiertas, pantalones de campana anchísimos, el tupé negro sobre un ojo y una reluciente guitarra con forma de rayo justo por debajo de la entrepierna, elevándose hacia el cielo.

Carteles de películas, botellas de cristal con forma de Elvis para coleccionistas llenas de aguas de colores detrás de una triste barra de madera contrachapada cubierta por un hule de tonos rojos, blancos y azules. Hanson se vio en el espejo que había detrás de la barra, cuyo contorno era el perfil de Elvis. Estaba horrible, con cara de cansado y de enfermo, peor que la mujer.

De repente se oyó un estruendo de unas pesas que caían al suelo en el sótano, que sacudió toda la casa como si fuera un pequeño terremoto.

—¿Le importa decirme su nombre, señora? Y su fecha de nacimiento.

La mujer apagó el cigarrillo en un cenicero de una gira de Elvis del hotel Circus Circus y sacó otro de una caja de tabaco musical que emitió unas cuantas notas titubeantes —quizá las de la canción «Love Me Tender»— antes de que el muelle se contrajera.

—La que ha llamado a la policía soy yo —dijo al tiempo que jugueteaba con el cigarrillo entre los dedos sin encenderlo. Llevaba las uñas pintadas de rojo, quebradas y mordidas hasta dejarse los dedos en carne viva—. ¿Para qué necesita mi fecha de nacimiento?

—Para redactar el informe necesito los datos del denunciante. Es para... eh... la base de datos...

La mujer se metió el cigarrillo en la boca y volvió a dar cuerda a la caja de música. La canción era «Love Me Tender», pero ahora que el muelle estaba tenso se ejecutó al doble de velocidad, como la música de una pesadilla china. Hanson estaba empezando a ponerse nervioso, le costaba sujetar el bolígrafo entre los dedos. Elvis estaba por todas partes, observándolo. De nuevo volvió a sacudirse la casa por el golpe de un objeto de hierro contra el hormigón.

—¿No puede usted decirle que se vaya? Es lo único que quiero.

Un golpe de hierro contra hierro zarandeó los muñecos de Elvis. Y otro más. Y aún otro más cuando el que estaba abajo dejó caer unas pesas sobre los extremos de la barra. Aquello era mucho peso, pensó Hanson.

—¿Cómo se llama él? —preguntó.

Se miraron fijamente hasta que la mujer le dio la información que necesitaba.

Se llamaba Paul. Ella se llamaba Racine y tenía veintitrés años. Hanson le habría calculado treinta. Las axilas de la camiseta estaban húmedas de sudor y despedían un olor que, mezclado con el perfume dulzón que llevaba, envolvió a Hanson igual que un recuerdo que hace que uno se sienta culpable y que lo instó a acercarse.

—¿Eso se lo ha hecho él? —le preguntó a la mujer con la voz un tanto ronca al tiempo que alargaba la mano para tocarle el hematoma que tenía en el ojo.

—Le han despedido del trabajo —respondió ella mirándolo—. Estaba en la fábrica de puertas. Fue hace tres meses.

—¿Y esto? —preguntó Hanson cerrando la mano en torno a la hinchazón que mostraba la mujer en el brazo, en el punto en que los hematomas desaparecían bajo la tela de la camiseta.

—Sí.

—¿Paul toma esteroides?

—¿Esteroides?

—No soy de narcóticos —la tranquilizó—. Me da igual que Paul tome esteroides o no, o que usted fume hierba o haga lo que sea.

—¿Lo que sea? —repitió ella.

—Solo necesito saber qué debo esperar de él.

La mujer afirmó con la cabeza y al hacerlo rozó el pecho de Hanson con el pelo.

—Ya —le dijo, tocando con los labios el bolsillo de la camisa de Hanson—. A Paul le gusta hacerme daño —dijo tocando con la pierna la erección que palpitaba contra el pantalón mojado.

—Voy a bajar a hablar con él —anunció Hanson, y casi tropezó al dar media vuelta. Joder, contrólate, se dijo. Basta. Esta mujer puede causarte más problemas que aquella chica tatuada de Missoula—. Usted quédese aquí —le ordenó—. Si baja conmigo, dará lugar a una discusión. Puede oírlo todo desde la escalera.

¿Que lo habían despedido de la fábrica de puertas? La puta fábrica de puertas, iba pensando mientras se dirigía hacia la escalera que conducía al sótano sintiendo en los oídos el gemido de sierras y lijadoras eléctricas, el golpeteo de las grapadoras neumáticas. Se imaginó despertándose en la cama todas las mañanas al lado de Racine, ella encendiendo el primer cigarrillo del día, yendo a

la fábrica de puertas.

Racine lo estaba mirando de forma especial. En realidad no estaba mal. Un poco zorrón, pero eso era aceptable. Todo en ella resultaba bastante aceptable. Iba a necesitar toda la ayuda, toda la distracción y la abstracción posibles para llegar hasta el final de su período de prueba, del que aún quedaban siete meses. Siete meses y cinco días.

—No diga nada —le ordenó—, deje que hable yo.

La escalera, construida con tablones combados de madera nudosa y sin pintar, y como veinte kilos de clavos torcidos, se estremecía con cada paso. La mujer bajaba detrás de él, justo pisándole los talones.

Hanson se preguntó si los materiales habrían salido de la fábrica de puertas, y al instante dio por hecho que sí.

El sótano, de hormigón y sin ventanas, era tan desolador como una cámara de tortura. La luz era cegadora: diez mil vatios de luces de seguridad de almacén colgaban del techo. Probablemente habían salido también de la fábrica de puertas, de una en una, todos los viernes después del trabajo, en el maletero del coche. La mitad de lo que hay en Oakland es robado, se dijo Hanson agachando la cabeza para no golpearse con las bombillas, es producto de una economía basada en el tráfico de drogas por goteo.

A ambos lados del banco de pesas, las paredes estaban forradas de espejos de cuerpo entero estrechos, varias docenas de ellos, montados uno junto a otro y fijados al suelo con adhesivo de alquitrán negro. En la pared del fondo colgaba una bandera nazi de metro y medio de altura, detrás del banco de pesas. Pesas, pensó Hanson. Todas las casas situadas al este de High Street venían con un juego de pesas para que uno se mantuviera en forma hasta que el agente de la condicional volviera a meterlo en chirona con una muestra de orina tomada al azar a las cuatro de la madrugada.

Paul actuaba con total naturalidad, como si no hubiera visto a Hanson y a Racine. Estaba trabajando en el banco, levantando como unos ciento veinticinco kilos de peso en la barra. La levantó despacio, la sostuvo con los brazos estirados sin temblar, la bajó y la levantó de nuevo. Lentamente, para impresionarlos. Era mucho peso. Finalmente dejó caer la barra sobre los soportes, se incorporó con el cuerpo brillante de sudor y los miró fijamente. Unas venas gruesas y azuladas le recorrían los brazos como si fueran lombrices.

Llevaba unos pantalones cortos hasta la rodilla de licra de color azul oscuro y una camiseta blanca ceñida con unos rayos de las SS enmarcando la palabra BLITZKRIEG!; ojos azules; un cociente intelectual de 85; pelo rubio cortado a lo militar y, por supuesto, bigote a lo Fu Manchú. Como un metro ochenta y cinco. Unos brazos tan gruesos como las piernas de Hanson. Cuello de toro pegado al

torso.

—Hola —saludó Hanson con la boca seca y retortijones más fuertes que los de antes.

—¿Hola? ¿Un puto «hola»? —contestó Paul un poco jadeante, pero procurando que no se le notase—. Con un «hola» no paro. ¿Qué tal «Traigo una orden», colega?

—No necesito una orden, señor —replicó Hanson—. Esto no es la televisión. Su mujer ha llamado a la policía y me ha dejado entrar en la casa.

—¿Mi mujer? ¿Eso es lo que le ha dicho? No estoy casado con esa puta.

—¿Me dice otra vez cómo se llama, señor?

—Paul, ¿vale? Me llamo Paul.

—Bien. Paul. Su... Racine ha llamado a la policía y me ha pedido que entrase en la casa, de modo que no necesito ninguna orden judicial... Paul, Racine quiere que se vaya usted de la casa —le dijo a la vez que bajaba de la escalera al piso de hormigón.

Notó que de nuevo le venía un retortijón; cerró con fuerza la mano herida e hinchada para combatir la molestia. El dolor más intenso era el que ganaba.

—El alquiler lo pago yo, colega, así que a la mierda —replicó Paul.

Acto seguido volvió a tenderse y, mirando hacia arriba, a las luces, hizo tres rápidos levantamientos con agresividad.

—Lleva cuatro meses sin pagarlo —dijo Racine desde la escalera—. La mañana la pasa durmiendo, la tarde la pasa con los amigotes en el gimnasio, se emborracha y después vuelve a casa a pegarme. Ya estoy harta de todo, de pagar yo el alquiler, de prepararle sus proteínas, de actuar siempre con infinitas precauciones para no molestarle, de ver la televisión, todas las noches, sola, mientras él está aquí abajo lanzando gruñidos y mirándose en esos espejos de mierda como un marica.

De repente Paul se incorporó como impulsado por un muelle.

—Que te jodan, puta de los cojones. La marica eres tú. Estás tan obsesionada con Elvis que deberías usarlo de consolador, porque no vas a tener ninguna otra polla más que esa. ¿Tú te has visto? ¿Y el marica soy yo? —se burló al tiempo que se golpeaba en el pecho como un chimpancé patizambo, pensó Hanson. ¿Cómo lo denominaban? Exhibición de agresividad. Si estuvieran en la calle, estaría arrojando puñados de tierra y de hojas al aire—. Soy un tipo duro. Soy un tipo agresivo. No le aguanto broncas a nadie.

—¿Duro, dices? —dijo Racine—. Pues no he visto yo que...

—Que te jodan. Además, ¿qué te dije que iba a pasar la próxima vez que llamas a la puta policía? ¿Eh? —Le salió de lo hondo del pecho, cargado de rabia—. ¿Eh? —repitió, con las dos manos apoyadas en el banco de ejercicios,

entre las piernas, levantando el cuerpo igual que un gimnasta.

Hanson lo observaba en los espejos como si se tratara de una película. Tenía el uniforme hecho una pena, los dobleces aplastados por la lluvia, la camisa pegada al cuerpo, el pantalón caído, como si fuera ropa heredada de un hermano mayor, más todo el peso que llevaba encima: la pistola, la porra larga, la radio, el gas pimienta, las esposas, el cargador del arma, la porra corta en el bolsillo de la pernera... Con aquella lluvia, los pantalones se le caían continuamente y se veía obligado a tirar de ellos para subírselos metiendo los pulgares en las trabillas del cinturón. Debían de ser ya cerca de las dos menos cuarto, quizá un poco antes, calculó, y estaba quemando adrenalina en vez de comida. La mayor parte de las calorías que había ingerido eran de la cerveza Mickey's Big Mouth y de las botellas planas de media pinta del empalagoso vodka Popov que se había bebido después del trabajo, y también del tequila que se había tomado mientras contemplaba cómo amanecía sobre las colinas de Oakland antes de caer inconsciente en la cama.

—¿Eh? —repitió Paul sin interrumpir el ejercicio, subiendo y bajando el cuerpo—. ¡Eh! —El chimpancé alfa, pensó Hanson.

Por fin se incorporó, se levantó del banco y se quedó un momento de pie como si fuera a arremeter contra la chica.

La escalera se estremeció cuando Racine echó a correr hacia arriba y cerró la puerta de golpe. Paul emitió una risa burlona y escupió en el suelo. Con mucha clase, se dijo Hanson.

—¿Ha pedido un coche de apoyo, colega? —le preguntó a Hanson haciéndose otra vez el tipo duro, con su bigote de Fu Manchú y los músculos de la mandíbula en tensión, su expresión estelar de macarra de gimnasio.

Hanson abrió mucho los ojos, con una expresión ligeramente desenfocada, de inocente..., de inocente psicópata. Su mirada Shirley Temple.

—Oiga, usted debe de tener ascendencia alemana —dijo con los ojos muy abiertos, señalando la bandera nazi, la esvástica negra sobre fondo rojo.

Ahora estaba empezando a divertirse. Hablaba en serio, pero que muy en serio, no era esa falsa actitud tan manida de «vamos a ponernos serios». Se le había pasado la resaca y los retortijones habían desaparecido, porque su cuerpo entendía lo que significaba hablar en serio.

Paul dudó, miró la bandera y después volvió a mirar a Hanson.

—*Deutschland. Jawohl* —le dijo Hanson—. Está claro, se nota en su fisonomía, en la forma de su cabeza.

Ahora estaba surfeando la ola, la ola que podía romper bajo sus pies y matarlo si perdía la concentración o los nervios. Un solo instante de mala suerte aleatoria podía acabar con él.

Paul esperó unos instantes, con expresión de cautela, pero después hizo caso omiso de la luz de advertencia que se le había encendido dentro del cerebro. Flexionó los brazos y empezó a botar como un boxeador, a la izquierda, a la derecha, hacia Hanson. Pero Hanson se limitó a sonreír.

—Aleman. Eso es una puta mierda. Yo soy un ario puro, por los dos lados de la familia. Le he preguntado si había pedido un coche de apoyo, porque cuando haya terminado de darle por el culo a usted le daré por el culo a él.

—Esta noche no va a ser —replicó Hanson.

Adicción a la curiosidad, eso era lo suyo. Se imponía a todas las demás cosas. ¿Qué sucederá si hago esto? La curiosidad te matará igual que mató al gato.

—Llame a uno, o a dos si quiere, colega. Me los iré follando según vengan, de uno en uno. En fila, cabrón, igual que en la puta cadena de montaje de la fábrica de puertas.

—No, Paul.

—¿No? ¿No qué?

—No va a dar a nadie por el culo.

Paul soltó una risotada.

—¿Y por qué no?

—Porque estará muerto —contestó Hanson al tiempo que se sacaba del cinto el otro guante táctico y agarraba a Paul por el cuello con él.

Paul se quedó petrificado, con los ojos muy abiertos y la mirada perdida, y al darse cuenta de que no podía respirar le entró el pánico. Hanson, con un movimiento de la muñeca cómodo, natural y desdeñoso, le propinó un puñetazo a Paul con el guante en plena cara y lo hizo caer de rodillas jadeando, lloriqueando e intentando tomar aire.

Volvió a guardarse el guante en el cinturón, cerró la mano en torno a la empuñadura de la 357 de acero inoxidable y levantó la solapa de la funda. Aquella pequeña fracción de segundo le pertenecía solo a él.

—Quiero explicarle una cosa —dijo.

A Paul le asomó una burbuja de sangre por la nariz y explotó.

—Y es muy importante que me crea, porque hoy ya he dado por finalizada la persuasión verbal. Si lo lee en mi mirada, quizá lo entienda. Justo aquí —le dijo señalándose los ojos con dos dedos—, mire aquí. —A continuación, cuando Paul obedeció, Hanson clavó su mirada en la de él.

Él denominaba aquello «conectar los ojos», pero lo que hacía en realidad era liberarlos, dejar que fueran donde quisieran, como la aguja de una brújula que gira hacia el norte y se queda ahí; dejar que fueran de nuevo los ojos que habían sido durante la guerra, cuando tenía libertad para hacer lo que se le antojase, porque ya estaba muerto y no tenía nada que perder. Nada había cambiado.

Seguían siendo y siempre serían los mismos ojos, pero ahora tenía que controlarlos, ocultarlos, reprimirlos. Sin embargo, en ocasiones —esas ocasiones en que el mundo, todo, parecía estar perdido y él cogía la Hi-Power de 9 mm que usaba cuando no estaba de servicio, solo para sentir su frío y su peso en la mano, mientras reflexionaba—, solo de vez en cuando, permitía que sus ojos fueran libres. Les permitía ir a ese lugar que no muchas personas visitan pero que, una vez que lo han visitado, ya está siempre ahí, esperando. Levantaba la vista de la pistola y los ojos volvían a transportarlo allí, al asesino muerto en vida que siempre sería. Dos segundos, quizá tres, era todo cuanto podía arriesgar antes de que los ojos asumieran el control. Allí donde van los ojos, el cuerpo los sigue. Hasta la fecha siempre había logrado volver; aguantaba un poco y luego volvía. Y después, durante unas horas, siempre se sentía mejor, cuerdo, como si estuviera en casa.

Paul lo estaba mirando.

—Tengo resaca, Paul. Sabe lo que es eso, ¿verdad?

Paul asintió con la cabeza.

—Y también tengo diarrea, tío. Si esta noche tuviera que detenerle, en vez de pegarle un tiro sin más, si me obligara a detenerle, no sé, le agarraría, usted me agarraría a mí, y... —Suspiró, siempre era el mismo baile—. Yo le pondría las esposas, pero me cagaría en el pantalón, en el pantalón del uniforme, y ya jamás lograría quitarme ese sambenito. Sería lo único que la gente recordaría de mí. Dentro de cincuenta años, los novatos seguirían oyendo contar la misma anécdota: «Hanson estaba tan asustado que se cagó en el pantalón». Así que le conviene marcharse ahora y no volver hasta mañana por la mañana, o de lo contrario le dispararé. Seis tiros. Lo mataré. Porque si está muerto no puede testificar en un juicio. Así es como funciona esto. Así de simple. Diré que me atacó con una pesa y que tuve que disparar en legítima defensa. Usted estará todo lleno de quemaduras de pólvora. Esto —dijo mirando la pistola— podría incluso prender fuego a la camiseta. Diré que se me echó encima, que no tuve otra alternativa. Usted pesa el doble que yo, con todos esos músculos que tanto esfuerzo le han costado, con todos esos esteroides que lleva en la sangre. Un acceso de rabia debido al uso de esteroides. Y además es blanco. No habrá problemas con la comunidad negra. A nadie le importará cómo sucedió, ya han pagado por usted. ¿Qué opina, Paul, me conviene dispararle?

Paul hizo un gesto negativo con la cabeza.

—¿Tiene algún sitio en el que pasar la noche? ¿Paul?

—Puedo dormir en el gimnasio.

—Bien. Creo que puedo confiar en que cumplirá su palabra —dijo Hanson—. Me parece un tipo honrado. —Miró la bandera nazi y agregó—: *Meine Ehre*

heisst Treue.

Paul, todavía luchando por recuperar la respiración, lo miró con respeto.

—«Mi honor es la lealtad.» Las Waffen-SS. Los soldados, no esos putos guardias de los campos de concentración. Ese era el credo por el que se guiaban. Eran de los mejores soldados del mundo, y ese puto desgraciado de Hitler — continuó Hanson señalando de nuevo la bandera— al final los utilizó como carne de cañón. Eran soldados, tío. Así que voy a fiarme de que no va a volver hasta mañana. Hasta el mediodía. ¿Puedo fiarme, Paul?

Paul asintió.

—Sí —graznó—. Por supuesto.

Hanson, agotado, se sentó en la taza del váter. De momento la diarrea había desaparecido. Tenía el pantalón por debajo de las rodillas y la pistola apoyada en la entepierna. Había disfrutado viendo cómo se derrumbaba Paul, haciéndolo pedazos, al muy hijo de puta. Había pasado algún tiempo desde la última vez que hizo algo así, desde que se le presentó una oportunidad y una excusa para hacerlo.

Estaba bastante seguro de que Paul iba a esperar, por lo menos hasta media mañana, para volver a casa y llamar a la puerta, decirle a Racine que lo dejara entrar y sacudirle una paliza cuando ella le abriera. Encima del lavabo había una lamparilla, un busto traslúcido de Elvis con un pañuelo a cuadros rojos y negros alrededor del cuello. Elvis sonreía.

—Muy bien —dijo, ya de vuelta en el cuarto de estar; Racine lo miró, mordiéndose el labio. Seguía estando descalza—. Tengo que volver a las calles —le dijo.

Sabía que tenía que marcharse ya mismo, pero sus pies no querían moverse.

—Los he visto a usted y a Paul —dijo Racine— por el ventanuco de ventilación que hay en la cocina.

Hanson tenía el chaleco de kevlar empapado, y ello interfería en su respiración. Debía de haber apretado demasiado las correas.

—Esta noche no va a volver —continuó Racine, y volvió la mirada hacia el dormitorio—. Si quiere algo... —ofreció—. ¿Qué es lo que quiere que haga? Venga. Dígalo.

—Pues... —empezó Hanson.

—¿Esto? —preguntó Racine a la vez que se sacaba la camiseta por la cabeza y, con ella en la mano, se sacudía la melena, corta y teñida de rubio. Tenía hematomas en las costillas, debajo de los pechos—. ¿O esto? —Se soltó los botones del pantalón corto, uno por uno, mirando fijamente a Hanson; acto seguido lo dejó resbalar hasta el suelo y lo apartó con el pie.

—Venga aquí —dijo Hanson.

Racine se apretó contra él, levantó el rostro y él le apoyó el dedo pulgar en el corte del labio, con suavidad, apenas tocándolo, pero sintiendo el calor, el leve pulso que palpitaba en él. Racine fue aumentando poco a poco la presión, apretando el labio contra su dedo, sin dejar de mirarlo, con las pupilas dilatadas, hasta que el labio se abrió y empezó a sangrar.

—Tengo que irme —dijo Hanson con la voz ronca, dando un paso atrás—. Tengo que dar por finalizado el aviso y volver a la calle.

—Deme la mano —pidió Racine al tiempo que le agarraba la muñeca—. Relájese, cielo. —Apoyó la mano de Hanson en uno de sus pechos. En el labio se le iba acumulando la sangre, hasta que empezó a gotear—. ¿Le gusta...?

—Tome mi tarjeta —le dijo Hanson sacándola de la cartera con una sola mano—. Llámeme si tiene problemas.

—Vuelva luego —dijo ella.

—Eche la llave cuando yo salga. —Hanson le entregó la tarjeta con su huella dactilar impresa con la sangre de ella—. Procure dormir un poco. No deje entrar a nadie.

Luego salió de nuevo a la lluvia. Y menos a mí, iba pensando. Cerró la puerta sintiendo los ojos de Racine clavados en él al tiempo que bajaba hacia la acera.

Ahora llovía con más intensidad que antes. Fue una sensación agradable, le lavó el sudor de la cara y del cuello y lo refrescó. Ya no faltaba mucho para finalizar el turno. Al día siguiente se pondría un uniforme limpio. Caldearía el cuarto de baño, colgaría el chaleco de la alcachofa de la ducha y le pondría delante un ventilador. Al día siguiente ya estaría seco. Había tenido suerte al salir vivo de allí, pensó mirando de nuevo aquella casa. Podría suicidarse en un lugar así. Otra mujer tatuada, se dijo. Y por eso estaba todavía pensando en volver con ella cuando acabara el turno.

Se alejó unas cuantas manzanas en coche y luego se detuvo junto a la acera a escribir el parte de servicio. «Problema resuelto.» Cuando se lo comunicó a la centralita, esta lo envió a ver si se necesitaba una ambulancia para un individuo tirado en el suelo junto al contenedor de basura que había detrás del Karl's Country Market. Borracho y sin conocimiento, probablemente. Se desmayaban en todas partes: en las aceras, en los aseos de las gasolineras, en los parques públicos y en los jardines de las casas; a veces, en medio de la calle, y otros borrachos que iban al volante los atropellaban. Un borracho en la calle atropellado por un borracho al volante. Aquello equivalía a una noche entera de papeleo.

—*Nos están informando de un posible tiroteo en esa ubicación. Hemos mandado un 945, recién llegado desde Highland Park.*

—904 —respondió Hanson—. Entendido.

—¿Coche de apoyo...?

—Ya informaré. Y también sobre el tema de la ambulancia. Ya casi he llegado. Pero de momento informo... —Hanson miró la hora— que van a ser quince minutos de horas extras —dijo.

Encendió las luces estroboscópicas. La intensa lluvia y el agua que levantaba el coche patrulla parecían una exhibición de fuegos artificiales rojos y azules que iba atravesando la oscuridad a ochenta kilómetros por hora.

Si el individuo en cuestión estaba muerto cuando llegara él, quizá un 187, intentarían mandar un coche del turno de noche que estuviera patrullando por la zona, si es que había alguno, y él solo tendría que rellenar un parte suplementario. El ayuntamiento no estaba por la labor de pagar horas extras si podía evitarlo. No se podía permitir el lujo de pagar dinero de más por un asesinato cometido en Oakland, teniendo en cuenta que había ciento veinte al año. Si lo nombraban a él como agente principal, ya sabía que le iba a costar mucho cobrar las horas extras. Iba a tener que hacer todo el papeleo correspondiente al aviso más el papeleo correspondiente a las horas extras, y ya encontrarían la manera de negárselas.

Detrás de él aparecieron dos intensos faros de coche, salidos de la nada. Se acercaban demasiado deprisa y el vehículo iba levantando una gran nube de gotitas de agua. Hanson frenó y se detuvo derrapando junto a la acera, con tal ímpetu que uno de los tapacubos de las ruedas salió disparado y el coche quedó hundido en un charco de barro del jardín de una casa. El otro vehículo cruzó a toda velocidad bajo la lluvia, deslumbrando con las luces y levantando mucha agua, y en aquel instante Hanson reconoció el enorme e inmaculado Lincoln de la tienda de rocas; vio con claridad al reverendo Ray, que le sonreía. Esta noche no llevaba gafas. Mientras el Lincoln se alejaba y se perdía de vista, supo con seguridad que la ambulancia llegaría demasiado tarde para servir de alguna ayuda al herido. Tardaría diez minutos en llegar, y el reverendo Ray... ya estaba allí.

—*Cinco Tac 51.*

—Sí.

—*Tenemos dos coches del turno de noche de camino a la escena.*

Vio en el espejo las luces estroboscópicas y los faros intermitentes de un coche patrulla que venía a toda prisa.

—Diez cuatro. Uno de ellos acaba de adelantarme. Si no me necesitan, seré 908...

—*Recibido, Cinco Tac 51 está 908.*

Hanson sacó los neumáticos del barro, reculó hacia la calle y puso rumbo a la autopista. Se alegraba de no tener que hacer todo el papeleo de un 187. Y

tampoco iba a pasarse a ver a Racine. Aquella noche, no. Tal vez en otra ocasión. Aquella noche se iría a casa, se emborracharía viendo salir el sol y perdería el conocimiento en su propia cama.

Mientras se dirigía hacia la autopista iba pensando en Racine y Paul, en aquel sótano nazi lleno de espejos. El Elvis Hitler. Menudo nombrecito. Con un nombre así, la gente no se olvidaría de uno. *Gott Mit Uns*.

Ya en la autopista, oyó por la radio a uno de los coches que atendieron el aviso anterior solicitando una ambulancia, aun cuando la víctima ya estaba muerta.

Sigue la corriente para llevarte bien con la gente

Por toda la ciudad habían estado sonando falsas alarmas. La lluvia golpeaba los tejados de los almacenes, hacía saltar dispositivos e interrumpía los haces de luz de las células fotoeléctricas. Hanson pasó por delante de un taller mecánico cerrado que ocupaba una manzana entera y que tenía un letrero pintado con letras blancas que decía: LOS GUARDIAS DE LA PRISIÓN DE DAKOTA DEL SUR LES LAMEN EL CULO A LOS ESPALDAS MOJADAS. El óxido ya lo estaba desgastando. Se trataba de un antiguo mensaje de rencor. Hanson se dirigía a un encuentro que había solicitado un sargento al que no conocía, cosa que no era inusual porque los patrulleros y los sargentos eran trasladados continuamente de un distrito a otro, a menudo en el último momento, literalmente, porque todos los días eran muchos los agentes que llamaban diciendo que no iban a trabajar porque estaban enfermos justo antes de que se pasara lista. La moral estaba baja. En la Policía de Oakland se esperaba que un sargento estudiase para el examen de teniente mientras pillaba a patrulleros ganduleando o cagándola en algún sitio. No todos eran malos chicos, pero estaban siempre bajo presión, igual que los patrulleros estaban siempre bajo presión para que cumplieran con su cuota de detenciones.

Aquella noche de lluvia Hanson estaba trabajando en el distrito 3; el Departamento lo había sacado de los distritos en los que predominaba la población negra para que estuviera más próximo a la ciudad y a las áreas de blancos. Uno de los beneficios de trabajar en los distritos 4 y 5 era que había menos posibilidades de que los sargentos se pasaran por allí a pillarlo a uno ganduleando o cagándola. No era que les preocupara su seguridad, aunque a algunos sí, sino que allí ocurrían demasiados incidentes que podían torcerse y perjudicar su carrera profesional. Allí las cosas se torcían con más frecuencia, y un sargento no quería estar en la zona cuando se torciesen, porque a lo mejor le salpicaba algo a él.

Era algo parecido al motivo por el que la mayoría de los patrulleros aprendían a no ver gran cosa cuando iban de camino a un aviso. Si veían un problema del que nadie había dado parte y se paraban a atenderlo, no tenían nada que ganar y sí mucho que perder. Si resolvían el problema, no se fijaría nadie, salvo los ciudadanos involucrados, a los cuales seguramente no volverían a ver nunca, y si

la cosa iba mal y empeoraba más, la culpa era de ellos por haberse parado. Y mientras tanto, el problema oficial al que los había enviado la centralita aún estaba esperando.

Hanson vio el coche patrulla del sargento allá delante, a través de la lluvia, detenido debajo de un paso elevado de hormigón que se estaba cayendo a pedazos, envuelto en los gases del tubo de escape como si fuera una niebla. El sargento encendió las luces rojas y azules y volvió a apagarlas, y Hanson se situó a su costado pero en dirección contraria, su ventanilla frente a la ventanilla del sargento. La lluvia caía en densas mantas de agua por ambos lados del paso elevado, como cascadas propias de una película.

Se apellidaba Croix y era todo un vendedor, no mal tipo, con ese trato afable característico de los vendedores de coches.

—Solo quería darle oficialmente la bienvenida a la brigada —dijo, aunque, dado que Hanson conducía normalmente un vehículo táctico, solo estaba en su brigada por la noche, pero el sargento era de los que trabajaban duro y había decidido que merecía la pena venderle la moto a Hanson, solo por si acaso—. Traver me ha hablado muy bien de usted, y he estado echando un vistazo a las estadísticas —agregó tocando el maletín que llevaba al lado— y me indican que sale usted bien parado en comparación con el resto de la brigada.

Traver era un policía de tráfico con el que Hanson había trabajado unas cuantas veces al principio; se llevaron bastante bien. Hanson mantenía la boca cerrada y se limitaba a asentir y escuchar los buenos consejos de Traver sobre cómo informar de accidentes de tráfico. Él odiaba ocuparse de los accidentes de tráfico, porque siempre había que medir las marcas de neumáticos y utilizar transportadores y plantillas para dibujar a escala los vehículos implicados en los impresos. Traver lo hacía en un santiamén, pero él era lento y muchas veces dibujaba mal las curvas, tenía que borrarlas y dibujarlas de nuevo, y aquello no quedaba bien en el impreso.

—Siga trabajando así —le dijo el sargento Croix al tiempo que encendía otro cigarrillo—. Cuando un miembro de mi brigada da el alto a un conductor bebido, me gusta que me llame para presenciar la prueba de alcoholemia. Quiero ver cómo lo hace, y a lo mejor puedo serle de ayuda, dado que usted todavía es bastante nuevo en este trabajo.

Al igual que otros muchos policías del Departamento, el sargento desconocía que Hanson ya había sido policía anteriormente, y se preguntaba por qué razón había decidido hacerse poli a los treinta y ocho años.

Probablemente el sargento Croix tenía la misma edad que él, pero Hanson no distinguía bien a los policías de su edad y solía desistir de intentar siquiera adivinarlo. Todos daban la impresión de haberse criado juntos en la misma

ciudad y de haber ido juntos al mismo instituto. O quizá le daba a él esa impresión porque no se le parecían en nada; eran capaces de desempeñar su trabajo sin implicarse de verdad, sin preparación y con total desapego. Con veintiún años, fueron a la Academia, firmaron un contrato e hicieron un pacto con el Departamento: prestar sus servicios a cambio de un salario. Ahora todavía seguían presentándose a trabajar para cumplir su horario y el Departamento seguía entregándoles a cambio su nómina cada dos semanas. Aquello no se diferenciaba mucho de un parlanchín profesor titular de universidad que repite el mismo programa un curso tras otro y que reparte grados y títulos sin enseñar nada. Así era como hacían las cosas, y ello tenía su lógica. Aquella era la manera en que la mayoría de la gente se acomodaba en el trabajo. Pero él no era capaz de hacerlo. De igual modo, se le daba mal administrar el dinero y hacer negocios. Él esperaba que las personas le dijeran la verdad, y entonces se convertían en sus amigos. Si le mentían, se convertían en enemigos. Pero un vendedor de coches o un agente inmobiliario pertenecían a una tercera categoría: no eran ni amigos ni enemigos, porque no decían la verdad pero tampoco mentían exactamente.

El humo del cigarrillo iba cobrando densidad dentro del coche del sargento. La lluvia debía de estar actuando como barrera, se dijo Hanson, o, tal vez, como el porcentaje de humedad era muy superior al cien por cien, el aire en cierto modo rechazaba el humo, no podía absorberlo, algo así.

—También me gusta que mis hombres me llamen en caso de delitos cometidos bajo custodia y pruebas de 11550. Qué cojones, no tengo reparos en confesarlo. Me gusta el dinero extra que se cobra por asistir a los juicios. El año pasado gané cincuenta y ocho mil, y este año espero sobrepasar los sesenta, y puedo hacerlo, sin problema, si usted y los demás miembros de la brigada me tienen en cuenta. Es una buena brigada, Hanson.

Hanson asintió, incluso intentó sonreír, una sonrisa normal, para dar la impresión de que había comprendido y que estaba de acuerdo con lo que decía el sargento.

El sargento expulsó otra bocanada de humo mientras charlaban, conversando de poli a poli.

—Este año tengo que refinanciar mi casa y buscar una nueva propiedad para alquilar, y para eso necesito las horas extras —dijo, meneando la cabeza—. Si uno no tiene varias propiedades para alquilar, el fisco le hace trizas. Ya lo verá. Yo llevo ya dieciséis años en el Departamento, casi diecisiete, y esa es una cosa que he aprendido. Tengo veinte deducciones. Veinte. Implica mucho tiempo y mucho trabajo, pero con veinte deducciones uno se lleva un buen sueldo a casa. Si no se pagan impuestos, se puede vivir muy bien con el sueldo.

Hizo una pausa para reflexionar unos instantes, luego afirmó con la cabeza y aguardó un momento antes de proseguir.

—Me gustaría tener una brigada entera que actuara motivada por la codicia. La codicia es una motivación tan válida como cualquier otra para efectuar detenciones, detenciones que acaban en los tribunales porque algún puto fiscal del distrito no es capaz de darle la patada al acusado o de llegar a un acuerdo con él. Ellos van a juicio, nosotros cobramos las horas extras, y un capullo más que hemos apartado de la circulación. Se da la circunstancia de que sé que en su caso, cuando estaba en la Academia, su puntuación en la redacción de informes siempre era «mejor que aceptable», y esa es una habilidad que puede servirle de ventaja a la hora de redactar informes sobre conducción bajo los efectos del alcohol, 11550 y delitos graves. La manera de redactarlos es lo que puede transformar un sobreseimiento en una detención de calidad que acabe yendo a juicio.

Miró la hora e hizo una mueca de sorpresa; no se había dado cuenta de lo rápido que había pasado el tiempo, porque la conversación con Hanson había sido muy interesante.

—Joder, mejor me voy de nuevo a la calle. Ha sido un placer charlar con usted, Hanson. Estoy seguro de que volveremos a vernos. Cuídese.

Metió la marcha, sonrió una vez más a Hanson para cerrar el trato y hacer la venta, y acto seguido arrancó y se fue, atravesando la cortina de agua que caía del paso elevado e iluminando la calle con sus luces traseras.

Sin esperar a que apareciese un sargento para presenciar el control de alcoholemia, hacían falta un par de horas fuera de la calle para procesar un caso de conducción bajo los efectos del alcohol. Y, de todas formas, en la zona este de Oakland a nadie le importaba una mierda que alguien condujera borracho, porque todo el mundo estaba borracho todo el tiempo.

Sin esperar a que llegara un sargento, para un 11550 se tardaba casi lo mismo, tras haber observado a un individuo que daba la impresión de encontrarse bajo los efectos de una sustancia controlada, habitualmente un opiáceo, la mayoría de las veces heroína, y tras haberlo examinado por si tuviera marcas de pinchazos y las pupilas contraídas. Las marcas de pinchazos eran evidentes si se encontraban en el pliegue del brazo, pero resultaban más difíciles de ver entre los dedos de los pies, en el ano o en el pene. En esos casos, el pupilómetro —un aparato que comparaba el diámetro de las pupilas, en milímetros, con el gráfico del folleto de los 11550, una fila de puntos negros que iban aumentando de tamaño de izquierda a derecha— era otra forma de garantizar una detención de calidad, hacer horas extras yendo a juicio y sacar al sospechoso de la calle y encerrarlo en una cárcel abarrotada para castigarlo por consumir heroína en vez de no

consumirla.

Si acabas de efectuar una detención por un delito grave, y quizá has forcejeado con un tipo, lo has arrojado al suelo y lo has esposado para custodiarlo, y se forma una turba que pretende quitarte la pistola y pegarte un tiro con ella porque el detenido está sangrando por la cabeza en el punto en que tú lo golpeaste contra el suelo y está gritando que el único motivo por el que lo detienes es que es negro, probablemente no te convenga esperar a que llegue el sargento... En fin, sería mejor que simplemente anotaras su nombre en el informe para que él siguiera cobrando horas extras por ir a juicio y fuera tu amigo cuando te pille ganduleando o cagándola en algún sitio.

Hanson informó de que estaba libre y la centralita lo envió a cubrir a 3L32 con un individuo sospechoso, posible 459. 3L34 ya estaba de camino. La dirección correspondía a un centro comercial que no estaba lejos. Posible allanamiento en curso. Hanson lanzó una carcajada en voz alta.

Para cuando llegó allí y se apeó del coche, el posible allanador ya había sido acorralado por dos policías en el lateral de una ferretería cerrada. Los dos agentes habían adoptado la postura de combate agachada, con las pistolas apuntando al posible ladrón, y gritaban: «¡No se mueva! ¡Quieto, gilipollas!». Daban pasitos hacia un costado para mantener la distancia sin perder una buena línea visual, aunque el sospechoso se negaba a mirarlos e iba dejando atrás la ferretería y retrocediendo en dirección a la callejuela.

Hanson se percató de que también él estaba dando pasos hacia un costado mientras observaba a los tres integrantes de la escena, bastante seguro de que no había causado una buena impresión al sargento Croix y preguntándose por qué no era capaz de seguirle la corriente a la gente de vez en cuando para llevarse bien. Entonces fue cuando pensó: «A la mierda». Echó a correr hacia el posible allanador gritando a los otros dos agentes: «¡No me disparen!», con la certeza de que lo que estaba haciendo no era el procedimiento correcto de la Policía de Oakland. Debería haber llegado allí más despacio, para dar tiempo a los dos agentes a disparar al posible allanador y mantenerse al margen. Pero ya era demasiado tarde para eso, ahora estaba cabreado y quería una pequeña satisfacción. Empujó con el hombro al posible allanador contra una pared exterior, y cuando rebotó lo agarró de su sucia camisa con ambas manos y tiró de él.

—Venga, amigo, le han dicho que no se mueva. —Volvió a estamparlo contra la pared—. Igual que en la tele. No se mueva, cabrón. —Lo estampó otra vez—. Venga, hombre, ¿por qué no hace lo que tiene que hacer?

Después le dio una patada en las piernas para hacerlo perder el equilibrio y le sacudió un rodillazo en la espalda. Cuando le puso las esposas le faltaba la

respiración, pero se sentía mejor de lo que se había sentido durante toda aquella puta noche de lluvia.

—Gracias. Muchas gracias —le dijo al tiempo que lo levantaba del suelo. Le gustó la sensación que notó en los músculos de los hombros y del pecho cuando agarró al detenido por los brazos y tiró de él—. Agradezco... su... colaboración... —Lo zarandeó de un lado a otro—. Cabrón. —Se apartó para que los dos agentes, con las pistolas enfundadas, pudieran golpearlo de nuevo.

Sin pronunciar palabra, intercambió esposas con uno de los agentes y emprendió el regreso a su coche, mojado y sucio pero sintiéndose genial. No quería saber nada del papeleo. Ya era hora de dar la noche por terminada.

Libya

Cuando Hanson llamó a la puerta, la lluvia había cesado, pero la oscuridad del horizonte indicaba que vendría más. Vio los relámpagos que iluminaban el cielo como telarañas y contó los segundos que transcurrían hasta que la carga eléctrica que llevaban le barría el rostro al pasar. Imaginó su cuerpo desmembrándose en medio de la tormenta.

La puerta se abrió hasta donde daba de sí la cadena de seguridad y dos perritos asomaron la cabeza, jadeando e intentando salir, subiéndose uno encima del otro, sin hacer caso de Hanson, hasta que, en contra de su voluntad, empezaron a resbalar hacia atrás, otra vez hacia el interior, y la puerta se cerró de golpe. Hanson oyó como volvían a lanzarse contra la puerta mientras una mujer les gritaba:

—¡Basta! ¡Parad de una vez! ¡Ya!

Aquella tarde, tercer día de lluvia, la mitad de los agentes del turno de noche habían llamado para informar de que estaban enfermos. El sol estaba ocultándose muy deprisa cuando la puerta se abrió del todo. En ella, casi llenando la totalidad del espacio, apareció una mujer negra y fornida, de cincuenta y muchos años, que miró a Hanson con cara de pocos amigos. Por detrás de ella se asomaban los dos perros, rígidos y temblando de pura agresividad.

—¿Sí? —dijo la mujer.

Hanson se miró el uniforme empapado, la placa, el cinturón de la pistola y las botas manchadas de barro como si pretendiera verificar quién era, y luego miró a la mujer.

—Policía. —Al oír su voz, los dos perros se pegaron al suelo y le enseñaron los dientes—. ¿Ha llamado a la policía?

La mujer lo miró fijamente unos instantes y después se hizo a un lado apartando a los dos perritos con el pie. Hizo un gesto con la cabeza para señalar un sofá de brocado blanco protegido por unos plásticos, igual que todos los muebles de la habitación. La moqueta, también blanca, estaba cubierta por unas alfombras protectoras transparentes.

Hanson se sentó en el centro del sofá y el plástico emitió leves ruiditos al

entrar en contacto con el pantalón mojado. Los perros se colocaron junto a sus tobillos, enroscados como un muelle, con la cabeza temblando y los ojos fijos en él. Uno era negro y el otro lucía un pelaje a franjas oscuras y tenía una catarata en un ojo.

La mujer lo observó desde lo alto, cruzada de brazos.

—¿Y bien?

En aquella habitación la temperatura debía de ser de unos treinta grados y en el aire flotaba un olor a perro mojado. Hanson sonrió a los perritos con los ojos, pero ellos se limitaron a gruñir.

—Sí, señora, ¿cuál es el problema?

—Ya se lo he conté todo a la mujer que me atendió por teléfono.

—No me han facilitado ningún detalle.

La mujer chasqueó la lengua.

—La vecina —dijo mirando al otro extremo de la habitación—. Esa mujer y el niño que la llama «tía». Se pasan despiertos todo el tiempo, día y noche, entrando y saliendo, dando portazos. Día y noche. —Daba golpecitos con el pie—. Mi lema es vive y deja vivir. Eso es lo que me enseñaron a mí. Y no me quejo, no encontrará ninguna queja mía en sus libros de quejas, no, señor. ¿Oye lo que estoy diciendo?

—Sí, señora.

—Sé que ella dice que mi perros hacen sus cosas en su jardín, pero no es verdad. Nunca las han hecho ahí y nunca las harán, porque yo no los dejo salir a la calle. Eso lo han hecho otros perros, no los míos. Vivimos en un país libre. Yo siempre me he esforzado por ser buena vecina y no causar problemas ni hacer venir a la policía. Además —agregó—, sé que los fuegos artificiales son ilegales.

Miró a Hanson buscando confirmación. Hanson imaginó que estaba en lo cierto. Prácticamente todas las cosas que era capaz de recordar que estuvieran recogidas en la sede de gobierno de Sacramento eran ilegales en el este de Oakland.

—Eso es —admitió—. Llamé a la policía hace una hora, y por fin ha venido usted. ¿Ha visto ese estropicio de ahí?

—No, señora.

—Entonces es que no es muy bueno investigando.

Los perros también lo sabían.

Hanson afirmó con la cabeza.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Voy a contarle lo que ha pasado —dijo la mujer—. Ese chico de ahí, Dios se apiade de él, no sabe quedarse quieto ni callado, se pasa el día entero yendo por ahí con su bicicleta y altera a mis perros cuando están ahí fuera en el... —

Bajó la vista hacia los perritos— en el jardín —finalizó—. ¿A que sí? —les preguntó a los dos culpables—. Yo nunca los dejo salir, nunca jamás, pero a veces, si no los vigilo cada minuto del día, se escapan. Esos petardos ilegales hay veces que me dan un susto de muerte. ¡Bum!

Los perros, alarmados, se levantaron de un salto, vinieron corriendo y se pusieron a arañar con las uñas el plástico protector de la moqueta.

—Me pareció oír que llegaba un coche, uno de tantos que se oyen venir por aquí, sea de la policía o no, da igual. Pero hoy, ahora, esta mañana, y eso que yo no me meto en los asuntos de los demás, por casualidad estaba mirando por la ventana cuando vi salir a ese chico llevando una calabaza. Sí, una calabaza enorme. La dejó al final de la acera y metió dentro uno de esos petardos, lo hizo estallar y lo dejó todo hecho un desastre. Eso da mala imagen al barrio. Mis perros se llevaron un susto de muerte. Fueron corriendo hasta la puerta de atrás y se pusieron a arañarla para que yo los dejara pasar; me destrozaron la rejilla y ahora voy a tener que mandar arreglarla.

Ahora los perros estaban apoyados contra las piernas de Hanson, que sentía como les latía el corazón mientras su dueña narraba la historia.

—¿Usted ha visto alguna vez algo semejante?

Hanson negó con la cabeza para hacer ver que él también estaba preocupado. Le aseguró que iría a hablar con la vecina de al lado. Sacó su libreta y la mujer, a regañadientes, le dio su nombre, pero le dijo que su fecha de nacimiento no era asunto de él. Ella no había hecho nada y no quería que su nombre apareciese en un informe policial. ¿Para qué iban a necesitar que figurase su nombre en el informe policial? Ella no era una delincuente.

Al ir a levantarse, Hanson tocó a los dos perros, lo justo para hacerlos saber que los consideraba buenos perritos. El tuerto se tendió en el suelo boca arriba, con las patas en el aire.

—Fuera —les ordenó la mujer—. Largo. —Y ellos salieron corriendo juntos.

—¿Dice que va a hablar? ¿Para eso le pagan, para que hable con la gente? Así que ahora pagan a los policías para que hagan eso.

—No, señora —repuso Hanson a la vez que se guardaba la libreta en el bolsillo—. Principalmente nos pagan para que detengamos a tantas personas como podamos, las esposemos y las metamos en el calabozo; pero a veces solo hablamos con ellas, más que nada para reducir el papeleo —terminó al tiempo que salía de la casa.

La calle relucía mojada y se veía desierta, con algunas ramas de árboles arrancadas por los tres días de tormentas. Unos relámpagos azulados y mudos

iluminaban los nubarrones que todavía se alzaban desde la bahía, implacables, estremeciéndolo todo y tronando como si anunciaran el fin del mundo.

Desde la acera se veían los restos de calabaza brillando en color anaranjado bajo la extraña luz de la tormenta. Continuó andando hacia el coche patrulla, sin intención de molestar a nadie por unos petardos, y de repente, todavía con un pie en el aire, frenó en seco. Bajó el pie con cuidado, encendió la linterna y siguió con el haz de luz el rastro de sangre que partía de la calle —unas cuantas manchas y salpicaduras, algunos hilillos sobre la hierba ya resecos, charquitos entre las grietas del hormigón—, llegaba hasta la breve escalera de entrada y subía al porche y a la puerta de la casa de al lado.

—¡Policía! —exclamó a la vez que daba unos golpes en la puerta con su linterna.

No le importaba esperar, conceder un momento a la gente para que organizase lo que iba a decir o para que se preparase a negarlo todo. No había necesidad de meterles pánico y empujarlos a cometer alguna insensatez por la que se vería obligado a detenerlos y rellenar papeleo. Al mismo tiempo, se preparó para bajarse del porche de un salto si por aquella puerta salía alguien con un cuchillo o para bloquear el golpe con la linterna.

Se oyó la cadena de seguridad, y acto seguido abrió la puerta una mujer de color, de veintimuchos años, vestida con unas bermudas de color blanco y una camiseta también blanca. Era casi tan alta como Hanson, tonificada y esbelta, e iba descalza. Puso cara de enfado en cuanto vio que el que había llamado a la puerta era un poli.

—No he llamado a la policía.

Era una mujer atractiva, con pinta de dar problemas si tuviera que detenerla. Lucía una hinchazón en el puente de su perfecta nariz, y otra en el pómulo, y aquel moratón en el ojo... En fin, le producía un ligero mareo.

—Debe de haberse equivocado de dirección. —Hizo ademán de ir a cerrar la puerta.

—La centralita me ha dado esta dirección —dijo Hanson bloqueando la puerta con el pie. Se fijó en que llevaba anillos de oro y plata en todos los dedos de las manos—. Para investigar un problema.

—Aquí no hay ningún problema.

—He visto que hay sangre —dijo Hanson al tiempo que alumbraba el porche con la linterna y la utilizaba a modo de puntero mientras observaba cómo seguía ella el haz de luz con los ojos—. Llega hasta la calle.

—¿Eso supone algún problema?

Hanson sonrió. Por más que endureciera la mirada, no podía disimular lo lista que era y el hecho de que él le había caído mal al primer golpe de vista. Estaba

decidiendo cuánta información revelarle y de qué modo revelársela. En el aire lavado por la lluvia, despedía un olor a la vez perfumado y fétido.

De repente retumbó un trueno por encima de la casa y los estremeció a los dos. Un relámpago volvió los ojos de ella de color plata, detuvo el tiempo y grabó a fuego las sombras de ambos en el suelo. Empezó a llover otra vez.

—¿Me permite pasar un momento, para guarecerme de la lluvia? —pidió Hanson, a la vez que entraba en la vivienda y abría la puerta del todo para cerciorarse de que no hubiera nadie escondido detrás—. ¿Quién es el herido? —preguntó al tiempo que cerraba la puerta.

—Si se muere, vuelva y deténgame. Buenas noches.

—Tiene pinta de haber sido en legítima defensa...

—No me estoy quejando. Yo no he llamado a la policía. No necesito a la policía.

—¿Dónde ocurrió?

La joven lo miró con cara de pocos amigos, pensando.

—En la cocina.

—Muéstremelo.

—¿Y por qué iba a hacer eso? No debería haberle dejado pasar de la puerta.

—Vamos a echar un vistazo.

La joven, cojeando, lo guio hasta la cocina. El suelo aparecía lleno de marcas de unas botas manchadas de sangre y huellas de los pies descalzos de ella. En el fregadero había un pelador de patatas de acero inoxidable manchado de sangre.

—¿Dónde lo apuñaló usted?

—¿Qué quiere? No podía escapar de él.

—No creo que perdiera suficiente sangre como para morir o para acudir al hospital, pero quiero estar seguro antes de redactar el parte. Enséñeme dónde lo apuñaló.

La mujer se tocó la parte posterior de la pierna, justo debajo del borde del pantalón corto.

—¿En algún sitio más?

—Aquí —respondió ella mirándolo a los ojos y deslizando dos dedos cargados de anillos por debajo de la cinturilla del pantalón—. Me parece que le llegué al hueso. Intentó quitarme el cuchillo y se cortó los dedos.

—Hum —empezó Hanson, pero se le olvidó lo que iba a decir.

—¿Va a detenerme?

Hanson negó con la cabeza.

—¿Usted se encuentra bien?

La joven se limitó a mirarle. El ojo hinchado y amoratado resultaba bello y erótico.

—Me parece que le ha roto un poco la nariz.

—Estoy bien —replicó.

—¿Y el pie?

—¿Va a leerme mis derechos?

Hanson sonrió.

—Mejor le echo un vistazo a ese pie.

No necesitaba que él la ayudara a regresar al salón agarrándose de su brazo, ambos lo sabían de sobra, pero eso fue lo que hicieron. Hanson la acomodó en un sillón supermullido y, cuando le preguntó, ella respondió que el alcohol estaba en el cuarto de baño, debajo del lavabo.

Se levantó a buscarlo, diciéndole que no iba a mirar si había drogas, y ella le respondió que no tenía drogas en el cuarto de baño.

Hanson cogió dos toallas y las puso bajo el agua caliente; a continuación volvió, se sentó en el suelo al lado del sillón y apoyó el pie de ella en su regazo.

—Creo que esto no se lo voy a contar a ninguna de mis amigas —comentó ella reprimiendo una sonrisa.

—No se lo cuente a nadie —le dijo Hanson al tiempo que cogía el frasco de alcohol—. Me han llamado por unos petardos. —Sujetó el pie herido, dobló la toalla en pico y la mojó en alcohol—. Va a notar un poco de frío —le advirtió con la boca seca—. Y le va a picar. —Le fue limpiando con delicadeza la sangre que formaba un cerco alrededor de las uñas del pie—. Cuando se pinta las uñas, ¿usted...?

De improviso se fue la luz. Se le había olvidado que había tormenta.

—¿Usted...? —empezó Hanson de nuevo—, en fin...

—Tal vez usted y yo... —dijo ella.

Estaba demasiado oscuro para que pudieran verse.

De repente estalló un relámpago que los iluminó a ambos, dos segundos, tres, y luego todo volvió a sumirse en las sombras.

Hanson le acarició el empeine con la otra mano.

Hanson anotó en su libreta el nombre, la fecha de nacimiento, la dirección y el teléfono. Se llamaba Libya. Lo subrayó y lo rodeó con un círculo. Se quedó un momento de pie junto a la portezuela del coche y observó la calle, oscura y desierta. Al otro lado de la autopista había luces encendidas, y, por supuesto, también en las colinas; en cambio, el distrito 5 continuaba sin electricidad.

Se subió al coche, arrancó, encendió las luces y al momento se iluminó el salpicadero. La centralita cobró vida con la habitual mezcla de llamadas y voces. En el parte de servicio escribió: «Denunciante preocupada por unos petardos»,

después cerró el bolígrafo, dobló dos veces el parte y se lo guardó en el bolsillo.

Avanzó unas pocas manzanas y paró junto a la rampa que llevaba a High Street, apagó las luces y se apeó. De pie, bajo la lluvia, podía ver la autopista, los faros blancos y rojos de los coches que iban y venían. A lo mejor ya era demasiado tarde para abandonar, a lo mejor estaba demasiado loco para hablar con una persona normal sin llevar puesto el uniforme. Volvió a subirse al coche patrulla y escuchó el repiqueteo de la lluvia en el techo, luego descolgó la radio, se incorporó al tráfico de la centralita y comunicó que había quedado libre del aviso. Debería marcharse a casa, beberse un tequila y perder el conocimiento.

Solo había un par de policías en el vestuario cuando salió del túnel de Transporte. Los oía detrás de las taquillas de la pared, cambiándose de ropa. Cuando salió de la ducha ya se habían ido y estaba solo en el vestuario. Mientras se ponía un vaquero, una camisa informal azul y unas deportivas azules y blancas, se sintió como si fuera el único ser humano que quedaba en la tierra.

Recorrió el pasillo, también desierto, y empujó la barra de la puerta que había al fondo para salir a la lluvia. Anduvo dos manzanas más hasta donde tenía aparcado el Travelall, se subió a él, bloqueó la puerta y metió la mano debajo del asiento para rescatar la botellita de vodka con la etiqueta roja y blanca de Popov que había comprado en la pequeña tienda de licores coreana de camino al trabajo. Apuró el vodka dulce y empalagoso en cuatro tragos, disfrutando del calor que se le extendía por el estómago, y después se relajó y se puso a contemplar la lluvia que caía en cascadas por el parabrisas, por las ventanillas y, a través del retrovisor, por el parabrisas trasero. Observó las sombras de la calle. La lluvia repiqueteaba contra el techo del Travelall.

Se le antojó que aquel mes de mayo, y también el de junio, estaba lloviendo mucho. Se había acostumbrado a la lluvia, e incluso había llegado a gustarle a pesar de que le empapara el uniforme, las botas de puntera de acero y el papel anaranjado de los partes de servicio. La lluvia provenía del océano Pacífico, de cientos de millas mar adentro. Golpeteaba suavemente en el canalón que había junto a la ventana de su dormitorio al amanecer, cuando se iba a la cama. Limpiaba el aceite y la basura de las calles, reflejaba las luces de las farolas y de los semáforos, murmuraba contra las aceras, corría formando espuma por las alcantarillas atascadas, resbalaba por su cara y por sus labios, donde él la recogía con la punta de la lengua pensando que había viajado desde el océano a lomos de las nubes.

Decidió dar la noche por terminada.

Hanson está durmiendo.

Sus libros están todos metidos en cajas y apilados junto a las paredes de su dormitorio. Él se encuentra a muchos kilómetros de allí, sentado a la mesa de la cocina frente a Libya, conversando con los ojos con ella. Sus ojos han hecho más por mantenerlo vivo que ningún manual de campaña, ningún rifle de asalto y ningún bombardeo, y ahora van a salvarlo de nuevo. Se expresa muy bien adoptando una mirada dura, o enloquecida, o malvada, o autoritaria, o tranquila frente a la muerte.

Pero esta noche Libya le está enseñando a hablar con una mirada suave, durante esta tormenta que acabará remitiendo y mañana ya se habrá ido. Es un idioma completamente distinto, completamente nuevo para él, pero él ya está aprendiendo a bailar con Libya al son de los sustantivos y los verbos más básicos, y cuando tropieza la tiene a ella para agarrarse.

La lluvia se ha filtrado a través de las paredes y el techo de su habitación y ha dibujado iconos oscuros y crípticos en la escayola: amenazas, malos recuerdos y exigencias de rescate procedentes de las profundidades del lago Merritt. Al otro lado de la ventana los arbustos se zarandean al viento y proyectan sombras en el interior del dormitorio ayudados por el resplandor de la farola de la esquina. Por encima de la casa se oye retumbar un trueno. La tormenta azota las paredes y agita los canalones, despega una rejilla de la ventana del dormitorio y se la lleva volando hacia la oscuridad.

Hanson, sin inmutarse, se da la vuelta y continúa durmiendo.

El lago Merritt

Hanson abrió los ojos, entrelazó las manos en la nuca y escuchó los ruidos de la casa. Reinaba el silencio. Durante la noche había dejado de llover; un buen presagio. Tenía por delante dos días libres, pensó, procurando aplazar lo más posible el primer trago del día.

Se puso unos vaqueros recortados, se tomó una cerveza para apaciguar un poco la resaca y, descalzo y sin camisa, fue hasta el porche acristalado. Varios gorriones y pinzones, grises y raídos como la gente de la calle, alzaron el vuelo al verlo y después regresaron, directos al comedero. Un descarado colibrí de plumaje rojizo huyó disparado y un momento después reapareció formando una mancha borrosa con su batir de alas y se quedó suspendido justo enfrente del cristal, observando a Hanson. Varios jilgueros, diminutos e impecables, amarillos, blancos y negros, se agarraban de lado y boca abajo a la bolsita de malla metálica llena de semillas que les había preparado Hanson. Este sonrió encantado con toda aquella actividad, abstraído, fuera de sí mismo durante un momento. Luego volvió a entrar en la casa y se puso una camiseta negra y unas deportivas azul eléctrico para ir a correr alrededor del lago Merritt.

Tenía resaca, pero otras veces había estado peor, se dijo mientras esquivaba a los peatones, los parquímetros y los vehículos aparcados sin perder el ritmo. Observó su imagen reflejada en el escaparate de Tao Seafood, aceleró y más adelante pasó por entre las mesas al aire libre del Café Noir. Al cruzar Grand en sentido oblicuo, hacia Walden Pond Books, saludó a Marshall, el propietario, que estaba mirando por la ventana.

Acompasado con sus latidos, había empezado a notar una especie de flato en el costado derecho que se le estaba clavando en las costillas. Avivó el paso al llegar a la marquesina del Grand Lake Theatre —*Psicosis II*—, se saltó el semáforo del cruce y pasó por delante de Blues Burger, detrás de cuyas ventanillas giratorias a prueba de balas trabajaban unas camareras de color vestidas con uniformes de color rojo y blanco y sombreros de papel.

Calle adelante, a través del brillo deslumbrante de los ventanales del hotel, vio en el vestíbulo a todos los ancianos que no vivían con ningún familiar, que se pasaban el día entero sentados allí, esperando a que les llegara la muerte.

Levantó la vista hacia las ventanas de arriba, las cornisas y los aleros, e imaginó a un joven expresidiario asomado a la ventana y mirando la bahía; recién salido de San Quintín, sin dinero y con pagos del alquiler atrasados, intentando acordarse de alguien a quien pudiera llamar y que pudiera ayudarlo a conseguir una raya, sabiendo ya que no tardaría en regresar al trullo.

Hizo un alto delante del hotel y, con las manos en la nuca, observó los árboles de jade que había al otro lado del ventanal, decenas de ellos, colocados en una balda. Tenían la tierra de las macetas seca y agrietada, pues durante la mayor parte del día el sol les daba de forma directa.

Entró por la puerta. En cuanto la abrió, sonó un timbre y todos los ancianos levantaron la cabeza para mirarlo. El empleado de la recepción era un joven grueso y de raza blanca y probablemente aquel era el mejor empleo que iba a conseguir jamás. Estaba en un pequeño hueco, casi totalmente oculto a la vista desde el mostrador, reclinado contra una silla metálica plegable, leyendo la revista *Hustler*. Cuando Hanson se acercó al mostrador y se asomó para mirarlo, el chico fingió no haberse dado cuenta. De repente Hanson sonrió de oreja a oreja: lo reconoció de su época en Portland. Tocó el pequeño timbre plateado con el canto de la mano. Nada. Luego se tumbó encima del mostrador, con las piernas colgando en el aire, y torció la cabeza para mirarlo.

—Hola, joven. Tengo que hablar con usted.

El chico no levantó la mirada de la revista.

En un espejo desconchado que había detrás del mostrador, Hanson advirtió que la gente del vestíbulo estaba muy atenta a ver de qué iba todo aquello. ¿Qué iba a ocurrir? Tocó el timbre suavemente, con un dedo, varias veces, y no se detuvo hasta que el chico se volvió hacia él. Hanson sonrió con los ojos muy abiertos, con pinta de idiota, pero un idiota loco. Su mirada Shirley Temple.

El chico bajó las piernas de la silla, se incorporó, enrolló la revista en la mano y se fue hacia el otro extremo del mostrador, lejos de Hanson.

—¿Qué? —dijo, y Hanson rio, encantado con la pose de tipo duro que adoptaba el chaval. Lo miró abriendo muchos los ojos y agitando las pestañas, loco/idiota a tope.

—Necesito enseñarle una cosa —le dijo—. Esas macetas que hay junto a la ventana.

—¿Qué? —preguntó el chico, esta vez más desconcertado que arisco.

—Míreme —ordenó Hanson cerrando los ojos Shirley Temple—. No le va a llevar más que unos segundos. Acompañeme hasta ese ventanal.

—¿Es policía?

—Voy a ir yendo, le espero allí, ¿de acuerdo?

Hanson cruzó el vestíbulo con sus vaqueros recortados y su camiseta negra,

barriando el espacio con los ojos como si fueran dos focos. Se detuvo frente al ventanal, se mojó con saliva el dedo índice y el pulgar y limpió el polvo de la hoja de una planta. A continuación hundió la uña en la tierra seca y agrietada. La mayoría de las macetas estaban llenas de colillas; la gente las apagaba allí. Eso lo enfureció. El empleado, todavía sentado tras el mostrador, lo miraba con nerviosismo. Hanson le hizo una seña para que se acercara al tiempo que le decía con gestos mudos: «Venga aquí».

El chico levantó el pestillo del mostrador y fue hacia él con los brazos separados de los costados, como si su abultada musculatura le impidiera pegarlos al cuerpo. Sacudió la cabeza para apartarse el pelo de los ojos. Cuando llegó a donde estaba Hanson, adoptó una postura de luchador de sumo, con la entrepierna proyectada hacia fuera y los brazos a los lados, muy vulnerable.

—Esta planta se llama árbol de jade. ¿Cuándo fue la última vez que la regó? —le dijo Hanson adoptando una voz robótica, con acento ruso.

—No sé. Esas putas plantas ya estaban así cuando entré a trabajar aquí.

—Pues son unas heroínas por haber sobrevivido. Nunca las riegan y ellas siguen vivas. Las usan de cenicero y ellas siguen vivas.

—A la mierda —dijo el empleado a punto de dar media vuelta.

Hanson le pisó el pie; el chico lo miró furioso, pero solo durante un segundo. La expresión de Hanson, tan tranquila que intimidaba, tan de evangelista, hizo que la furia se esfumase al momento dando paso al miedo en sus ojos.

—¿Cómo se llama?

—Marvin.

—¿Cómo me llamo yo? Marvin, míreme —le dijo al tiempo que cogía una de las regordetas manos del chico y la retenía entre las suyas, sin soltarla—. ¿No se acuerda de mí? El León de la Avenida. El Tigre Feroz del Distrito Norte. Soy el que redactó no una, sino dos denuncias sobre usted, de forma especial para que el fiscal del distrito las tirase a la basura. Abra los ojos.

—Hanson.

—Perfecto. Dentro de un par de días nos vemos otra vez. Empiece a regar esas plantas, de poco en poco, ¿vale? Me alegro de verle, Marvin.

Acto seguido salió por la puerta, haciendo sonar el timbre, y ya en la calle se volvió para mirar a Marvin a través del ventanal, sonriente y cambiando el peso de un hombro al otro, igual que un boxeador.

Seguía teniendo flato en las costillas, insistente. Se había olvidado de él. Bajó de la acera, esquivó un taxi que torció a la izquierda y una vez más aceleró la marcha.

A llegar a la gasolinera de Chevron salvó de un salto una mancha de color marrón que había en la acera. La semana anterior, dos negros detuvieron el

coche junto a un yonqui de diecinueve años que pasaba por delante de la gasolinera. Se apearon, cada uno con una gruesa cadena, y le propinaron una paliza, hasta que lo dejaron ensangrentado y muerto; luego volvieron a subirse al coche y se largaron. Eso fue lo que se dijo, pero no hubo testigos. Nadie vio nada. Al día siguiente se presentaron allí unos detectives de la policía, pero no encontraron ni sospechosos ni motivos. El dueño de la gasolinera limpió la sangre con una manguera, pero la mancha ya se había quedado incrustada en el suelo durante la noche. Aquello debía de resultar perjudicial para el negocio, reflexionó Hanson al tiempo que cruzaba Grand para tomar el sendero que discurría alrededor del lago.

Apenas era media mañana y el lago Merritt ya estaba abarrotado de gente. Los chinos ataviados con túnicas de seda de vivos colores y anchos pantalones negros ya estaban en la pradera practicando sus rituales de taichí: subir, girar, aguantar..., adoptar la siguiente pose. Tenían el cabello gris y una constitución menuda, y su sereno ensimismamiento mantenía bien alejados a los macarras, los borrachos y los lunáticos que merodeaban por el lago.

En medio del lago avanzaba lentamente un bote ballenero del siglo XIX, de un blanco deslumbrante y ribeteado de azul. A bordo iban remando ocho mujeres septuagenarias más una novena, la timonel, que iba inclinada sobre su remo para hacer virar el pesado bote hacia la orilla contraria. Todas llevaban pantalón blanco, blusa blanca, sombrero blanco y pañuelo al cuello de la misma tonalidad azul que el borde del bote.

A lo largo del lodo de la orilla revoloteaban las gaviotas y al fondo del lago había cormoranes pescando: se lanzaban en picado hacia el agua, desaparecían durante diez o quince segundos y luego volvían a salir en otro lugar diferente, inclinaban la cabeza hacia atrás y se echaban por el pescuezo algún pez de color plateado. Una fila de pelícanos volaba dos metros por encima del agua, virando, cambiando de dirección y manteniendo la altitud, aves grandes y poderosas que ora batían las alas, ora avanzaban planeando, con la misma suavidad que una escuadra de bombarderos. En la hierba que crecía entre el lago y Lakeshore Drive había dos negros de veintipocos años ejercitándose con pesas, un leve chasquido cada vez que añadían otro disco a la barra.

Hanson estaba inclinado hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas, recuperando la respiración y preguntándose si el flato de las costillas no sería signo de un infarto, cuando de repente llegó un corredor con un perro que estuvo a punto de atropellarlo. Varón negro, recitó Hanson mentalmente, catalogándolo. Un metro ochenta y dos, noventa kilos, tez oscura, cabeza rapada, pequeños diamantes en ambas orejas.

Había adelantado a Hanson sin mirarlo siquiera, como si le dijese: «Ni

siquiera te veo, mamón». Llevaba un palo de golf en una mano y una correa de cuero con tachuelas en la otra. Su perro, un cachorro de pitbull, iba corriendo delante de él con la lengua fuera, pasando de un lado a otro del camino a contrarritmo de la chapa de hierro que llevaba colgada del pescuezo con una cadena. Se lo veía feliz.

Hanson los observó un momento mientras se alejaban corriendo y después intentó olvidarse del infarto yéndose hasta los bancos de pesas. Se sentía peor ahora que cuando salió de casa; sudaba tequila y maldecía el flato que tenía en el costado. Uno de los levantadores de pesas se había apartado del grupo para ir a hablar con dos chicas blancas que iban en un BMW, y el otro, al que Hanson creyó reconocer ahora que lo vio más de cerca, estaba sentado en un banco de pesas a la sombra de un árbol del té, mirándolo a él.

—Eh, colega —saludó.

—Sí, señor —respondió Hanson.

—¿Te importa ayudarme un momento, tío? —Llevaba un pantalón caqui ancho y con pinzas y unas zapatillas deportivas, y la camiseta la había colgado de una rama del árbol. Estaba muy musculado y todavía jadeaba por efecto del ejercicio.

—Claro —respondió Hanson acercándose a él y sorprendiéndolo. El chico lo observó detenidamente durante un instante, luego dio media vuelta y se tendió debajo de las pesas. Hanson se situó a la cabecera del banco y sujetó la barra por fuera de las pesas. Ambos se miraron el uno al otro, uno boca arriba y el otro boca abajo.

—Listo, jefe, cuando quieras —dijo Hanson—. ¿Cuántas repeticiones?

—Doce.

—Es mucho peso —comentó Hanson mirando con gesto teatral a un extremo de la barra y luego al otro.

—Lo tengo controlado. —El chico hizo cinco levantamientos y se detuvo un instante con las pesas en lo alto, mirando a Hanson a los ojos—. ¿Cómo te llamas, tío? Tu cara me suena de alguna parte.

—Hanson.

El otro emitió un gruñido e hizo otro levantamiento más.

—¿Y de qué te conozco?

—De la tienda de licores de Raylene's. Me preguntaste si habías infringido alguna ley sin darte cuenta.

—Joder —dijo el otro, que terminó las doce repeticiones sin siquiera sudar.

—Cuando no llevo el uniforme estoy muy distinto. Y tú te llamas Tyree, me parece recordar.

—Tyree —confirmó el chico, y dejó la barra en su horquilla.

El grupo de taichí se movía con la misma suavidad que las sombras sobre la superficie del lago, en el que las señoras que remaban en su impecable bote iban dejando una estela en forma de uve. Los pelícanos empezaron a aterrizar, chocando contra el agua igual que un avión que se estrella para a continuación volver a despegar planeando grácilmente.

El otro chico, el compañero de Tyree, ya había regresado de su conversación con las chicas del BMW y estaba a unos seis metros de ellos, observando a Hanson. Tyree se incorporó para decirle:

—Este es el policía del que te hablé, el que se subió al capó del coche patrulla y dispersó a la gente que estaba bailando en la calle. Y el que dio el alto al tío Fe la otra noche.

Su compañero sonrió.

—Enséñanos lo que sabes hacer, poli —le dijo Tyree al tiempo que se ponía de pie y señalaba el banco de pesas—. Yo te ayudo.

Hanson observó la barra. Pesaba casi tanto como él.

—A no ser que no te sientas capaz.

Hanson se sentó a horcajadas sobre el banco y luego se tendió de espaldas. Extendió los brazos para agarrar la barra por abajo y Tyree lo ayudó a sacarla de la horquilla; sostuvo durante unos instantes todo el peso y después fue depositándolo lentamente en las manos de Hanson. Incluso sin resaca era demasiado peso para él, pero, a base de fuerza de voluntad y a pesar del dolor, consiguió hacer siete repeticiones. Después de haber bajado la barra hasta el pecho para hacer una octava, solo fue capaz de levantarla parcialmente. Comprendió que no iba a poder hacer ninguna más y bajó la barra casi hasta el pecho, con los brazos todavía flexionados por los codos. De no contar con ninguna ayuda, tendría que intentar inclinarla hacia un lado, dejar caer el extremo al suelo y salir de debajo de ella, o bien dejarla caer totalmente al suelo. Si Tyree quisiera, podría empujar la barra hacia abajo para hundírsela en las costillas y afirmar que se la había hundido él mismo. En el mejor de los casos, Hanson saldría de debajo de la barra de forma torpe y débil y en el peor, si Tyree se la dejaba caer encima, acabaría con varias costillas rotas y tal vez un neumotórax.

—Arriba —lo animó Tyree mirándolo y agarrando la barra con las dos manos—. Venga, poli. Tú puedes. Vamos.

Hanson, con los brazos temblando, se concentró totalmente en la barra y empezó a levantarla despacio, muy despacio, casi hasta el borde de la horquilla, y al llegar ahí Tyree lo ayudó asumiendo tan solo la porción de peso necesaria para que él pudiera depositarla en su sitio. Luego se quedó un momento boca arriba, contemplando las nudosas ramas grises del árbol del té, con la respiración

agitada, pensando. Sentía los brazos como si se le fueran a desprender flotando del cuerpo.

—Lo importante... —dijo— es el peso... Saber cuánto peso... puede levantar uno... Con pesas de hierro... no se puede fingir... O se puede... o no se puede...

—Lo has hecho bastante bien —dijo Tyree.

—Sí —coincidió su compañero.

—Has levantado todo ese peso principalmente con la mente —continuó Tyree—. Si te cuidases un poco más, si entrenases, serías un tipo duro.

Hanson rio, agotado, y se incorporó.

—Gracias por la ayuda.

—Ya sabes lo que quiero decir.

—Lo sé —respondió Hanson.

—¿No estás de servicio?

—Oficialmente no estoy de servicio.

—¿Vives por aquí cerca?

—Sí.

—¿En Oakland?

—Sí.

—¿Y ni siquiera llevas una pipa encima?

—No me conviene buscarme problemas llevando una. Y tampoco tengo dónde esconderla. Me preocupa que alguien pueda verla, me vuela la tapa de los sesos y luego diga que lo hizo en defensa propia.

—Los polis dicen eso todo el tiempo.

—Ellos son los que más me preocupan —repuso Hanson.

—Yo tampoco llevo pistola —dijo Tyree.

Hanson miró a su compañero.

—Ese es mi socio. Lo conozco desde que tenía cinco años. Nos protegemos el uno al otro. En este mundo necesitas a alguien que te cubra las espaldas.

—Yo antes confiaba en personas así, pero ya no tengo a nadie, casi todas han muerto.

—¿Cómo es eso?

—Cosas que pasan, sin más.

—Tienes razón.

—¿Cómo se llama tu socio? —preguntó Hanson volviéndose hacia el compañero—. Disculpa mi falta de educación —le dijo—, debería preguntártelo a ti, si no es inconveniente.

—Me llamo Quintus.

—Un placer, Quintus. Te agradezco que hayas estado pendiente de Tyree y de

mí, desarmados, aquí en el parque —le dijo Hanson a la vez que se incorporaba.

—Hay un tema que me viene preocupando —dijo Tyree— y sobre el que me gustaría pedirte opinión, ya que estás aquí. Si no te parece mal.

Hanson se volvió hacia él.

—En absoluto.

—La otra noche, en la tienda de licores, mientras hablabas con nosotros, ¿viste algo raro dentro del coche, ya sabe, algo que se saliera de lo normal?

—¿Te refieres a la Uzi que tenía escondida aquel hombre mayor debajo del abrigo?

Tyree miró un instante a Quintus y después se giró de nuevo hacia Hanson.

—¿Por qué no se lo comunicaste a la centralita?

—Porque iba a suponer un trastorno para nada. Papeleo extra para mí. Que viera aquella arma fue algo accidental, no me la mostrasteis para ver cómo reaccionaba yo. No me faltasteis al respeto ni me pusisteis a prueba. Por eso sí que tendría que haberos detenido. Pero todos fuimos razonables, educados, sin crear problemas. Me da igual que llevéis una Uzi siempre y cuando no intentéis dispararme a mí con ella, o si no... —sonrió— utilizadla de forma responsable. Oakland está llena de Uzis. Me alegro de volver a verte, Tyree. Quintus —le dijo al compañero con un gesto de cabeza—, un placer. Cuidaos los dos.

Estaba ya marchándose, cojeando un poco, cuando Tyree le dijo:

—Tú también. Me han dicho que hay mala gente en el barrio donde trabajas.

Hanson hizo un alto y se volvió. Tyree estaba con una mano levantada, mostrando la palma. Hanson, con una sonrisa, juntó los talones y ejecutó un breve saludo. Luego se marchó. Ahora ya se sentía mejor, de modo que empezó a trotar lentamente y emprendió el regreso hacia Grand Avenue.

Describió un círculo y se quedó unos instantes en el sitio, sin dejar de mover las piernas, contemplando al grupo de taichí, a las abuelas remeras, a Tyree y a Quintus, que estaban riéndose de algo —probablemente de él— junto al banco de pesas.

Quizá no lo estuviera haciendo tan mal en su trabajo. Estaba construyendo una base de apoyo. Por un momento se le pasó por la cabeza ir a ver a Libya. Desde luego, era una perspectiva mucho más atractiva que juntarse con un grupo de polis en el bar que había enfrente de la Ciudad de la Justicia, y además no tendría que pasar el rato en compañía de polis borrachos. Jamás habría imaginado la intensidad con que se habían mirado Libya y él. Solo tenían ojos el uno para el otro. Pero era una locura ir a verla. Echó a correr de nuevo por la acera a lo largo de Grand Avenue.

Cuando oyó a su espalda el tableteo que hacía la bici de Weege con aquel naipe trabado entre los radios de la rueda, levantó una mano y dejó de correr

para recuperar el aliento.

—Hola, agente Hanson —dijo Weege al tiempo que se detenía a su lado, en la hierba—. Así que has estado levantando pesas con Tyree y con Quintus —comentó sonriente y meneando la cabeza—. Nunca los había visto hablando con la policía. Nunca. Y en cambio con usted sí que han hablado.

—Weege, me parece que tú te conoces a todo Oakland. Eres igual que la CIA. Una CIA unipersonal en bicicleta.

—Bueno —respondió Weege con modestia, un poco avergonzado y también complacido—. Me muevo bastante.

—Siempre me alegra verte, amigo —le dijo Hanson—. Me tienes vigilado en todo momento, me tienes que decir qué tal lo voy haciendo. —Ciertamente se alegraba de verlo. No solo porque Weege fuera inteligente y divertido, sino también porque cuando lo tenía allí Hanson se olvidaba de sí mismo—. ¿Por qué no me acompañas mientras corro hasta el Grand Lake Theatre, y allí nos tomamos un helado, si te apetece? A mí me apetece mucho.

—Vale —respondió Weege.

Hanson inició un trote lento. El flato del costado le había desaparecido por completo. Weege iba avanzando a su altura, haciendo caballitos con la bicicleta o trazando círculos a su alrededor.

—La CIA es la Agencia Central de Inteligencia. Son espías. Tanto la CIA como el FBI. Yo sé esas cosas, agente Hanson.

Felix y Levon

Ya eran más de las seis cuando Felix regresó al complejo que había dentro del proyecto de viviendas sociales San Antonio, también conocido como La Villa. Levon levantó la vista hacia una de las cámaras de seguridad al tiempo que a Felix le franqueaban el paso a través de la primera verja eléctrica, el mismo sistema que se utilizaba en los calabozos: uno cruza la primera puerta, que se cierra sola y se bloquea, con lo cual uno se queda atrapado en el pasillo que hay entre una y otra hasta que le dan paso a través de la segunda. Levon advirtió de un vistazo que Felix se sentía molesto, esperando a que se abriera la segunda verja. En una sala contigua se oía débilmente un buscador de frecuencias sintonizado con la policía.

En cuanto empezó a ganar dinero, Felix trasladó a cinco familias a una vivienda mejor, derribó las casas en las que habían estado viviendo hasta entonces y construyó un complejo vallado y fortificado en el centro de La Villa. Tuvo que sobornar a dos funcionarios de la Autoridad sobre Vivienda Pública de Oakland y a un capitán de la policía, a este último a través de su teniente, el cual, de hecho, le dio el dinero a un patrullero. Aunque La Villa no estaba incluida en el mapa oficial de zonas de patrullaje de la policía, entre la autopista y la bahía existía una especie de limbo.

Levon cerró el libro que estaba leyendo, una biografía de Theodore Roosevelt, y marcó el punto de lectura con un naipe muy manoseado, el rey de bastos, cuando vio salir a Felix por la puerta principal, chapada en acero, vestido con un traje italiano de color marfil.

—Todo fue tal como tú dijiste, y peor —anunció.

Tyree y Quintus estaban en la otra sala, escuchando llamadas por la frecuencia de radio de la policía, riéndose de ellas y chocando los cinco de vez en cuando.

Felix inclinó la cabeza para señalar un pasillo que carecía de ventanas.

—Vamos a la sala de negocios a hablar.

La sala de negocios era un búnker de hormigón armado y sin ventanas situado en el centro del complejo de Felix, rodeado por las viviendas en sí, en lo más profundo de la zona este de Oakland. No era más grande que la sala de espera de

un despacho de abogados; parecía un refugio antiaéreo, pero uno decorado con un carísimo sofá de cuero, un lujoso sillón reclinable, una lámpara de pie, una estantería para libros y en las paredes varias fotografías en blanco y negro, enmarcadas, de Martin Luther King, Malcolm X y el abuelo de Felix, Solomon Maxwell, esta última tomada cuando era presidente de los Maleteros de Coches Cama de América.

Felix se tumbó en el sofá y Levon ocupó su sillón. En el suelo, junto al sofá, había una libreta de papel amarillo rayado. Felix introdujo la mano en su chaqueta y sacó unas gafas de cristales octogonales sin montura, recogió el cuaderno y empezó a escribir.

—¿Viste anoche las luces que había en el cielo?

—¿Qué luces?

—Están todas las noches. Parecen estrellas, pero no lo son.

—Esas gafas te hacen más inteligente —comentó Levon dejando el libro.

Felix lanzó un bufido, se puso el cuaderno sobre el pecho y las gafas encima.

—Alguien está volviendo a robarnos esquinas por todo High Street. Me da la impresión de que, quienquiera que sea, ha pagado a alguien, tal vez a un capitán de las altas esferas de la Ciudad de la Justicia. Debo quedarme en casa y prestar más atención.

—Los Musulmanes Negros tienen cubierto todo San Pablo y más al norte. Dan palizas a los nuestros, les quitan el dinero y las drogas y las venden. Dicen que a la policía no le importa.

—He estado hablando con mi teniente, en el centro, y no me creo ni una palabra de lo que me ha dicho. Nunca me creo nada de lo que dice. Y ahora le estoy pagando quinientos dólares al mes más que antes. ¿Eso es inteligente? A lo mejor debería llevar puestas las gafas cuando hable con él.

Levon levantó la vista.

—Hoy Tyree y Quintus se han topado con el policía ese en el lago Merritt.

Felix giró la cabeza sobre el brazo del sofá y miró a Levon.

—El que se acercó al coche porque estábamos aparcados en doble fila frente a la tienda de licores.

Felix contempló el techo.

—Una verdadera coincidencia.

—Había salido a correr por el lago. Al principio Tyree no lo reconoció. Le pidió que le echara una mano con el banco de pesas, solo por dar por culo a un blanco, pero resulta que ese poli se acercó y le dio por culo a él. No llevaba armas. Dijo que vivía en Oakland.

—Se lo preguntaré a mi teniente, a ver qué me dice... ¿Sabías que los tenientes llevan una placa de oro macizo? —Empezó a ponerse de nuevo las

gafas, y añadió—: A lo mejor por eso nunca se ve a un teniente por la calle. A lo mejor les preocupa que alguien pueda robarles la placa. Cuando por fin me cabree lo suficiente como para que me entren ganas de matarlo, me acordaré de arrancarle esa placa de su pecho de gallina y quedármela como recuerdo.

Felix no era un tipo duro, pero sí un asesino, y además no le daba miedo nada. Se consideraba ya muerto, y así era como veía a todo el mundo. Era implacable y despiadado en un brutal mundo de blancos. Sabía que tarde o temprano acabarían matándolo. Ya había escrito su testamento y los preparativos necesarios para su funeral, y cada vez que los modificaba le entregaba una copia a Levon.

El libro de aves de Weegee

Aparte de su coche patrulla y de su piso, el único lugar en el que Hanson pasaba algún rato era Walden Pond Books. El propietario, Marshall, era un judío progresista radical de la Costa Este, de la vieja escuela, que se había mudado al oeste a principios de los años setenta. Era un intelectual amable y de modales suaves que abrigaba puntos de vista muy pensados, pero Hanson lo había visto trabar amistad con radicales rabiosos simplemente a base de escucharlos con educación. Hanson notaba que se relajaba en cuanto entraba en su librería. Marshall sabía que era policía, y ambos se sentían cómodos a ese respecto: no cambiaba su relación.

El ayudante de Marshall, Darrell, era un graduado de la Universidad de Berkeley de veintimuchos años que se autoproclamaba anarquista. Siempre daba la impresión de estar de un humor taciturno, huraño y suspicaz, pero en un grado que resultaba divertido, y él lo resaltaba aún más. Cuando estaban los tres solos en la tienda, Hanson se sentía como si estuviera entre amigos.

Hanson acababa de terminar de correr por el lago Merritt y estaba recuperando el resuello cuando pasó por delante de la librería. Marshall resultaba apenas visible al otro lado del escaparate tapado con carteles; estaba apilando libros en el marco de una ventana, y le llegaban a la altura del hombro. Hanson se detuvo y entró. Marshall no se percató de su presencia hasta que lo tuvo a su espalda, junto a la caja registradora, tamborileando con los dedos sobre el mostrador de cristal.

—Marshall —dijo Hanson—, sabes de sobra que si tienes libros apilados en las ventanas en torres tan altas la policía no puede ver si te están robando.

—¿Y quién iba a robar aquí? —replicó Darrell—. No hay suficiente dinero.

—El botín de una tienda de veinticuatro horas no suele ascender a más de treinta o cuarenta pavos. Por cincuenta matan a la gente.

—¿Quiénes?

—Los marginados.

Marshall había estado sacando libros nuevos de una caja. *La música y la época de Miles Davis hasta 1960*. Miles aparecía tocando la trompeta, sosteniéndola con las dos manos como si temiese que se le rebelara y se fuera a

escapar, ensimismado en la música.

—Agente Hanson —saludó Marshall—. ¿Buscas algo en particular?

—Un libro que trate de aves.

—Pues —respondió Marshall riendo— tú te conoces la librería casi tan bien como yo.

Anteriormente Walden Pond había sido una tienda de electrodomésticos. El local era más profundo que ancho. Todos los títulos nuevos, los superventas, los manuales de autoayuda y los libros de arte para poner en las mesas de centro estaban colocados al principio, en mesas y expositores. Uno podía traerse un café de la cafetería de al lado y sentarse en un sofá con estampado de flores o en uno de los mullidos sillones.

El resto de la librería era serio, con filas y filas de estanterías que había construido el propio Marshall con tablas de madera de pino de dos centímetros y medio de grosor. Hanson sabía distinguir de un solo vistazo si un libro había sido añadido a aquellas estanterías de pino o si había sido retirado.

Los libros que había allí tenían veinte, treinta o cuarenta años de antigüedad; la mayoría ya estaban descatalogados, olvidados, ignorados, y entre las estanterías flotaba un olor a moho. Por la noche, cuando la librería estaba oscura y en silencio, Hanson imaginaba que los libros hablaban unos con otros. Conversaban en voz baja hasta el amanecer, cada uno narraba una y otra vez la misma historia, contaba lo que sucedió o no sucedió o podía haber sucedido, alternaba entre diferentes versiones de la verdad. Todos esperaban días y noches a que alguien los eligiera, los abriera y los empezara a leer.

Cuando empezó a ir por aquella librería, centraba la atención en la sección dedicada a las guerras, dos baldas llenas de la historia de Estados Unidos. La guerra de Vietnam contaba con una subdivisión propia. Se arrodillaba y, pasando los libros de costado, iba leyendo los títulos. *Despachos*. O una historia nueva del Grupo 5.º de las Fuerzas Especiales de Vietnam. En cambio, recientemente se había concentrado en los libros de aves, concretamente, aves rapaces: cernícalos, águilas... Iba recorriendo un estrecho pasillo que discurría entre las estanterías.

Halcones, azores y buitres, aves con las que se había familiarizado cuando estuvo en Idaho, y a las que echaba de menos de vez en cuando. Y los cóndores de California, de los cuales quedaba un puñado, aves prehistóricas que pronto se habrán extinguido, y lo saben. Las observaba posadas en sus aviarios de dos plantas del Centro Mundial de Aves de Presa, situado en un promontorio que había a las afueras de Boise. Establecía contacto visual con ellas, abrigando la esperanza de que le transmitieran sus conocimientos. Encontró la entrada «Cóndor de California» en el volumen I de *Las aves de California*, © 1923.

Cuatro volúmenes encuadernados en bucarán de color verde. En 1923 el cóndor ya tenía problemas. En todas las áreas situadas al norte de San Francisco era un ave «extinta o muy poco habitual».

De repente entró por la puerta un tipo vestido con una cazadora de cuero negro. Llevaba un pendiente de oro en la oreja y el cabello rizado al estilo Jheri y recogido con un pañuelo verde.

—¿Qué precio tiene el libro de Miles? —preguntó.

Hanson lo observó desde las estanterías.

—Trece con noventa y nueve más impuestos —contestó Marshall.

—De acuerdo —respondió al tiempo que se volvía otra vez hacia la puerta—. Ya vendré otra vez. Miles, ajá.

Hanson dejó el libro de las aves en su sitio y fue hasta «Erotismo», una sección en la que los títulos nuevos y los de segunda mano no estaban separados. En su mayoría eran demasiado cerebrales e intelectuales para poner cachondo a Hanson. *Historia de O*. Varias ediciones del *Kamasutra*. Un lustroso libro de mesa de centro sobre el sexo tántrico. *Justina o los infortunios de la virtud*, del marqués de Sade. *Obras completas del arte erótico, volúmenes I y II*, de Phyllis y Eberhard Kronhausen. En la sección «Erotismo» Marshall conservaba *Mujeres blancas*, de Helmut Newton. Hanson cogió *El vendaje de los pies en China: Historia de una curiosa costumbre erótica* y empezó a hojearlo.

Aquel autor británico decimonónico consideraba que la costumbre de vendar los pies era un ejemplo de la inventiva humana en el arte del placer. Los pies hinchados de la mujer, su forma titubeante de andar, el aumento de la sensibilidad al dolor... El placer intensificado del varón cuando mantiene cautivos los exquisitos y diminutos zapatos de seda que encierran los pies vendados y doloridos, cuando coloca a la mujer, sumisa y temerosa pero excitada, en la posición perfecta para entrar en ella. Hanson se sorprendió pensando en Libya, en cuando tuvo su pie herido entre sus manos y lo bañó. Los pies de Libya tenían el empeine muy alto, y ella no era una mujer indefensa.

Lástima, pensó. Hacía mucho tiempo que no conocía a una mujer que le resultara interesante.

—Eh, Hanson. —Marshall estaba mirando por la ventana principal, por encima de los libros apilados en el alféizar—. Aquí fuera hay un crío en bicicleta que no se ha movido desde que entraste tú. ¿Qué andarás tramando? Tiene pinta de buen chaval.

Salió de la librería, lo que pilló a Weegee por sorpresa.

—Agente Hanson —dijo—. Simplemente pasaba por aquí.

—Entra, Weegee.

—¿Puedo entrar con la bici?

—Claro. Vamos —lo instó a la vez que le abría la puerta para que pasara con la bicicleta, el naípe traqueteando lentamente contra los radios de la rueda—. Weegee, te presento a Marshall, de Nueva York. Es el propietario de la tienda.

—Weegee, bienvenido a mi librería.

—Y ese tipo de ahí, el que tiene cara de enfadado, es Darrell. Nació en el sótano de la Universidad de California de Berkeley. En realidad es mucho más simpático de lo que aparenta al principio.

—Un placer, señor Weegee.

—Weegee —propuso Hanson—, vamos a comernos un par de hamburguesas... Espera, voy a hacerte un regalo. Lo vi hace cinco minutos, estaba esperando en una de esas baldas a que llegaras tú, es una suerte que pasaras por aquí. Enseguida vuelvo.

Hanson volvió a donde estaban los libros de aves y tomó uno de tapa dura apenas usado, una segunda edición del *Aves occidentales* de Peterson. Él ya tenía un ejemplar en casa.

Le dio a Marshall un billete de veinte dólares, pero Marshall lo rechazó.

—Invita la casa —dijo.

—Gracias, Marshall. ¿Te importa prestarme este bolígrafo un momento...? —Abrió el libro por la página del título. Miró por la ventana, que daba a Grand Avenue, luego miró a Weegee, que estaba esperando con su bicicleta, y escribió lo siguiente: «Para Weegee, mi buen amigo de Oakland, que me salva cada vez que me pierdo. Con este libro podrá ponerles nombres a todas las aves»—. Aquí tiene, señor —le dijo al tiempo que se lo entregaba—. Gracias otra vez, Marshall.

—Gracias, Marshall —dijo Weegee, un poco desconcertado por todo aquello.

Abrió el libro por donde había escrito Hanson y lo leyó varias veces, sin apartarse del mostrador.

—Te lo guardo en la mochila y nos vamos a comer.

—No has firmado —señaló Weegee.

—Tienes razón, sí, señor. —Hanson volvió a coger el libro—. Tu amigo, el agente Hanson —recitó a la vez que firmaba con una floritura—. Muchas gracias, caballeros —se despidió de Marshall y de Darrell.

Acto seguido salieron por la puerta y se incorporaron a la multitud que llenaba Grand Avenue a aquella hora del día. Echaron a andar hacia All American Burgers, situado junto al Grand Lake Theatre. Weegee iba al lado de Hanson, empujando la bicicleta.

Cada uno se pidió una hamburguesa All American con queso y juntos compartieron una ración gigante de patatas fritas. La chica que atendía detrás del plexiglás a prueba de balas no reconoció a Hanson, pero sonrió a Weegee y este

se la presentó:

—Darlene, este es el agente Hanson. Hoy no está de servicio.

—Agente Hanson, siempre es un placer conocer a un amigo de Weegee —dijo la chica.

Weegee se tomó una Coca-Cola y Hanson bebió agua, dos vasos grandes, contento de que su resaca no fuera tan intensa como podría haber sido. El agua ayudó, pero todavía se sentía un tanto acalorado y nervioso, sentado en una de aquellas mugrientas mesas redondas, rodeado de peatones. Weegee devoró su hamburguesa y la mayor parte de las patatas fritas sin quitar ojo a Hanson y a la gente de la calle.

—Se te nota un poco cansado —le dijo Hanson—. ¿Dónde has dormido esta noche?

—¿Que dónde he dormido? Vivo con mi tía, agente Hanson —respondió, un poco indignado, pero después rio—. Claro que puede ser que me acostara tarde. Las vacaciones de verano, ya sabes. Estuve por ahí con la bici, curioseando.

—Uno de estos días podríamos probar con tu libro de aves, cuando yo no esté de servicio. Contiene descripciones y dibujos de todas las aves que podríamos ver. Déjame que le eche un vistazo, voy a enseñarte una cosa. —Hanson le mostró el martinete—. Este pájaro se ve de vez en cuando en el lago Merritt, posado en un árbol.

—Me gustan los pingüinos —dijo Weegee.

—De esos no he visto ninguno en el lago Merritt.

—Claro, porque viven en el Polo Sur, en témpanos de hielo que flotan en el mar. Mi tía tiene un cuadro de pingüinos en su cocina. Son mis aves favoritas. —Se bajó de la silla, pegó los brazos a los costados y levantó la cabeza—. Caminan así —dijo andando adelante y atrás como un pingüino—. Hola —saludó a un pingüino imaginario—, ¿qué tal estás? Bien, gracias. En el Polo Sur, en esos témpanos de hielo, se conocen todos, pero tienen que vigilar por si alguno de esos bloques de hielo se rompe y se derrumba en el agua. ¿Vas a terminarte esas patatas fritas?

—No, señor —respondió Hanson con una sonrisa—. Yo creo que son tuyas.

Weegee volvió a sentarse y se puso a comerlas.

—¿Cómo es que Marshall no te ha dejado que le pagues el libro?

—Es buena gente.

—¿No será porque eres policía?

Hanson soltó un carcajada.

—¿Qué, un soborno para que yo no lo detenga por vender libros? Weegee, yo le compro montones de libros. Somos amigos. Y tú le has caído bien. En ocasiones resulta un placer regalarle algo a alguien.

Weegee meneó la cabeza, sonriendo para sí por lo inocente que era el agente Hanson.

—¿Cómo es que te gustan tanto las aves? La mayoría de la gente se las carga con escopetas de perdigones y tirachinas.

—Yo antes también hacía eso. Hace mucho tiempo. Ahora me gusta ver cómo vuelan.

—Bueno, es mejor que me vaya —anunció Weegee—. Gracias por la hamburguesa, y también por el libro.

—De nada. Pásate por mi casa cuando quieras. Voy a darte mi dirección. —Hanson se dio cuenta de que nunca le había dicho algo así a nadie de Oakland—. Y veremos unos cuantos pájaros. —Escribió su dirección y su teléfono en la parte de atrás de una de las tarjetas en las que decía: «Soy agente de policía».

—De acuerdo, agente Hanson —dijo Weegee al tiempo que se bajaba de la silla y se subía a su bicicleta con un movimiento fluido—. Ah, casi se me olvida: ¿te acuerdas del conejo negro que vimos aquel día en el barrio de aquellas brujas? Últimamente me lo encuentro en todas partes. Por lo que se ve, se mueve tanto como yo. Hasta luego.

Hanson lo miró mientras se marchaba pensando en todas las veces que había estado en operaciones de combate con niños de doce años en las montañas de Vietnam; había contemplado cómo los ayudaban sus padres, sus tíos y sus hermanos a cargar con el equipo, cómo les sonreían y les decían que no iba a ocurrirles nada. Y también los había visto muertos, atados de pies y manos, colgados de estacas de bambú y transportados de nuevo al campamento, donde las mujeres les lavaban las heridas, los vestían y los metían en unos ataúdes de madera roja que los americanos mantenían ocultos casi todo el tiempo. Aquellos chicos eran buenos soldados, y si sobrevivían a las primeras operaciones se convertían en los mejores asesinos.

Solsticio

Aquella mañana, cuando llegó a casa después de trabajar tres horas extras, el sol ya estaba muy alto en el cielo, enorme, y traía un viento cálido procedente del desierto de Nevada que parecía como si alguien hubiera abierto la puerta de un horno.

Ahora ya hacía calor incluso desde por la mañana y Hanson tenía dificultades para dormir más allá del amanecer. La hora más calurosa del día era cuando él iniciaba su turno en las llanuras de la zona este de Oakland, la hora en que el sol pendía sobre la bahía y se reflejaba en los escaparates de las tiendas y en coches que pasaban, o formaba hirvientes arcoíris en los charcos de aceite de motor desperdigados por la calle. El plástico del asiento del coche estaba muy caliente, el volante quemaba al tacto, las botas con puntera de acero nunca perdían el calor. Bajó el visor del parabrisas, se subió otro poco más las gafas de sol y atendió los avisos de la centralita.

Entró en la cocina y se echó al gaznate tres dedos de tequila verde que no tuvieron ni el menor efecto en él. Al otro lado de la ventana, los jilgueros y los gorriones saltaban de los comederos a la cuerda de tender la ropa y al cable telefónico como si fueran notas musicales en un pentagrama. Llevaba veintidós horas despierto, funcionando a base de adrenalina y agotamiento, y no tenía ganas de dormir. Se sirvió otra copa y volvió la vista hacia el calendario de los Tres Dragones que colgaba en la pared. Era el solsticio de verano, el día en que «el sol se queda quieto», decía el calendario. El día más largo del año. Sesis meses más y obtendría su certificado POST. Lo único que tenía que hacer, se dijo, era aguantar.

Dejó la copa, fue hasta la puerta trasera, abrió el pestillo y bajó la traqueteante escalera que llevaba al sótano.

En un rincón del sótano estaba la original caldera de carbón, modificada para usarla con fueloil; una gigantesca cámara de combustión, fría y cubierta de hollín, que descansaba sobre los cimientos de hormigón. De ella salían varios tubos de calefacción, como los tentáculos de un pulpo mecánico, que se extendían por el bajo techo y subían para atravesar los suelos de la casa.

El pesado saco de boxeo que tenía Hanson colgaba detrás de la escalera, de

tres cadenas enganchadas a una argolla. Bajó el último peldaño, se volvió y le propinó una patada lateral al saco. Cuando este volvió hacia él, lo golpeó de nuevo con el antebrazo. Seguidamente se apartó, cogió un temporizador de cocina de plástico blanco que había en una balda bajo la escalera y le dio cuerda mientras las cadenas chirriaban por el roce con la argolla. Dejó el temporizador, buscó el ritmo del saco de boxeo, se irguió y empezó a lanzarle puñetazos. En la lona sucia y gris empezaron a aparecer salpicaduras de sangre. Atacaba el saco con los puños, los codos, los pies...; lo embestía con el hombro. El esfuerzo le arrancaba gruñidos y lo dejaba resollando.

De pronto sonó el temporizador.

Se apartó, lo cogió con las manos temblorosas y los nudillos despellejados, le dio cuerda de nuevo y volvió al saco.

Cuando el temporizador sonó por segunda vez, Hanson, tomando aire a bocanadas, bajó las manos y apoyó la frente en el saco. Luego se volvió y, con las rodillas flaqueando, fue hasta un banco de pesas y se sentó en él, con los codos en las rodillas y la cabeza inclinada, goteando sudor sobre el suelo de hormigón. El viento silbaba a través del aislamiento agrietado del ventanuco que había en la otra pared, justo por encima del nivel del suelo exterior. El cristal, lleno de polvo, estaba ya casi opaco debido al paso de los años, y las espinas de un rosal que había fuera, zarandeado por el viento, iban dibujando un mensaje en él.

Hanson se levantó y cruzó el sótano para mirar por el ventanuco. Para ello tuvo que pasar por detrás de la caldera, y tropezó con una manguera negra enrollada y medio podrida que tenía los manguitos de unión ya verdes a causa del óxido. Una cara lo miró desde debajo de la manguera enrollada. Era una máscara de color verde que no tenía ni boca ni nariz. El único ojo que había en la frente tenía forma rectangular y estaba protegido por una protuberancia ósea.

Se puso en cuclillas y vio que se trataba de una vieja careta de soldador hecha con baquelita o con fibra de vidrio, moldeada en capas de plástico y tiras de tela, de tal forma que parecía el rostro momificado de algún alienígena que hubiera involucionado. Cuando tocó la manguera, salió una gruesa araña negra que estaba en su algodonosa tela, subió en línea recta con una velocidad febril, pasó junto a su mano y desapareció por una grieta de la pared. Hanson levantó la careta y de ella cayó un ciempiés plano y traslúcido que, al chocar con el suelo, se flexionó sobre sí mismo, se dio la vuelta y huyó para esconderse entre los pliegues de la manguera.

El visor de la careta era un rectángulo de vidrio grueso y de color verdinegro provisto de una pátina dorada, ligeramente más grande que una tarjeta de visita, lo bastante oscuro para que el soldador pudiera mirar directamente a través de él

el arco eléctrico mientras realizaba la soldadura. Hanson había leído en alguna parte que se podía utilizar una careta de soldador para mirar el sol.

Se la llevó al piso de arriba, la puso bajo el grifo de la cocina mientras con una esponja le iba quitando el polvo de varias décadas y después limpió el visor con limpiacristales. Todavía quedaban restos de una pegatina dentro en la que decía que el vidrio había recibido un baño de oro. La careta estaba unida a una banda para sujetarla a la cabeza; intentó hacerla bascular arriba y abajo, empleando jabón a modo de lubricante, hasta que consiguió abrirla y cerrarla con facilidad. Tenía dos posiciones: cerrada sobre la cara o abierta, mirando hacia el techo. Se puso la banda de cuero, todavía mojada, en la cabeza, y la ajustó con una perilla de plástico.

Cuando la bajó, no alcanzó a ver nada más que las gastadas rodillas del pantalón vaquero y los pies. Inclino la cabeza hacia atrás y la careta se abrió sola de nuevo y se quedó fija en dicha posición.

Se imaginó llevándosela a patrullar, con ella puesta cuando acudiera a apaciguar una disputa familiar, entrando por la puerta con un ojo de cíclope y voz de robot.

—Obedezca mis órdenes —declamó—, o de lo contrario morirá alguien.

Dio unos pasos por la cocina, fue por el pasillo y salió al porche. Al mover la cabeza, la careta verde le cayó sobre la cara. Miró hacia arriba, cegado por la máscara, y localizó el sol por el calor.

Una esfera perfecta que flotaba en una oscuridad absoluta, de color verde, vibrante, una visión que la mayoría de la gente no había visto jamás y posiblemente no vería nunca. Era algo que no conviene que vea la mayoría de la gente. El sol verde. Allá en lo alto, todos los días, una verdad terrible, como el pecado original. El sol estaba vivo y lo contemplaba a él. Su rostro iracundo aparecía infestado de parásitos, manchas que se movían por pares, bordeados de cilios, que giraban, se agitaban y se escondían detrás de las llamaradas de la superficie solar.

Se levantó la careta y parpadeó bajo la intensa luz; acababa de darse cuenta de lo desprotegido y vulnerable que resultaba allí, en el porche, sin ver otra cosa que el sol.

Se sacó la Hi-Power del bolsillo de atrás y la sostuvo apoyada contra la pierna. Inspeccionó la calle en ambos sentidos sintiendo el sol que caía a plomo sobre él. Cerró la careta para echar otra ojeada. El sol lo estaba esperando, humeante, bullente, mirando hacia el ojo bañado en oro. De pronto empezó a girar, y un lado de su rostro reventó a la altura de su ecuador formando una boca que escupió llamaradas.

Eso ha sido una eyección de masa de la corona solar, pensó, y solo la han

visto otras dos personas en todo el mundo... Pero sus pensamientos no eran suyos.

Subió la careta. El sudor le corría por la cara y le escocía en los ojos. Quitó el seguro de la pistola, retrocedió y se dijo que debía ir más despacio, relajarse, no pensar tanto.

Solo tres personas en el mundo: tú, un astrónomo de Nuevo México que está mirando por un telescopio de rayos X y una tercera persona que va por el océano Pacífico a bordo de un carguero de Maersk Line, a dos días de San Pedro.

Miró la calle y después la casa. El viento arrastró un cubo de basura y lo hizo rodar por la calle en cuesta que tenía a su derecha, y giró la cabeza hacia el estruendo. La careta cayó y le tapó los ojos, y en aquel momento vio a un individuo flotando en la oscuridad, verde como el sol. Vestía un mono de trabajo con el logo de la empresa DEL SOL en un bolsillo y su propio nombre, DON, en el otro. Estaba mirando a Hanson con unos ojos de un llamativo color bronce, el único color que no era ni verde ni negro.

No había automóviles circulando por Grand Street, ni aviones, ni gritos, ni bocinas. El viento había cesado. Hasta sus acúfenos habían enmudecido. Quizá fuera que finalmente había muerto, llegó a pensar.

Aún no.

Reconoció la voz que acababa de oír como un pensamiento suyo y guardó la pistola.

¿Por qué has mirado hacia el sol?

Hanson no supo responder.

La llamarada que acabas de ver va a causar problemas.

Se preguntó qué problemas podría causar aquella llamarada.

Oscuridad. Se acerca una ráfaga de viento solar.

El ojo se volvió negro. El viento reapareció. Allá en la autopista se oyó el aullido de una sirena.

Se levantó la careta y vio su propia sombra en el porche, a su lado.

La mayoría de las personas veían a la Parca solamente una vez, pensó, y aun así fingían que no estaba.

Se quitó la careta y la sostuvo lejos de sí, como una cabeza cortada, antes de depositarla sobre el porche.

Volvió a la cocina y se terminó la copa que había dejado antes; luego se sirvió otra, se la llevó al dormitorio y la puso encima de la mesilla. Se desvistió y se metió en la cama. El sol, desde el otro lado de la ventana, brillaba en el vaso de tequila verde. Escuchó el viento cálido que azotaba la casa, sacudía las combadas persianas de las ventanas y silbaba bajo los aleros. Cerró los ojos y se durmió.

La Villa

Ya oscurecía cuando la centralita lo envió a La Villa. Nunca había estado en aquel lugar, y tampoco había oído nunca a la centralita enviar allí a un coche patrulla. Era una franja de tierra enclavada entre la calle Este 14 y la bahía. En los mapas de las zonas de patrullaje no quedaba claro si La Villa caía dentro de la jurisdicción de la Policía de Oakland o de ninguna. El rotulador negro que habían utilizado para dibujar los límites trazaba una raya por todo el medio, unas cinco o seis manzanas a lo largo de la frontera sur del distrito 4. Era como otro país.

Los mapas de las zonas de patrullaje resultaban confusos, a juzgar por cómo arrancaba y se interrumpía el trazo del rotulador. Las zonas variaban mucho en tamaño y en forma, con muchos ángulos, salientes y penínsulas. Daba la impresión de que las habían delimitado a placer o las habían dibujado al azar, y se iban haciendo más grandes cuanto más al este del gueto se encontraban, en los distritos 4 y 5. A primera vista parecía haber treinta y cinco zonas, pero en realidad solo había treinta y dos; los números saltaban de la veintiocho del distrito 4 a la treinta y dos del distrito 5. De la veintinueve a la treinta y una no existían. El mapa oficial se dibujaba y se numeraba con un rompecabezas tan complicado que uno no se percataba de que faltaban números a no ser que lo estudiase detenidamente.

La centralita le comunicó que tenían un aviso por «altercado entre vecinos» del que habían dado parte varios denunciantes anónimos y que se trataba de un aviso que ya llevaba un rato esperando. Volverían a comunicarse con él cuando tuvieran más información.

—De acuerdo —respondió Hanson—. Entendido. Cinco Tac 51 va para allá.

—*Recibido, Cinco Tac 51.*

El horizonte era una franja de azul metalizado cuando Hanson giró en MacArthur para tomar Seminary, y sus ojos se relajaron contemplando cómo aquel color tan intenso iba adquiriendo diversos matices de gris. Un murciélago cruzó Seminary justo por delante del coche patrulla, luego viró y se perdió de vista por las copas de los árboles y la maraña de vallas publicitarias. Descubrió otros seis u ocho más, aunque desaparecieron en el instante mismo en que los

vio; esta vez provenían de desvanes y garajes, de chimeneas, de casas abandonadas, de los pasos elevados de la autopista, de los puentes...; frágiles ratoncillos con alas. En el tiempo que tardó él en recorrer dos manzanas más, el sol se puso del todo, pero los murciélagos permanecerían despiertos toda la noche.

—Llamadme en la oscuridad y os ayudaré a encontrar el camino... — canturreó Hanson en voz baja inventándose la letra y rellenándola con palabras que su compañero Dana y él solían poner en la gramola cada vez que iban a almorzar al Top Hat Café, en la época en que era policía en Portland—. Llamadme en la oscuridad, os estoy esperando.

Sus faros sorprendieron a los primeros centinelas que vigilaban el perímetro de La Villa. Se volvieron y se escondieron en las sombras al tiempo que exclamaban con infantiles voces de soprano: «Policía, policía...».

Sus voces le recordaron a Hanson las noches de verano de su infancia, cuando los chicos del barrio jugaban al escondite. Pero estos chavales, todos de diez y doce años, ganaban trescientos dólares a la semana por hacer de centinelas para avisar a los que estaban vendiendo droga de que había policías merodeando por la zona. La mayor parte del dinero se la entregaban a su madre, por lo menos al principio, si es que su madre aún vivía y no estaba en la cárcel. O a una tía, que era la sustituta de la madre en aquel barrio. Pero todos ahorraban para comprarse una «nueve», es decir, una pistola de 9 mm. Cuando ya la tenían, ahorraban para la Uzi, porque pensaban que con una Uzi nadie se metería con ellos. Si vivían el tiempo suficiente para hacerse con una esquina en la que vender heroína o *crack*, la Uzi impediría que se la arrebatase algún cabrón. Estos eran los críos más listos, más ambiciosos y más trabajadores de todo el gueto. Les iría bien en la vida; en cambio, pocos llegarían a los veinte. Jamás llegarían a ser adultos, pero morirían como soldados.

Hanson giró para entrar en La Villa —al parecer había una entrada y una salida— y las advertencias de que venía la policía disminuyeron y fueron menos audibles, y lo seguían como las palomas por la calle, preguntándose qué estaba haciendo él allí en un coche patrulla sin compañero. Estaban acostumbrados a los ataques de comandos especiales enviados por la Policía de Oakland, la DEA, el FBI, el Departamento de Justicia... Convoyes de vehículos con distintivos y sin ellos, furgonetas de comunicaciones, vehículos blindados para el transporte de personal de cuerpos especiales de intervención, y encima de todos ellos el helicóptero y su foco, impartiendo órdenes desde lo alto.

La Villa se extendía a lo ancho, con centenares de viviendas adosadas y pequeños dúplex construidos en calles en curva y calles sin salida. Era un proyecto antiguo y de bajo presupuesto que se había edificado al principio de la

Gran Sociedad de Lyndon Johnson, un gueto autónomo incluido en el gueto de la zona este de Oakland y cuyas casas habían comenzado a desmoronarse ya desde el día en que empezaron a construirse.

Estaba saliendo una luna gigantesca que empequeñecía La Villa. Recortados contra ella, los tejados destrozados por la intemperie y las marquesinas de los garajes parecían casi de paja, lo cual le recordó a Hanson a las aldeas de Vietnam.

Conducía con lentitud sin saber lo que estaba buscando. Maniobraba por entre los coches aparcados y otros desmontados y desguazados que había a ambos lados de las estrechas calles. La Villa parecía abandonada, tan solo se veían unas cuantas luces encendidas. Todos los números de las puertas hacía mucho que se habían arrancado, y no quedaba ningún nombre de calle en pie, si es que los hubo en algún momento. La hierba estaba seca, y los patios, desnudos, y olía a basura quemada, de la que todavía se elevaban columnas de humo que oscurecían la cara de la luna.

Hanson se dijo que, aunque tuvieran alguna pista, a oscuras resultaría imposible atrapar a una persona que estuviera huyendo. Al otro lado de todas esas vallas de alambre aquel complejo seguramente era un laberinto de zanjas, setos, electrodomésticos y muebles tirados a la basura, cuerdas de tender la ropa, alambres dispuestos como trampas a baja altura, ocultos entre las malas hierbas, espacios donde esconderse debajo de los cimientos, las alcantarillas y los apartamentos abandonados en cuyas paredes se habían practicado butrones para entrar a otras casas.

Encontró un sitio en el que poder aparcar el coche en batería para no dejarlo en mitad de la calle. Se subió parcialmente a la acera y comunicó a la centralita que se encontraba allí.

—¿Algún denunciante ha facilitado un nombre o una dirección? —preguntó.

—*Negativo, Cinco Tac 51.*

—¿Y qué es lo que quieren que haga, ya que estoy aquí?

—*Un momento.*

Hanson oyó de forma amortiguada una conversación que estaba teniendo lugar en la sala de la centralita, urgente y cortante, casi una discusión. Después, la persona de la centralita volvió a dirigirse a él y le habló como si estuviera leyendo sus instrucciones palabra por palabra:

—*Inspeccionar la zona en busca de algún altercado y hacer patente la presencia policial.*

—Bien —respondió Hanson casi riendo—. Ya informaré. Hola, luna —dijo—. Luna, luna, luna —canturreó.

Se apeó del coche y al mismo tiempo se enfundó el guante táctico izquierdo y

flexionó los dedos. El guante derecho se lo guardó detrás de la gruesa hebilla de latón del cinturón del arma. Por último, cogió la porra larga del reposabrazos del conductor y cerró la portezuela con el pie. Si el coche patrulla acababa siniestro total, él estaría haciendo papeleo hasta mucho después de que amaneciera, pero no iba a quedarse conduciendo por aquel lugar, como un gilipollas, esperando a que sucediese algo. Prefería continuar a pie y hacer que algo sucediese.

Había estado en sitios peores por la noche. La oscuridad es tu amiga. Echó a andar por la acera combada y agrietada, con la sensación de que lo seguían unas sombras, como los niños de las aldeas del Viet Cong, haciendo su trabajo.

De improviso apareció por la esquina un chaval en una bicicleta de ruedas muy grandes, inclinado para hacer el giro. Le dio un susto a Hanson y también se asustó él, y, como ya era demasiado tarde para pararse o dar media vuelta, hizo una pirueta: levantó el manillar y giró sobre la rueda trasera, y luego, sin apartar los ojos de Hanson, retrocedió y volvió a repetirlo, como un bailarín.

—Hala —exclamó Hanson sorprendido pero casi riendo—. ¿Cómo va eso, amigo? ¿Qué hay? ¿Has visto algún problema que la policía pueda resolver?

—Tú eres el problema —replicó el chico, que acto seguido dejó caer la rueda delantera y desapareció por donde había venido.

Hanson reanudó el paseo y fue adentrándose en La Villa. Una vez allí, escogió una casa al azar. No había luz en las ventanas, la puerta estaba reforzada con una chapa metálica y no tenía picaporte ni tirador. Con la luna a la espalda, Hanson veía su propia sombra agrandarse para acudir a su encuentro cuando subió la escalera de la entrada. Dio unos golpes en dicha sombra con la porra, escuchó y golpeó otra vez. Entonces oyó que retiraban el pestillo y se apartó a un lado, con la mano en la pistola. La cadena de seguridad impidió que la puerta se abriera del todo.

—Buenas noches —dijo Hanson.

La cadena chirrió, la puerta se abrió un poco más y la luna iluminó el interior y al enano que había acudido a abrir. Este echó la cabeza hacia atrás para mirar a Hanson con unas gafas de cristales gruesos y sucios, un ojo más grande que el otro. Achaparrado y de piernas cortas, sonreía igual que un duendecillo primitivo y de dientes podridos. Hanson lo reconoció. Era el mismo que lo había estado observando en el estacionamiento de la tienda de licores Black & White. Llevaba dos relojes de pulsera que le asomaban por la manga derecha de la camisa.

—Yaw raw —dijo al tiempo que se daba un tirón a los pantalones—. Purloin. —Hizo una leve reverencia, se hizo a un lado y señaló la casa con la mano, como haría un cortesano.

Cuando Hanson entró, se oyó gritar a alguien desde la segunda planta:

—¿Se puede saber qué coño estás haciendo, Robert?

—Nawp.

—Nada mis cojones. Cierra la puta puerta.

El enano dio un saltito de un pie al otro, frotándose las manos y riendo en silencio para sí.

—Kepler —le susurró a Hanson—, renoun.

—Joder, Robert.

El enano se llevó un dedo a los labios, alargó la mano por detrás de Hanson y cerró la puerta.

—¡Joder! —exclamó la voz del piso de arriba, hablando a otra persona pero lo bastante alto para que el enano lo oyera—. Debería haber ahogado a ese mamón con una almohada cuando era pequeño.

El enano le hizo una seña a Hanson para que lo siguiese, se puso de puntillas y, tras dar otro tirón al pantalón, lo condujo al otro lado de una cortina, donde se abría una habitación iluminada por una bombilla de color azul que colgaba de un aplique del techo.

—Repart —dijo—, Roger roo.

Las paredes eran de hormigón visto y todavía mostraban las marcas del encofrado de madera de hacía veinte años, bucles y espirales que semejaban gigantescas huellas dactilares. El suelo, también de hormigón, estaba atestado de restos de comida rápida, periódicos viejos, cómics y heces humanas. Había un machete de un metro de largo colgado de un clavo en la pared, encima de un colchón sin sábanas. El olor que había notado Hanson al entrar por la puerta aquí era más fuerte, y no se parecía a nada que hubiera olido jamás.

—Sí. Roo —dijo el enano, que gesticuló con grandes ademanes para decir con claridad—: Todo mío.

Después se volvió y atravesó otra cortina, que daba a una cocina iluminada igual que una estación de autobuses, con bombillas de cien vatios, la cocina *gourmet* del infierno. El hedor le provocó a Hanson un escozor en los ojos; era una mezcla de productos químicos, lejía, vómito, comida en estado de putrefacción y algo tan acre que se le metió por la nariz y le llegó hasta la garganta. Había bolsitas de plástico herméticas desperdigadas como polillas moribundas por las encimeras y por el suelo.

El enano tomó a Hanson de la mano, lo llevó hasta el frigorífico y lo abrió, bailoteando de un pie al otro y retorciéndose las manos como si estuviera enjabonándolas. Las baldas de la nevera estaban atestadas de sartenes baratas, todas ellas con una costra de dos centímetros de algo que parecía caramelo sucio. En realidad era *crack*, la droga nueva procedente de la costa este.

El enano rio, giró en redondo, cerró el frigorífico, imitó el gesto de estar

fumando una pipa con profundas caladas y después echó los hombros atrás y de repente compuso una teatral mueca de estupor. Levantó una mano y se frotó el índice y el pulgar en el gesto que significaba «dinero».

—Mop, mop, mop —dijo lanzando a Hanson una mirada pícara. Luego, con una risa jadeante, bajó la mano y miró fijamente los dos relojes que llevaba en la muñeca—. Bog. Ron —dijo, y Hanson oyó y sintió que bajaba gente del piso de arriba—. Bogron. Twap —repitió al tiempo que ladeaba la cabeza para mirar a Hanson y sonreía de oreja a oreja.

—Twap, bog —dijo Hanson—, retort.

El enano le agarró la mano y se la estrechó enérgicamente al tiempo que afirmaba con la cabeza y abría la puerta.

—Rap, rap, retort —dijo.

Acto seguido descorrió el cerrojo de la puerta mosquitera sin mosquitera y empujó a Hanson afuera.

La puerta se cerró tras él y, después de la fuerte iluminación de la cocina, Hanson esperó unos instantes en la escalera de hormigón sin ver nada bajo el resplandor de la luna. Saltó a la acera, se enredó el tobillo en una maraña de alambres y plásticos y se quedó pegado a la casa, escuchando, hasta que recuperó la visión. Creía saber dónde estaba en relación con dónde podía estar el coche patrulla. Imaginó el coche destrozado, las ventanillas rotas, los neumáticos pinchados, todo en llamas... No tenía ni idea de dónde estaba. La luna llenaba el cielo y tan solo se veían filas y filas de puertas negras y escaleras de hormigón que resplandecían bajo su brillo.

Cuando se apartó de la casa, empezaron a ladrar unos perros. Naturalmente, se dijo, debían de estar esperando su turno. Salió a campo abierto, pasó por delante de unos columpios inclinados y torcidos —las ruinas de un parque infantil de la Gran Sociedad— pensando que había cruzado la frontera de otro país tan ilógico y peligroso que todas las decisiones eran erróneas. El tiempo se ralentizó. Hanson controló su adrenalina igual que un gotero intravenoso, tomando únicamente la que necesitara pero no más, y empezó a sentirse bien.

Cuando los tres perros surgieron de las tinieblas y se abalanzaron hacia él, levantó una mano y ellos se detuvieron; al principio rugieron, con el cuerpo en tensión, pero después se calmaron y se aproximaron a él, aunque sin bajar la guardia.

—Buenas noches, chicos o chicas —les dijo Hanson. Cuando vio que se les ablandaban los ojos y que venían hacia él agitando la cola como locos, empezó a acariciarlos con las dos manos—. Gracias por venir. —Los perros le lamieron las manos y le ofrecieron su sonrisa canina, como si Hanson fuera un viejo amigo que hubiera resucitado de entre los muertos. Eran perros nocturnos,

supervivientes urbanos del tamaño de un coyote, perros del gueto—. He perdido mi coche patrulla. Yo estoy perdido, con la placa y el uniforme del opresor puestos. Hasta el cuello de mierda. Me he metido de lleno en la boca del lobo — les dijo.

De repente surgió Tyree de la oscuridad y los perros huyeron.

—A su coche no le ha ocurrido nada, lo están cuidando. A Fe le gustaría charlar con usted, si tiene un momento.

—¿Fe?

—Felix el Gato.

Hanson hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Ya sabe —dijo Tyree sonriendo—, el tío Felix, el dueño del Rolls.

—¿Por qué quiere charlar conmigo?

—Está preocupado por usted, andando por aquí como si nada.

—Bueno —respondió Hanson—, me alegra saber que mi coche patrulla no se ha incendiado. Pero es que siempre me espero lo peor, ¿sabes? Venga, pues, cuando quieras.

Tuvo la impresión de que Tyree lo conducía al corazón de La Villa, y se dijo que si aquello era una especie de emboscada, la primera persona a la que dispararía sería a Tyree. Y eso que le caía bien. A continuación mataría a todos los que pudiera antes de que lo mataran a él. Una lástima.

Se introdujeron por un espacio que había en la hilera de casas y de pronto apareció allí el coche patrulla, al lado del Rolls. Felix estaba solo. Hacía tres meses que había hablado con él, desde la noche en que le dio la paliza a Lemon.

—Agente Hanson —dijo—, este sí que es un barrio peligroso. Aquí me crie yo, de modo que lo sé bien. No debería usted andar por aquí, de noche y solo.

—Me ha enviado la centralita.

—Eso nos han dicho, pero ¿para qué lo han enviado? Aquí nunca viene la policía a no ser que traiga un ejército entero, y yo siempre sé por adelantado cuándo tienen previsto llegar. De ese modo todo es más simple, pero interesante.

—Gracias por cuidar de mi coche patrulla.

—Tengo entendido que no cae usted muy bien en el Departamento. ¿Diría que es cierto?

Hanson afirmó con la cabeza.

—Me faltan seis meses y tres días para obtener el certificado POST, y después me largo.

—¿Y adónde tiene pensado irse?

—Estoy buscando un departamento más pequeño, que tenga una perspectiva distinta de cómo se debe aplicar la ley.

—Si es que vive lo suficiente para ello. Desde que usted y yo nos conocimos,

el Departamento no ha hecho más que enviarlo en solitario a resolver situaciones sumamente peligrosas. Yo diría que en el Departamento hay alguien que abriga la esperanza de que lo asesinen.

—A mí no pueden asesinarme.

Felix sonrió; no es que le hiciera gracia, era más bien una especie de afecto.

—¿Quién sabe? Yo soy más pesimista acerca de mi propia mortalidad, pero tengo la misma certeza. Lo que me preocupa es la sensación de que el que le ha enviado aquí esta noche espera que acabe muerto para luego echarme la culpa a mí. Acabo de montar una pequeña empresa artesanal. Estoy creando empleo, como dicen, en mi antiguo barrio. Esto se lo digo de forma confidencial. Espero poder contar con su discreción, porque sé que ha estado en casa de uno de mis empleados.

—¿Dónde está Levon?

—Echando un sueñecito. Esta tarde he ido a recogerlo al aeropuerto, él odia los aviones. Últimamente habla de que quiere jubilarse, y ha estado mirando propiedades, lejos de aquí. Pero, mire una cosa, creo que usted debería trabajar para mí. Ya no me fío de la gente que tengo dentro de la Policía de Oakland, y todavía estoy pagando mucho dinero. Confieso que le he investigado antes de que viniera, y creo que podríamos...

—En cuanto empezase a trabajar para usted dejaría de fiarse de mí. Porque, a pesar de lo poco que me gusta el Departamento, si trabajara para ambos no sería una persona fiable. No podría hacer tal cosa, y además me descubrirían enseguida. No se me da nada bien mentir. Sería igual que llevar encima un cartel que dijese: «Culpable, culpable». He hecho una tontería bajándome del coche patrulla. De nuevo, le doy las gracias por haber cuidado de él. Ahora debería volver al trabajo, aprovechando que nadie ha sufrido ningún daño. ¿Le parece justo?

—Desde luego.

—Gracias, Tyree, por haber dado conmigo —dijo Hanson—. Buenas noches. —Llegó al coche patrulla, lo arrancó y pulsó un botón en su radiotransmisor.

—Cinco Tac 51 será 908. Problema resuelto.

—*Recibido... 908...*

En la Ciudad de la Justicia, el teniente que estaba a sueldo de Felix se encontraba de pie en su despacho, situado en la séptima planta, mirando por la ventana y escuchando la voz de Hanson en su propio buscador.

* * *

Hanson está durmiendo.

Se encuentra de nuevo en La Villa, solo que esta vez es invisible, transparente como el aire, y camina a solas por las calles desiertas. No sabe por qué está aquí ni quién lo ha hecho venir, pero se imagina lo peor. Con los sentidos aguzados para captar amenazas, va avanzando en silencio de una sombra a otra. Así es la vida cuando está durmiendo, otro trabajo a jornada completa. Siempre está trabajando.

El agua gorgotea en las corroídas cañerías que pasan por detrás de la pared, junto a su cama. Pasillo adelante, en la cocina, el frigorífico emite un chasquido al conectarse, se estremece y empieza a zumbar, calentándose, en un esfuerzo por crear vacío con un compresor agrietado.

En el otro extremo de la ciudad, en el parque regional, Felix Maxwell y tres de sus hombres están sacando unos cadáveres de la parte de atrás de una camioneta que carece de ventanillas. Los han envuelto en bolsas de basura negras y cinta adhesiva, inertes y pesados, y cuesta trabajo transportarlos. El *rigor mortis* ya ha desaparecido y los cuerpos están empezando a hincharse. Los hombres de Felix los colocan en fila en lo alto del repecho y, de uno en uno, intentan empujarlos cuesta abajo como si fueran troncos, pero rebotan y tropiezan con la vegetación, se ponen verticales, salen disparados entre los árboles allí donde la ladera se interrumpe, rompen ramas, desgarran las bolsas y al final se quedan encajados con algo y dejan de rodar, y todo vuelve a quedar en silencio. Estos hombres no ven la aurora verde y azul que aparece en la bahía meciéndose sobre la oscuridad del agua hasta que el potente viento solar, en su trayectoria hacia la Bahía Norte, la deshace.

Acaban de lanzar el cuarto cadáver por el repecho cuando de pronto, allá a lo lejos, en las llanuras de la zona este de Oakland, el sombrío rompecabezas de luces y sombras se torna negro y desaparece tras el horizonte. Y el centro de la ciudad se queda a oscuras; las vallas publicitarias y los letreros de los moteles se vuelven negros. La oscuridad, como una marea, se acerca rápidamente desde el este de Oakland, atraviesa la autopista y apaga todas las luces de las colinas.

El barrio chino

Hanson tomó el paso inferior de la 580 —había una pintada nueva hecha en color azul turquesa directamente sobre el hormigón: OAKLAND ES SUDÁFRICA— y torció en dirección a la autopista. Se disponía a iniciar el turno de aquella noche e iba cantando a pleno pulmón la canción:

*Gotta bop down the road,
got a heavy load, bop, bop,
pushing my truck.*

Por las ventanillas entraba el fresco aire que precede al amanecer mientras aceleraba para empujar aquel viejo coche patrulla hasta los ciento diez por hora y luego los ciento veinte, hasta que empezó a vibrar.

*Gonna bop my baby,
and I don't mean maybe
bop, bop, I'm down on my luck...*

—3L21, ¿cuál es su nueve-cero-seis? 3L21...

Era la tercera vez en media hora que la centralita llamaba a 3L21. Lo más probable era que estuviese dormido en el garaje de alguien. O muerto. Lanzó una carcajada.

*Bopping with my baby out in LA.
She lives just off the freeway, gonna find her today.*

Tenía la cara quemada por el sol y acartonada por el sudor y la arenilla del viento que por fin dejó de soplar a eso de las dos de la madrugada. El coche patrulla empezó a derrapar hacia la derecha, de modo que aminoró la velocidad.

*Bee bop a lu bop,
I'm down on my luck...*

Cambió al canal 1 justo en el momento en que 3L11 comunicaba que estaba en el barrio chino y solicitaba otro coche de apoyo y un supervisor.

—3L11, todavía estoy intentando localizar a un supervisor. Le asignaré otro coche en cuanto aparezca uno disponible. ¿Desea declarar una emergencia de código 33?

—Negativo en este momento.

*I say bee bop a lu bop,
yeah, yeah, yeah...*

Allá delante se acercaba a toda prisa la salida que llevaba al barrio chino, la última que había antes de Grove Street y la Ciudad de la Justicia.

—¿Hay algún coche de apoyo para 3L11, para un tiroteo? ¿3L21?

*Beeping and a bopping,
down on my luck...*

Hanson, sin dejar de cantar, tomó la salida movido por un impulso y sin comunicárselo a la centralita. Sentía curiosidad por averiguar qué era lo que tenía 3L11, pero sabía que seguramente era una equivocación.

Había dos coches patrulla aparcados en batería una manzana antes de llegar a la dirección indicada. Encendió y apagó las luces del techo para que supieran que estaba allí y no le disparasen cuando se aproximara a ellos, y después continuó hasta la esquina. Se detuvo junto a la acera, se apeó del coche y cerró la puerta sin hacer ruido.

El barrio chino a las cuatro de la madrugada. El viento cálido había dejado de soplar, no quedaba ni siquiera una leve brisa, notaba la acera caliente bajo la doble suela de sus botas militares con puntera de acero. Fue avanzando sin hacer ruido —punta-tacón, punta-tacón— con la vista fija calle adelante, en las puertas y las ventanas que había a un lado y a otro y en la calle que iba dejando atrás, reflejadas en los escaparates protegidos con barrotes y en los parabrisas traseros de los coches aparcados.

Pasó junto a una cabina telefónica; el cable blindado, que no estaba unido a ningún auricular, colgaba de la caja de monedas que había sido forzada con una palanqueta. En el vidrio reforzado con una malla metálica alguien había dibujado con rotulador el símbolo cristiano del pez y debajo había escrito JESÚS TE AMA en letras mayúsculas. En las últimas semanas Hanson había visto aquella pintada por todo Oakland, del mismo tamaño, idéntica, escrita por una sola persona. Imaginó que el autor sería una chica negra de catorce años, con algo de

sobrepeso, que tenía el convencimiento de que si hacía suficientes pintadas como aquella conseguiría que Oakland fuese un lugar mejor. Pero, claro, también podría ser un psicópata armado con una hacha al que le hubiera dado por la religión la última vez que estuvo en Chirona y que anduviera buscando gente a la que matar en nombre de Jesús cuando no estaba dibujando peces.

Dobló la esquina y se topó con el dulzón olor a podrido del contenedor de basura de un restaurante mientras oía las interferencias de las radios de la policía, sin aflojar el paso, y se puso de puntillas para echar un vistazo dentro del contenedor. A veces había vagabundos durmiendo, tumbados en trozos de cartón. Y también se morían allí, y se los encontraban los compañeros del turno de día.

*Baby, baby, baby,
and I don't mean maybe,
bop, bop, a lu bop...*

Ya había rebasado el horario marcado por la Policía de Oakland; estaba trabajando por su cuenta tras haber pasado doce horas y media atendiendo avisos por toda la zona este, lidiando con gente enfadada, asustada o loca que siempre tenía cerca una pistola o un cuchillo. Había noches que, hablando con ellos, veía sus pensamientos flotando por encima de sus cabezas como si fueran bocadillos de tiras cómicas. Aquella mañana, la del día anterior, se había tomado un batido de proteínas y una chocolatina, pero ahora no tenía hambre, estaba tenso y funcionaba impulsado por la adrenalina. No necesitaba comer. No necesitaba dormir. Se sentía con fuerza y radiante.

Vio a dos compañeros del turno de noche en cuclillas detrás de un coche patrulla, con las pistolas apoyadas en el techo del automóvil, apuntando hacia el edificio de enfrente, hacia una ventana destrozada de un segundo piso. Hanson no los había visto nunca. Los dos llevaban puesta la gorra y la placa dorada que relucía en ella era como una guía que servía para hacer puntería en el centro de la frente, pero por nada del mundo iban a consentir que los pillaran con la gorra quitada si de pronto aparecía un sargento.

—Hola, agentes, qué hay —dijo—. Esto parece un episodio de una serie de polis. Ya sabéis: la realidad imita la ficción.

—Agáchate —le instó uno de los compañeros sin dejar de apuntar a la ventana con su revólver.

—Ponte a cubierto antes de que te peguen un tiro en el culo —le aconsejó el otro.

Hanson escupió el chicle.

—Ese es un delito grave. ¿Ese tío ha disparado hacia aquí?

Ambos continuaron mirando fijamente la ventana, destrozada e iluminada por los focos.

—¿Le ha dado a alguien?

—Aún no.

—Ha disparado unas cuantas veces desde esa ventana, y también desde la puerta.

—*Chinatown, mi Chinatown, cuando baja la luz...* —canturreó Hanson; calló un instante y se inventó el verso siguiente—: *Chinos de pies menudos, quién sabe adónde van...* ¿El tirador es chino?

—Es blanco.

De pronto se oyó un estrépito de cristales rotos en la calle. Hanson, todavía con el arma enfundada, fue a ver qué era, sin perder la ventana de vista pero manteniendo la cabeza en la misma postura para dar la impresión de que no le interesaba en absoluto. Se acuclilló y alumbró el asfalto de cerca con su linterna. Entre los fragmentos de cristal había trocitos de plomo del tamaño de granos de pimienta. Apagó la linterna, recogió uno y regresó con él entre los dedos y canturreando en voz baja:

*You gotta bop and keep bopping,
do it till your luck turns around,
just don't ever stop when you're riding the bop.*

Se metió el perdigón en la boca y le dio vueltas con la lengua, adelante y atrás, contra los dientes inferiores. Aquello le recordó a una chica que conoció en Montana cuando estaba en la escuela de posgrado. Era camarera de la tienda de licores de Eastgate y llevaba un *piercing* en la lengua. Era el primero que veía en su vida. La chica se acercó a su mesa, agarró el largo cuello del botellín de Coors como si fuera un pene y lo acercó a la luz para ver si ya tenía que traerle otro.

—¿Para qué llevas eso en la lengua? —le preguntó él.

La camarera se limitó a sonreír. Se lamió el labio superior con aquella lengua sonrosada y atravesada por el *piercing* y le preguntó si quería otra cerveza.

—Sí, por favor —respondió Hanson—, esta vez con un chorrito de whisky.

Antes de que finalizara aquella noche ya había descubierto para qué servía el *piercing*. Ahora le vino a la memoria que la chica lo hacía chirriar contra los dientes cuando se enfadaba.

Se guardó el perdigón bajo el labio inferior, regresó al coche, se apoyó contra el capó y observó a los dos compañeros.

—¿Tenéis algún plan?

—Llevamos media hora esperando a que manden un supervisor.

Hanson se sacó el perdigón de la boca y lanzó una carcajada.

—A la mierda con ese tío —dijo—. Parecemos gilipollas. —Acto seguido, introdujo la mano por la ventanilla del coche para encender las luces estroboscópicas—. En fin —canturreó—, *don't ever stop when you're riding the bop*.

A continuación abrió la funda de la pistola y echó a andar hacia la acera de enfrente. Llevaba el arma pegada a la pierna, casi invisible bajo las luces estroboscópicas azules y rojas que desdibujaban su perfil, dando la impresión de que era aquel doble juego de luces el que lo transportaba, como si fuese un viento de colores.

La puerta que daba a la estrecha escalera del segundo piso estaba entreabierta, astillada por los disparos. La luz del rellano aún permanecía encendida, aunque el revestimiento de las dos paredes estaba acribillado y desconchado por perdigonazos, quemaduras de pólvora y lubricante negro. Flotaba en el aire el polvillo del revestimiento y el penetrante olor del humo de arma de fuego. El polvillo blanco se le fue depositando en el pantalón y la camisa y se revolvía de nuevo a cada paso que daba. Hanson empuñaba la pistola con ambas manos, cargada con las balas ilegales de punta hueca del calibre 357 que llevaban todos los policías, apuntando a la puerta cerrada que había al final de la escalera. Dicha puerta se abría hacia dentro, así que en el tiempo que tardase aquel capullo en abrirla y levantar su escopeta él le volaría la tapa de los sesos.

El rellano era estrecho, con lo cual iba a resultar incómodo dar una patada en la puerta. Acercó el cuerpo con el brazo izquierdo extendido, probó el picaporte —no estaba echada la llave—, empujó la hoja de la puerta y apuntó con la pistola hacia la cama doble que llenaba la mitad de la habitación. Era una sola habitación, con un lavabo en el rincón y el váter en el pasillo. Olía a sudor, a marihuana y a orina de varias décadas. Bajo la luz dispersa de los focos, parecía un espacio bidimensional.

Sobre el colchón, sucio y sin sábanas, yacían tres personas. El capullo estaba al fondo, inconsciente, al lado de una escopeta Remington 870 neumática como la que llevaba la policía, como si, aun estando inconsciente, la llevara al hombro. Era un tipo corpulento, tirando a gordo, vestido con un calzoncillo rosa lleno de corazones rojos. Quien estaba más cerca de la puerta, en actitud rígida, con las piernas juntas y los brazos a los costados, era una mujer blanca y guapa, de treinta y tantos, y en el medio había una niña que no tendría más de doce años, muy delgada. Las dos estaban desnudas y miraban fijamente a Hanson.

Hanson rodeó la cama, apuntó su arma a la frente del varón y estableció

contacto visual con las dos mujeres al tiempo que les ordenaba con voz ronca:

—Largo. —Señaló la puerta con la cabeza—. Fuera.

Ahora mantenía la mirada fija en el cañón de la pistola, que sostenía a escasos centímetros del ojo izquierdo del varón.

La mujer cogió algo de ropa de un sucio montón que había en el suelo y tiró de la niña para sacarla de la cama. La pared de atrás, iluminada por el reflejo de los focos del techo, estaba abarrotada de fotos Polaroid, algunas nuevas y brillantes y otras viejas y combadas, con la fina capa de emulsión en blanco y negro, la foto en sí, agrietada y despegada de la cartulina. Hanson se fijó en ellas mientras la mujer y la niña salían por la puerta y bajaban la escalera a toda prisa. Fotos pésimas del capullo en diversas posturas sexuales con la madre, con la hija o con ambas, y algunas de madre e hija haciendo juegos sexuales con la lengua o con el dedo y con un consolador con detalles realistas como el hecho de estar surcado de venas, pero de tamaño excesivo y de color morado.

El capullo era un hombre blanco, igual que la mujer y la niña. Un hombre blanco. Se acabó. Iba a ser un tiroteo justo. Hanson diría simplemente que el capullo levantó la escopeta y que él tuvo que dispararle en legítima defensa. Apartó la escopeta de la regordeta mano del capullo y le puso el seguro.

Los destellos azules y rojos que se filtraban por las rendijas de las persianas ya eran más rápidos y más numerosos, y se empezaron a oír más portezuelas que se cerraban. Cuando oyó el ruido de pisadas de botas que subían por la escalera, gritó:

—¡Agente de policía! ¡Agente de policía! ¡Código cuatro! ¡El sospechoso está bajo custodia!

Ojalá llevara puesta su estúpida gorra de conductor de autobús con placa, para que los polis no le disparasen.

—¡Agente de policía! —repitió al tiempo que apoyaba la escopeta contra el mugriento lavabo y se plantaba en el centro de la habitación, sin quitar ojo al capullo y sujetando la pistola a un costado.

Entraron dos policías, uno armado con una escopeta y el otro con la pistola desenfundada. Establecieron contacto visual con Hanson, el cual retrocedió otro poco más para permitirles que rodeasen precipitadamente la cama. Levantaron al capullo de un tirón agarrándolo por los brazos y por el pelo, con violencia. Lo estamparon de cara contra la pared y le dieron de puñetazos en los riñones hasta que le dejaron el cuerpo lleno de manchas rojas, y después lo cogieron y lo arrojaron al suelo.

Lo llamaron hijo de puta, lo esposaron, lo levantaron de nuevo y lo apalearon otro poco más.

Hanson entregó la escopeta al siguiente policía que entró por la puerta, el

cual, sorprendido, la cogió y le dijo: «Buen trabajo». Hecho esto, salió de allí y bajó la escalera en busca de un sitio en el que no olierá tan mal; luego cruzó la calle por delante de tres coches patrulla vacíos que barrían silenciosamente la calle y los escaparates de las tiendas con sus luces estroboscópicas, fue más allá del contenedor de basura y se perdió de vista.

Recorrió al volante las tres manzanas que había hasta el aparcamiento de Transporte de la Ciudad de la Justicia comunicando con la centralita.

—Cinco Tac 51 está 908.

—*Recibido, Cinco Tac 51. 908.*

El vestuario se hallaba vacío, pues era el cambio de turno, y sus botas hicieron eco cuando se dirigió a una taquilla de la pared pintada de un rosa chicle delante de la cual alguien había colocado unos zapatos de tacón alto de satén rosa. En la puerta de la taquilla había un letrero que decía: PARA EL PRIMER POLI MARICA DE OAKLAND. San Francisco contrataba maricas, pero Oakland no. O, al menos, a sabiendas.

Se dio una ducha, se puso unos vaqueros, unas zapatillas deportivas y una camiseta negra, y luego se echó sobre el hombro una bolsa, cerró la puerta de la taquilla, echó la llave y recorrió a pie las tres manzanas desiertas hasta donde había dejado su Travelall. Se subió al coche, cerró la portezuela y metió la mano bajo el asiento buscando la botellita de vodka Popov.

Se la bebió de cuatro tragos. El vodka explotó en su estómago mientras contemplaba la inmensa extensión de hormigón que ascendía en espiral hasta la autopista que discurría por encima y que ya iba abarrotada de tráfico. Relajó los ojos, y también los hombros, y se hundió en el asiento escuchando el ruido sordo de los turismos y los camiones que pasaban por encima de las vigas metálicas de la autopista.

Si tenía suerte, nadie mencionaría su nombre en el papeleo. No había estado allí. El Departamento no querría pagar las horas extras y los otros polis querrían atribuirse el mérito y podrían poner en el informe que habían procedido según las normas, siguiendo el procedimiento correcto y poniendo al sospechoso bajo custodia de manera muy profesional. Un excelente arresto por delito grave y media docena de agentes que podrían sumarlo a su cuota mensual de arrestos. Como de costumbre, este mes él iba por detrás, pero ya detendría a unos cuantos yonquis llenos de pinchazos antes de que acabara el período. Y siempre podía convencer a un ciudadano de que le arrease un puñetazo. En ningún momento tenía que decir nada que no pudiera repetir ante un juez. Lo importante era lo que decías con los ojos mientras le sonreías, mientras invadías su espacio personal. Le sería fácil escoger a un tipo que tuviera ganas de pegarle e insultarlo para que lo hiciera. Vería venir el puño con tiempo de sobra para

esquivarlo, meterle la zancadilla de una patada, ponerle una rodilla en el cuello, esposarlo y detenerlo. Suponía más trabajo y más riesgo que una detención 11550 por narcóticos, pero agredir a un agente de policía era un delito grave, y después él se sentía mejor que cuando detenía a un yonqui con pinchazos en los brazos. Un poco mejor una vez que desaparecía la emoción de la lucha.

La mayoría de las personas a las que convencía para que intentaran pegarle un puñetazo eran borrachos o simplemente idiotas, pero era una lástima. Detener a la gente por ser adicta a las drogas o por insultar y provocar a alguien para que te arree un puñetazo formaba parte de las tareas necesarias para cumplir con las estadísticas. Y Hanson sabía, por supuesto, que él podía haber sido aquel capullo tendido en la cama con la escopeta, y que el capullo podía haber sido él vestido con un uniforme de policía, y que no habría habido diferencia entre lo uno y lo otro.

Tomó Grand Avenue, giró hacia Lakeshore, aparcó el Travelall y se apeó. El lago Merritt se veía plateado y de un azul grisáceo a la luz del amanecer.

Un carruaje tirado por un caballo apareció por la calle produciendo un suave eco con los cascos que rozaban contra el asfalto. Era *Champán*, la yegua blanca adornada con orejeras y arreos negros con tachuelas de latón, que se acercaba sin prisas. Mickey, impecable con su esmoquin y su sombrero de copa, hizo un alto junto al Travelall y aflojó las riendas.

—Hola, pequeña —le dijo Hanson a la yegua al tiempo que relajaba los hombros y los brazos. Los acúfenos de sus oídos se atenuaron, como si estuvieran más lejos—. Qué hay. Tengo una cosa para ti. En mi coche. Llevo ya dos días con ello.

Introdujo el brazo por la ventanilla del Travelall y extrajo una bolsita de plástico. Contenía una docena de terrones de azúcar que había recogido aquella misma semana en la hamburguesería.

—Mickey, ¿le parece bien que le dé esto?

—Me parece perfecto —respondió Mickey desde el elevado asiento del carruaje.

Hanson se fue poniendo los terrones de azúcar en la palma de la mano, de uno en uno, y se los fue dando a la yegua.

—¿Qué, agente Hanson, haciendo horas extras?

—Justo cuando me iba acudí a un aviso en el barrio chino por mi propia cuenta. Esperaba tropezarme con usted por aquí, de camino a casa. He conocido a una mujer en el este de Oakland y la he tratado un poco, podría decirse así. Es muy atractiva, y además es lista. Me gusta mucho y, en fin, nos atraemos mucho

el uno al otro. Por lo menos ella me atrae mucho a mí, y creo que a ella le ocurre lo mismo conmigo. Verá, le cuento esto porque confío en usted y no sé a quién pedir opinión a este respecto. Discúlpeme si...

—Siga hablando. Los dos tenemos interés. Además, yo también soy un enamorado del romance, agente.

—A veces tengo muchas ganas de verla. Y no sé si puedo, o por lo menos si quiero, seguir en este trabajo y en la vida en general estando solo. —Era la primera vez que Hanson le hablaba de Libya a alguien.

—¿Y qué problema hay entre ella y usted?

—Que ella es negra y yo soy un poli blanco, y parece una tontería tomar siquiera en cuenta esa posibilidad.

Mickey soltó una carcajada.

—Todo es una tontería. Con cualquiera. Una cosa es que le preocupe que lo despida ese departamento de policía para el que tanto le gusta trabajar, pero si no es así, ¿qué tiene que perder? Yo le recomendaría actuar de la forma más directa, así vería lo que es posible y lo que no. Tenga razón o no, esa es mi opinión en esta clase de asuntos. Tiene que estar preparado para asumir las consecuencias, pero eso no es necesario que se lo diga. Si yo fuera usted, y tuviera el trabajo que usted tiene, probaría suerte, sin duda alguna. Usted no es muy feliz, si me permite que se lo diga, y esa mujer podría hacerle mucho bien. o no. Pruebe a ver.

Hanson afirmó con la cabeza. Actuar de la forma más directa era la mejor manera de abordar cualquier problema.

—Yo también tengo una noticia —prosiguió Mickey—: Dentro de unos días vamos a mudarnos a Lone Pine. Nos jubilamos. Los dos. Estaremos allí para el Cuatro de Julio.

Hanson le dio otro terrón de azúcar a *Champán* mientras intentaba asimilar la noticia. Ya se había acostumbrado a ver a Mickey y a su yegua una o dos veces por semana de camino a casa, junto al lago. Se sentía menos loco conversando de la vida con un tipo decente que era un homosexual de San Francisco metido a cochero de carruaje.

—Vaya —contestó—. No me lo había comentado.

—Hace veinte años construí allí una cabaña y un establo, en un terreno que heredé de mi abuelo..., aprovechando que acababa de ganar un poco de dinero. —Se inclinó hacia Hanson—. Tuve suerte apostando por un caballo. Sin embargo, con lo que costaría en la actualidad, no podría permitirme construir nada. Tendría que vivir en una tienda de campaña. —Chasqueó la lengua en dirección a la yegua—. Y tú, *Champán*, tendrías que estar en un corral, nada de disponer de un establo calentito para cuando nieve.

—Voy a echarlos de menos, pero me alegro de que vayan a estar en un lugar agradable y seguro. —Hanson consiguió esbozar una sonrisa.

—Ah, pero el lago está maravilloso, ¿a que sí? Tal como dice ese poema de Yeats que a usted le gusta tanto, el que habla de la isla del lago de Innisfree. Le he hablado a mi hermano de usted. Le he dicho que sería un magnífico ayudante de *sheriff*. Se lo hemos dicho los dos, ¿verdad, *Champán*? Él le buscará un trabajo. No le haría falta ningún certificado POST, él puede contratar a quien quiera.

—Nunca he estado en Lone Pine, solo lo he visto en las películas —repuso Hanson—. Para mí es como un cuento de hadas.

—Yo tenía trece años, puede que catorce, cuando rodaron la película *El último refugio* en la carretera de Whitney Portal. Mi hermano consiguió un autógrafo de Humphrey Bogart —relató Mickey— y mi primer amor fue un técnico de iluminación del equipo de rodaje. —Nunca había hablado de Lone Pine; principalmente habían hablado de poesía, y él le había contado a Hanson anécdotas del mundillo de los homosexuales de San Francisco—. Lone Pine existe de verdad, es nuestro hogar, ¿verdad, pequeña? —dijo volviéndose hacia la yegua.

Sostenía las riendas flojas en la mano, pero de pronto las tensó, y tanto la yegua como él irguieron los hombros y adoptaron una postura perfecta, listos para partir. Pero antes le tendió la mano a Hanson.

—Ha sido un verdadero placer —dijo Hanson estrechándole la mano—. Les deseo buena suerte a los dos.

—El placer ha sido nuestro, agente Hanson. Venga a vernos alguna vez. Cuando quiera. Siempre será bien recibido.

—Quién sabe, es posible que vaya.

—Mientras tanto, tenga cuidado. Como le he comentado antes, esta ciudad no es para usted, si no le importa que se lo diga. *Champán* opina que aquí está desperdiciando sus talentos.

—Lone Pine. Puede ser. Iré a hacerle una visita —dijo Hanson, pero sabía que no iría jamás. O quizá sí, quién sabía—. *Champán* —se despidió de la yegua con otra caricia.

Luego dio un paso atrás, atento por si venía un coche.

Mickey chasqueó la lengua para arrear a la yegua, agitó las riendas y comenzó a avanzar, pero al poco se detuvo de nuevo para dirigirse a Hanson, que no se había movido del sitio.

—Recuerde que uno siempre puede actuar de la forma más directa, agente Hanson. ¿Por qué no?

Lone Pine se encontraba a medio camino entre el Valle de la Muerte y el

monte Whitney, el pico más alto de los estados continentales del país. Cuando por fin obtuviera el certificado POST, quizá fuera por allí a ver a Mickey y a *Champán*, y a presentarse al *sheriff*. Iba a echar mucho de menos a Mickey y a su yegua.

Se subió al Travelall, y ya había efectuado medio cambio de sentido prohibido cuando se detuvo en mitad de la calle. Por la otra orilla del lago iba Weegee a pie, empujando su bicicleta. Parecía Weegee. Sí, era Weegee, y lo acompañaba Libya.

Continuó por Grand hasta la otra orilla del lago y una vez allí paró junto a la acera, se apeó y echó una carrera hacia el sitio en que los había visto a los dos, un camino que discurría entre los árboles, o eso le había parecido. Pero no los encontró. No había sido más que otra alucinación.

Hanson está durmiendo.

En el otro extremo de Oakland, en la zona este, Weegee y Libya están comiendo tortitas después de haber vuelto del lago Merritt.

—Vamos a tener que echarnos una siesta, ya que hemos madrugado mucho —dijo Libya—, pero ha merecido la pena ver el lago al amanecer.

—Sí, señora —respondió Weegee terminándose la leche—. Antes de que saliera el sol, me sentía invisible.

—El lago —dijo ella yendo hacia el dormitorio— y ese precioso caballo blanco. Era como en un cuento de hadas. Todo muy silencioso.

—Últimamente no hemos oído ladrar a los perros de la vecina —comentó Weegee—. ¿Por qué estarán tan callados?

—Se han ido de aquí. Hicieron sus maletitas de perro, robaron un coche y se fueron a Texas —dijo Libya ahuecando la almohada y mirando el reloj. Weegee estaba tumbado a su lado con las manos detrás de la nuca, mirando el techo, pensando.

—¿Por qué querían irse a Texas?

—Tienen un primo en Dallas. Un perro malo de veras, que se llama Mancha Roja y roba bancos y tiendas de licores, vende droga, todo lo peor que te puedas imaginar. Los perros de la ley siempre andan persiguiéndolo, pero él es demasiado listo para una pandilla de perros de la ley medio chiflados. Los perros vecinos le escribieron una carta para decirle que querían ser pandilleros, y la madre de Mancha Roja, una pitbull que se llama Arlene, le dijo a su hijo que debía ayudarlos. Mancha Roja respondió: «Pero, mamá, ¿qué voy a hacer con esos chuchos malcriados, acostumbrados a vivir dentro de casa? Lo único que saben hacer es dar saltos en el sofá, cagarse en la alfombra y ladrar sin parar.

¿Cómo van a ser pandilleros?».

Weegee soltó una carcajada.

—Eso es lo que diría yo.

—Arlene es una pitbull muy dura, Weegee. Así que le dije: «Hijo, son nuestra familia, y eso es lo único que importa». «Pero pertenecen a la triste familia perruna de tío Ladrador, que está en Misisipi —replicó Mancha Roja—, y lo mejor que han sabido hacer ha sido robar un Chevy Monte Carlo de neumáticos elegantes hecho polvo.» «Mancha Roja —le contestó su madre—, estoy segura de que les buscarás algo.» Y ahí se acabó la conversación.

—¿Cómo se llaman esos perros, los que se han marchado a Texas?

—LeRon y JJ.

—¿Y qué va a hacer Mancha Roja con LeRon y con JJ? Están muy alterados todo el tiempo, y hacen tanto ruido que la policía los pillarán inmediatamente.

—No lo sé, pero va a tener que buscarles algún trabajo de pandilleros. Eso es todo cuanto sé yo por el momento, así que vamos a cerrar los ojos y a dormir un rato.

Weegee permaneció callado uno o dos minutos. Por su expresión, se notaba que tenía ganas de hablarle a Libya de algo serio. Weegee iba a todas partes y llevaba los ojos bien abiertos.

—¿Cómo es que nunca dices nada de Fe? —preguntó Weegee—. Lo conoce todo el mundo, en cambio tú ni siquiera pronuncias su nombre.

—¿Fe? ¿Hablas de Felix Maxwell?

—Sí.

—Lo conocí hace mucho tiempo —respondió Libya—, cuando los dos éramos muy jóvenes. En aquella época él era distinto.

—¿Ya no te cae bien?

—Es que antes era distinto, incluso en ocasiones era buena persona. Recuerdo que una vez me puse muy enferma, por culpa de las mismas sustancias que ahora vende él, y me ayudó a recuperarme. En cambio ahora es peligroso incluso tenerlo cerca. Si a ti te ocurriera algo por su culpa, se me partiría el corazón.

—Bah —replicó Weegee—, soy demasiado rápido para que me ocurra algo malo. Más rápido que una bala, eso es lo que dice Fe.

La mirada de Libya se endureció, pero un momento después se relajó de nuevo.

—Cielo, no debes acercarte a él.

—Lo veo todo el tiempo —le contó Weegee—, todo el tiempo. Es un héroe. Da dinero a la gente que vive en La Villa, y en Navidad da de cenar a todos los pobres. Todo el mundo lo vitorea cuando llega al volante de su precioso Rolls-Royce, dicen que es igual que Robin Hood, que era un pandillero de la

antigüedad. Toma dinero de los blancos ricos para dárselo a los negros pobres. Igualito que Robin Hood.

—Felix no es ningún Robin Hood. Es... bueno... actualmente es una mala persona —replicó Libya con más tisteza que enfado—. Actualmente vende sustancias nocivas a su propia gente. Coge el dinero y se lo queda para sí. Mata personas, Weegee.

—Eso es porque no le queda más remedio —repuso Weegee—, de lo contrario lo matarían a él. Es valiente y listo, y a mí siempre me trata bien, me habla como si fuera un adulto y me dice que cuando tenga unos años más me va a dar un empleo y tú ya no tendrás que preocuparte por el dinero porque seré yo quien cuide de ti.

—Oh, cielo —dijo Libya—, te quiero tanto que creo que me moriría si te pasara algo malo. Ven, dame un abrazo y vamos a dormir y a soñar con ese precioso caballo blanco, vamos a soñar que nos vamos a lomos de ese caballo hasta un sitio que esté muy lejos de Oakland, en el que todo sea muy bonito y nunca haya ningún peligro.

Ángeles y demonios

—Lo único... er... Lo que puedo hacer si... er... Si me cabreo con un... con algún capullo... Un puto capullo... Si me cabrea... er... lo único que puedo hacer es... atropellarlo con la silla de ruedas.

—Si vuelven a mandarme aquí, voy a tener que detenerlo a usted y a su silla de ruedas. Lo subiré en el coche y lo meteré en el calabozo. Por la mañana le soltarán, pero tendrá que pasar la noche encerrado con unos capullos. Allí no hay instalaciones especiales para los discapacitados. Cuando se haga de día, se encontrará sentado encima de su propia orina. Así que ¿por qué no se va a casa y así nos ahorramos molestias los dos? Odio el papeleo.

—Putos capullos —farfulló, rociándose de saliva el pecho hundido—. ¿Qué se supone que tengo que hacer si un capullo me está jodiendo?

—Es usted el que está jodiendo a la gente.

—¡Y una mierda! Si usted estuviera en esta puta silla de ruedas...

—*Cinco Tac 51, ¿puede acudir?*

—Un momento —respondió Hanson levantando una mano y sacándose la radio del cinturón—. ¿Qué tiene?

—*Un problema con unos moteros en la taberna Risco Solitario, en el número 5400 de Foothill. Queda fuera de su distrito, pero solo está disponible usted, y la camarera ya nos ha llamado tres veces.*

—Sí, puedo acudir.

—*Le aviso que será código seis.*

—Bien. Desde la 76 y Holley.

—Qué se supone que debo hacer yo, a ver, si lo único... lo único que puedo...

—¿Si lo único que puede hacer es atropellarlos con la silla de ruedas?

—Sí.

—Ahorre dinero y cómprese una pistola. Así, si alguien le jode, le pega un tiro.

—Pero... pero...

—Robe el dinero, si es necesario. Y si no, no entre en los bares. Pero procure que esta noche no tenga que volver yo por aquí.

—¿Una pistola, dice?

Hanson hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Sí, un revólver. Uno que pueda esconder en la silla de ruedas y que no se dispare accidentalmente. Ahora tengo que irme. No quiero volver aquí a detenerlo. Consiga dinero y cómprese un revólver, pero esta noche váyase a casa, ¿vale?

—Vale, agente, pero...

—Gracias —terminó Hanson—, muchas gracias. Váyase a dormir. El mundo está muy jodido —dijo al tiempo que rodeaba el coche patrulla y abría la portezuela del conductor—. Eso lo sabe usted mejor que yo.

El de la silla de ruedas tenía la cara pastosa, torcida e hinchada, como si le hubieran propinado una paliza y estuviera perdido en una nube. Hanson lo miró por encima del techo del coche patrulla.

—Pero no me dispare a mí —le dijo.

—No... no...

—Le he dado un buen consejo, ¿no le parece bien?

—Er... sí...

—De acuerdo. Pues buenas noches. Váyase a casa a dormir.

—Sí... Buenas... Vale.

Hanson se subió al coche patrulla, cerró la portezuela, dio media vuelta y tomó la Este 14 en dirección oeste. En el espejo retrovisor vio un destello cromado procedente de la silla de ruedas. Al frente, los faros del coche iban reflejándose en los escaparates de los comercios abandonados.

Un movimiento borroso.

En la siguiente esquina. Al otro lado de la calle, entre el túnel de lavado de coches y un escaparate incendiado. Hanson pisó el acelerador, saltó el bordillo de la acera, se apeó rápidamente y echó a correr, pero quienquiera que fuese ya había desaparecido. Se quedó recuperando la respiración junto a la tapia del túnel de lavado, en la que alguien había escrito SANTANA SE TIRÓ A IVONE EN EL TÚNEL DE LAVADO.

Avanzó unos metros por la calle y encontró dos automóviles aparcados con las ventanillas del pasajero destrozadas, las guanteras revueltas y la pletina de casetes arrancada en uno de ellos. Dejaría que los propietarios llamasen a la policía a la mañana siguiente, pero siguió las huellas recientes que había en la tierra; partían de los dos coches y llegaban hasta un bosquecillo de árboles y matorrales que se nutrían del agua residual del túnel de lavado. Al llegar allí se paró a escuchar, inspeccionó los árboles con su visión periférica y contempló las estrellas. Resbaló tres o cuatro metros cuesta abajo, se incorporó, agarró la rama de un árbol y la fue doblando hasta que en la otra mano le cayó una pistola.

Hacía más calor, la gente lavaba el coche con más frecuencia, los árboles estaban reverdeciendo, y aquel era un sitio muy popular en el que esconder armas.

Era una vieja Harrington & Richardson del calibre 38 y de tambor basculante que había estado colgando del protector del gatillo, un revólver de seis balas cargado con cuatro proyectiles desiguales. El cromado estaba mellado por el óxido; el cañón y los cilindros estaban llenos de suciedad y de grasa, y la empuñadura había sido sustituida por esparadrapo y cinta aislante negra. Una pistola que podía no disparar en absoluto, dispararse accidentalmente o explotarle a uno en la mano. Pero nunca estaba de más llevar encima una segunda arma que poder atribuir a un sospechoso.

Apagó las luces media manzana antes de llegar y se detuvo junto a la acera. Se apeó del coche patrulla y, en medio del silencio que reinaba, fue a pie hasta el Risco Solitario. Su estrella de policía y las alas plateadas que lucía en el bolsillo izquierdo lanzaban destellos bajo las farolas. Aquella mañana había encontrado sus alas de paracaidista del ejército en un cajón de la cómoda. Las limpió y, después de pasar lista, se las prendió en la camisa del uniforme, por encima de la placa de policía, también plateada.

El Risco Solitario se encontraba a un par de manzanas del club de los Ángeles del Infierno, era su territorio, y normalmente resolvían sus problemas ellos solitos y se mandaban al hospital sin molestar a la policía. Delante del local había dos docenas de motos grandes y tuneadas aparcadas en batería. Percibió un golpeteo proveniente del Risco, lo sintió, un retumbar insistente en los brazos y en los hombros. Hacía bastante tiempo que no golpeaba él a alguien de aquel modo.

No había un solo risco en doscientos kilómetros a la redonda de Oakland. Por encima de la puerta del bar colgaba un palé de madera alabeada suspendido de unas cadenas que crujía con el viento. Lo habían pintado según la idea que tenía alguien de lo que era un risco. Parecía más bien una ola marina o un volcán, pero era bastante realista. Resultaba acertado en sí mismo. En algún otro mundo, desde luego, existían riscos como aquel, un paisaje desolado y oscuro que viene a la mente durante una laguna etílica o un desmayo en la vivienda de un barrio marginal en la que las ventanas estaban tapiadas con tablas y el techo protegido por una malla de alambre.

El intenso retumbar sacudía desde dentro la gruesa puerta sin cristal del local; era como si estuvieran estampando a alguien contra una pared, repetidamente, rítmicamente y con mano experta. Y además Hanson lo sentía repercutir en el cuerpo, casi como una experiencia sexual, en los brazos y en los hombros.

Llevaba ya una temporada sin estampar a alguien de aquel modo. Abrió la puerta y tuvo la sensación de entrar en caída libre en medio de una tormenta de luces y sonidos.

*We're kickin' ass and takin' names,
Down and dirty, ain't playin' no games.*

De la pared sobresalía una gramola *vintage* con tubos de plástico y cristales abombados que brillaban por las luces de neón, y la música estaba a tal volumen que Hanson la imaginó dando vueltas por el suelo de un lado a otro al compás de las notas graves, como un dibujo animado.

*Gonna hunt you down, kickin' your door,
Biker soldiers goin' to war — All right!*

Las guitarras y el teclado retumbaban, vibraban, rugían y pitaban al acoplarse entre sí, trinando, silbando como gaitas que lo sacan a uno de las trincheras y lo hacen enfrentarse al intenso fuego de las ametralladoras, pero a nadie le importaba una mierda. Desde luego, a Hanson no. Todo el mundo muere tarde o temprano. Ya notaba el sabor de su propia sangre. Sonrió de oreja a oreja. Aquel lugar era al que lo había enviado la centralita, era su ambiente.

Pero los moteros del Risco Solitario no eran Ángeles, sino Demonios de la Carretera, una especie de club de tercera categoría de Sacramento que Hanson no conocía de nada. Al fijarse en sus emblemas vio que se trataba de un club filial de los Ángeles, que dependía de la protección de estos para su supervivencia.

Kickin' ass and takin' names...

La camarera era una chica de treinta y pocos años, con sobrepeso, y llevaba una camiseta de la marca de cerveza BUD LITE. Cuando vio a Hanson dirigiéndose a la barra, desvió la mirada hacia la puerta, esperando que llegaran más policías. Lástima, pequeña, pensó Hanson, he venido yo solo.

I sid kickin' ass and takin' some names — Yeah!

—¡Hola! —gritó para hacerse oír por encima de la música—. ¿Qué puedo hacer por usted?

La camarera dio una calada al cigarrillo y miró otra vez hacia la puerta. Luego se inclinó por encima de la barra sosteniendo el cigarrillo a un lado y le

gritó a Hanson al oído:

—Debería haber cerrado hace casi una hora. Tenemos el horario bien visible en la puerta.

—¿Les ha pedido que se marchen?

—Claro que sí —respondió al tiempo que daba otra calada al cigarrillo.

—¿A quién se lo ha dicho?

—A ese mamón de la barba azul —respondió la camarera señalando a un gigantesco motero vestido con su chaleco y con los emblemas de su club pero sin camiseta, con la barriga colgando por encima del cinturón y gruesos anillos en todos los dedos. Las gafas de sol envolventes y de espejo sumadas a la barba azul contribuían a darle la apariencia de un insecto enorme e hinchado. En la mano sostenía un taco de billar.

Hanson sonrió moviendo la cabeza al ritmo de la música.

—Ya he hablado dos veces con él —gritó la camarera—. Le he dicho que tenía que cerrar, pero soltó una carcajada y se dio media vuelta. Tengo a la niña en casa...

—Voy a hablar con él.

Hanson se volvió y se internó en la música, los moteros y sus novias, siguiendo el ritmo con la cabeza y con los hombros, como si lo hubieran invitado a la fiesta. La iluminación del techo arrancaba destellos a su placa plateada y a sus alas de paracaidista. Se sentía como si lo hubieran invitado a una fiesta. Al otro lado de una mesa de billar, uno de los Demonios rompió una botella de cerveza contra su propia cabeza y se puso a lanzar risotadas cuando la cerveza y la sangre empezaron a resbalarle desde el pelo sucio hasta sus emblemas.

*Out on the road an' in the wind,
Where ain't no law, ain't no sin.*

Una mujer vestida con un sujetador de cuero frunció los labios en un beso cuando Hanson pasó por su lado y otra se sacó las tetas de la camiseta y se las enseñó estrujándolas de tal manera que se le marcaron las venas azuladas bajo la piel. Hanson les echó un buen vistazo, y luego estableció contacto visual con ella, con sus ojos azules, dilatados e inyectados en sangre.

Kickin' ass and takin' names... Kickin' ass and takin' names...

El presidente del club, el de la barba azul, estaba inclinado sobre el taco de billar observando la jugada de otro Demonio. En un extremo de la mesa de billar estaba sentado un chaval adolescente, contemplando la partida y llevándose una

cerveza a la boca. No tenía necesidad de preocuparse por que sus piernas estorbasen, porque en vez de piernas y brazos tenía aletas, como las focas.

Kickin' ass and takin' names... Kickin' ass and takin' names...

Hanson se plantó a la espalda del presidente justo en el momento en que este se inclinaba para ver mejor la jugada.

—¡Disculpe! —gritó Hanson por encima del estruendo de la música, dándole un toque en el hombro. El joven sentado en la mesa sostenía su cerveza con las aletas y los observaba con interés. El presidente se volvió y miró a Hanson desde las alturas—. Esa señora de ahí —dijo señalando hacia la barra— quiere que se marchen para poder cerrar.

—También los habitantes del infierno quieren agua helada —replicó el presidente, y se dio media vuelta.

Hanson volvió a tocarlo en el hombro.

—¿Qué coño quiere?

Se acercó otro Demonio a mirar.

—Si no se marchan —le advirtió Hanson, feliz—, estarán infringiendo la ley. Es un delito. Tendré que detenerlos. Le agradecería, y mucho, que se llevara a su gente a otra parte.

El gigante miró primero a Hanson y después miró la entrada del local. El otro motero se encogió de hombros y gritó:

—Está solo.

Alguien tiró del enchufe de la gramola. Cuando se hizo el silencio, la voz del presidente tronó:

—Seréis mamones... ¿Te crees que somos imbéciles? Te envían aquí solo y luego, cuando empecemos a darte de hostias, mandarán al resto del distrito. A lo mejor, si mandasen a un par de tíos grandes, que se hicieran respetar... Un par de cerdos en moto. A lo mejor les haríamos caso. O tres o cuatro. Pero a ti voy a decirte cuatro cosas...

Justo en aquel momento Hanson vio a Pogo, el Ángel al que Barnes y Durham tendieron una trampa para que él lo arrestara en el Anchor Tavern. Había estado observando la escena desde el rellano del aseo de caballeros. Se acercó, le hizo una seña a Hanson, *solo será un segundo*, y le dijo algo al presidente de los Demonios. El presidente miró a Hanson y luego meneó la cabeza en un gesto negativo.

—Venga —anunció haciendo un gesto circular con la mano—, vámonos.

—Más os vale que saquéis el culo de aquí —les gritó la camarera con un teléfono en alto—. He llamado a la policía un montón de...

Uno de los moteros, uno que pasaba por delante, la agarró por el brazo y la aplastó contra la pared detrás de la barra.

Hanson y Pogo acompañaron a los Demonios hasta el exterior del local y observaron cómo iban arrancando sus motos y se marchaban. El chico de las aletas se sentó de pasajero en la moto del presidente.

—Es mejor que me vaya, agente —dijo Pogo—. Nadie le echa la culpa de lo que sucedió en el Anchor Tavern. Todo fue un montaje de aquellos dos capullos, los dos polis motorizados. —Se subió a su moto y, cuando estaba a punto de arrancar, añadió—: Y tiene mucha suerte, amigo. Si no hubiera estado yo aquí, ¿qué cree que iba a haber hecho?

—Convencerlos de que se fueran o detenerlos —contestó Hanson sonriendo de oreja a oreja, totalmente eufórico. Así era como se sentía cada vez que sobrevivía a un tiroteo—. No me habían dejado otra alternativa.

—Mierda —dijo Pogo sonriendo a su vez y enseñando una dentadura podrida por la droga—. En el Anchor Tavern enseguida me di cuenta de que era usted un mamón de los que no se dejan pisotear —le dijo al tiempo que arrancaba su moto—. Cuídese cuando vaya por ahí de noche, Hanson. —Rio, hizo con el puño y el antebrazo un gesto como diciendo «¡Que se jodan!» y se marchó. En aquel preciso instante empezaron a oírse sirenas procedentes de todas direcciones, cada vez más cerca, y poco después aparecieron doblando la esquina dos coches patrulla con las luces estroboscópicas. El primero de ellos era el del sargento Jackson.

Actuar de forma directa

Con los años, mucha gente le había prometido a Hanson que iba a averiguar dónde vivía él y que una noche, cuando volviera a casa, se los encontraría esperándolo con una escopeta. De modo que siempre pasaba de largo su piso y aparcaba un par de casas más adelante, en la acera de enfrente si era posible, y buscaba algo que estuviera fuera de lugar o que no le cuadrara, algo que reconociese nada más verlo. Ya ni siquiera tenía que pensarlo. Echó a andar mirando puertas, ventanas y patios, escuchando, olfateando el aire. Era como mirar a un lado y al otro antes de cruzar la calle. Una de las razones por las que la mayoría de los policías vivían en las afueras era que de aquel modo costaba más dar con ellos.

Abrió la gruesa puerta de la calle, de cristal esmerilado, y el trozo de palillo de dientes que había metido entre la hoja y la jamba —una pequeña alarma contra ladrones— cayó al suelo. Entró en la vivienda, dejó la bolsa en el suelo y, pistola en mano, escuchó. No había nada fuera de lo normal. Aquella casa tenía ochenta años de antigüedad y olía a alquitrán, moho, jabón, escayola y barniz. Si hubiera otra persona dentro, percibiría su olor. Aun así, inspeccionó los dormitorios y los armarios, miró debajo de las camas, probó la manilla de la puerta del sótano, fue por el pasillo hasta el cuarto de baño, donde encontró la cortina de la ducha abierta, tal como la había dejado. Aquellos eran todos los lugares en los que había descubierto escondidos a ladrones, fugitivos y locos en otras viviendas. Después entró en la cocina y salió al hundido porche donde tomaba el sol. Todo estaba vacío. Volvió a poner el seguro a la Browning y se la guardó en el bolsillo de atrás de los vaqueros.

Se sirvió tres dedos de tequila verde y se los llevó al porche delantero. El sol estaba empezando a asomar por las colinas, enorme en el horizonte, barriendo el viento y las sombras de la calle, zafándose de los cables eléctricos, las torres de comunicaciones y las ramas de los árboles a lo lejos, trémulo al atravesar la atmósfera, como si fuera a reventar e inundar las colinas, a transformar las llanuras del este de Oakland en un océano de fuego.

Tardó un momento en apartar la vista, cegado por el resplandor del sol, hasta el punto de que tuvo que regresar a tientas hasta la puerta. Volvió a entrar en la

casa, donde algo o alguien, iluminado con los colores del sol —un hombre en llamas en medio del pasillo—, pasó raudo por su lado, salió por la puerta y se disipó en la intensa claridad. Se sirvió otro trago y decidió que había llegado el momento de ir a ver a Libya.

A las diez de la mañana estaba en el porche delantero de su casa, con la bolsa echada al hombro. Llevaba puesto un vaquero limpio y una camisa de color verde musgo que había planchado en la tabla plegable que tenía incorporada en la cocina. Todavía no estaba borracho ni tenía resaca, pero estaba nervioso al verse en aquel barrio sin el uniforme, fijándose en todos los coches que pasaban. Un poco más allá había un tipo poniendo petardos del Cuatro de Julio con una semana de retraso. El aro de baloncesto colocado en el pequeño garaje de la parte de atrás parecía nuevo. Había que actuar de manera directa, pensó riéndose de sí mismo.

Pulsó de nuevo el timbre y oyó como resonaba en el interior de la vivienda. Funcionaba correctamente. Contó diez segundos para verificar su noción del tiempo. Tal vez Libya no estaba en casa. Tal vez no estaba sola. Tal vez lo había visto llegar y no pensaba abrir la puerta. Había sido una estupidez presentarse así, sin llamar antes, se dijo, pero es que se había dejado la libreta donde tenía anotado su teléfono en la taquilla del vestuario. Se dijo que, para variar, debería ser más positivo. Por la calle pasó un Pontiac verde muy tuneado que frenó para echarle una ojeada. Se preguntó si aquel sería el tipo que había pegado a Libya, y si tal vez a ella le gustaba que le pegaran. Antes de salir de casa había tenido fantasías eróticas de ella, en cambio ahora... Se acabó el tiempo, pensó aliviado, cuando Libya abrió la puerta.

Sé positivo, pensó.

—Agente Hanson. Qué sorpresa. ¿Te ha enviado la centralita?

—Hoy es mi día libre.

Sus labios, su cuello, la delicadeza de las clavículas y la redondez de los pechos bajo la camisa masculina de franela que llevaba, los faldones de la camisa anudados a la altura del estómago... No había imaginado la reacción que le iba a causar todo aquello.

—Quería saber si estabas bien —le dijo.

Libya hizo un gesto fluido y señaló con ambas manos las líneas de su cuerpo.

—Estoy toda bien.

Calzaba unos zuecos de cuero rojo y suela gruesa que la hacían parecer tan alta como Hanson.

—¿Qué tal tu pie?

Libya por fin esbozó una sonrisa, pero no rio.

—Curado gracias a ti. —Se pasó los dedos por el pelo. Los tendones del dorso de la mano se flexionaron—. ¿Por qué no pasas? La vecina de al lado seguramente estará mirándonos por entre las persianas.

—Está bien —respondió él tontamente, pensando que probablemente los estaban observando todos los vecinos.

De día la casa se veía luminosa y espaciosa; libros en las estanterías, espejos que proyectaban luz desde las paredes. La mayoría de los días de Hanson eran noches —faros de coches y farolas de las calles— y sombras.

La cocina también resultaba agradable; en ella había una mesa de formica de los años cincuenta con patas tubulares cromadas, una cocina de gas de esmalte blanco y un encantador frigorífico. Lo único que recordaba de aquella noche eran las huellas ensangrentadas en el suelo y el pelador de patatas manchado de sangre en el fregadero. Y allí, iluminada por el sol, en la pared que había detrás de la mesa, estaba la pintura que le había mencionado Weegee el día que fueron a All-American Burgers después de que él le regalase el libro de aves. Era una pintura al óleo ejecutada sobre un cartón, ajada y emborronada de tanto manoseo, abandonada y olvidada en alguna tienda de segunda mano. El fondo era un glaciar de un azul intenso, más grande que la Ciudad de la Justicia, congelado en el tiempo por el artista en el momento en que se desgajaba y estaba a punto de desplomarse en un océano de témpanos de hielo poblados por pingüinos que parecían no percatarse, o no preocuparse, por el bloque de hielo que iba a caer y por la monstruosa ola que iba a formar a continuación.

—Tú eres la tía de Weegee —dijo Hanson al ver a Libya iluminada de pronto—. Me dijo que vivía con su tía.

—Y tú eres ese agente Hanson, ¿verdad? —repuso ella—. No había llegado a establecer la conexión —dijo con aire pensativo.

—Los pingüinos son sus aves favoritas —le dijo Hanson.

—Le encanta este libro —dijo Libya al tiempo que cogía *Aves occidentales* de Peterson, el que le había regalado y firmado Hanson, de una pila de libros de cocina que había encima del frigorífico—. No había llegado a establecer la conexión —repitió—. Weegee es mi hermano pequeño. Mi medio hermano.

—¿Dónde está Weegee en este momento? —preguntó Hanson.

—De excursión en el parque del Golden Gate. Esta semana lo he apuntado al Club de Chicos y Chicas.

Se sentaron en el cuarto de estar, Hanson en un sillón, inclinado hacia delante, y Libya en el sofá de terciopelo, descalza y con las piernas recogidas bajo el cuerpo, separados por una mesa de centro. El aroma de una vela de cera de abeja se mezclaba con el perfume a madreSelva que venía del exterior.

Libya se levantó a mirar por la ventana.

—¿Dónde has aparcado el coche? ¿Qué conduces, aparte del coche patrulla?

Hanson le respondió que había dejado el coche en la manzana siguiente, una costumbre que había adquirido en el trabajo. Su Travelall International Harvester. Se lo había comprado justo antes de entrar en la escuela de posgrado y le había costado cuatrocientos dólares. El tipo al que se lo compró estaba reparándole la transmisión desde un hoyo que había cavado en el suelo para meterse en él y poder acceder a los bajos del coche.

—¿La escuela de posgrado?

—Pues sí...

—¿Qué estudiaste? ¿Justicia penal? —dijo Libya con un tonillo de sorna.

—En realidad, Literatura Británica del siglo XIX.

Libya se lo quedó mirando.

—Es una historia muy larga —dijo Hanson.

—Tampoco importa mucho —dijo Libya—. Eso es lo que haces actualmente: te pagan para que hagas cumplir la ley, tanto si la ley es acertada como si no. Eres como un perro atado a una cadena. El perro de ellos, atado a una cadena.

—Nunca has tenido un novio blanco, ¿verdad?

—No. Siempre me pareció inútil, si no una idiotez.

—¿Dónde está el novio ese que te pegó? Al que apuñalaste con el pelador de patatas.

—No tengo ni idea.

Hanson la miró. Estaba enfadado. Meneó la cabeza en un gesto negativo. «Vale, vale.»

—Tienes que irte —dijo ella poniéndose de pie—. Weegee no tardará en volver a casa y no quiero que sepa esto.

—¿Qué es lo que no tiene que saber? No hay nada que saber. Gracias, hasta otra. Adiós.

Y acto seguido salió por la puerta.

El centro

EL VAGABUNDO MEXICANO BORRACHO

Hanson estaba trabajando en el centro, sustituyendo a compañeros, porque hacía buen tiempo y muchos policías estaban de vacaciones. Otros, que ya habían consumido las vacaciones y tenían que trabajar, habían llamado en el último momento diciendo que estaban enfermos. En cuanto salió de Transporte, la centralita le dijo que fuera al bloque 2200 de Broadway a comprobar un 647F.

Recorrió las pocas manzanas que había hasta I. Magnin y vio al mexicano inconsciente, semincorporado y apoyado contra un escaparate. Detrás de él se exhibían los maniqués posando con ropa de verano mientras los peatones y los compradores que salían por la puerta giratoria fingían no verlo. Daba la impresión de que el sol había grabado su sombra en la pared.

Hanson aparcó en doble fila delante de la tienda, se bajó del coche y permaneció unos segundos contemplando al vagabundo: tenía el rostro demacrado, sucio y quemado por el sol. En otra época debió de ser guapo.

Se puso los guantes de cuero negro que utilizaba para manipular a los vagabundos, lo aferró por los hombros y lo zarandeó.

—Señor, por favor —dijo en español.

Pero la cabeza del mexicano, simplemente, cayó inerte de un lado a otro. Hanson cerró el puño y, con los nudillos, le recorrió el hueso del esternón, que parecía una tabla de lavar. No le gustaba nada tener que despertarlo.

—Tiene que acompañarme.

—Ah... Claro... —dijo el hombre.

Hanson lo ayudó a levantarse y lo llevó hasta el coche patrulla, cuya portezuela había dejado abierta. El mexicano, un militar de carrera vagabundo y borracho, conocía el procedimiento: poner las manos a la espalda para que Hanson pudiera esposarlo y a continuación, borracho como estaba y esposado, meterse en el coche casi con elegancia. Tenía muchos años de práctica.

En cuanto Hanson se subió al coche, le dio su nombre, su edad y su número de serie militar. Hanson anotó todos los datos en su libreta, contento de que el mexicano se los hubiera facilitado de buen grado. No le gustaba preguntar la

edad a los vagabundos para rellenar la casilla del parte de detención; le daba la sensación de que se sentían humillados cuando le respondían que cuarenta y nueve o cincuenta y uno porque sabían que aparentaban ser mucho más viejos cuando en realidad no lo eran, según los estándares normales. Pero estaban acabados, lo que casi equivalía a estar muertos. Habían perdido la esperanza respecto de todo lo que no fuera el próximo trago de alcohol. Muchos policías los humillaban porque los irritaban, o simplemente por diversión. No tenían motivo para esperar bondad por parte de nadie; en cambio, por alguna razón, de camino al calabozo solían hablar con él de la vida que habían vivido, o que ellos creían haber vivido, y él los escuchaba.

Aquel mexicano había luchado en Corea y había visto muchos combates. A pesar de las esposas, se desabrochó el botón de la camisa y se las ingenió para remangársela hasta los codos. Después se giró en el asiento para que Hanson pudiera ver las abultadas cicatrices.

—Creía que en los marines había encontrado un hogar —dijo.

Hanson escuchó, pero no respondió nada. Tan solo se sorprendió un poco cuando el mexicano le preguntó:

—¿Por qué no se quedó?

—Aquella guerra había terminado. No soy buen soldado en tiempos de paz.

—Claro. Así que ahora es soldado en las calles. —Incluso estando borracho, todavía hablaba con una formalidad impecable—. Me gustaría saber si... ¿Me permite que le pregunte una cosa, agente?

—Adelante.

Pero el mexicano no volvió a hablar hasta que llegaron a la entrada posterior de los calabozos. Hanson tomó el micrófono y pidió a la centralita que ordenase al calabozo abrir la puerta. Luego colgó el micrófono, y en aquel momento empezó a levantarse la puerta de láminas de acero.

—¿Cuál era la pregunta, señor Morris?

—Er... No era importante —respondió—, pero... —La puerta se elevaba ya por encima del parabrisas, a mayor velocidad, haciendo rechinar los paneles con bisagras de acero, hasta que, con un fuerte estrépito, quedó fija en la posición abierta—. Es que me da la sensación de que usted todavía ve a la muerte en ocasiones.

MERLE/EARL

Cada vez que trabajaba en el centro, de inmediato lo localizaban los 5150. Les

daban miedo los otros polis, pero cuando lo veían a él les entraban ganas de confiarse, de testificar, de confesarlo todo. Cruzaban la calle por en medio del tráfico para describir civilizaciones sumamente desarrolladas que existían bajo el calabozo y hablarle de dispositivos que les había instalado el Departamento de Veteranos en la cabeza para leerles la mente, robarles las ideas y darles instrucciones.

Sin embargo, Merle/Earl esperó a que se pusiera verde el semáforo, miró a ambos lados antes de bajarse del bordillo y siguió mirando a ambos lados cuando cruzó San Pablo, donde estaba Hanson estacionado en una zona de carga y descarga terminando un parte de detención de un ratero de tiendas que había llevado hasta el calabozo desde Cost Plus. Hanson fingió que no lo había visto, porque sabía que una sola mirada bastaría para atraerlo inmediatamente, y abrigó la esperanza de que pasara de largo. Cuando llegó al coche patrulla, Hanson ya tenía la pistola en la mano, debajo de la libreta y oculta por debajo de la ventanilla. Aun así, continuó fingiendo que no había reparado en que lo tenía a su lado, cambiando el peso nerviosamente de un pie al otro, y que se veía a las claras que no tenía pensado marcharse.

—¿Puedo hablar un momento con usted, agente?

Por fin Hanson levantó la cabeza y lo miró con la expresión más neutra e indiferente que pudo para disuadirlo de entablar conversación.

—Será solo un momento. De forma confidencial, naturalmente.

Era un tipo de la misma edad que él, mirada inteligente, buena dentadura y sonrisa de triunfador, y llevaba una pulsera de plástico blanco del hospital Alameda County que parecía nueva.

—Esperaba tener una oportunidad para hablar con usted ahora que está trabajando en el centro.

Hanson no lo había visto nunca. Merle/Earl debió de notarle la irritación en los ojos o en el gesto de la boca.

—Así que voy a ir al grano —prosiguió.

Dijo que se llamaba Earl y que estaba de paso y no podía revelar su domicilio permanente, pero sí podía decirle que vivía en la zona oeste del país, aunque ya no estaba con su mujer, porque alguien del Departamento de Defensa había decidido que sería mejor para el país que viviera solo. Unos meses después de que se fuera su mujer, sufrió un ataque, o eso le dijo el Departamento de Veteranos, y, mientras estuvo ingresado en el hospital, el Departamento de Defensa le injertó el transmisor en la cabeza.

—Ahora intenta decirme lo que tengo que hacer. Cosas malas. Siempre cosas malas, y cuando lo he visto me he preguntado si podría...

—¿Quién? —le interrumpió Hanson—. ¿Quién le dice esas cosas? —Pero al

momento se arrepintió. Si te irritan para que reacciones, tardarás mucho más en librarte de ellos.

—Mi hermano siamés, Merle. Últimamente me dice que debo suicidarme.

Hanson se limitó a mirarlo.

—Verá, he escrito un libro titulado *Un minuto de risas*. Es una comedia. Se lo vendí a Doubleday, pero Merle lo robó y terminó publicándolo el Departamento de Defensa.

De repente volvió la cabeza para mirar a un costado.

—El libro lo he escrito yo —continuó, esta vez con una voz distinta, más áspera—. Se titula *Tengo que irme*. Es una comedia, desde luego, pero también es mucho más. Trata de cómo marcharse cuando uno está con gente y quiere irse. Trata de marcharse con elegancia. Pero ¿qué te ocurre? —siguió diciendo la voz—. No deberíamos hablar con policías. Volverá a encerrarnos a los dos en la sala de aislamiento. Que te jodan, Merle —balbució Earl. Se esforzó por erguir de nuevo la cabeza y, una vez que lo consiguió, se relajó—. ¿Ve a qué me refiero, agente Hanson? Mi hermano es un ladrón y un mentiroso, y no puedo librarme de él. Llevo dos noches sin dormir.

—¿Él no se cansa?

—Al final sí, pero soy yo el que tiene que cargar todo el tiempo con él y encontrar de comer para los dos, y todo lo demás.

—¿Y por qué es tan capullo?

—Porque todavía sigue estando furioso porque dejé a Elaine, después de todo este tiempo. Estaba enamorado de ella.

—¿Está tomando su medicación, Earl?

Earl esquivó la mirada de Hanson, luego tensó la mandíbula y lo miró.

—No. La medicación me debilita a mí y lo fortalece a él.

—Supongo que usted es el que mejor lo sabe —repuso Hanson—. Los loqueros no saben tanto como creen.

—Así es, ninguno —respondió Earl, aliviado.

—Earl, tengo que irme —dijo Hanson, y sonrió—. Mire, no debería hacer esto, así que no se lo cuente a nadie o me meterá en un buen problema. —Earl lo miró esperanzado, pero no dijo nada—. ¿De acuerdo?

—A nadie —prometió Earl.

Hanson sacó uno de los cargadores de la funda que llevaba al cinto, retiró una bala y volvió a guardarlo.

—Quédese con esto —le dijo—. Le proporcionará una fuerza adicional, es una 357 Magnum, una bala muy potente. Le servirá para igualar la situación entre Merle y usted. Pero los dos tienen que solucionar sus cosas. No fue culpa suya que tuviera que dejar a Elaine. Fue una pena, pero no fue culpa suya. Y él

tiene que tener en cuenta que depende de usted para casi todo. Si usted se pone enfermo, él se pone enfermo; si a usted le encierran, también lo encierran a él. Así que tienen que perdonarse y trabajar juntos. —Hanson arrancó el coche.

—Gracias, agente Hanson —le respondió Earl—. Voy a proteger esto con mi vida —aseguró al tiempo que aferraba la bala en el puño—. Y no se preocupe, nadie más que Merle sabrá que me lo ha dado.

—Muy bien —respondió Hanson al tiempo que metía la marcha—, buena suerte a los dos.

—Espere —le dijo Earl con la otra voz.

Hanson pisó el freno y lo miró.

—Venga, Merle. Vámonos —dijo Earl con su voz, y acto seguido echó a andar cojeando y tambaleándose y cruzó la calle.

Hanson se imaginó a sí mismo vagando en el viento, capaz de sentir el suelo bajo los pies pero sin poder verlo, preguntándose dónde estaba y cómo había llegado allí.

—2L2... 2L2...

Hanson cogió el micro. Aquella era su identificación ese día.

—Aquí 2L2.

—¿Puede ir a...?

SOY HEMOFÍLICO

Se encontraba de nuevo en el hotel California, en la sexta planta, buscando a una prostituta travesti en fase de preoperatorio que se hacía llamar Terciopelo Negro. En el bar-restaurant del hotel había golpeado a un cliente con un bote de ketchup hasta hacerle sangre. El camarero había llamado a la policía. Era la hora feliz.

Cuando la localizó en la sexta planta, ya estaba haciéndose de noche. Otro travesti, con el pelo de punta y vestido con un kimono de dibujos verdiazulados y malvas abierto hasta el ombligo, vio a Hanson acercarse por el pasillo. Lo esperó de pie en la puerta de su habitación, con una mano en la cadera y en la otra un cigarrillo, ocupando todo el umbral, dejando ver una gran porción de sus pechos, aumentados pero muy atractivos.

—¿Está buscando a esa zorra de Terciopelo, cariño? —le preguntó con voz insinuante.

—En efecto —respondió Hanson.

El travesti ladeó el cigarro en un gesto lánguido para señalar el estrecho

pasillo.

—Ah —dijo Hanson, asintiendo—, muchas gracias. —Eché a andar por donde le indicaban, pero de pronto hizo un alto, se volvió y dijo—: Por cierto, una túnica preciosa —y prosiguió su camino.

—Vaya, muchas gracias, cielo —oyó que decía el travesti.

Otras residentes, en bragas y sujetador, con medias de redecilla de cuerpo entero y vinilo ajustado, le pusieron morritos a Hanson y lo perforaron con la mirada, todas apuntando hacia una ventana abierta. La moqueta del pasillo, deshilachada y desgastada en algunos puntos, con manchas de un rosa claro grisáceo, terminaba en la ventana.

Hanson salió por ella y apareció en el descansillo de una escalera de incendios. Ya estaba oscureciendo, y justo por debajo de él estaba la marquesina del hotel con el luminoso CALIFORNIA parpadeando en neón dorado. Subió hasta la mitad del tramo siguiente de la escalera de acero, hizo un alto y miró a través de la estructura, entre sus pies, al tráfico que pasaba por la calle seis pisos más abajo. En la acera había un individuo mirándolo a él, iluminado por el resplandor amarillo. Llevaba una chaqueta de chándal azul brillante donde ponía TOKYO JAPAN bordadas con hilo de plata en la espalda, formadas por el cuerpo ondulante de un dragón sonriente. Hanson reconoció de inmediato a la Parca y se preguntó qué estaba haciendo él allí.

Meneó la cabeza en un gesto negativo, le sonrió con tristeza a la Parca y empezó a retroceder con cuidado por la escalera de incendios. Con cada paso que daba, la estructura emitía un siniestro ruido metálico. Volvió a meterse por la ventana y la Parca siguió andando hasta la esquina, la dobló y se perdió de vista.

No dio con Terciopelo Negro, pero su víctima, un expresidiario de mirada perdida que había nacido en Oaxaca y que no medía mucho más de un metro y medio, estaba escondido en el cuarto de baño que había al otro extremo del pasillo. En el centro de la ciudad todo el mundo era expresidiario, al parecer, pero este había salido de San Quintín, a unos veinticinco kilómetros al norte, pasado el puente de San Rafael, justo un día antes. No quería verse involucrado en su propia agresión. No había habido ninguna agresión. Él no había llamado a la policía.

—Estoy perfectamente —aseguró—. No hay ningún problema.

Tenía el cabello negro y manchado de sangre y, aunque se había limpiado la cara con toallitas de papel, no había conseguido limpiar del todo las pestañas, que insistían en pegársele a la cara cada vez que parpadeaba, se mantenían cerradas un momento y después volvían a abrirse. Resultaba un poco desorientador para Hanson, porque el tiempo... se detenía... frenaba... y se reanudaba cada vez que el mexicano movía los párpados.

De todos modos, se alegraba de haber salido de la puta escalera de incendios.

—Está sangrando bastante —observó.

—No pasa nada, agente. Soy hemofílico, ¿sabe? Sangro con facilidad. — Estaba moderadamente borracho y hacía todo lo posible por aparentar buen humor.

—Está bien —dijo Hanson—. Por qué no recoge sus cosas, yo le acompaño a la salida.

—Pero he pagado la habitación, agente. Por adelantado.

—Si lo dejo aquí, no causará ningún problema que me obligue a volver, ¿no?

El mexicano negó con la cabeza ensangrentada y le sonrió a Hanson.

—Si me hace volver, me voy a cabrear mucho.

—No hay problema, agente. Se lo juro.

Hanson despachó el asunto con un parte. «No hay denunciante. Vuelvo a estar de servicio.» Había anotado el nombre y la fecha de nacimiento de aquel tipo en su libreta, por si acaso. Si decidía buscar a la prostituta y pegarle un navajazo, con un poco de suerte él ya habría finalizado su turno o estaría ocupado con otro aviso.

No hay problema, agente.

Coche perdido

Llevó una hora y media procesar a un ratero de tiendas, llamado Gerald McPhee, un yonqui de veintiún años que había intentado sin éxito sustraer una chaqueta de imitación de cuero. El guardia de seguridad que lo sujetaba, un tipo de cierta edad y con sobrepeso, decidió esposarlo finalmente mientras esperaba a la policía, y había logrado esposarle solo una muñeca cuando McPhee se zafó de él, huyó por la puerta y corrió por el pasillo en dirección a la salida, justo en el momento en que Hanson salía del ascensor frente a él. McPhee intentó golpear a Hanson en la cara con la esposa abierta, pero fue un movimiento espástico. Hanson agarró la cadena de la esposa con una mano y el pelo largo y sucio de McPhee con la otra. Lo arrastró por el pasillo, lo empujó con la cadera para hacerle perder el equilibrio y le aplastó la cara contra la pared, con lo que le rompió la nariz. Cuando McPhee rebotó contra la pared, Hanson le propinó una patada en las piernas que le hizo derrumbarse en el suelo. A continuación, le sacudió un rodillazo en el hombro y se lo dislocó. El papeleo fue abrumador: robo en una tienda, resistencia a la detención y agresión a un agente. Nada de un parte de servicio que dijera «Problema resuelto». Había decidido pasar por alto las marcas de pinchazos que presentaba el detenido en el antebrazo y así ahorrarse la molestia de tener que redactar un informe por un 11550.

Era la hora más calurosa del día, el sol estaba muy bajo en el cielo y estallaba en llamaradas más allá de la bahía, hacia el océano. La centralita lo envió a hablar con un individuo que decía que le habían robado el coche. Estaba esperando frente a la gasolinera Exxon de Broadway, en la otra punta de la ciudad.

—2L2, recibido —dijo Hanson.

Había oído a la centralita dar aquel mismo aviso a 2L4 cuando él estaba trasladando a McPhee, con el brazo en cabestrillo, del hospital al calabozo. 2L4 había dado por finalizado el aviso transcurridos unos minutos. Había sido algo así como un tema del seguro por el robo de un vehículo, o quizá era que su mujer o su novia le había dejado, se había llevado el coche y él había denunciado que se lo habían robado para que la capturasen. No era un tema en el que Hanson quisiera perder mucho tiempo. Llevaba un gran retraso en sus estadísticas, y el

final del período ya estaba cerca. Y también estaba muy retrasado con el papeleo. 2L4 se había desentendido del aviso y ahora la centralita se lo pasaba a él.

En la gasolinera Exxon las luces estaban apagadas. El mecánico estaba a punto de cerrar, ya estaba bajando las persianas de acero de las zonas de servicio. Había dos ancianos fuera, los dos de setenta y muchos u ochenta y pocos, vestidos con trajes de lana y corbatas que estuvieron de moda hace treinta años, hechos a medida y ajustados al cuerpo, antes de que los consumiera la vejez. Estaban el uno junto al otro bajo el calor de la tarde, con las manos entrelazadas a la espalda, como un predicador y su diácono. No daban la impresión de fingir ser lo que no eran.

Detuvo el coche delante de la gasolinera, se apeó y les preguntó:

—¿Son ustedes los que han llamado por lo del coche robado?

—Yo. El que ha llamado soy yo, Solomon Maxwell. Este es un buen amigo mío, el señor Freely —añadió señalando al otro, que no hizo el menor esfuerzo por disimular su agotamiento y su ansiedad.

—Ya han pasado tres horas —dijo el señor Freely al tiempo que se limpiaba el sudor de la cara con un pañuelo de tela empapado—. El otro agente pensó que se nos había olvidado dónde habíamos aparcado el coche.

—Usted es el segundo agente al que tengo que explicárselo. Me han robado el coche.

—2L2, ¿ha terminado con el aviso de la gasolinera Exxon?

—2L2, sigo aquí, ya informaré —respondió Hanson.

Dos ancianos que habían perdido el coche, se dijo. Los dos tenían la camisa empapada de sudor.

—¿Por qué no vamos adentro, caballeros? Está más fresco y podemos sentarnos para hacer el papeleo.

Dirigió una mirada al mecánico, que estaba limpiando una de las zonas de servicio; este asintió con gesto impaciente y miró el reloj. Hanson, que estaba asándose con su uniforme de lana, pensó: «Vale».

—Aquí estamos bien, agente —replicó el señor Maxwell—. Ese hombre está a punto de cerrar.

—Háganme el favor, caballeros —insistió Hanson.

Los condujo hacia la sala de espera con aire acondicionado, que olía a humo de tabaco rancio, a chicle y a aceite de motor. Las paredes de hormigón de dicha sala necesitaban otra mano de pintura blanca y las sillas de plástico estaban sucias y agrietadas. Sobre un mostrador, al lado de una cafetera destartada, había un montón de revistas *Motor Trend* y *Sports Illustrated*. Cuando los dos ancianos se hubieron sentado, Hanson preguntó:

—¿Recuerda dónde aparcó el coche, señor?

—Desde luego que sí. Es un Cadillac Seville de 1982, azul oscuro. Estaba a menos de una manzana de esta misma gasolinera, pero ahora ha desaparecido.

—¿Yendo hacia allá —preguntó Hanson indicando la dirección con un gesto de cabeza— o viniendo hacia acá?

—No lo sé seguro. Estaba ocupado vigilando el tráfico... —empezó el señor Maxwell.

—Tenemos suerte de estar vivos, con este tráfico —comentó el señor Freely—. Recuerdo cuando aún funcionaba el tranvía y las personas se respetaban.

—Aparcamos a menos de una manzana de aquí, de eso estoy seguro —insistió el señor Maxwell—. Cuando descubrimos que nos habían robado el coche, nos llevó casi una hora encontrar un teléfono público que funcionase para llamar a la policía.

—En ninguna de las tiendas nos dejaron utilizar el teléfono —dijo el señor Freely—. Ni siquiera nos permitieron pasar de la puerta.

—Bueno... —dijo el señor Maxwell.

—¿Se negaron a dejarlos pasar de la puerta?

—Me temo que creyeron que éramos dos maleantes —dijo el señor Maxwell.

—¿No les permitieron pasar de la puerta? —repitió Hanson. Estaba escandalizado. Dos ancianos elegantes, pasando calor con aquellos trajes, y los muy cabrones ni siquiera los dejaron pasar para que pudieran llamar a la policía.

—2L2, *¿ha terminado? Hoy estamos hasta arriba de avisos.*

—2L2, negativo, continúo con el aviso por robo de vehículo —respondió Hanson viendo la cara de alivio que ponían los dos ancianos cuando dijo «robo»—. Aún voy a tardar un rato, pero ya informaré cuando haya terminado.

—Esperaba encontrar a alguien que me arreglase el cierre del reloj —dijo el señor Maxwell—, pero todos los joyeros con los que hemos conseguido hablar me han dicho que no hacen esa clase de cosas.

—Vamos a cerrar ya, agente —dijo el mecánico al tiempo que abría la puerta de cristal que daba a las zonas de servicio y dejaba entrar el aire caliente. La sostuvo abierta y esperó a que se levantaran.

—Vamos a necesitar la sala un rato más...

—Tenemos que cerrar.

Hanson se levantó y le lanzó una mirada.

—... hasta que yo haya terminado.

—Vale, claro, agente —dijo el mecánico.

Los dos ancianos estaban agotados y el señor Freely miraba a Hanson con gesto suplicante. A la mierda las estadísticas, se dijo Hanson. Les preguntó si les importaría esperar cinco minutos, diez a lo sumo, mientras él llevaba a cabo un

reconocimiento de la zona, requisito imprescindible antes de aceptar una denuncia de robo de un vehículo.

—Lamento hacerlos esperar —les dijo—, pero vuelvo enseguida.

El señor Maxwell le respondió que con mucho gusto esperarían lo que fuese necesario.

Observaron cómo se iba con el coche patrulla; Hanson esperaba que no se movieran del sitio. Debería haberle dicho al puto mecánico que cuidara de ellos. No quería tener que ponerse a buscarlos. Comunicó la descripción del vehículo para que pudieran buscarlo los patrulleros que anduvieran por el centro y empezó a circular alrededor de la manzana, despacio, con los intermitentes puestos. Podía avanzar tan despacio como quisiera, frenando el tráfico, y así lo hizo. Se preguntó cómo iban a volver los dos ancianos a casa si él no encontraba el coche; esperaba que tuvieran el teléfono de algún amigo o hijos que pudieran venir a buscarlos. Si no, los llevaría él mismo. Al sargento de sustitución, el que tocara hoy, que le dieran por el culo. Para él, aquel era un aviso prioritario.

Después de conducir por varias manzanas alrededor de la gasolinera Exxon, ya estaba a punto de regresar y ver la manera de llevar a aquellos dos ancianos a casa cuando vio el Cadillac Seville. Se encontraba a menos de una manzana de la gasolinera..., si la gasolinera se hubiera encontrado tres manzanas más al este.

Cuando les dijo a los dos ancianos que había encontrado el coche, ambos pusieron tal cara de cansancio que se ofreció a llevarlos en el coche patrulla, aunque le dio vergüenza sentarlos en el asiento de atrás, como si fueran detenidos. El señor Maxwell vio el Cadillac en cuanto doblaron la esquina del edificio.

—Le pido disculpas por las molestias, agente. Efectivamente, ahora me parece recordar que aparqué aquí.

Por el radiotransmisor, la centralita le preguntó si ya estaba 909 del aviso de robo de vehículo.

—Casi he terminado.

—Muchas gracias por su ayuda, agente Hanson. Tan solo lamento que mi despiste le haya causado tantas molestias —dijo el señor Maxwell.

—No ha sido molestia en absoluto, caballeros —respondió Hanson con un gesto de cabeza para despedirse también del señor Freely—. En el centro de Oakland resulta bastante fácil olvidar dónde ha aparcado uno el coche, sobre todo si hace una temporada que no viene por aquí. Por lo visto, todos los días están construyendo o demoliendo algún edificio nuevo. A veces yo mismo me sorprendo de que no se me olvide dónde he dejado el coche patrulla.

—¿Tiene una tarjeta, agente? —pidió el señor Maxwell.

—Por supuesto —dijo Hanson al tiempo que buscaba una en la cartera—. Se

me debería haber ocurrido dársela antes. Conduzca con cuidado. Siento que Oakland le haya causado tantas molestias.

Todos se estrecharon la mano y Hanson permaneció unos instantes de pie en la calle, bloqueando el tráfico, mientras el Cadillac se apartaba del bordillo y se alejaba. Hanson se despidió con la mano. No le había pedido el permiso de conducir ni la documentación del vehículo, cosa que debería haber hecho, para incluirlo en el informe, pero temía que dicho permiso estuviera caducado. Le devolverían el informe con las casillas vacías marcadas en rojo y él tendría que responder con un formulario de «informe incompleto» en el que reconocería su negligencia, pero merecía la pena.

El sol había desaparecido tras el horizonte, en el océano, pero las nubes que se divisaban a lo lejos estaban en llamas.

Una riña entre vecinos

Era mediados de agosto y Hanson estaba aún en las primeras horas de su turno. De nuevo estaba patrullando en el distrito 5.

—*Cinco Tac 51, estamos recibiendo denuncias de una disputa entre vecinos en el bloque 800 de Havenscourt.*

—Cinco Tac 51, recibido. Voy para allá.

—*Enviaremos un coche de apoyo en cuanto haya uno disponible.*

—Voy a echar un vistazo. ¿Tiene la dirección del denunciante?

—*Negativo, Cinco Tac 51.*

—Recibido. Ya casi estoy ahí. Informaré sobre el coche de apoyo.

Giró hacia el norte para tomar Monroe y vio el problema dos manzanas más adelante: seis u ocho personas a ambos lados de la calle estaban dando voces, gesticulando, inclinándose en actitud amenazante e insultándose. Un segundo policía no serviría más que para agravar la situación.

La calle estaba llena de coches aparcados, así que encendió las luces estroboscópicas del techo, aparcó en doble fila y se apeó del coche sin coger la porra. Una porra no iba a solucionar el problema ni a protegerlo durante mucho tiempo con toda aquella gente, y parecería idiota llevándola colgada a un costado. Si las cosas se ponían lo bastante serias como para tener que utilizarla, serían lo bastante serias como para meterle un balazo al que intentase quitarle el arma.

Además, aquellos vecinos estaban actuando como si él no estuviera allí, como si no hubiera un coche patrulla con las luces encendidas en mitad de la calle. Hasta el momento era invisible, pero sonrió igual que un extra en una escena con mucha gente e hizo un gesto con la mano a los vecinos que estaban al otro lado del coche patrulla para indicar que iba para allá a hablar con ellos. Los vecinos no le hicieron caso cuando subió por el terraplén lleno de malas hierbas que había en la esquina, y continuaron profiriéndose insultos al otro lado de la calle por encima del coche policial.

—¡Eh!

—¡Eso lo ha hecho tu madre!

—¡Vete a tomar por culo, puta!

Si ellos querían fingir que no habían reparado en él, él fingiría que no había visto ningún problema: sería un blanco loco vestido con un uniforme de la Policía de Oakland que llevaba encima una pistola Magnum del calibre 357. Se detuvo delante del individuo más grande y que más gritaba a este lado de la calle y le sonrió.

—¿Qué tal va eso, caballero?

No era el responsable y tampoco era muy listo, pero era un tipo grande y miró a Hanson con cara de pocos amigos, con la intención de ahuyentarlo. No tenía miedo, aunque sabía que un agente de la Policía de Oakland podría pegarle un tiro impunemente; pero se quedó desconcertado cuando vio que Hanson continuaba sonriendo y lo miraba con gesto tranquilo. Hanson afirmó con la cabeza y contestó que sí, como si estuviera de acuerdo con él en algo que hubiera pensado pero aún no hubiera dicho.

Hanson levantó la vista hacia el cielo.

—Me parece que va a hacer más calor todavía. Cada día tenemos el sol más cerca, ¿lo sabía? —preguntó. Luego meneó la cabeza en un gesto negativo—. He leído que dentro de unos años empezará a prender fuego a los árboles.

Los gritos empezaron a disminuir.

—Sea como sea —siguió diciendo Hanson—, nosotros no podemos hacer nada. Respecto al calor.

La gente del otro lado de la calle había enmudecido. Se preguntaban qué estaría haciendo aquel poli. Hanson se volvió hacia un tipo corpulento de treinta y pocos años que se dirigía hacia él. Cuando subió el terraplén se había fijado en que estaba con una mujer más joven y había deducido que el problema era ella.

—Buenas tardes —le dijo—. Me han enviado aquí para solucionar un problema vecinal, y debe de ser esto. ¿Qué es lo que pasa?

—Voy a decirle qué es lo que pasa.

—Bien. Perfecto. ¿Le importa decirme su nombre? —pidió Hanson a la vez que sacaba la libreta—. Espero que resolvamos esto para poder continuar con lo mío.

—No le digas una mierda —le advirtió la mujer con la que estaba.

—Fred —respondió el interpelado mirándola primero a ella y después a Hanson—. Me llamo Fred, ¿vale?

—Sí, señor. Muchas gracias —dijo Hanson escribiendo en su libreta—. ¿Puede decirme por qué motivo está todo el mundo tan cabreado?

La gente del otro lado de la calle había vuelto a chillar. En el lado de Hanson hubo uno o dos que contestaron con más insultos, pero Fred los miró y se callaron.

—Gracias, muchas gracias —le dijo Hanson.

—¿Ve a esa gorda de ahí, la que va vestida de naranja, con una de esas prendas anchas...? ¿Cómo las llaman...?

—Bata.

—Sí, una bata. —La mujer que le había advertido que no dijera una mierda lanzó un bufido en dirección a Hanson. La miró y luego dijo—: Alvin, ¿te importa encargarte de Louise por mí?

El tipo corpulento con el que Hanson había hablado del sol hizo un gesto afirmativo, fue hacia la mujer y la puso detrás de él. Hanson tenía ya la sensación de casi haber resuelto aquel problema cuando de improviso, calle adelante, un par de casas más allá, se detuvo un sedán Ford de color negro, casi nuevo pero prácticamente solo con el chasis. De él se bajaron cuatro miembros de la banda de los Musulmanes Negros vestidos con el habitual traje negro, camisa blanca y pajarita negra. Se cruzaron de brazos y se quedaron allí, observando a Hanson.

Los denominados Musulmanes Negros acababan de empezar a aparecer en incidentes que tenían lugar en el este de Oakland, lo mismo que hacían en Portland cuando Hanson trabajó allí en los años setenta. Seguían los avisos de la policía en un buscador de frecuencias, eran difíciles y peligrosos, pero en aquella época eran honrados y estaban preparados para morir si era necesario para defender sus convicciones, y Hanson los respetaba y hasta los admiraba. En cambio estos nuevos Musulmanes Negros de Oakland eran en su mayoría delincuentes que se vestían como los Musulmanes, matones con trajes baratos que robaban la autoridad de los originales, y Hanson no quería que empezaran a presentarse cada vez que acudía a atender un aviso.

Hanson no leía el periódico, ni veía la televisión ni hablaba con muchos compañeros, así que no tenía la menor idea de por qué los empresarios y los políticos que controlaban la ciudad preferían apoyar a los Musulmanes Negros a costa de todos los demás ciudadanos negros de Oakland, pensando que de ese modo no parecerían los racistas que en realidad eran, y porque tenían más miedo de los organizados Musulmanes Negros del norte de Oakland que de los desorganizados ciudadanos negros del este y el oeste. El ayuntamiento concedía a los Musulmanes Negros de más edad créditos libres de intereses y becas al desarrollo, aun cuando el dinero se evaporaba, los créditos no se pagaban nunca y no había habido desarrollo alguno.

—¿Esos de ahí son amigos suyos? —preguntó Hanson a Fred.

—No los conozco de nada.

—¿Le importaría disculparme un momento? Enseguida vuelvo.

—Adelante.

—Le agradezco su ayuda —dijo Hanson—. Ahora vengo.

Fue hacia los cuatro pandilleros sintiéndose más afinado que un violín. Se sentía bien, en forma, caminando por esa delgada línea en la que no podía cagarla a no ser que empezase a pensar que podía cagarla. No le gustó tener que interrumpir ese momento con Fred y la disputa vecinal, pero estos se habían calmado bastante porque sentían curiosidad por ver qué iba a hacer él a continuación. Iba canturreando en voz baja para sí:

*Agentes de policía, cómo puede ser,
podéis detener a cualquiera excepto al cruel Stagger Lee,
ese malvado, malvado y cruel Stagger Lee...*

—Buenas tardes, hermanos musulmanes —los saludó en un tono festivo y agresivo—. ¿Han venido a restaurar la paz en el barrio? ¿A echarme una mano con estos? —Añadió señalando con un ademán el grupo de gente que observaba desde sus casas—. Espero que sí. Son cuatro y yo soy solo uno. Claro que yo llevo mi placa oficial —dijo tocándose el pecho—. La gorra especial la he dejado en el coche patrulla.

Ellos lo miraron fijamente con una ensayada actitud de matones impasibles, como si vieran a través de él. De nuevo era invisible, pensó Hanson.

—¿Qué dicen?

Ninguno de ellos dijo nada, de modo que empezó a inspeccionarlos con la mirada, igual que un instructor de entrenamiento físico, gruñendo y haciendo comentarios acerca del poco lustre de sus zapatos, de sus cortes de pelo, de lo mal que les sentaba el traje y de la suciedad de sus uñas... Ellos reaccionaron como reaccionarían unos reclutas, con la vista fija al frente y las manos a la espalda, aguantando la crítica de una inspección, tal como les había enseñado alguien, mientras él les leía la cartilla. ¿Y qué otra cosa podían hacer, con todo el barrio mirando? ¿Agarrarlo, darle una paliza y matarlo? Quizá lo hubieran hecho los auténticos Musulmanes, pero aquellos chicos no; todavía no estaban preparados para morir.

Hanson retrocedió hasta el coche en que habían venido y los observó a todos en conjunto.

—¿No van a ayudarme? —les dijo—. Entonces, ¿por qué no vuelven a subirse al coche y se van a hacer pan a la panadería?

—Hemos venido a supervisar la interacción de la policía con la comunidad —dijo el que estaba al mando como parte de un discurso que había memorizado.

—Pues muy bien. Pero no se interpongan en mi camino.

—Haremos lo que sea necesario.

—Será por su cuenta y riesgo —advirtió Hanson. Seguidamente giró sobre

sus talones y se fue, atento por sí, por encima de sus acúfenos, oía pasos en la calle, el roce de una solapa, algo que le indicase que venían tras él. Podían dispararle un tiro en la nuca, en cuyo caso acabaría siendo él el hazmerreír, pero ya habían dejado pasar la oportunidad; además, no le importaba mucho que le disparasen. Así por fin podría dormir de verdad.

Los dos grupos que antes discutían ahora parecían mostrar más interés por él. Hanson saludó una vez más con la mano a los que estaban al otro lado de la calle.

—Enseguida estoy con ustedes —les dijo—. Gracias por su paciencia. — Luego se dirigió a Fred—: Los Musulmanes van a supervisar mi interacción con la comunidad negra: espero que en eso pueda usted echarme una mano. Quisiera quedar bien delante de ellos. —La mujer había desaparecido, y también el tipo corpulento llamado Alvin—. ¿Quiere decirme de qué va todo esto?

La cosa había tenido que ver con un espacio para aparcar. Alguien de su lado de la calle se había acercado hasta la tienda de licores y al volver unos minutos más tarde se encontró con que le habían ocupado el sitio. Pero la cosa era más complicada. Oyó a Fred hasta el final y después preguntó a los otros cómo lo habían visto ellos.

Cruzó la calle, rodeó el coche patrulla y habló con la mujer de la bata anaranjada, que era una de esas mujeres que en la zona este de Oakland se dedican a controlar manzanas enteras. Fue educado con ella, la escuchó, la llamó señora, le dio las gracias y estableció contacto visual con todas las demás personas de aquel lado de la calle.

—Muy bien. Sí, señora —dijo, y luego volvió para hablar con Fred.

En no mucho más de cinco minutos de idas y venidas de un lado de la calle al otro para mediar en el problema, logró persuadir a ambos grupos de que entraran de nuevo en sus casas, aunque fuera durante un rato, o de que se marcharan si es que estaban de visita y si no era mucha molestia, y les dio las gracias a todos por ayudarlo. Haciendo caso omiso de los Musulmanes, se subió otra vez al coche patrulla.

—Gracias. Se lo agradezco.

Lentamente hizo un cambio de sentido en la calle, y cuando hubo recorrido unas manzanas aparcó a un lado para rellenar un parte de servicio. «Desacuerdo por un espacio de aparcamiento. Problema resuelto.»

Dejó el parte en el maletín y llamó para dar por finalizado el aviso, sumamente complacido con su habilidad para negociar.

Felix da las gracias a Hanson

Hanson colgó el micrófono y se metió en el aparcamiento de una gasolinera cerrada hacía tiempo. Los surtidores habían desaparecido y todas las ventanas de la oficina y del taller tenían los cristales rotos. Se apeó del coche patrulla para buscar al individuo armado con una pistola. Había empezado a soplar una brisa procedente de la bahía y se alegró de tener la oportunidad de caminar un poco. A lo largo de los años le habían enviado a atender muchos avisos de individuos armados, pero tan solo había encontrado a tres. No esperaba encontrarse con uno aquella tarde, pero tampoco lo sorprendería.

El local que decía IGLESIA UNIDA POR LA GRACIA DE JESUCRISTO tenía las puertas abiertas, y Hanson se asomó y vio a la banda ensayando: batería, guitarra y teclado.

Miró en el interior desde la puerta que daba al vestíbulo, preparado para ver al individuo armado allí dentro, cantando. En lugar de eso, se topó con una negra gruesa muy guapa y elegantemente vestida. Llevaba una sombra de ojos azul eléctrico que hacía juego con el vestido de lentejuelas.

—Buenas noches, señora. ¿Cómo está?

—Perfectamente, agente. Preparándome para la mañana del domingo. Ha sido usted muy amable al venir a comprobar que estamos todos bien.

—No ha sido ninguna molestia. Es un placer.

En aquel momento la banda de tres miembros empezó a tocar «You Gotta Move» con un cantante que era más de estilo *motown* que de *gospel*, un poco blando pero bueno.

*Puedes estar arriba y puedes estar abajo,
puedes ser rico y puedes ser pobre...*

—Agente Hanson, debería asistir a una de nuestras sesiones —le dijo la mujer leyendo el nombre que figuraba en la placa.

—Puede que venga uno de estos domingos —respondió Hanson, deseando creer que sí.

—Es maravilloso... —empezó ella. Miró un momento más allá de él y luego

volvió a centrarse en su cara— ver que se interesa por lo que hacemos.

*Puedes huir, no te atraparán;
puedes esconderte, no te encontrarán.*

—Me alegra haber podido pasar por aquí —dijo Hanson. Se giró para mirar también hacia el otro lado de la calle; en el escaparate de la tienda de licores habían empezado a parpadear las luces del cartel de neón a medida que iban encendiéndose de una en una bajo la luz tenue de la tarde—. ¿Ha habido algún problema por aquí en estos últimos veinte minutos más o menos? —preguntó sin querer estropear su conversación tan trivial y tan amena.

—No tengo ni idea, agente. Yo llevo una hora trabajando con el director musical.

—Pues han llamado a la policía porque había un hombre armado.

—Bien sabe Dios que actualmente hay muchos hombres armados.

—Gracias —respondió Hanson—. Creo que voy a echar un vistazo en la otra acera.

*Pero, cuando venga Dios,
tienes que moverte.*

Todo estaba cerrado excepto la iglesia y la tienda de licores. Había varios borrachos apoyados contra el muro de la tienda de licores, sentados y con la cabeza gacha, uno tirado inconsciente en la acera. Los policías rara vez aparecían por aquella esquina, y cuando lo hacían venían dos o tres, y nunca significaba nada bueno para nadie.

Todos parecieron verlo a un tiempo, como un banco de peces. Cuatro se pusieron de pie, bebidos pero celosos, tambaleantes, haciendo un esfuerzo por enfocar la vista. Los demás se quedaron sentados pero escondieron la botella a su espalda y miraron al frente, evitando a Hanson; si no lo veían, es que no estaba. En aquel momento salió un individuo por detrás de la tienda subiéndose la cremallera del pantalón mugriento y de un verde amarillento. Llevaba una chaqueta de vinilo marrón, sin camisa. Se llevó una sorpresa al ver allí a Hanson e hizo todo lo posible por fruncirle el ceño. Hanson respondió con una sonrisa.

—Buenas tardes, caballeros —les dijo. Se imaginó a sí mismo como uno de ellos, en vez de un soldado del ejército de ocupación de Oakland—. Una noche estupenda —comentó mientras pasaba entre ellos para dirigirse a la puerta de la tienda.

Los borrachos se volvieron hacia la acera y le respondieron «Sí» y «Ajá».

El dueño de la tienda de licores era un individuo corpulento y de piel oscura, con la cabeza rapada, cincuenta y pocos años, bigote, una cicatriz grisácea en el cuello; un tipo que había logrado salir de la vida que llevaba cuando era joven sin que lo matasen y con el dinero suficiente para comprar aquella tienda. Cuando Hanson entró en el establecimiento, se volvió para mirarlo con gesto inexpresivo y luego siguió colocando botellas en unas baldas que había detrás de la caja registradora, subido a un taburete.

—Buenas tardes —le dijo Hanson fijándose en los espejos convexos e inclinados colocados en alto, en los que se reflejaban los pasillos de la tienda distorsionados, como en una feria.

—Ajá —respondió dando la espalda a Hanson mientras giraba un par de botellas para que se viera la etiqueta.

—¿Cómo va la cosa?

—Lenta —respondió. Las botellas tintinearón cuando volvió a alinearlas—. Muy lenta desde que usted aparcó su coche policial al otro lado de la calle.

—Alguien ha llamado a la policía para denunciar que había un problema en esta esquina.

—Yo no tengo noticia de que haya habido ningún problema.

—La centralita me ha enviado aquí. Había un individuo armado.

El dueño cogió un plumero y empezó a quitar el polvo a las botellas. Se echó hacia atrás, las miró y las limpió otro poco más.

—Hay mucha gente que lleva armas. Usted lleva una.

—Así es —repuso Hanson—, pero me parece que el que llamó se refería a que esa persona la estaba blandiendo.

—¿Quiere decir que estaba amenazando con ella a alguien?

—Exacto. —Hanson miraba los escaparates, los espejos. Supuso que el dueño guardaba la pistola debajo de la caja registradora.

—De esos también se ven muchos si uno pasa suficiente tiempo aquí. Es una buena forma de terminar llevándose un balazo de alguien que va armado. Si uno saca una pistola, más le vale utilizarla, eso pienso yo.

—Sí, señor, estoy de acuerdo. Lamento costarle dinero esta tarde, pero tenía que echar una ojeada —dijo Hanson. Estaba hablando igual que un policía de la televisión.

—Podría ser que alguien le haya delatado. Pilló al otro tonteando con su mujer y llamó a la policía. —Recalcó la palabra—. O a lo mejor su mujer lo pilló tonteando a él y llamó a la policía para que alguien como usted viniera aquí y se lo llevara al calabozo por llevar una arma oculta, o le pegara un tiro.

Hanson no respondió nada.

—Si tiene que arrestar a alguien —concluyó el dueño girándose y señalando

con el plumero—, puede arrestar a uno de esos borrachos de ahí fuera. Es ilegal beber en la calle, ¿no?

—No tengo necesidad de arrestar a nadie, simplemente estoy haciendo mi trabajo. Igual que usted, señor...

—Johnson, Norris Johnson. Soy el propietario de este local. ¿Quiere mi fecha de nacimiento? ¿Quiere comprobar si sobre mí pesa alguna orden? A lo mejor podría arrestarme a mí.

—No hay necesidad, señor Johnson. Estoy seguro de que está totalmente limpio.

—Por supuesto que lo estoy.

—Deme unos chicles Spearmint de esos, por favor —pidió indicando el expositor de chicles y tabaco.

Norris Johnson se bajó del taburete, introdujo una mano bajo el cristal surcado de arañazos del mostrador, cogió un paquete de chicles de color verde y lo puso encima, entre Hanson y él.

—Son veinticinco centavos.

Hanson puso sobre el mostrador una moneda de veinticinco. Norris no hizo caso.

—¿Necesita algo más?

—No, señor. —Hanson observó la imagen de la calle reflejada en las botellas y en los espejos con publicidad que tenía el dueño a la espalda—. A veces pienso que la única forma de dar con un hombre que va armado es llegar con el coche, bajarse y anunciar que estoy aquí y ver si alguien intenta dispararme.

—¿Eso se lo enseñan en la academia de policía?

—Se me ha ocurrido a mí solo.

—¿Y funciona?

—De momento, no. Es simplemente una teoría.

—Una teoría con la que podría acabar muerto.

—No —replicó Hanson al tiempo que desenvolvía un chicle. Se lo metió en la boca y miró a Norris—. A mí no pueden matarme.

—¿Usted cree, agente?

—Buenas tardes, señor Johnson. Ha sido un auténtico placer —se despidió.

Justo cuando salía por la puerta llegaba el Rolls de Felix por la Este 14. Cruzó la intersección y frenó junto al bordillo, delante de Hanson. Al volante iba Felix, y no lo acompañaba nadie más. Se apeó y subió a la acera, frente a Hanson, sonriente y vestido con un magnífico traje gris claro con camisa crema y corbata negra.

—Agente Hanson —dijo—, esperaba encontrarme con usted por aquí esta tarde.

—Me alegro de verlo, señor Maxwell —contestó Hanson—. *Bon chance*. Felix lo miró fijamente, pensando.

—Lo cierto —dijo— es que me enteré por el buscador de la policía de que iba a acudir usted a este aviso. He venido porque quería verlo.

—¿Qué puedo hacer por usted? —le preguntó Hanson. Siempre se había sentido cómodo en compañía de matones auténticos. Daba igual en qué bando jugasen. Era una cualidad que simplificaba bastante las cosas entre las personas. Siempre y cuando no estuvieran tan locas como para que él tuviera que preocuparse de que pudieran volverse contra él.

—Agente Hanson —dijo Felix tendiéndole un mano y apoyando la otra en su hombro—, amigo mío. He estado buscándolo.

Hanson asintió, preparado para cualquier cosa.

—Quería darle las gracias por ayudar a mi abuelo el otro día.

Hanson reflexionó unos momentos y luego negó con la cabeza.

—Perdone, pero no...

—En el centro. El caballero que había ido allí a que le arreglasen el reloj.

—Solomon —dijo Hanson, ahora sonriendo—. Iba con su amigo el señor Freely. Solomon Maxwell.

—Era mi abuelo... —lo interrumpió Felix sin querer, y acto seguido le hizo un gesto para que continuase.

—¿Era su abuelo? Ah, pues no me extraña. Estaba muriéndose de calor con aquel traje de lana, había perdido el coche y no les habían hecho caso... Los muy cabrones de los joyeros no les dejaron pasar.

—Porque eran negros y viejos.

—Lo siento, Felix.

—Así son las cosas, agente.

—Pero no deberían ser.

—Me dijo que el primer policía con el que hablaron pasó de ellos porque consideró que no merecía la pena molestarse, y me comentó la forma en que miró usted al empleado de la gasolinera cuando le dijo que tenía que cerrar.

—No creía que se hubiera percatado de eso —repuso Hanson bajando la mirada. Afirmó con la cabeza y sonrió al recordar—. Me alegré de poder ayudar. Su abuelo me dijo que debían de parecer dos maleantes.

—Fue el presidente de Maleteros de Coches Cama de América —dijo Felix—. Es una larga historia. El coche se lo regalé yo, pero no debería irse hasta allí conduciendo solo. Sabe que yo estaría dispuesto a llevarlo, o alguna otra persona, pero se niega a pedirme favores. Cuido de él, pero procuro que no lo sepa. No siempre estoy disponible.

La gente estaba saliendo de la iglesia y congregándose en la acera.

—Voy a dejarle que vuelva al trabajo —dijo Felix.

—Muy bien —contestó Hanson—. Dele recuerdos míos a su abuelo.

Felix se detuvo y se volvió.

—Una cosa más. Respecto de esos Musulmanes y de la inspección que les hizo. Se ha enterado todo el mundo. Los hizo pasar por idiotas. Tenga cuidado. Esa gente lo matará. Créame. Tienen un acuerdo con el ayuntamiento y con la policía. Vaya con precaución —terminó, y acto seguido se subió al Rolls y se marchó.

—Que tengan buena tarde —les dijo a los borrachos antes de cruzar la calle. Dedicó una sonrisa a los de la iglesia, que ahora se mostraban muy amistosos, y se excusó por tener que pasar entre ellos en dirección a la gasolinera abandonada.

Al llegar a su coche patrulla, se detuvo un instante a escuchar la música góspel que salía de la iglesia. Quizá se pasara por allí algún domingo, solo para echar una ojeada y ver de qué iba. Quién sabe. Recorrió un par de manzanas hasta un aparcamiento desde el que podía ver en todas direcciones y se puso a rellenar el parte de servicio. «No hay sospechoso ni denunciante. Se inspecciona la zona a pie con resultados negativos. Hanson/7374P.» Ya estaba haciéndose de noche, así que tuvo que encender los faros.

Parada de un coche de narcóticos

Hacía una agradable tarde de sábado en el distrito 5, el sol estaba bajo en el cielo. Hanson fue hasta el Burger King que acababan de abrir en el distrito 4 sin dar por finalizado el aviso anterior con la esperanza de que no pasara por allí un sargento y viera su coche mientras él hacía fila para comprarse dos Whoppers Junior y dos cartones de leche. Su radiotransmisor crepitaba constantemente y las personas que estaban en la fila con él fingían no haber reparado en su presencia. Constituía todo un riesgo abrir un Burger King en el distrito 4; unos cuantos atracos y acabarían cerrando el negocio. Hanson quería aprovecharlo todo lo que pudiera antes de que desapareciera.

Ya se había terminado uno de los Whoppers Junior con queso y un cartón de leche cuando cruzó High Street para regresar al distrito 5, desde donde llamó para dar por finalizado el aviso. La centralita le respondió de inmediato y le envió un código 2 relativo a un «hijo no deseado con una arma», entre la 82 y la Este 14. Arrojó por la ventanilla la otra hamburguesa y el otro cartón de leche, giró al llegar al semáforo y se dirigió a la Este 14. Se encontraba a pocas manzanas de la ubicación cuando la voz de la centralita fue interrumpida en mitad de una frase por el electrónico canto a la tirolesa que anunciaba otro robo a mano armada. El canal enmudeció unos instantes y a continuación la voz de la centralita recitó los detalles, en su mayoría inútiles:

—Pioneer Chicken 211, en el centro, implicado un 187. Dos varones de veintitantos años, de aproximadamente un metro ochenta, complexión media, pelo corto afro y vestimenta oscura. El sospechoso número uno empuña una pistola, el sospechoso número dos lleva una escopeta de cañones recortados. Han acorralado a los empleados y a tres clientes en la cámara frigorífica y los han encerrado con llave. Ambos han violado a la cajera y después le han disparado. Ha fallecido de camino al hospital. Posible vehículo del sospechoso, Lincoln azul intenso, con ventanillas tintadas y posiblemente con tapacubos de radios. No se conoce la matrícula ni se tienen más datos.

Por un instante vio el callejero abierto sobre el asiento del pasajero como una colección de mapas del siglo XIV. El fin del mundo conocido. Todas las páginas estaban en blanco, salvo por un diminuto dragón marino enroscado sobre el

papel.

Cogió el micrófono del salpicadero, apretó el botón de hablar y esperó a que hubiera un intervalo para comunicarle a la centralita que acababa de llegar a la ubicación.

—El conductor de un autobús urbano ha aparcado y está mirando desde la acera. Dice que el sujeto se encuentra drogado o que posiblemente es un 5150... Va andando por el interior del autobús, gritando a los pasajeros.

—[...]

—El coche que acaba de llamar, repita, por favor... La unidad que acaba de llamar, su transmisor no se oye bien, utilice la radio de vehículo...

—[...]

—La Quinta con Foothill...

El micrófono tenía las letras doradas de MOTOROLA grabadas en la parte superior, y la cara con agujeritos, que antes era de color beis, ya tenía la pintura desgastada después de tantos años de servicio.

—Negativo, el conductor no sabe si el sujeto es hombre o mujer. El sujeto empuña una navaja, entendemos... Tengo a 3L13 cubriendo... Unidad con el coche, deténgase un poco antes...

—Estoy en la Quinta con Foothill, un Ford LTD de color negro con matrícula JFM102.

—Unidad con el coche detenido, repita solo su número de llamada.

Cuando encontró la dirección, vio que arriba y abajo de la calle había varias personas patrullando sus patios armadas con bates de béisbol, sartenes, palos de golf. En el interior de la casa, la denunciante iba vestida con una bata roja y debía de pesar unos doscientos kilos: una ballena con pies y manos humanos minúsculos. Estaba reclinada en un sofá de vinilo beis con ruedas, apoyada sobre unos cojines, y fumaba con ansiedad. Debía de pasarse la vida en aquel sofá, seguro que incluso dormía en él por la noche. Hanson no veía la manera de poder moverla.

La casa tenía un microclima propio, húmedo y maloliente, producto de un cubo lleno de pañales sucios, comida quemada en la cocina, platos sin fregar que se habían usado como ceniceros y montañas de bolsas de basura que llegaban a la altura del hombro. Por la cocina pululaban varios niños que se dirigieron hacia la puerta mirando a Hanson con tristeza, temiéndose lo que iba a ocurrir. La denunciante se servía de ellos como mensajeros, para que le trajeran cosas y le entregasen las notas que escribía en un cuaderno que tenía una foto de Michael Jackson en la tapa.

Estaba borracha y había cambiado de opinión con respecto a involucrar a la policía.

—¿Le gusta Michael? —le preguntó sosteniendo el cuaderno en alto.

Hanson le respondió con una sonrisa que no comprometía a nada y levantando las manos.

—No pasa nada. A mucha gente no le gusta. Michael no es como los demás. —Dejó caer el cuaderno al suelo—. ¿Usted ha detenido alguna vez a mi hijo? Es el que tiene asustada a toda esa gente.

Hanson le preguntó cómo se llamaba su hijo.

—Si lo conociera, sabría cómo se llama —replicó la mujer rechazándolo con un gesto.

Hanson le dio las gracias y buscó la salida de la casa. Era una vivienda grande y de techos altos, con gente en todas las habitaciones, niños y adultos que daban la impresión de encontrarse de paso, que se sorprendían al verlo a él y luego actuaban como si no estuviera.

Fuera, al otro lado de la calle, una mujer vestida con una combinación con estampado de tigre estaba chillándole a un individuo desde la entrada de su casa, con unas tijeras plateadas en la mano que sostenía como si fueran una daga. Cuando el individuo vio a Hanson intentó sonreír, reculó desde el porche y dijo algo —Hanson le leyó los labios— así como: «No hay problema, agente».

Cuando regresaba al coche patrulla, Hanson vio a la Parca en la esquina de la calle. Llevaba un chaleco reflectante y un casco y sostenía un letrero que por un lado decía *DESPACIO* y por el otro decía *STOP*, y estaba dirigiendo el tráfico con motivo de unas obras. Le gustaría poder dar un paseo con ella, charlar un poco, regresar a la guerra en la que él siempre había sabido quién era y siempre había estado seguro de lo que estaba haciendo, pero la centralita lo estaba enviando en dirección contraria.

Paró en un semáforo entre la 82 y Bancroft cantando:

I got sunshine on a cloudy day.

When it's cold outside, I got the month of May...

Y, de repente, apareció un Lincoln Continental azul intenso —la descripción del vehículo que conducía el sospechoso del Pioneer Chicken— que cruzó por delante de él. A través de las ventanillas tintadas distinguió las sombras de un conductor y un pasajero; vio que miraban hacia donde estaba él y luego continuaron por Bancroft. Los tapacubos con radios lanzaban destellos, el resplandor anaranjado de cada una de las farolas iba reflejándose en el largo capó, en el parabrisas delantero, luego en el techo y en el parabrisas trasero, y por fin resbalaba por el maletero y se perdía en el pasado a la velocidad de la luz.

Relajado y totalmente despierto, con las pupilas dilatadas, Hanson torció en el

cruce de calles y comenzó a seguir al Lincoln con toda suavidad, con tanta perfección que se diría que llevaba toda la vida preparándose para aquel momento. El resplandor de las farolas era más intenso y más cálido y teñía la degradación de aquella calle del gueto de un color sutil a la vez que resaltaba todos sus detalles. Se dio cuenta de que el tiempo avanzaba un poco más despacio y con más estabilidad que antes.

Levantó el micrófono del salpicadero para comunicar a la centralita su posición y la matrícula del Lincoln, así como para seguir el proceso acostumbrado para solicitar refuerzos, aunque sabía que no habría ningún coche disponible, pero el tráfico de la centralita era tan intenso que volvió a dejar el micrófono en su horquilla.

Cuando redujo la distancia con el Lincoln y encendió las luces estroboscópicas, los otros viraron sobre la línea central y estuvieron a punto de chocar contra un coche aparcado; luego aceleraron. Ni siquiera se habían percatado de que él los iba siguiendo hasta que encendió las luces. Imaginó que ahora estarían discutiendo sobre lo que deberían hacer: ignorarlo y abrigar la esperanza de que se fuera, huir a toda velocidad, echarlo de la calzada, saltar del coche y huir a pie, parar y matarlo, parar y rendirse, parar y fingir que se rendían y después matarlo... Hanson accionó la sirena un momento y se tocó la cintura para cerciorarse de que no llevaba abrochado el cinturón de seguridad.

Puso la sirena de nuevo. El Lincoln apagó las luces, siguió avanzando una manzana más y acto seguido se metió por una entrada particular para coches y se escondió detrás de un bloque de apartamentos en forma de u, donde quedaba oculto desde la calle. Hanson fue tras él iluminando todo el patio del edificio con las luces estroboscópicas igual que una atracción de feria, revelando ventanas, paredes, escaleras, portales y contenedores de basura y volviendo a sumirlos en la oscuridad. Echó el freno de mano, sacó la escopeta de la taquilla del salpicadero, abrió y se apeó, pero permaneció entre la portezuela y el coche. Si sus adversarios salieran corriendo en distintas direcciones, podría disparar a ambos. Levantó con una mano la vieja Remington 870 y la sacudió como si fuera una serpiente de acero. Se sintió cómodo al empuñar una escopeta, se sintió cómodo al introducir una bala en la recámara. El chasquido metálico que produjo hizo eco entre los edificios.

—¡Los del coche! —exclamó—. Policía. No se muevan a no ser que yo se lo diga.

Se observó a sí mismo desde el otro costado del coche patrulla, aquel Hanson que lo miraba, el que empuñaba la escopeta, intercambiándose con él, adelante y atrás, incorpóreo bajo las luces estroboscópicas.

—Conductor, apague el motor y lance la llave por la ventanilla. —Aguardó

unos instantes. A lo mejor eran demasiado idiotas o estaban demasiado asustados para obedecer instrucciones. Ojalá pudiera matarlos a los dos sin más y acabar de una vez—. Baje la ventanilla.

El cristal de la ventanilla, que reflejaba las luces del coche patrulla, se fue introduciendo suavemente en la puerta. Hanson vio que el conductor tenía las dos manos apoyadas en el volante. Era un crío, un muchacho de unos diecinueve o veinte años que llevaba un sombrero de copa.

—Apague el motor. Apáguelo.

El tubo de escape del Lincoln dejó de ondular el aire bajo las luces.

—Arroje la llave por la ventanilla.

Se llevó la escopeta al hombro y se apartó de la protección que le ofrecía el coche patrulla para situarse en un lugar desde el que pudiera apuntar a la ventanilla del Lincoln.

—No me mire. Arroje la llave por la ventanilla.

Mantuvo estable la mira de la escopeta justo por debajo del mentón del conductor, como si el arma no le pesara nada, con la vista fija en el extremo del cañón azulado. El chico arrojó la llave al suelo.

—Si veo una arma, os mataré a los dos —tronó la voz de Hanson entre los edificios a oscuras—. Conductor, abra la puerta desde fuera, con las dos manos donde yo pueda verlas. Si no veo las dos manos vacías, dispararé. Pasajero, permanezca dentro del coche.

El conductor abrió la portezuela tirando del picaporte exterior con la mano izquierda y manteniendo la derecha extendida por fuera de la ventanilla.

—Empuje la puerta con las rodillas y..., no me mire..., salga del coche. —El chico abrió la portezuela y al hacerlo se le cayó el sombrero de copa. Mantenía ambas manos extendidas, como si fuera ciego—. Las manos en la nuca, con los dedos entrelazados. Apártese del coche hasta que yo le diga que pare.

El chico dio dos pasos al costado.

—Pare —le ordenó Hanson—. De rodillas.

El chico se agachó, apoyó una rodilla en el suelo y después la otra.

—Pasajero, permanezca dentro del coche. Conductor, quite las manos de la nuca, sepárelas bien del cuerpo y tumbese en el suelo boca abajo, con la cabeza mirando hacia el coche. Y no la cague.

Tensó el dedo sobre el gatillo mientras el chico bajaba un brazo, pero acabó tumbándose directamente boca abajo.

—Extienda bien los brazos, igual que Jesucristo en la cruz. Eso es. Separe las piernas. Bien abiertas. Más. Pasajero, abra la puerta y ponga las manos donde yo pueda verlas, encima del techo del coche. No me mire. Vamos, salga.

—¡No dispare! —rogó el pasajero. Era mayor que el conductor, de treinta y

tantos, y llevaba ropa cara. Aquellos dos no eran los autores del atraco.

—Ahora retroceda.

—No dispare.

—Continúe andando hasta que yo le diga que pare.

—No dispare.

—Haga lo que le digo. —Hanson lo obligó a retroceder y seguidamente lo puso a la izquierda y lo hizo arrodillarse y tumbarse en el suelo detrás del conductor. No eran los autores del atraco, pero ¿por qué no se habían detenido de inmediato? ¿Por qué habían entrado en aquel patio?

A lo lejos se oyó el aullido de unas sirenas que se aproximaban. Hanson se interpuso en la trayectoria de las luces estroboscópicas del coche patrulla, pisando con cuidado, apuntando a los dos sospechosos con la escopeta, uno de ellos todavía dentro del coche. Al poco irrumpieron en el patio más faros de vehículos y más luces estroboscópicas, y de pronto las sirenas enmudecieron. Se oyeron unas pisadas sobre el asfalto. Hanson levantó la escopeta cuando vio aparecer a dos agentes que no conocía de nada armados con esposas. Puso el seguro de la escopeta, regresó al coche patrulla y la guardó en su interior.

Pasaron junto a él dos detectives de la unidad especial de narcóticos. El del chaleco de cuero, con su bigote a lo Fu Manchú y su pelo largo, le ordenó:

—Ya nos encargamos nosotros —anunció.

No le hicieron caso. Los policías uniformados estaban levantando a los detenidos por las esposas. Le daba igual que quisieran hacerse cargo ellos de los detenidos y del papeleo, el mérito de aquella doble detención seguiría correspondiéndole a él en las estadísticas. Pero el tipo del chaleco le había cabreado profundamente.

—¿Qué? —replicó al tiempo que cruzaba por delante de los de narcóticos y se plantaba entre ellos y los detenidos—. ¿De qué está hablando?

—Que ya nos encargamos nosotros.

De repente, en medio del aspaviento de todas aquellas absurdas luces de emergencia, Hanson se desató. La detención había transcurrido con tanta calma que quizás aún estaba esperando explotar. Quizá, después de haber planeado matar a aquellos dos sospechosos y no haberlo hecho, y debido a que lo que había dicho el detective no tenía lógica ninguna, temió estar perdiendo la cabeza. Fuera cual fuese el motivo, acabó plantándose ante el detective de narcóticos empujándolo con el pecho y diciéndole:

—¿Por qué no te encargas de que te den por el culo?

Aquel era el mamón para el que él debería tener licencia para matar. ¿Con quién cojones se creía que estaba hablando, y de qué estaba hablando?

De pronto apareció el sargento Jackson.

—Deja que se lleven al detenido —dijo en voz grave, apaciguadora, fiable, el tono de voz que empleaba Hanson para resolver disputas sin efectuar detenciones—. Ya te lo explico yo —agregó.

Había siete coches policiales y una ambulancia de los bomberos, todos amontonados en el patio del bloque de apartamentos, más un helicóptero sobrevolando en lo alto; un atasco de vehículos de emergencia que formaban un enjambre de luces intermitentes entre el continuo crepitar de las radios. Una cinta amarilla impresa todo a lo largo con la palabra POLICÍA impedía el paso a los periodistas y a otros ciudadanos, pero los vecinos del bloque de apartamentos se habían asomado a las ventanas y contemplaban la escena desde arriba, apoyados en las barandillas de hierro, bebiendo y fumando, intercambiando rumores. Dos tenientes habían venido y se habían vuelto a marchar.

El sargento Jackson continuaba allí, con Hanson. Sus coches eran los dos últimos que quedaban, solo con las luces de posición. El sargento Jackson había explicado que el pasajero del Lincoln era un policía de incógnito que estaba trabajando para el Departamento de Narcóticos.

—Una necesidad —dijo Jackson—, pero oficialmente no me pagan por eso. De todas formas, agente Hanson, deberías haber comunicado tu posición. Hay quien ya opina que estás buscando que te maten, a juzgar por cómo te encargas tú solo de los avisos.

—Yo... —empezó Hanson—. La centralita estaba... —dejó la frase sin terminar.

—Lo bueno es que esta vez no va a haber mucho papeleo —le dijo Jackson.

Hanson afirmó con la cabeza.

—De acuerdo —concluyó el sargento Jackson—. Excelente. —Abrió la portezuela de su coche patrulla con la intención de marcharse, pero antes se volvió de nuevo hacia Hanson—: No, la buena noticia es que no has matado a ninguno de los dos.

Sonrió y acto seguido se fue.

Volveré de todas formas

Como Hanson rara vez veía en la calle a un policía que conociera, y mucho menos con el que le apeteciera hablar, cuando recibió el aviso de acudir como refuerzo a Morris, un chaval que había estado con él en la Academia y que le caía bien, se ofreció voluntario. Morris necesitaba que alguien vigilara a su detenido, y Hanson agradeció tener una oportunidad de saludarlo por primera vez desde que se graduaron.

Las casas de aquel barrio eran viejas. Se habían construido antes de que la zona este de Oakland fuera toda negra, pero los propietarios las estaban cuidando bien. De vez en cuando había alguna calle que estaba desmoronándose, quemada, invadida por la basura, territorio de la droga, las armas y las pandillas callejeras, mientras que el bloque de al lado estaba verde y bien mantenido.

Cuando Hanson llegó y se detuvo detrás del coche patrulla de Morris, el sospechoso estaba esposado en el asiento trasero. Morris estaba interrogando a la mujer y a su marido en el césped de la entrada e intentaba al mismo tiempo no quitar ojo al sospechoso. Hanson se quedó de pie detrás del coche, para vigilar al sospechoso y oír lo que decía Morris.

Quien había llamado a la policía era la mujer: su marido estaba reteniendo a punta de pistola al tipo que había intentado violarla.

Ella estaba arriba, en el dormitorio, contó, cuando de repente entró una persona por la puerta y empezó a subir la escalera. Creyó que era su marido, que se había marchado media hora antes a trabajar en la tienda de neumáticos y debía de haber vuelto para coger algo que se le había olvidado. Pero el que apareció en la puerta del dormitorio fue el sospechoso. Le dijo que no gritase, que no le iba a hacer daño. Le dijo que se quitase la ropa. Fue un milagro que su marido llegara a casa en aquel momento.

El marido le dijo a Morris que al llegar al trabajo llamó a casa solo para saludar a su mujer y tal vez animarla un poco, porque llevaba un par de días deprimida, y nadie contestó al teléfono. Aquello lo preocupó mucho, tanto como para volver a casa, y al entrar vio a su mujer bajando la escalera a todo correr, gritando, envuelta en una sábana, y el sospechoso aún estaba intentando abrir la ventana del dormitorio. Lo apuntó con su pistola y lo obligó a tumbarse en el

suelo mientras su mujer llamaba a la policía.

El sospechoso no llevaba ni dos semanas fuera de la cárcel, después de haber cumplido casi cuatro años de una condena de seis por posesión y tráfico, agresión a un agente de policía, agresión con agravante, resistencia a la autoridad e intoxicación pública, todo en un solo incidente, la única vez que lo habían detenido, salvo por un par de delitos cuando era menor cometidos un par de años antes. Debió de cabrear mucho a los agentes que lo detuvieron, se dijo Hanson.

Eran una pareja agradable. La mujer era guapa, de veintipocos años, y ahora estaba llorando. El marido era quince años mayor que ella, cabeza rapada, bigote, el típico tío que ha trabajado mucho toda la vida. Estaba furioso con ella porque aquel incidente lo había asustado, y él no era de los que se asustan muy a menudo.

—¿Cómo se te pudo olvidar cerrar la puerta con llave cuando me fui yo? — oyó Hanson que le decía antes de que pasaran al interior de la vivienda para terminar el interrogatorio con Morris; probablemente no era la primera vez que le preguntaba aquello.

—Pensaba que había cerrado con llave —logró articular ella entre sollozos.

—Perdona, nena —dijo el marido.

Hanson se quedó con el detenido, que estaba con la vista al frente, negándose a mirarlo. Era algo mayor que Morris, atractivo, musculado, pelo rizado y un tipo duro tras haber vendido droga en la calle y haber pasado cuatro años en la cárcel.

Hanson contempló la casa, luego se agachó y volvió a mirar al detenido. No le parecía que fuera el típico allanador medio imbécil que entraba en un domicilio desconocido en pleno día y decidía violar a una mujer que no paraba de dar gritos. Había un coche en la entrada para vehículos, de modo que tuvo que sospechar que había alguien en casa. Todas las ventanas y las puertas tenían barrotes de seguridad. Y no había tocado a la mujer. Solo le dijo que se quitase la ropa. Había algo que no cuadraba.

Abrió la portezuela del coche patrulla y le leyó sus derechos, lo cual estaba seguro de que cabrearía a los detectives que llevaban el caso, porque querían obtener todas las declaraciones voluntarias que pudieran antes de leerle los derechos, pero que se jodieran.

—¿Entiende lo que acabo de leerle?

—Sí —respondió el otro mirando la casa a través de la rejilla de seguridad y del parabrisas.

—¿Hay algo que quiera decirme acerca de lo sucedido?

El sospechoso encorvó la espalda y se echó hacia delante para aliviar la presión de las esposas.

—Deje que les ponga el doble seguro a las esposas —le dijo Hanson— para que no le aprieten. Estoy dispuesto a tomar nota de su versión de los hechos. ¿Qué es lo que ha ocurrido en realidad?

—Lo que ha contado ella.

—¿Usted la conoce? —preguntó Hanson, que terminó con las esposas y volvió a guardarse la llave en el cinturón.

—Da igual —contestó el sospechoso. Luego levantó la vista hacia él y le preguntó—: ¿Qué está haciendo usted aquí?

—Es mi trabajo.

—Ya. —Hanson se sintió invadido por la miasma de sudor y vómito que salía del interior del coche, el mismo hedor que se acumulaba en su uniforme y en su cabello todas las noches.

—Sí que la conozco —dijo el sospechoso volviendo a recostarse contra el asiento—. La conocí hace mucho. Me acordé mucho de ella mientras estuve encerrado. Hace dos días la llamé y ella me dijo que viniera a verla. Acababa de salir de chirona y estaba viviendo con mi madre. No encuentro trabajo, soy un expresidiario, lo tengo jodido. Me subí al autobús y el resto del camino lo hice a pie. Ella me abrió la puerta... Cuando entré en la casa, pensé: «¿Y si esta fuese mi casa? ¿Y si aquí viviese yo, con ella, los dos juntos?». Cerró con llave. La acompañé hasta el dormitorio pensando en eso. Cuando apareció su marido, se puso a chillar. ¿Qué iba a hacer ella, si no?

—Voy a tomar nota de todo esto —le dijo Hanson—. Quedará libre.

—No voy a quedar libre. ¿Tengo pinta de ir a quedar libre? Volveré al trullo de todas formas. ¿Para qué joderle la vida a ella? Su marido la está cuidando bien, mejor de lo que podría cuidarla yo.

—¿Está seguro? Yo podría redactar esto de forma favorable. ¿Por qué volver a la cárcel por un delito que no ha cometido?

El sospechoso bajó la vista al suelo del coche.

—¿Y por qué cree que fui a la cárcel la primera vez? —Levantó la vista—. ¿Usted trabaja aquí? Soy culpable. Escriba eso. —Después añadió—: Me alegro de haber venido a verla. Ha merecido la pena.

A lo mejor estaba mintiendo. A lo mejor la mujer lo había planeado todo después de que llamara él por algún motivo. O a lo mejor no mentía y la mujer no había planeado nada, y simplemente quisieron verse. A lo mejor en otra época habían estado enamorados. Esa idea lo hizo pararse a pensar. Nunca había imaginado que alguien pudiera enamorarse allí. Era toda una revelación. De ser así, su trabajo resultaría casi imposible.

Pasó la noche entera pensando en ello. Nunca lo había estudiado desde ningún punto de vista.

¿Y cuándo había estado enamorado él?

Pensando en Libya

A Hanson se le había acabado el alcohol. Creía tener otra botella de tequila, pero no la encontró por ninguna parte, ni siquiera después de haberla buscado en todos los cajones y en todos los armarios, debajo de los muebles, habitación por habitación. Sí que encontró un estetoscopio detrás de una estantería de libros, y se lo colgó alrededor del cuello mientras continuaba buscando el tequila. Se lo había encontrado una noche, meses atrás, en el suelo de una sala de urgencias; se lo llevó a casa y se olvidó de él.

Renunció al tequila, sacó una cerveza del frigorífico y se fue con ella al viejo porche trasero, desde el que se veía a lo lejos un tramo de la autopista MacArthur, apenas visible a lo lejos, donde describía una curva alrededor del ala este del hospital, que era adonde él solía llevar a los heridos y a los locos las noches en que estaba de servicio. Como siempre, había tráfico denso en ambos sentidos, la hilera de luces rojas y blancas parecía flotar suspendida en la negrura del cielo. Cuando bajó la mano para coger la cerveza, el estetoscopio le rebotó contra el pecho, como para recordarle que estaba ahí. Se lo quitó y lo miró de cerca bajo la tenue luz que salía de la cocina. Se puso los extremos de goma en los oídos, apretó el diafragma negro contra su pecho y se quedó muy quieto, intentando oír su corazón.

Sonaba distante, como si viniera del fondo de un océano muy lejano en el que llevaba toda su vida esperando, llamándolo a él. Un doble latido suave, incansable, impertérrito, inconfundible, que le hablaba en un idioma olvidado mucho tiempo atrás que, si fuera capaz de recordarlo, le explicaría todo.

Miró el teléfono. Libya le había dicho que era una insensatez que se vieran. Que era perjudicial para todo el mundo, sobre todo para Weege. Casi no se conocían el uno al otro, y de todas formas ella era negra y él era un policía blanco. Hanson sabía que Libya tenía razón, pero estaba enamorado de ella. Ya se había enamorado alguna otra vez, pero así no. No podía dejar de pensar en ella. Pensaba en ella todo el tiempo. Pensaba en ella cuando estaba trabajando. Pensaba en ella cuando terminaba de trabajar y se emborrachaba en la cocina. Lo que más deseaba en el mundo era estar con ella, mirarla, oír su voz y cuidarla. Pensaba en ella todas las noches cuando se iba a la cama, y se despertaba

pensando en ella. Tenía casi cuarenta años, y estaba enamorado como un colegial. A lo mejor, se dijo, si aquella noche, mientras le curaba el pie, aquel pie tan delicado y perfecto, no se hubiera ido la luz... ¿quién sabe? Pero ahora tenía ganas de sostenerle de nuevo el pie entre sus manos, de apretar la cara contra él, olerlo, besarlo, limpiarle la sangre con compresas calientes y después desinfectarlo con alcohol, frío y punzante.

¿Y si fuera a verla ahora que no estaba de servicio y la encontrase con otro hombre, con uno negro? ¿Sería lo bastante sensato para marcharse? ¿Y si el otro decidía no facilitarle las cosas? Bueno, en ese caso tendría que liarse a hostias con él y terminar en el calabozo. ¿Por qué? Venga, hombre, no te hagas el tonto; sabes de sobra por qué.

Fuera estaba oscuro, era tarde, el tiempo pasaba. La imaginó desnuda en la cama, con las sábanas cubriéndole el torso o tiradas en el suelo. Tumbada de costado. Boca abajo. El tiempo era implacable. Se imaginó a sí mismo desnudo a su lado, con un brazo sobre sus pechos, aspirando su olor, posando su boca en la de ella, lo que harían después. Y sus manos, los anillos de plata y de oro que llevaba en los dedos, sus manos sobre él.

Se quitó el estetoscopio de los oídos, fue hasta el otro lado de la habitación a buscar su billetera, se metió la Hi Power en la cintura y salió de casa. Libya estaría sola. Weege se había ido a pasar diez días a un campamento de Mendocino. La semana anterior había tenido una conversación con él en el extremo este del lago Merritt, Weege de pie junto a su bicicleta, ambos contemplando cómo los cormoranes se zambullían en el agua para pescar pececillos. Weege ya había ido otras veces al campamento de Mendocino. Allí tenían canoas y todos dormían en tiendas de campaña.

Aparcó directamente enfrente de la casa de Libya y procuró no subir a la carrera el sendero que llevaba hasta la puerta. En la ventana había una luz, la única de toda la manzana, una vela que parpadeaba detrás de los visillos y de la que se elevaban delgadas volutas de humo. Se oía música de Sam Cooke.

Llamó a la puerta con los nudillos sintiéndose como si estuviera en una zona horaria distinta, en la que lo vería la vecina de al lado, la de los dos perritos, lo verían todos los negros del vecindario, lo vería todo el mundo. El Departamento lo iba a crucificar, seguro. Pero le daba igual.

Se abrió la puerta y en cuanto pasó al interior de la vivienda Libya volvió a cerrarla y echó la llave.

—Sabía que esta noche ibas a venir —le dijo.

Eran las tres de la madrugada y estaba fumando marihuana, sujetando el porro delicadamente con la punta de los dedos. Sonrió y, moviéndose con las luces y las sombras de la vela, que recorrían las paredes de la habitación, yendo

y viniendo, la brasa del porro brillando cada vez que le daba una calada, empezó a desabrocharse la blusa blanca de algodón que llevaba puesta.

—He estado pensando en ti —le dijo Libya al tiempo que se giraba con la luz—. Toma, cielo —le dijo al tiempo que se quitaba el porro de los labios echando humo y se lo ofrecía a Hanson—. No se lo diré a nadie. —Se pasó los dedos de una mano por el pelo mientras él la miraba fijamente, sosteniendo el porro entre los dedos—. ¿O es que finalmente has venido a detenerme? —dijo a la vez que se abría la blusa, sacaba un brazo, luego sacaba el otro y la arrojaba al suelo.

La última vez que Hanson fumó droga había sido después de una fiesta de la universidad, en compañía de una ayudante de catedrático, una mujer regordeta que le enseñó algo del Departamento de Arte y cuyo marido, según le contó, se encontraba de viaje en Praga, adonde había ido para documentarse sobre arquitectura decó de la época anterior a la guerra.

—No, en absoluto —contestó aspirando humo y con la sensación de estar presenciando un milagro—. Esta noche no estoy de servicio. Dos delincuentes —añadió— al margen de la ley. —No se sentía así de feliz desde... en fin, no recordaba desde cuándo—. Aunque puede que sea necesario... —empezó, sintiendo tal opresión en el pecho que se maravilló de que aún pudiera seguir respirando. Se le olvidó lo que tenía pensado decir cuando Libya, sin apartar los ojos de él, se llevó las manos a la espalda y se desabrochó el sujetador.

Estrellas falsas

Hanson está durmiendo, mirando los pájaros en su patio, al amanecer, en compañía de Weegee.

Están consultando el libro de aves para saber si ese pájaro de ahí es un colibrí gorginegro o un colibrí de Allen. Weegee levanta el libro en alto.

—Aquí dice que no se puede ver la diferencia entre las hembras.

Hanson le sonrío.

—Tal vez sea la misma especie.

Al otro lado de la ciudad, en el pueblo de San Antonio —otro país—, Felix está contemplando el cielo nocturno, en el cual hay una falsa estrella que brilla sobre la bahía, parpadeando y lanzando destellos, como si titilara, apareciendo y desapareciendo. Son estrellas falsas. Ponen como mínimo cuatro cada noche, cuatro como mínimo, en ocasiones más. Unos aviones que vuelan a gran altitud —él los llama lanzadores de estrellas— las lanzan cuando se pone el sol, sincronizadas con sus propias luces estroboscópicas, y se acomodan en un sitio donde permanecen apagadas pero después, cuando el avión ya se ha ido, se encienden. Es obvio lo que están haciendo, pero nadie ha informado nunca de ello ni ha escrito nada al respecto. ¿Cómo hacen para mantenerlo en secreto? Los controladores del tráfico aéreo tienen que saberlo.

La mayoría de la gente nunca mira al cielo cuando es de noche, y las estrellas están tapadas por la contaminación lumínica, pero aun así seguro que miles de personas las ven y no dicen nada. Tienen miedo de que las tomen por locas.

Felix ya no intenta sacar el tema, ni siquiera con Levon. Le nota en la mirada lo que está pensando cuando le habla de ello, sonrío y asiente a todo lo que dice, como si él fuera un loco.

No puede darse el lujo de enfadarse por ello. Eso es lo que las estrellas esperan que haga. No puede enfadarse.

Las estrellas falsas saben que él es consciente de su presencia, de lo que están haciendo. En este momento lo están escuchando. Les da igual que él lo sepa, porque ¿qué puede hacer al respecto? ¿Dar parte a las autoridades?

Lanza una carcajada. Son casi las cuatro de la madrugada.

Hay una brigada especial o una unidad especial espiándolo, todos los

organismos: la Policía de Oakland, la DEA, el FBI, el ATF; la CIA. También el Departamento de Justicia está al tanto, tiene a los jueces. Otros. Todas las noches, sin órdenes de detención ni causas probables, sin nada. Todo ilegal. Ellos se inventan las leyes y las van modificando sobre la marcha. Le pinchan el teléfono, le ponen micrófonos en la casa. El fisco está en los bancos que cuentan su dinero. Informantes por todas partes. Espías que lo vigilan día y noche, que graban cada palabra que dice y luego hacen un cortapega para conseguir lo que necesitan para declararlo culpable. Y ahí están esas estrellas todas las noches.

Y cuando no consiguen pillarlo con las manos en la masa, se lo inventan. Cosas que no han ocurrido nunca. No las incluyen en los registros públicos, las clasifican como de uso exclusivo para los agentes de la ley y luego las citan en un par de boletines o informes trimestrales, y no tardan en ser verdaderas, «de conocimiento general, señoría», y a ninguno de sus abogados se le concederá acceso para cuestionarlas. En cambio, ellos siguen queriendo el puto dinero.

En este momento ya no puedo hacer nada, se dijo, salvo irme a la cama. Intentar dormir. Empieza a hacer frío.

Segunda vez

Hanson y Libya están juntos en la cama, cómodos. Por la autopista de Nimitz pasa un camión de bomberos con la sirena a todo volumen y los perros de la vecina le ladran al mismo tiempo. Un helicóptero de la policía se acerca desde la bahía y pasa por encima de la casa tronando y barriendo las ventanas con su foco.

—Cuéntame algo que no le hayas contado a nadie —dijo Libya.

Hanson le contó la anécdota de las mujeres vietnamitas que guiaban a unos búfalos de agua. Le contó que estuvo a punto de matarlas, le contó cómo era él en aquella época.

—Yo una vez estuve a punto de morir de un chute de heroína —le contó ella con los ojos brillantes, recordando—. Tenía veinte años —añadió poniendo una pierna desnuda encima de la de él y arqueando la espalda.

—¿Cómo...? —empezó Hanson, pero se olvidó de lo que iba a decir y de la persona que era en ese momento, de todo—. Ya es demasiado tarde para abandonar esto —terminó.

—Ya era demasiado tarde la primera vez que te dejé entrar por la puerta.

* * *

Una hora más tarde, todavía en la cama, después de que ambos hubieran estado pasándose un porro, Hanson dijo:

—Hay otra cosa más que nunca le he contado a nadie. O eso creo, por lo menos en veinte años, porque yo mismo me había olvidado de ello hasta ahora. Pero no es ningún secreto, y tampoco una confesión.

—Antes de que me cuentes esa historia, deja que me ponga cómoda —dijo Libya acercándose un poco más.

—En el primer año del instituto acepté un empleo de media jornada en el Holiday Inn de Greensboro. Todos los hoteles y moteles, los restaurantes, los cines, los baños, todo, seguían estando segregados. Por ley. Pero cuando yo estuve trabajando allí, no sé por qué ni quién lo decidió, el Holiday Inn era donde se alojaban los grupos de cantantes negros que acudían a la ciudad a

actuar, y era el más bonito de todos. Era un secreto. Si eso hubiera llegado al conocimiento del público, los blancos habrían dejado de alojarse allí y el hotel habría tenido que cerrar. Mi madre fue al mismo instituto que el director, así fue como conseguí el empleo. Yo tenía dieciséis años, pero aparentaba tener doce.

»Mi trabajo consistía en ser camarero del servicio de habitaciones, y como es natural los grupos solicitaban el servicio de habitaciones porque los restaurantes de la ciudad estaban segregados y de todas formas en su mayoría eran para los blancos. Yo iba al Holiday Inn al salir de clase, me ponía uno de esos delantales de camarero, y enseguida empezaban a llegarme pedidos del servicio de habitaciones. Aquellos grupos eran magníficos, cantaban música *motown*, eran gente que uno oía todos los días en la radio, cantantes de las listas de éxitos: Las Shirelles, las Marvelettes, las Chiffons... Patti LaBelle y las Bluebells, lo mejor de lo mejor. Permanecían atrapados en aquel hotel antes y después de actuar, casi como si estuvieran secuestrados, aburridos.

»Yo les llevaba cócteles de gambas de cinco dólares en aquellas enormes bandejas plateadas, cubiertos con una tapa en forma de campana. Y hamburguesas. Y sándwiches de huevo. Siempre en aquellas bandejas, en un carrito que conducía por los pasillos. Llamaba a la puerta diciendo «Servicio de habitaciones», y ellas me respondían cantarinas: «Pasa» o «Entra, cariño, te estamos esperando», y me las encontraba sentados en una de las camas individuales, como cuatro en cada cama, vestidas con idénticos trajes de escenario, y todas me sonreían en cuanto entraba por la puerta. Me gastaban bromas y lograban que me sonrojase. Eran maravillosas.

»Los artistas que estaban de gira también eran los auténticos: Gary U.S. Bonds, los Isley Brothes, Junior Walker y los All Stars. Yo conocía su música, cantaba sus canciones cuando estaba solo. Eran los mejores del mundo. Los hombres pagaban lo que consumían los grupos formados por mujeres: hielo y gaseosa para las botellas que habían adquirido en una tienda de licores del gobierno, y a mí me pagaban con gruesos fajos de billetes sujetos con una goma en los que había un billete de veinte arriba y principalmente billetes de un dólar debajo.

»Recuerdo que yo les decía a los grupos formados por mujeres, que estaban sentadas en el borde de la cama, lo magníficas que eran y lo mucho que me gustaba su música, mientras ellas bebían ron sin mezclar en vasos de papel y me contestaban: «Gracias, cielo».

Hanson rio al recordar todo aquello, feliz. Posó una mano sobre el costado de Libya, le acarició el pecho, luego acercó la cabeza para mirarla a los ojos y le dijo:

—Gracias, cielo.

Horas extras

La encargada está paseando lentamente en la sala sin ventanas del sótano de la Ciudad de la Justicia donde se aloja la radio de la centralita, enganchada a la electricidad mediante un cable negro enrollado en espiral. Va asignando coches de un solo conductor a las denuncias y los avisos que se reciben, atiende los controles de tráfico, las consultas de datos, las solicitudes de refuerzos, envía coches a donde se necesiten y los llama de nuevo para, cuando vuelvan a estar disponibles, enviarlos a otra misión. Los operadores de Emergencias manejan los teléfonos y procesan la montaña de avisos, todas las solicitudes, denuncias y acusaciones, las escriben de forma abreviada en una tarjeta perforada y se las entregan a la encargada cuando pasa. Robos, violaciones, allanamientos, palizas, violencia doméstica, tiroteos, personas desaparecidas, personas que sospechan algo, conductores borrachos, invasores de la propiedad ajena, individuos que pegan a su mujer, actos pervertidos y lascivos, borrachos, perros que ladran, locos, gente que chilla, que gruñe, que habla lenguas extrañas, inconsciente, tirada en la calle, muerta... En la sala de la centralita siempre es de noche, siempre es muy tarde, en ese sótano en el que el reloj de veinticuatro horas resplandece igual que la luna.

Hanson comunicó que había quedado libre del aviso anterior y enfiló la autopista. Le dolía el tobillo de haberse caído de una valla metálica, le sangraba la mano izquierda sobre el volante y ya llevaba dos horas extras. Detuvo el coche en una calle tranquila situada al norte de la autopista y se alumbró la mano con la linterna. Tenía dos marcas de pinchazos en la base del dedo pulgar, semejantes a una mordedura de serpiente. Debió de hacérselas cuando perdió agarre y se cayó de la valla. Estaba limpiándose la sangre restregándosela contra el calcetín cuando de pronto oyó que se estrellaba un coche, una explosión de hierros y cristales rotos. Levantó la vista y vio por el parabrisas una nube blanca de vapor que se elevaba iluminada por los faros del coche, como a media manzana de allí.

—Cinco Tac 51, tengo una colisión en el bloque 700 de Hamilton Street.

¿Hay algún turno de noche disponible que pueda hacerse cargo mientras yo llamo a una ambulancia y quedo a la espera?

—*Negativo, Cinco Tac 51.*

—Entonces estaré en esa ubicación —repuso Hanson.

Quizá no sea tan grave como parece, iba pensando Hanson. Luego sonrió para sí; nada que fuera a poder despachar con un parte de servicio para marcharse a casa.

Encendió las largas y las luces del techo. Flotando en la nube de vapor había un Chevy del 63 de color rojo cereza y un Super Sport rojo manzana con llantas de radios y la parte delantera destrozada. El Chevy reculó para apartarse del Buick aparcado contra el que se había empotrado, y en la maniobra se llevó consigo la portezuela del Buick, que cayó al suelo. Acto seguido, arrastrando piezas sueltas, pasó por delante del coche patrulla de Hanson con los neumáticos pinchados, el radiador traqueteando y la correa del ventilador rechinando.

—¡Hostias! —exclamó Hanson en voz alta al tiempo que daba la vuelta para seguirlo, ahora con las luces y la sirena encendidas, para mayor estruendo. Lo siguió a cuarenta por hora y le comunicó a la centralita la descripción del vehículo y la matrícula. A lo mejor la detención de un conductor borracho atraía a algún agente que estuviera haciendo el turno de noche y lo animaba a venir para que figurase su nombre en el informe, y a lo mejor se encargaba él del papeleo. Un momento después, el destrozado parachoques delantero izquierdo del Chevy arrancó el neumático de la rueda y, mientras la llanta avanzaba echando chispas, lo lanzó contra otros dos coches aparcados. Empezó a sonar la alarma y poco a poco fueron encendiéndose luces en todo el barrio. Un montón de papeleo.

Hanson continuó persiguiendo al Chevy, bloqueándole la retaguardia, con las luces estroboscópicas encendidas, y aceleró levemente para situarse junto a la puerta del conductor pero un poco por detrás de ella, para que la persona que iba al volante no pudiera abrirla de repente y golpearlo a él. Conducía una chica muy joven, como de unos quince años.

—¡Baje del coche! —le chilló para hacerse oír por encima del claxon, pero ella lo ignoró y accionó el motor de arranque. El destrozado radiador expulsó hacia él una nube de vapor, una niebla caliente que apestaba a goma quemada y que le empapó la camisa—. ¡Baje del coche!

—¡Que te jodan! —contestó la chica sangrando por la nariz y dándole repetidamente a la llave de contacto.

Se encontraba bajo la influencia de algo más que simplemente el alcohol que percibió Hanson. Cuando se volvió para mirarlo, escupiendo sangre y con los dientes de color rosa, él se lo notó en los ojos. Mierda, estaba colocada.

El motor de arranque hizo que el Chevy diera un tirón hacia atrás. Hanson retrocedió para quitarse de en medio a la vez que la chica abría la portezuela de una patada, y el tobillo que se le había torcido cedió. Cayó al suelo, y la chica echó a correr y desapareció en la oscuridad. Hanson fue cojeando tras ella, sintiendo un dolor que le subía del tobillo igual que una corriente eléctrica, sujetando la pistola enfundada contra la pierna. Se llevó una mano al cinto para coger el radiotransmisor y pedir ayuda, pero de pronto se acordó de que había dejado de funcionar porque se le había agotado la batería. Si regresaba al coche patrulla para utilizar la radio, perdería a la chica. Los desperfectos sufridos por el coche patrulla multiplicarían el papeleo.

La chica no corría muy bien y era más bien menuda, pero, si él estaba en lo cierto respecto de la droga que había tomado —polvo de ángel—, iba a costarle mucho trabajo esposarla sin ayuda. Además de su efecto analgésico, confería una fuerza sobrehumana. Y también enloquecía a la persona.

Le cerró el paso a la chica en la zona delantera del solar de la esquina de la calle. La aferró por el brazo, pero ella se zafó. Entonces la agarró del otro brazo e hizo fuerza. Ella le arañó la cara y le arrancó la placa. Luego intentó morderlo, y Hanson se echó hacia atrás, y al hacerlo la arrastró consigo y ambos acabaron rodando por el suelo porque a Hanson volvió a fallarle el tobillo.

—¡Eeeh! —chilló la chica—. ¡Eeeh! ¡Socorro!

Hanson se incorporó y al instante la chica se abalanzó contra él, pero él volvió a arrojarla al suelo.

Desde el porche cubierto de la casa de la esquina gritó una mujer:

—¡Déjela en paz! ¡Tengo un arma, y estoy dispuesta a dispararle!

—Señora... —empezó Hanson.

La chica logró incorporarse. Hanson le puso la zancadilla.

—¡Socorro! —gritó la chica—. ¡Chinga a tu madre! —dijo en español—. ¡Socorro!

La voz procedente del porche volvió a gritar:

—¡Tengo una escopeta! ¡Vamos, deje en paz a esa chica o disparo!

—Soy policía.

—¿Y entonces por qué está golpeando así a una pobre chica? Usted no es policía, usted es un macarra y un violador.

La chica le escupió.

—Puto —le insultó en español, y acto seguido se puso primero de rodillas y luego se levantó igual que un corredor de cien metros lisos en los tacos de salida, en el preciso instante en que una linterna procedente del porche alumbró a Hanson de lleno en la cara.

—¡Le voy a disparar!

La chica aprovechó para salir corriendo.

—Pues dispáreme, señora. ¡Adelante, dispare a todo el mundo! —contestó Hanson—. Y dispare también a la gente que iba en los coches contra los que se ha estrellado esa chica, venga —dijo al tiempo que iba detrás de la fugitiva.

De pronto oyó unas sirenas y las copas de los árboles empezaron a iluminarse con unas luces azules y rojas. El haz de la linterna se apagó.

Dos coches patrulla, llegados de distintas direcciones, tenían a la chica atrapada en la luz de los faros. Hanson se acercó cojeando hacia ellos al tiempo que dos agentes se apeaban y agarraban a la chica, la arrojaban al suelo boca abajo y se esforzaban por llevarle los brazos a la espalda. Hanson, de pie en la acera, observó como volvía a zafarse. De nuevo la obligaron a tumbarse boca abajo; uno de ellos le puso una rodilla en la nuca y otra en el brazo, la asió por el pelo y le hizo girar la cabeza mientras su compañero le ponía una rodilla en la espalda, le esposaba una muñeca y, con ayuda del primer policía, agarraba el otro brazo y lo esposaba también. Cuando la chica intentó levantarse, el segundo policía metió la porra entre las muñecas esposadas con el mango por encima de una y la punta debajo de la otra y le retorció los brazos hasta que se quedó quieta. Buen trabajo.

—Gracias por la ayuda —le dijo uno de ellos a Hanson.

Hanson rio.

—No —repuso—, gracias a vosotros.

—Estás haciendo horas extras, ¿no?

—En efecto.

—Pues puedes encargarte tú de trasladarla, ya que tienes que ir a la comisaría de todas formas.

—Claro. Vosotros necesitáis iros ya a dormir. Pero ¿quién va a encargarse del papeleo de todo esto?

Los dos policías se miraron el uno al otro. Debían llevar acaso quince años en las calles.

—El agente principal eres tú.

—Pero la detención la habéis efectuado vosotros.

—¿Cuál es el problema, amigo? —saltó el otro poli—. Hemos venido solo para ayudarte.

—Ha sido una noche muy larga, agente. Sí, ya me encargo yo de trasladar a la detenida. ¿Os importa ayudarme a subirla a mi coche?

—Sí, claro, cómo no.

Esposaron las piernas a la detenida, que no hacía más que escupir e intentar morderlos. Cuando Hanson trajo su coche, la levantaron por las cadenas de las esposas de los tobillos y de las muñecas mientras ella se agitaba como un pez, la

depositaron en el asiento trasero y cerraron la portezuela.

—No te olvides de incluir nuestros nombres en el informe, te estaremos muy agradecidos. Necesitamos las horas extras en los tribunales. Ya sabes, tenemos que protegernos los unos a los otros.

—Claro que sí —respondió Hanson.

—Somos Singer y Neal —dijo el otro. Estaba facilitando a Hanson los números de placa cuando de improviso la detenida lanzó una patada contra la ventanilla del coche patrulla con los pies descalzos. Entre los tres la sacaron de nuevo del coche, sujetaron ambas esposas con el cinturón de Hanson para trabarla del todo y volvieron a meterla dentro.

—Me la llevo directa al calabozo —dijo Hanson—. No quiero que se muera dentro de mi coche patrulla mientras estoy haciendo un croquis del siniestro. Si vosotros os encargáis del parte de los vehículos siniestrados, incluiré vuestros nombres en el informe.

—Haremos un parte de continuación —prometió Singer— y lo entregaremos cuando finalice nuestro turno. Los dos hemos sido antes agentes de tráfico. Pero tú pon nuestros nombres en el informe.

—Gracias —dijo Hanson. Le dio a Singer el número del informe y arrancó en dirección a la autopista.

Incluso esposada y sujeta con la correa, el polvo de ángel le proporcionó a la detenida una fuerza y una resistencia al dolor suficientes para liberar la mano izquierda de las esposas, dar un puñetazo en el cristal de plexiglás y un golpe con la cabeza contra él, y decirle a gritos a Hanson lo mucho que le iba a dar por el culo su novio si se atrevía a ponerle una mano encima.

—¡Mi novio no consiente que me toque nadie más que él, hijo de puta, te va a joder bien jodido, pendejo!

Una vez que entró en el área de aparcamiento de los calabozos y los compañeros hubieron bajado la persiana de acero, Hanson se sentó en una rampa de hormigón a contemplar cómo cuatro funcionarios, en medio de un intenso forcejeo, sacaban a la detenida del coche.

Se lavó dos veces las manos, los brazos, la cara y el cuello, aunque probablemente ya era demasiado tarde para impedir que la sangre de la chica se hubiera mezclado con la suya. Subió cojeando a la oficina, buscó una mesa que tuviera una máquina de escribir IBM Selectric y empezó a teclear como un descosido, con el objetivo de terminar los informes antes de que llegara un empleado reclamando su mesa. Tenía el azul de la camisa manchado de sangre y un desgarrón en el lugar en que la chica le había arrancado la placa. Las rodillas

del pantalón estaban llenas de barro y manchas de hierba, y una de ellas estaba desgarrada. Lo más seguro era que tuviera que comprarse otra camisa y otro pantalón nuevos, ochenta dólares cada prenda.

También tenía la base del pulgar hinchada e inflamada; por un momento pensó en ir a ponerse la vacuna del tétanos, pero lo único que deseaba era regresar a casa, tomarse un tequila y meterse en la cama. Hizo caso omiso del dolor del tobillo y de los arañazos en la cara y el cuello, que le escocían con el sudor, y siguió tecleando. Siempre tecleaba mejor cuando estaba agotado. Él mismo había tenido una máquina de escribir como aquella; se la compró con el dinero que había ganado en un concurso de redacción de la escuela de posgrado. Transcurridos unos minutos casi empezó a disfrutar, empezó a ensimismarse en el texto.

Una hora después ya había terminado. Si lo hubiera hecho a mano, escribir el relato completo de lo sucedido le habría llevado el doble de tiempo, o el triple. Extrajo el último impreso de la máquina de escribir, lo dejó encima del montón de informes terminados y se recostó en la silla. Lo único que le quedaba por hacer era rellenar el impreso de horas extras.

Sacó uno de su maletín y lo observó un instante. Tenía una tercera parte del tamaño de un folio, los cinco primeros centímetros estaban ocupados por recuadros que decían: RESERVADO PARA AUDITORES. En la mitad inferior había una fila de recuadros en los que debían estampar su firma el sargento del turno, el comandante de guardia, el comandante de la división y el comandante de la oficina, con lo cual quedaba un recuadro de cinco centímetros por quince en el que él debía resumir los avisos que acababa de escribir a máquina. De ningún modo iba a poder meterlo todo allí a bolígrafo —solo tinta negra, pues la tinta azul invalidaba todo impreso del Departamento— de forma que resultara lo suficientemente legible para que le dieran el visto bueno, y si algo de lo que escribiera se salía del recuadro no recibiría dicho visto bueno. Si recibía el visto bueno, se conservaba durante seis meses, probablemente con el fin de que sirviera de prueba contra alguien por presentar un número excesivo de horas extras, quién sabe. Si no recibía el visto bueno, el grueso *Manual de normas* decía que había que «destruirlo».

Las tres horas extras que había trabajado además de las diez y media que comprendía su turno casi bastaban para pagar un uniforme nuevo, para el cual perdería una mañana entera para tomar las medidas, una mañana fuera del horario de trabajo. Destruirlo, pensó. A tomar por culo. ¡Destruye esto!

Rebuscó en los cajones de la mesa y encontró una bola para la IBM que tenía la letra más pequeña, bloqueó la máquina de escribir de tal forma que las letras se escribieran más juntas y, separando las frases con un solo espacio, consiguió,

al segundo intento, embutir en el recuadro una versión muy abreviada pero aceptable de los avisos por los cuales reclamaba horas extras. Lo más seguro era que encontrasen un modo de no darle el visto bueno o de traspapelarlo, y él necesitaba la llave de un supervisor para encender la Xerox.

Los oyó venir antes de que entraran por la puerta y se enfundó un guante táctico, pero no levantó la vista cuando Barnes y Durham entraron riendo en la oficina.

—Vaya, qué tenemos aquí —dijo Durham con las manos apoyadas en la pistola y en la porra—, debe de ser una secretaria nueva.

—¿Te han ascendido? —dijo Barnes—. Este es el trabajo que deberías haber tenido desde el principio. Tu sitio no está en las calles.

—Tíos, estáis tan masculinos vestidos de cuero que lográis sacar al gay que llevo dentro —respondió Hanson moviendo la mano derecha—. ¿Dónde habéis estado, paseando por la zona sur de la calle Market?

Durham plantó su casco en una mesa con un golpe seco.

—Venga, gallito, vamos a ver quién es aquí el marica. Vamos.

Hanson sonrió, cansado pero contento, y se recostó contra la silla.

—Venga, tío —dijo Barnes agarrando a Durham de la chaqueta—. Este tipo no merece el papeleo que nos va a costar.

—Adiós —dijo Hanson.

—El fiscal del distrito te va a llamar por ese incidente con los moteros en el Anchor Tavern. El juicio es la semana que viene —le dijo Barnes—. Tendrás que ir.

—Si voy a ese juicio, no seré un testigo amistoso.

—¿Qué cojones quieres decir con eso? —exclamó Barnes, todavía sujetando a Durham.

—Quiere decir que si testifico diré que todo fue mentira, todo excepto la conducción bajo los efectos del alcohol. Yo ya había detenido a aquel indio cuando aparecisteis vosotros y provocasteis la pelea. A lo mejor os demandan por agresión con agravante. Tengo entendido que los Ángeles del Infierno cuentan con una buena provisión de fondos.

Barnes sujetó a Durham con ambas manos.

—Vamos —dijo al tiempo que se llevaba a Durham hacia los ascensores. Se volvió para decirle algo a Hanson—: Estás de mierda hasta arriba, más de lo que crees.

De camino a casa, a Hanson le vino a la memoria aquella ocasión en que vio *El submarino amarillo* en Vietnam.

Libya le cuenta una historia a Weege

Es media mañana. Libya y Weege están sentados a la mesa de la cocina. Weege está pintando una pajarera que Libya le ha ayudado a construir utilizando los planos de un libro que ha sacado de la biblioteca. Libya está hojeando el libro de aves.

—Cuéntame la historia de esos perritos que se fueron a Texas, LeRon y JJ — pidió Weege mientras aplicaba pintura verde al tejado de la pajarera.

—¿LeRon y JJ? Les dio el alto la policía de tráfico.

—¿Qué ocurrió?

—LeRon iba conduciendo muy deprisa. JJ le dijo que debería aminorar, pero él se creía que ya era un perro pandillero. Le dio a JJ: «Relájate y vivirás más años». Entonces fue cuando les hizo parar la policía de tráfico.

—¡Era un coche robado! ¡Con un coche robado no se puede correr! — exclamó Weege.

Libya afirmó con la cabeza.

—Pero LeRon no conocía otra cosa que el patio de su casa y lo que veía en la televisión. Casi se hizo pis en el asiento cuando vio a un guardia gigantesco acercarse a la ventanilla del coche, pistola en mano, preparado para disparar a alguien, como siempre, y le dijo: «Haga el favor de apearse del vehículo, caballero».

—Oh, oh —dijo Weege dejando la brocha.

—LeRon estaba tan asustado que a punto estuvo de saltar por la otra ventanilla y esconderse en un bosquecillo de pinos flacuchos.

—Si hubiera huido, seguro que le habrían pegado un tiro —aseguró Weege —, y después el guardia habría dicho que lo vio coger una pistola, y colocaría una él mismo, a su lado.

—Pero JJ le gruñó a LeRon, en voz muy baja, para que no dijera nada, y, para calmarlo, le mordió la oreja con tanta rapidez que el guardia ni siquiera lo vio. Luego le dijo al guardia con mucha educación, como si él también estuviera asustado: «Agente, cuánto nos alegramos de verlo». Aquel policía de tráfico lo miró como si se hubiera vuelto loco y le ordenó que pusiera las patas en el salpicadero, donde él pudiera verlas, y JJ obedeció inmediatamente, pero sin

dejar de hablar, y dijo: «Agente, mi amigo Spot iba conduciendo deprisa porque estaba asustado». «Pues más le vale bajarse del vehículo, ahora mismo», rugió el policía. «Agente», dijo JJ, «no somos más que dos perros trabajadores, vamos a trabajar todos los días y respetamos la ley. Y también respetamos a los policías. Ahí atrás, en la última área de descanso, estábamos en la zona de mascotas cuando de repente un hombre, no, dos hombres, es que estoy tan asustado que casi no puedo hablar, salieron del cuarto de baño empuñando armas. Cuando nos vieron haciendo nuestras cosas en el área de mascotas, se echaron a reír, y el que llevaba una escopeta le dijo al otro: “Oye, fíjate qué dos perritos tan mariposones”, y rompió a reír malvadamente, a carcajadas, y nos gritó: “Eh, vosotros, perritos de mierda, buscaos otro sitio donde mear”. Los dos tenían tatuajes por todo el cuello y por los brazos, cruces, puñales y calaveras». «Y también un tatuaje en forma de lágrima debajo del ojo», logró articular LeRon, «y la Virgen de Guadalupe en el pecho». Cuando dijo esto, JJ le sacudió una patada. «El de la escopeta tenía una pistola y una funda igualitas a las que lleva usted, agente», dijo. «Ah, se me olvidaba», añadió haciendo como que temblaba, «es que me dieron muchísimo miedo. Antes de vernos, el de la pistola dijo algo en español y el otro respondió: “Vamos a follarnos a unos cuantos polis, ya hemos matado a uno”, y se llevó la mano a la pistola, igual que la que lleva usted, igual que la que lleva la policía para protegernos, y dijo: “De modo que por un par de perros no va a pasar nada”, y desenfundó el arma y añadió: “Más te vale que corras más rápido de lo que corrió el poli”». LeRon se entusiasmó tanto con la historia que había contado JJ que se puso a ladrar —dijo Libya, y Weege también empezó a reír—. «Así que nos subimos al coche y Spot aceleró todo lo que pudo. Y por eso íbamos tan deprisa, señor agente.» «¿Ocurrió en el área de descanso de Red Rock?», gruñó el policía. «Sí, señor», respondió JJ, «y puede que todavía estén allí». De modo que el policía de tráfico volvió corriendo a su coche, atravesó una zanja, rompió el silenciador del tubo de escape y salió disparado en dirección contraria, echando pedorretas, con todo encendido: las luces, la sirena..., directo al área de descanso.

—¡Y JJ se lo había inventado todo! —dijo Weege.

—Es un perro muy feo, con esos ojos saltones que tiene y esa carita toda arrugada, pero es muy listo —aseguró Libya—. Luego le dijo a LeRon que pusiera rumbo a Nevada, pero sin sobrepasar el límite de velocidad, y poco después estaban ya en Reno jugando a las máquinas tragaperras.

Conmoción cerebral

Hanson estaba trabajando de nuevo en el centro cuando recibió un aviso para acudir como refuerzo de 2L23 a un incidente que había surgido en un barrio de la zona norte de Oakland. Se detuvo un momento junto a la acera para consultar el callejero a la luz de una deformada luna llena; necesitaba localizar el sitio entre una maraña de callejuelas sin salida cercanas a la panadería de los Musulmanes Negros, de donde rara vez se recibían avisos. La policía dejaba que aquel barrio se regulara él solo con matones Musulmanes Negros. A los altos mandos del departamento no les gustaba aquel arreglo, pero obedecían las órdenes y hacían todo lo posible por fingir que ellos no eran unos títeres del ayuntamiento.

Cuando Hanson por fin encontró la calle McClure, vio el coche de 2L23 aparcado enfrente de la dirección que le había proporcionado la centralita, y también un Cadillac nuevo de color azul intenso en medio de la calle, dos casas más adelante. Tenía abiertas de par en par tres de sus cuatro puertas y tanto los faros como la iluminación interior estaban encendidos.

Quienquiera que estuviera trabajando el turno 2L23 esa noche, el agente principal del aviso, no se había percatado de su llegada. Estaba en la entrada de la casa del denunciante, con la cabeza agachada, tomando notas, hablando con una mujer envuelta en una complicada túnica musulmana de color azul y cubierta por un velo.

Hanson avanzó hasta el coche que ocupaba el centro de la calle. Cuando encendió y apagó los faros y accionó un momento la sirena, al instante saltó de detrás de la portezuela abierta un Musulmán Negro, alto, con traje negro, pajarita y sombrero negro de ala estrecha, que echó a correr en diagonal hacia la otra acera, huyendo de Hanson. Este pisó el acelerador y lo siguió, teniéndolo en todo momento enfocado con los faros, cada vez más cerca, hasta que topó con la acera bordeada de árboles por la que corría el fugitivo. Echó el freno de mano con tanta brusquedad que el coche dio una fuerte sacudida; extrajo las llaves, abrió la puerta de un puntapié y salió disparado detrás de su presa.

No tenía ni idea de por qué aquel tipo del sombrero había salido huyendo del coche, pero daba igual; era un sospechoso de algo, porque estaba huyendo. Daba

lo mismo cuál fuera el hecho y si lo había cometido él o no, porque ya era culpable de huir. Hijo de puta, pensó sintiendo los pulmones doloridos, trabajando con ahínco bajo las apretadas cinchas del chaleco. Aquel sospechoso no estaba huyendo de la Policía de Oakland, ni de ninguna estúpida ley contra las drogas, ni de ninguna subsección del Código Penal de California, sino de él.

A pesar del equipo con el que cargaba, que rebotaba continuamente y le pesaba en la cintura, y a pesar de su hábito de beber, la mala alimentación y la falta de sueño crónica, no había muchos sospechosos que hubieran logrado correr más que él. Los pocos que le habían vencido eran adolescentes calzados con deportivas que se perdieron de vista en uno de los barrios de viviendas sociales, en los que se conocían al dedillo todos los agujeros que había en las vallas metálicas, todos los atajos, las gateras, los perros agresivos, las cuerdas de tender la ropa, las zanjas y las casas en las que alguien les daría cobijo y apagaría la luz. Si alguien huía de un policía, cuando lo atrapaban, sobre todo si intentaba resistirse a las esposas, sobre todo si el poli se veía obligado a llevar después el uniforme a la tintorería porque había rodado por el suelo con el detenido, la mayoría de los policías, incluido Hanson, seguramente le aplastarían la cara contra el barro o contra el asfalto, repetidamente, mientras le decían, resollando: «Jamás... huyas... de la policía».

El sospechoso se encontraba a más de media manzana por delante de Hanson, pero este iba acortando la distancia, y cada vez que el sospechoso miraba atrás le costaba un instante tanto de ímpetu como de moral. Hanson mantuvo la respiración regular.

Las farolas de la calle proyectaban las sombras de ambos sobre la acera, y allí se alargaban, luego se acortaban y por último se difuminaban hasta la siguiente zona iluminada, de farola en farola. El sombrero negro y de ala estrecha que llevaba el sospechoso terminó por desprenderse, chocó contra el suelo y rodó sobre sí mismo hasta quedar boca arriba en el bordillo de la acera. Su dueño miró atrás, titubeó un momento, tomó una decisión, se detuvo con un derrape, dio media vuelta y echó a correr en dirección a Hanson. Este bajó el hombro para recibir la colisión. El sospechoso se abalanzó contra él, le propinó un fuerte rodillazo en la cabeza y ambos cayeron al suelo.

El sospechoso empezó a levantarse, pero Hanson, todavía en el suelo y haciendo un gran esfuerzo por permanecer consciente, tomó impulso, lo aferró por la pernera del pantalón y tiró de él para hacerlo caer otra vez, de bruces. Acto seguido se subió a su espalda y se irguió apoyándose primero en una mano y luego en otra mientras el sospechoso forcejeaba y se ponía a cuatro patas. Hanson lo asió del pelo y tiró de la cabeza hacia atrás, luego lo agarró del cuello y concentró las fuerzas que le quedaban en aplastarle la nuez con los dedos para

cerrarle la tráquea, hasta que vio a otros dos policías que venían corriendo hacia él, el dorado de las placas de las gorras lanzando destellos bajo las farolas. Entonces perdió la conciencia igual que un leopardo que se cae de un árbol.

Se despertó tres horas más tarde atado a una camilla con ruedas, afiebrado y mareado.

—Relájese —le dijo una voz.

—Relájese usted.

—¿Cómo se llama?

Hanson abrió los ojos e hizo ademán de incorporarse en la camilla para replicar cómo se llamaba el que le había hecho aquella pregunta, pero el dolor lo dejó sin respiración. Habría vomitado, pero es que llevaba un día y medio sin comer nada. Con suavidad, volvió a apoyar la cabeza y cerró los ojos de nuevo.

—¿Puede decirme cómo se llama?

Hanson ralentizó la respiración, pidió disculpas al dolor por haberle faltado al respeto y aguardó educadamente la siguiente pregunta.

—¿Sabe quién es?

—Sí. —Le retumbó la cabeza, y añadió—: Hanson. 7374P.

El médico le dijo que había intentado bajarse de la ambulancia a la fuerza.

—Lo siento.

Si le quitaban las correas, ¿se comportaría como es debido?

—Sí.

Alguien le soltó las correas.

¿Tenía a alguien en casa que pudiera despertarlo e ir a verlo cada dos horas para ver cómo estaba?

—No.

¿Tenía algún reloj despertador que pudiera utilizar para despertarse cada dos horas?

—¿Para qué? —exclamó irritado, y el dolor lo miró con gesto admonitorio—. ¿Por qué? —preguntó con voz queda.

Tenía una conmoción cerebral, y si no se despertaba cada dos horas, solo para cerciorarse de que se encontraba bien, existía la posibilidad de que entrase en coma y ya no volviera a despertarse.

—Bien —respondió—. Claro.

De ninguna manera pensaba poner el puto despertador.

Hanson está durmiendo.

Lleva quince horas durmiendo. La farola de vapor de sodio, la que hay en la esquina de Jean Street y Santa Clara, ha formado una placa de circuitos en el

estor de la ventana. Resplandece y se atenúa, se apaga y se enciende, parpadea, invierte su polaridad sesenta veces por segundo. Hanson ve cómo circula la electricidad por las redes de capilares rojos de sus párpados, oye cómo crepita al otro lado del estor y va llenando la habitación hasta que se convierte en un rugido, y ahora está él atrapado en una de esas diminutas cápsulas del tiempo que había antes, como la que vio en el Smithsonian antes de la guerra. No había sido diseñada para alojar un ser humano, pero a él lo han embutido en un asiento inclinado para examinarlo, para ver si su corazón y sus pulmones, su cerebro, los conductos y recovecos de sus órganos internos pueden sobrevivir a lo que hay fuera.

No tiene miedo de morir, pero está solo en un lugar remoto, perdido desde hace mucho tiempo en una vida errónea. Sujeto con cintas y hebillas a esa cápsula llena de remaches metálicos, va sintiendo cada vez más calor. El sudor le escuece en los ojos, los oídos le duelen y se le taponan. La cápsula se estremece, adquiere velocidad, lo empuja hacia un sueño eterno a la vez que las paredes empiezan a resplandecer con un tono rojo cereza. Siente que se le está distorsionando la cara. Apenas puede respirar. No puede respirar. El escudo térmico está desprendiéndose en pedazos de cerámica al rojo vivo, magma y placas con estructura de panal de abeja.

De improviso, la cápsula sufre una sacudida y se bambolea, disminuye su velocidad cuando se abre el paracaídas, y él se siente ingrátido, la presión en el pecho ha desaparecido. La cápsula cae al mar con un siseo, rebota, cabecea de un lado a otro entre las olas, y Hanson se despierta en su cama de Oakland. Al otro lado del estor abierto se ve el cielo azul y la luz del sol. Está sudoroso, vivo. El colchón rebota nuevamente bajo su peso, y el conejo negro salta al suelo y se aleja dando brincos.

La visita de Weegee

El dolor nos transporta a lugares que no podemos ni imaginar, a acontecimientos que habíamos logrado olvidar por completo, nos devuelve a mundos que no sabíamos que ya habíamos visitado. El dolor nos obliga a centrar la atención en lo que quisiéramos ignorar. Hanson antes sonreía y decía que el dolor era su amigo.

Desde que se fue el conejo negro, permaneció tumbado estudiando el dibujo que formaban las grietas de la escayola del techo. Hacía calor, y yacía desnudo encima de las sábanas. Seguía vivo, esta vez salvado por una alucinación de Nochevieja que no era posible ignorar ni desechar. El conejo negro lo despertó del sueño comatoso que habría acabado con su vida si hubiera continuado durmiendo.

Le dolía la cabeza y sabía que dicha jaqueca iba a ir a peor. La última vez que algo lo golpeó lo bastante fuerte como para dejarlo inconsciente más de unos segundos estaba borracho y se iba a casa en el coche, después de haber salido del club de la policía de Portland a las tres de la madrugada en medio de una intensa nevada. Ya casi había llegado cuando de pronto todo se volvió negro y chocó con la camioneta contra un poste de teléfono. Y al día siguiente la cosa fue mucho peor. En aquella ocasión fue agredido por un poste telefónico. Nada que decir al respecto.

Quienquiera que fuese, el individuo que había salido corriendo debajo del sombrero le había concertado a Hanson una cita con el dolor. El dolor ya estaba en la casa, simplemente mirando, supuso él, para ver cómo había cambiado él desde la última vez, averiguando quién era en la actualidad, para conocer las respuestas a las preguntas que iba a formularle.

Debería haberle pedido unos analgésicos al médico de urgencias, pero ya era demasiado tarde. No tenía nadie a quien llamar, y de todas formas el teléfono estaba en la cocina. Abrigó la esperanza de que no sonara. Odiaba el teléfono.

Siguió con los ojos las grietas del techo, fue recorriendo los ríos, los afluentes y los deltas y se imaginó a sí mismo yendo hacia el mar y viendo cómo el agua iba cambiando de color, primero del marrón al verde y finalmente a un azul claro y transparente como el cielo. Hizo todo lo posible por no pensar en lo que pronto

acudiría a su encuentro, allá en el horizonte. Se puso una almohada debajo de la cabeza y se durmió.

La casa estaba a oscuras cuando lo despertó el dolor golpeándolo detrás de los ojos. Al principio las preguntas eran fáciles y el dolor era exploratorio, tentativo y paciente. Hanson lo negó todo: ¿qué?, ¿cómo iba a saberlo él? No. Él no estuvo presente.

Pero el interrogatorio no tardó en empezar en serio, las preguntas comenzaron a llegar más rápidas, una tras otra, y el castigo por cada evasiva, cada negativa o cada excusa era cada vez peor, diferente, sorprendente, hasta que Hanson se vio obligado a recitar para sus adentros los trucos que había aprendido.

Relájate, como cuando vas al dentista, piensa en algo así, todo el tiempo que puedas. No pienses en el torno, deja que ocurra sin más.

Responde a una pregunta con otra, pero sin hacerte el sabihondo. Prueba eso un par de veces, o tres, pero separadas. No seas irrespetuoso, pero tampoco muestres miedo ni debilidad. Interrúmpelos mientras todavía puedas. Diles que te repitan la pregunta.

¡Espera! Diles que tú no eres la persona que están buscando, como si se te acabara de ocurrir que se ha cometido un error, sin mala intención. A saber cómo. Nadie ha tenido la culpa, simplemente es un fallo del sistema.

La sinceridad te permitirá ganar tiempo. Cuando eso deje de funcionar, pasa a mostrar desconcierto. Va a ser una noche muy larga, así que acéptalo.

A medida que la cosa vaya poniéndose peor, visualízate en otro planeta, imagina un yo diferente, tu verdadero yo, en un oscuro planeta situado a varios años luz de aquí, en el futuro, observando a tu falso yo, el que está siendo interrogado. Y di para ti mismo, en voz baja: «No soy yo». Repítelo: «No soy yo, no soy yo...».

Relaja los ojos e imagina el futuro. Finge que es un futuro esperanzador.

Si pudieras dormirte... No. Ellos te despertarán y te lo harán pagar. Desecha esa idea. Olvídala. No intentes dormir a no ser que te haya funcionado en el pasado.

En ningún momento te enfades, y no te engañes pensando que puedes ganar. Te mereces lo que te pase. Eres culpable. Confiesa y pide perdón por haber intentado negarlo.

No creas que vas a poder hacerte amigo del dolor. Si te haces amigo suyo, se percibirá como el truco desesperado y estúpido que es. No intentes hacerte el listo ni el irónico, y en ningún momento, jamás, te muestres condescendiente con el dolor.

Ya llegará el amanecer. No te pegues un tiro en la cabeza. No te permitas pensar en la pistola, no la mires, y, sobre todo, no la toques.

Analiza la situación desde otras perspectivas.

Al amanecer ya se sentía mejor. Durante la noche le pareció que había sonado el teléfono, pero, como la mayoría de las llamadas que recibía eran mensajes pregrabados, por lo general no hacía caso de aquel timbre sin sentido.

Cuando llegó el mediodía estaba medio dormido, procurando no pensar en la noche que se avecinaba, porque el dolor ya era bastante intenso. El comedero de pájaros estaba vacío y el agua que contenía ya se había secado. ¿Y qué? A la mierda los pájaros. No. Esos son pensamientos negativos y volverán a ti, te pasarán factura. Los pájaros son buenos. Les deseó que les fuera bien y aceptó ser el culpable de que el comedero estuviera vacío.

De pronto sonó el timbre de la puerta. Eso le había parecido, pero es que a su casa nunca venía nadie. Sonó de nuevo, ding, dong..., y supo que no se trataba de ningún ladrón ni de ningún Adventista del Séptimo Día. Era alguien que había averiguado dónde vivía y que no iba a marcharse, que iba a esperar a que él abriera la puerta.

Se incorporó con la cabeza como un bombo, se puso despacio el pantalón vaquero y se levantó. Su pistola estaba en el suelo, preparada con una bala en la recámara y con el seguro puesto. Estaba seguro de que había una bala en la recámara, pero decidió que le daba lo mismo porque no iba a llevársela consigo; le iba a doler una barbaridad agacharse a cogerla. Le daba igual que quien estuviera llamando a la puerta pudiera matarlo.

Avanzó despacio y tan suavemente como pudo, con la cabeza baja y la mirada fija en el suelo un metro por delante de él, una postura que parecía atenuar el dolor. Al mirar hacia el suelo vislumbró los radios de una rueda de bicicleta, o eso parecía, detrás del visillo que cubría el grueso cristal verde esmerilado. Cuando llegó a la puerta, giró el picaporte, abrió y levantó la cabeza con cuidado.

—Hola, agente Hanson. Espero no haberte despertado. Y espero que no te moleste que me haya presentado así en tu casa. Es que hace una temporada que no te veo y... En fin, a lo mejor debería marcharme. ¿Te encuentras bien?

—Weegee —dijo Hanson. El dolor aflojó un poco la tenaza, lo soltó y se apartó—. Weegee —repitió sonriente—, pasa.

—¿Te importa que entre con la bicicleta?

—Para nada. —El dolor había quedado desterrado, desaparecido, a la espera de la próxima vez—. Deja que me ponga una camiseta.

Weegee apoyó la bici contra la pared del cuarto de estar y acompañó a Hanson hasta la cocina.

—Me alegro de verte, Weegee —dijo Hanson abriendo la puerta del frigorífico—. No tengo... Tengo agua. Agua fría. ¿Te apetece un vaso de agua fría?

—Gracias —respondió Weegee—. ¿Te encuentras bien?

—Claro —dijo Hanson al tiempo que abría una bolsa de cubitos de hielo—. Nunca he estado mejor. —Por fin lanzó una carcajada mientras llenaba el vaso—. Vamos a salir al porche.

—Los pájaros —dijo Weegee.

Todavía quedaban unas pocas semillas en el comedero y desperdigadas por el suelo.

—Toma —dijo Hanson a la vez que depositaba el vaso de agua fría sobre la mesita del porche—. Más vale que también les dé de beber a ellos. —Llenó un cazo con agua del grifo disfrutando de cómo iba cambiando el sonido que hacía conforme se iba llenando—. Trae esa bolsa —le dijo a Weegee— y ven conmigo.

Salieron por la puerta lateral, pasaron por delante del hundido techo del garaje y continuaron hacia el césped y los árboles que había en el terraplén, más allá del porche cerrado. Hanson bajó el comedero y lo llenó, y dejó que Weegee llenase el cuenco de agua. Después volvieron a entrar en la casa.

—Los pájaros —dijo Weegee terminándose un segundo vaso de agua con hielo. Lo sostuvo hacia la luz e hizo tintinear los cubitos contra el cristal—. ¿Tú sabes dónde está La Villa? —preguntó.

—¿La Villa de San Antonio?

Weegee asintió.

—¿Has ido allí alguna vez?

—Solo una.

De pronto, como salida de la nada, apareció una mancha borrosa de color anaranjado al otro lado del porche; zumbó un momento, luego hizo un rápido regate y desapareció.

—¿Qué clase de colibrí era ese? —preguntó Weegee.

—Un colibrí rufo.

—No lo había visto nunca.

—Es que no viven aquí todo el año. Emigran de México, suben por la costa del Pacífico, crían a sus polluelos y luego la familia completa regresa a México por el otro lado de Sierra Nevada.

—Mi tía tiene un libro que trata de los aztecas. Tiene dibujos de ellos, con cascos de guerra en forma de colibrí.

Hanson se dijo que habría sido muy agradable que también Libya hubiera venido a verlo, acompañando a Weegee. Podrían haberse sentado en el porche a

contemplar a los colibríes.

Flint's Ribs

El sol estaba hinchado e inflamado tras un largo día, titubeando sobre el horizonte del distrito 4 mientras Hanson hacía fila en Flint's Ribs. No se encontraba de servicio. Iba vestido con vaqueros y una sudadera descolorida a la que le había cortado las mangas. Hacía dos semanas de la conmoción cerebral, y los dolores de cabeza ya habían desaparecido. Nadie sabía nada del Musulmán Negro al que había intentado aplastar la garganta. Ni de aquel coche plantado en mitad de la calle. Lo había agredido un sospechoso o unos sospechosos desconocidos. Dentro de tres meses y tres semanas obtendría su certificado POST.

La fila salía por la puerta y discurría por la rota acera, pasando por delante de un solar vacío, pero pavimentado y protegido con una valla metálica de dos metros y medio de altura cimentada en hormigón y coronada con alambre de espino. Con los años, el asfalto se había agrietado y abultado, y en las fisuras habían crecido malas hierbas que ya estaban prácticamente secas a causa del calor. Alguien se había gastado mucho dinero en pavimentar aquel solar y construirle una valla, pero se había quedado sin blanca antes de levantar en él lo que tenía pensado proteger con tanto esmero. El conejo del templo estaba allí, al otro lado de la valla, observando a la gente que hacía cola en Flint's, rascándose la oreja.

Era tan obvio que Hanson, el único blanco que había en la fila, era policía que casi resultaba tan invisible como aquel conejo negro. Si no fuera policía, ¿para qué iba a estar allí, entonces? ¿Qué era, un marica blanco que abrigaba la esperanza de que los negros le sacudieran una paliza? Probablemente era un síndrome muy común. Todo lo que uno pudiera imaginar lo estaban haciendo allí, putos chiflados.

¿O era simplemente otro racista paranoico que proyectaba su miedo adondequiera que iba, y activaba, como dicen, su hostilidad latente con ciudadanos afroamericanos que, por lo demás, eran seres pacíficos? A lo mejor ninguna de las personas de aquella fila se había percatado de que era blanco. En el mundo académico había conocido profesores y administrativos que ciertamente no eran ni tontos ni insensibles, personas con títulos universitarios

superiores, que mantenían que jamás se fijaban en la raza de un alumno y que no recordaban cuál era a no ser que consultasen el croquis del aula. Quizá fue una mera coincidencia que cesaran todas las conversaciones cuando él se acercó por la calle y se puso a la fila. ¿Quién podía saber el motivo? Ya no entendía nada. Sabía que de nuevo estaba adelgazando, que ya pesaba setenta kilos. Sabía que tenía una úlcera sangrante, pero fingía no saberlo. El antiácido ya no le hacía ningún efecto.

El sol había empezado a moverse otra vez, despacio, descendiendo poco a poco hacia el horizonte. Detrás de él había tres adolescentes que no dejaban de despotricar contra la policía.

De repente apareció el Rolls blanco perla de Felix. Surgió del sol y bajó por la calle en dirección a ellos.

—¿Sabe quién es ese, agente? —le preguntó uno de los chicos tímidamente, medio amistoso, sondeándolo.

Hanson se encogió de hombros y negó con la cabeza sin girarse.

—¿Un narcotraficante?

—Es *el* narcotraficante.

—Sí, eso es —coincidieron los otros.

—Muy listo, orgulloso, tan malo...

—Exacto.

—Es mi hombre.

—... que la ley no puede con él.

Todas las personas de la fila volvieron la cabeza cuando pasó el Rolls.

—Eh, oiga —le dijo uno de los chicos, ahora casi agresivo, envalentonado por la aparición de Felix—, ¿se puede saber qué está haciendo usted aquí?

—Estoy en una misión, he venido a detener a unas cuantas chuletas.

En aquel momento el sol se ocultó y el resplandor desapareció. La fila avanzó un poco más.

Hanson pidió dos bandejas de chuletas de cerdo. Cuando pasó por delante de los tres adolescentes, les sonrió y les hizo un gesto con la cabeza.

—Me las llevo bajo custodia —dijo agitando la bolsa de chuletas.

Felix, vestido con un traje de lino de color marrón, estaba un poco más allá del Travelall, de pie en la acera, esperándolo. El conductor estaba abrazado al volante, con la cabeza inclinada hacia un lado, mirando a Felix a través de la ventanilla abierta. Se abrió la puerta trasera, muy ligeramente, y volvió a cerrarse. La luna tintada emitió un intenso destello negro azulado con los últimos rayos del sol poniente. Era uno de los guardias de seguridad de Felix efectuando una comprobación.

—¿Por qué no acepta trabajar para mí? —preguntó Felix caminando a la par

que Hanson.

—Sería un delincuente malísimo.

El Rolls los seguía por la calle, a escasa distancia. Hanson se obligó a relajarse. Desde la parada de autobús que había al otro lado de la calle los observaba un individuo que formaba parte de un grupo de cinco o seis personas, un anciano flaco, vestido con un pantalón arrugado y una camiseta blanca de tirantes, encorvado por la vejez, con los omoplatos abiertos como si fueran alas. En aquel momento llegó un autobús, que abrió las puertas con un siseo y lo ocultó. El Rolls avanzaba al mismo paso que ellos, pisando con sus neumáticos socavones, basura y cristales rotos.

—Tengo una cosa que quiero que vea.

Hanson asintió y se volvió hacia Felix con curiosidad por saber qué iba a ocurrir a continuación.

Al otro lado de la calle el autobús siseó, se sacudió y arrancó de nuevo, pero el anciano había desaparecido.

—Vamos a dar un paseo —propuso Felix mirando hacia el cielo.

—Deje que guarde estas chuletas en mi coche —dijo Hanson.

Felix regresó al Rolls.

—Me estás poniendo nervioso —le dijo al conductor—. Vamos a dar un paseo por el cementerio. Espéranos en el otro lado.

—Si te ocurre algo, Levon me rajará el cuello —replicó el conductor.

Felix caminó al lado del Rolls a lo largo de media manzana, después volvió a subir a la acera y se metió bajo el toldo de una zapatería. Una vez allí, despidió al conductor con un gesto y le dijo:

—De Levon ya me encargo yo.

Hanson cerró la puerta de su Travelall y fue a donde lo estaba esperando Felix.

—¿Ha venido conduciendo ese coche desde Idaho? —le preguntó Felix—. Esté donde esté Idaho.

—No es bonito —repuso Hanson—. Es lo que llaman un coche que ya tiene muchos kilómetros, pero va bien.

—Si trabajara para mí —dijo Felix adoptando un acento ligeramente más de negros—, podría comprarse un buga de los buenos.

—Haciendo de chulo de putas y de chófer de un Cadillac —dijo Hanson.

Entraron en el cementerio por la carretera de asfalto de sentido único que serpenteaba por el recinto interior, quince centímetros más alta que la hierba circundante, semejante a una cinta de lava volcánica, para que la gente pudiera ir en coche hasta los funerales celebrados junto a la tumba y visitar a sus muertos.

—Vamos a sentarnos ahí —dijo Hanson indicando un grupo de lápidas de los

Ángeles del Infierno, un pequeño Stonehenge de mármol blanco. Cada una de las lápidas lucía una calavera con alas.

—Voy a estropearme el traje.

—Bueno... —repuso Hanson con cierto fastidio al tiempo que se ajustaba la cartera para poder desenfundar rápidamente la Hi-Power—. Puede quedarse de pie, o comprarse un traje nuevo, o llevar ese a la tintorería. Esto no está tan sucio.

Felix se quedó de pie, mirando el cielo.

—¿Qué es lo que quería enseñarme? —preguntó Hanson.

—Tenga paciencia.

El cementerio se encontraba en lo alto de un promontorio. Hanson volvió la vista hacia el norte, donde, pasada la autopista MacArthur, se elevaban bruscamente las colinas de Oakland, verdes y prósperas, Chabot Park y casas de un millón de dólares.

—De la zona este de Oakland —dijo, pensando en voz alta— al cementerio. Después, se sube a las colinas de Oakland. A lo mejor ese es el paraíso de esta ciudad.

—Es solo un cementerio más —replicó Felix—. ¿Se acuerda del Musulmán Negro al que persiguió la otra noche, el que lo dejó sin conocimiento pero nadie más lo vio?

—Sí.

—Pues ahora está aquí, en el parque, junto con un par de amigos suyos, de esos que llevan pajarita. ¿Para qué puede querer alguien llevar pajarita?

—¿Está muerto?

—Me parece que por eso no salió de la bolsa de basura cuando lo echamos a rodar por la ladera.

—¿Sabe una cosa, Felix? —dijo Hanson—. Debería arrojar a la gente en la bahía, o mejor aún: llevarla al desierto y enterrarla allí, porque si la arroja en las colinas va a cabrear a la Policía de Oakland. Que asesinen a narcotraficantes negros les importa una mierda; en cambio, que arrojen los cadáveres aquí arriba, en un barrio de blancos de nivel..., está mal. Es igual que pavonearse delante de un coche de la policía. Es faltar al respeto intencionadamente.

Felix soltó una carcajada.

—Se está acabando el tiempo. ¿Podría ser aquí donde acabe Felix? —Sacó su reloj de arena de polvo de diamantes, le dio la vuelta y contempló cómo iba cayendo el polvillo, brillante, vibrante, siseante, por el estrecho cuello del cristal y se iba amontonando en la parte inferior. Cuando hubo caído todo, se llevó una mano al pecho buscando el latido de su corazón, como si estuviera buscando algo en un bolsillo—. Felix todavía está vivo.

—¿Cómo es que nadie lo vio esa noche? —preguntó Hanson—. Al Musulmán Negro del sombrero.

—La Policía de Oakland mira para otro lado cuando pillan a un Musulmán Negro hasta el cuello de mierda. Así es la cosa. Porque los Musulmanes son religiosos, cosa que no son ellos. El ayuntamiento, el gobernador, el presidente, los Rockefeller..., todos ellos tomaron la decisión de servirse de los Musulmanes para que fueran sus negratas esclavos en Oakland. Y ahora esos hijos de puta están apoderándose de mis esquinas. Si me deshago de dos o tres, traen reclutas nuevos de las cárceles, les dan una pajarita y un traje barato y les dicen que son hijos de Alá. Los amos del mundo. Y los polis vienen a por mí. El teniente que trabaja para mí, o que yo creía que trabajaba para mí, me dice que no es más que un negocio, que no me preocupe. Fíjese en eso —dijo de pronto, señalando el cielo.

De repente habían aparecido dos estrellas muy brillantes en el cielo negro.

—Son Venus y Júpiter —dijo Hanson—. Con unos prismáticos se pueden ver las lunas de Júpiter, y algunas veces, como ahora, es posible ver cuatro de ellas a simple vista. Dan la impresión de estar unidas a su planeta mediante un alambre. A veces los dos planetas parecen venir de direcciones distintas para chocar uno contra otro.

—¿Está seguro de que eso es lo que son?

—Tan seguro como de cualquier otra cosa —respondió Hanson riendo—. Eso lo que dicen los libros, y en Idaho yo tenía un telescopio.

—Está bien. Pero hay más cosas, además de los planetas.

—Me gusta este lugar —repuso Hanson—. El cementerio. Este silencio. No entiendo cómo es que no viene aquí más gente de la llanura a pasar al rato.

—¿A un cementerio?

—Adivino una cierta fobia social.

Felix se volvió hacia él y vio que estaba sonriendo.

—Sí —dijo—, es cosa de negros.

Hanson llegó a la conclusión de que Felix no iba a asesinarlo todavía. Estaban hablando como seres humanos normales, algo que ninguno de los dos hacía muy a menudo. Felix tenía a Levon para hablar, pensó Hanson. Él casi veía la casa de Libya desde donde estaba.

Esbozó una sonrisa, lanzó una carcajada y se recostó contra la lápida de aquel Ángel del Infierno. Iba cayendo la tarde. Contempló las hileras de tumbas y se acordó de Doc, que estaba enterrado en el cementerio de veteranos de Los Ángeles. ¿Y los demás? El sargento mayor y Krause probablemente estarían pudriéndose en Camboya; de aquello ya hacía mucho tiempo. Él era el único que aún permanecía atrapado en la vida. Allí estaba ahora, sentado en el cementerio

de Oakland en compañía del principal narcotraficante de aquella ciudad, que conducía un Rolls Royce.

—En la guerra me sentía bien —dijo pensando en voz alta—. Todo el mundo me tenía miedo, y a lo mejor yo estaba loco, pero es que estaba loco todo el mundo, de modo que, si tú lo estabas más, era bueno. Cuanto más loca fuera tu forma de actuar, más miedo te tenían todos. Usted sí que sabe cómo funciona eso. Si uno actúa de forma irracional y agresiva, y le da lo mismo vivir que morir, nadie le jode. Yo podía hacer lo que me apeteciera. Era especial. Conocía el apretón de manos secreto. Y no estaba loco en absoluto, al cabo de un tiempo ya ni siquiera me sentía confuso. En ese lugar estaba total y profundamente cuerdo.

En aquel momento cruzó un avión de pasajeros por encima de sus cabezas, a unos nueve mil metros de altura, en dirección este, brillando bajo los últimos rayos del sol.

—Después de aquel día enfrente de la tienda de licores —dijo Felix mirando el cielo—, cuando usted le dio de hostias a Lemon y se rio de ello, con toda aquella gente apartándose de su camino, yo no supe qué pensar de usted. Levon sí, pero yo no. Probé con toda clase de..., no sé..., hipótesis, como la de que usted fuera una especie de policía federal.

Hanson rio.

—A lo mejor la Policía de Oakland lo reclutó en una escuela de agentes secretos, o en la cárcel.

—La cárcel me da miedo. Supone vivir en compañía de imbéciles y retrasados, con los presos y los guardias. No, gracias.

—Eso es lo que quería enseñarle —dijo Felix señalando hacia el horizonte del este, ya oscuro—. Permanece en un punto, después se desplaza hacia otro punto y tiene luces rojas, verdes y azules intermitentes, de modo que da la impresión de que parpadea.

—Una estrella falsa de esas —dijo Hanson—. Parece que hace guiños, como las estrellas que salen por el horizonte y que al atravesar la atmósfera se reflejan, se refractan y se distorsionan. Pero eso de ahí no es una estrella haciendo guiños. En Idaho hice varias fotografías de estrellas falsas con mi telescopio y eso de ahí no es ninguna estrella haciendo guiños.

—Putas estrellas falsas. Me siguen a todas partes. Me pinchan el teléfono, escuchan todo lo que digo a través de las paredes, cuando voy en el Rolls —dijo mirando hacia lo alto—. Ni siquiera a Levon le hablo de ellas.

—Pues están ahí, tan claro como el agua —dijo Hanson—. Y a saber lo que son capaces de hacer. Pero no creo que le estén vigilando a usted. Sean lo que sean, las han puesto ahí los militares.

En eso, un Ford negro se salió de Camden, se subió a la acera, resbaló sobre la hierba, dio un bandazo y volvió a enderezarse para pasar por el arco de la entrada del cementerio y continuar por el estrecho camino asfaltado. Aceleró en dirección a Felix y Hanson, con las luces apagadas. Hanson ya estaba de pie, había reconocido el Ford de inmediato: era el coche de aquellos Musulmanes Negros de la disputa vecinal que tuvo lugar en Monroe Street. Aún quedaba suficiente claridad en el cielo del oeste para distinguir al conductor y los dos individuos que iban en el asiento de atrás y que parecían estar discutiendo, peleándose tal vez, confusos, rápidos y erráticos, asustados de verdad, dos tipos que no sabían lo que hacían.

—Vaya —dijo Hanson llevándose una mano a la cartera y sin apartar la vista del Ford—. Mire quién viene.

El Ford frenó, se detuvo con una sacudida, se acercó unos metros más y se detuvo de nuevo.

Hanson sacó su Hi-Power, se quitó la correa del hombro y fue corriendo hacia el coche dejando que la cartera cayera rebotando, flotando en libertad, mientras el Ford volvía a dar un tirón hacia delante, la puerta trasera se abría de repente y el pasajero caía sobre el asfalto empuñando una pistola. El interior del coche estaba lleno de llamas y humo: una ráfaga de disparos de una arma automática que quemó y perforó el techo. Hanson se concentró en el individuo que había saltado y que ahora lo estaba apuntando con la pistola sosteniéndola de costado con una sola mano, algo que debía de haber visto en las películas. La apuntó hacia Hanson y accionó el gatillo, una y otra vez, sin efecto; se le había encasquillado porque no había quitado el seguro. Al final desistió y se quedó donde estaba, mirando a Hanson, sabiendo que era hombre muerto. Hanson le metió dos balazos en el pecho. Los impactos lo empujaron contra el coche, que justo estaba saliéndose del asfalto con las ruedas chirriando y subiéndose a la hierba del otro lado. Hanson distinguió al otro tirador agachado sobre una rodilla, intentando ponerse de pie y cambiar de mano la humeante Uzi sujetándola como si jamás en su vida hubiera disparado un arma. La agarró por el cañón, que estaba candente tras el escopetazo que había hecho un agujero en el techo del coche, pero se quemó la mano y la soltó.

Hanson pasó corriendo junto al primer tirador, apartó el arma de una patada y le metió una bala en la cabeza. Muerto. A continuación disparó al individuo que intentaba recuperar la Uzi en la frente y en el cuello, desde una distancia de menos de metro y medio. Muerto también.

Resbalando en la hierba, cambiando de postura, levantó y giró la Hi-Power y disparó una, dos, tres, cuatro, cinco, seis veces contra el parabrisas trasero y el maletero del Ford. El coche se estrelló contra un obelisco de mármol de dos

metros y medio. Seguidamente corrió hacia la ventanilla del conductor, se protegió la cara con la mano izquierda y disparó al conductor en la cabeza; el hombre, que ya estaba agonizando, intentaba alcanzar una pistola con el brazo que no se había roto. Muerto.

Un poco falto de respiración, Hanson dio un paso atrás, observó los orificios del maletero y bajó el cañón de la Hi-Power. Nadie iba a salir del maletero, pero de todas formas continuó con la vista fija en él, retrocediendo poco a poco. De repente se volvió y volvió a levantar la pistola; había oído disparos a su espalda.

Felix estaba de pie junto a los dos tiradores muertos, ambos despatarrados sobre el asfalto y la mitad de la hierba, disparándoles, salpicándose el pantalón del traje con sangre, polvo y fragmentos de asfalto. Hanson vio como continuaba hasta vaciar el cargador; después se metió la Hi-Power en el bolsillo de atrás de los vaqueros y fue hacia él. Le pitaban los oídos a causa de los disparos y estaba medio sordo, pero oyó que Felix les gritaba a los dos cadáveres:

—¡A la mierda vosotros y vuestras estrellas, a la mierda las estrellas! ¡A ver si sois capaces de ver esto!

Allá abajo, en la zona este de Oakland, comenzaron a aparecer los primeros remolinos de luces rojas y azules, formando pequeños grupos; a continuación enfilaron en silencio hacia el cementerio.

Hanson todavía tenía la Hi-Power en el bolsillo de atrás cuando lo alumbraron los faros de un automóvil sin distintivos. Ya era demasiado tarde para dejarla en la hierba y apartarse. No es mía. Debían de estar vigilando a Felix. El coche sin distintivos se detuvo a unos cincuenta metros y lo iluminó con el haz de luz del foco. Se abrieron las portezuelas y volvieron a cerrarse, pero el coche resultaba invisible en medio de tanto resplandor. Vio el láser de una arma que le rozaba la pierna, luego se detenía, luego empezaba a subirle por la cadera y finalmente se quedaba fijo en el centro del pecho.

—Putas estrellas —dijo Felix a su espalda—. Todo esto lo han montado ellos.

Abajo, en la llanura, apareció el resplandor de varias luces de emergencia azules y rojas, pequeñas hogueras en la noche, que convergieron y continuaron brillando en dirección al cementerio. Detrás de él ya estaban aullando los coches patrulla recién llegados por la autopista MacArthur, y sus sirenas ahogaron lo que Felix dijo a continuación. Alguien debía de haber declarado un código 33: emergencia, y había enviado a todos los coches disponibles. Una oportunidad para provocar colisiones de coches patrulla y tiroteos accidentales que involucraran a agentes. Un auténtico gallinero. La persona que sostenía el rifle apuntándole al pecho debería haberle disparado sin más y a continuación haber disparado a Felix. Problema resuelto. Y mandar a todos los demás coches a trabajar.

Llegó un coche patrulla saltando el bordillo del edificio de mantenimiento y detrás de él apareció otro entre los árboles. El siguiente pasó como una exhalación bajo el arco de la entrada, demasiado deprisa; abandonó el asfalto, se metió por la hierba, derrapó y arremetió contra una hilera de lápidas.

Hanson no quería acabar muerto en un circo de payasos como aquel ni tampoco participar. Centró la mirada en una estrella auténtica, una que estaba a muchos años luz del cementerio de Oakland, y desde allí contempló toda la escena: los policías bajándose de los coches patrulla, desenfundando las armas y empuñándolas torpemente con ambas manos, agachándose y acuclillándose, avanzando encorvados, esperando a que alguien impartiera órdenes que se oyeran por encima del alarido de las sirenas.

Sabía que le pedirían que se pusiera las manos en la nuca con los dedos entrelazados y que se volviera —para comprobar si iba armado—, que luego le dirían que se volviera otra vez, que se detuviera, que se pusiera primero de rodillas y luego tumbado en el suelo boca abajo, pero no pensaba hacer nada hasta que se lo ordenaran. No quería confundir a nadie. No deseaba llevarse un balazo de forma accidental. Quería que la secuencia de órdenes y respuestas transcurriera exactamente como debía transcurrir, como en los entrenamientos.

Felix no tenía las manos en alto. Se le notaba cabreado, pero continuaba con los brazos separados del cuerpo mientras los policías formaban un círculo a su alrededor, apuntando con sus armas. Si en aquel momento alguien disparase, la mitad del Departamento sería abatido por fuego amigo. Mis amigos, se dijo Hanson. Felix Maxwell, el cerebro de los narcos, y la mitad del Departamento de Policía de Oakland, todos borrados del mapa en un fuego cruzado en círculo. Notó que el láser le subía por la mejilla en dirección a la frente. Cuatro o cinco policías le estaban gritando que pusiera las manos detrás de la nuca, y obedeció.

—Ahora vuélvase...

—Vuélvase hasta que yo le diga que pare..

—Hágalo ya...

Hanson se volvió, con las manos en la nuca, sin hacer caso de una mujer policía que le dijo: «No te muevas, hijo de puta». Empezó a canturrear para sus adentros:

*Estrellita, ¿dónde estás?
Me pregunto qué serás.
En el cielo y en el mar,
un diamante de verdad.*

Luego se arrodilló, se vio a sí mismo adoptar una perfecta posición de

decúbito prono, de manual, probablemente la mejor postura de decúbito prono que habían visto aquellos agentes en toda su vida. Estaba boca abajo, con los brazos extendidos como un ángel en la nieve, las piernas tan abiertas como daba de sí el pantalón vaquero y la mejilla apoyada en la hierba. Las luces estroboscópicas le bañaban el rostro e iluminaban las botas de los policías. Oyó unas pisadas que se acercaban a él. Alguien le quitó la pistola. Lo esposaron, lo levantaron del suelo, lo arrastraron hasta un coche policial, le empujaron la cabeza contra el pecho y lo metieron en el asiento de atrás. Seguía vivo.

Reparó en el sargento Jackson, que estaba de pie junto al coche, observándolo.

Todo va bien

Ya casi eran las doce de la noche cuando Asuntos Internos le dijo a Hanson que podía marcharse a casa, pero que querían verlo a primera hora de la mañana. Había hecho un buen trabajo, lo cual resultaba fácil dado que todo el tiempo había dicho la verdad, salvo cuando dijo que había temido por su vida, y como prácticamente todo el mundo habría temido por su vida, era una mentira fácil, casi a prueba de idiotas. La parte más difícil del interminable interrogatorio fue la de no perder los nervios, pero aquello llevaba formando parte de su vida cotidiana desde que volvió de la guerra. En cambio, describió lo ocurrido exactamente del mismo modo todas las veces y respondió a todas las preguntas concretas de la misma manera, casi con las mismas palabras, aunque eso al principio levantó suspicacias entre sus interrogadores. En las preguntas trampa se contradijo a sí mismo en unas cuantas ocasiones, pero era lo que tenía que hacer, lo que querían ellos, formaba parte del proceso. Podría haberse mostrado, en fin, más simpático, o haber intentado ser más simpático, aunque ellos habrían utilizado eso como recurso para pillarlo en un renuncio. Eran unos hijos de puta.

Le ofrecieron hacer una llamada telefónica, como a cualquier delincuente, pero él sabía que grabarían todo lo que dijera. La única persona a la que deseaba llamar era Libya, y no quería que ellos supieran nada de Libya, aunque seguramente ya lo sabían. Aun así, no quería darle su número de teléfono.

Recogieron su Travelall y lo registraron, y después se lo dejaron en Transporte junto con todos los coches patrulla. Fue una imagen cómica, pero nadie se rio de ello ni le dirigió la palabra a él. Venir de Asuntos Internos era como ser portador de una enfermedad.

Lo mejor sería irse a casa y emborracharse. Allí no había ninguna sorpresa.

De camino a casa, vio que la pequeña tienda de comestibles coreana en la que solía detenerse de camino al trabajo para comprar media pinta de vodka todavía estaba abierta. A lo mejor le permitían usar el teléfono. O a lo mejor no. ¿Por qué iban a permitirselo? No lo conocían, no sabían quién era, aparte del hecho de que cinco días por semana compraba media pinta del vodka más barato que vendían. De todas formas, menudos cabrones los coreanos. Eran buenos soldados, pero unos brutos hijos de puta. Tendría buena suerte si no se

encontraba con un teléfono que no estuviera destrozado. Si se marchaba a casa, podría llamar desde allí, pero lo más seguro era que Asuntos Internos le hubiera pinchado el teléfono.

Se metió en el pequeño y cutre centro comercial, cuyo aparcamiento estaba sembrado de cristales rotos. Por lo general aquel lugar estaba lleno de borrachos, drogadictos y cabrones que intentaban reunir suficiente valor para entrar a robar. No se podía reprochar a los coreanos que se enfrentaran al mundo con agresividad, nunca se había parado a pensarlo. Sin embargo, aquella noche no había ni un alma.

Iba a tener que suplicar que le dejaran usar el teléfono y luego suplicar a Libya... ¿qué? ¿Que accediera a hablar con él? ¿Que le dijera «pobrecillo»? ¿Que le dijera que estaba solo? Supéralo, se dijo. Luego podrás comprarte una botella entera de licor y llevártela a casa. De todas formas, ¿qué era lo que pensaba? ¿Qué era lo que esperaba?

Se quedó sentado dentro del coche, contemplando la basura que estaba a la venta en el escaparate de la tienda, protegido con barrotes. Luego apagó el motor y se quedó mirando por la ventanilla. Joder, pensó. Aquí no hay ninguna buena noticia que dar. Arrancó de nuevo para irse a casa, pero se le caló el motor cuando intentaba meter la primera marcha. No logró arrancarlo de nuevo.

Las luces de la tienda de comestibles empezaron a apagarse. Se apeó y fue hasta la puerta. Los escaparates tenían barrotes. Vio unas lucecitas rojas parpadeantes que podían estar conectadas o no a una alarma. Cámaras en lo alto de unos postes que podían ser auténticas o no. La puerta blindada estaba cerrada con llave, como siempre. Era necesario que abriera el dueño pulsando un botón. Hanson llamó al timbre. La mayoría de las luces ya estaban apagadas. Llamó otra vez, miró a través del escaparate, habló al micrófono.

—Hola —dijo sin esperar nada bueno—. ¿Hola?

—Estamos cerrando —contestó una mujer desde el interior de la tienda.

—Señora...

—Está cerrado. Lo siento. Vuelva mañana.

—Disculpe, señora, que la moleste a estas horas... —Tomó aire para terminar la frase—. ¿Me permite usar el teléfono, por favor? Será solo un minuto. Le pagaré. Es que no me arranca el coche.

Cuando la puerta se abrió con un zumbido, Hanson dio un respingo como si se hubiera electrocutado. Entró y cerró la puerta.

—¿Hola? —La única persona que vio fue a sí mismo, en los espejos convexos repartidos por todo el local.

—Yo le conozco —dijo la voz—. Viene todos los días a comprar botellas pequeñas de vodka. Está bien. Es policía, sí. De acuerdo, use el teléfono. Está en

el mostrador. Úselo.

Era la voz procedente del interior de la tienda.

—Gracias —respondió Hanson.

Aquel viejo aparato de color negro debía de pesar tres kilos. Marcó el número de Libya, el cual había escrito en un trozo de un parte de servicio que se había guardado en la cartera. Cuando Libya contestó, empezó:

—Hola...

—Has sido tú, ¿verdad?

—¿Libya?

—El del tiroteo en el cementerio. Fuiste tú.

—Sí. Seguramente os he despertado a Weege y a ti, ¿verdad? Lo siento...

—Estábamos despiertos, no pasa nada. ¿Tú te encuentras bien?

En la tienda se apagó otra luz más.

—¿Te encuentras bien? —volvió a preguntarle Libya—. Lo hemos visto en la televisión. ¿Estás bien?

Tan solo quedaba ya una luz, al fondo de la tienda.

—Estoy bien —respondió Hanson—. Sí, sí, estoy bien. Pero tengo que irme, aquí están cerrando. Saluda a Weege de mi parte. Háblale de lo nuestro. Dile que... Bueno, id los dos a dormir, ya volveré a llamar por la mañana. Todo va bien. Ya hablaré contigo cuando salga el sol. Te echo de menos.

Colgó el teléfono en medio de la débil iluminación que provenía del fondo del local.

—Gracias, muchas gracias —dijo—. Le agradezco mucho su ayuda. Buenas noches —se despidió.

Decidió irse a casa andando. Solo eran un par de kilómetros, y sería todo un espectáculo ver amanecer.

—Buenas noches —repitió, y salió por la puerta.

No se sorprendió cuando vio al conejo del templo observándolo desde la franja de césped llena de basura y malas hierbas que había entre el aparcamiento y la calle.

Gobierno secreto

Felix avanza por el pasillo cojeando, cabreado y amenazante, con un corte en la mandíbula y un ojo hinchado y medio cerrado, lesiones de la paliza que le propinaron en el cementerio unos polis que no sabían quién era ni les importaba. El teniente al que tiene comprado le dijo que simplemente era «el precio que hay que pagar por hacer negocios».

Al fondo oye un buscador de frecuencias sintonizado con la policía que va saltando de un aviso a otro. El televisor está emitiendo a todo volumen *La rueda de la fortuna*. Por encima de las viviendas sociales sobrevuela un helicóptero.

Cuando aparece Tyree en el pasillo, Felix le hace una seña y ambos entran en el búnker. Felix cierra la pesada puerta, forrada de acero, y se hace un silencio absoluto, sepulcral.

Felix toma asiento en el sofá.

—Sabes... —empieza, pero al momento se levanta otra vez y se queda de pie en esa estancia a prueba de bombas y de balas, sin ventanas, mirando fijamente el discreto punto de luz que hay en el techo. Tyree hace ademán de ir a decir algo, pero Felix lo hace callar levantando una mano y moviendo la cabeza en un gesto negativo: «Ahora no».

Al parecer, está escuchando el silencio que reina en el interior del búnker. Luego se gira muy despacio, con la vista fija en la moldura que hay entre el techo y la pared. En un momento va hasta la estantería, hace una pausa, saca parcialmente un libro, después otro, mira detrás y vuelve a ponerlos donde estaban. Acto seguido, coge un teléfono que descansa sobre el escritorio situado junto a la estantería, se lo lleva al oído y vuelve a dejarlo en la mesa, mirándolo. Lo coge otra vez, sacude el cable y se lo acerca al oído, escucha; luego, con sumo cuidado, vuelve a dejarlo en la mesa y se sienta otra vez en el sofá. La hinchazón del ojo es más grave de lo que parecía en un principio; se le ve el blanco del globo ocular inyectado de sangre cada vez que vuelve la mirada hacia la lámpara de lectura que tiene al lado.

Enciende y apaga la lámpara, mira debajo de la pantalla, toca el cojín de cuero y examina todo el conjunto mientras Tyree se aproxima a él. Vuelve a tocar el cojín, con gesto impaciente, hasta que Tyree se sienta a su lado. Le

señala la lámpara al tiempo que le hace un gesto afirmativo con la cabeza, mira a Tyree y desenrosca la bombilla.

—Escucha —susurra al tiempo que vuelve la mirada hacia Tyree y gira la bombilla primero en un sentido y después en el otro, escuchando—. Están...

Se toca el ojo hinchado con la bombilla, traga saliva y recupera el aliento. Acto seguido, levanta la otra mano para indicar la habitación y niega con la cabeza. Están por todas partes.

El león

Los ojos dorados del león estaban quietos y serenos como la noche, iba pensando Hanson mientras cruzaba la puerta del recinto de los leones y se detenía en la barandilla de latón, lo bastante cerca para inclinarse, introducir una mano entre los barrotes y tocarlo, si le apeteciera correr dicho riesgo.

El león miraba más allá de él, a lo lejos, como si estuviera imaginándose a sí mismo fuera de aquel recinto, de nuevo en el calor y la vegetación alta y amarilla de la sabana. A lo mejor podía ir y venir a su antojo, pensó Hanson. Incluso encerrado, el león era dueño de todo.

No era la primera vez que Hanson venía a ver al león, que no temía la muerte, desde luego la suya no. Él no había elegido nacer siendo león, un asesino sin miedo que no sentía ni clemencia ni arrepentimiento, pero eso es lo que era.

Hanson nació asustado y solo más adelante —fue necesaria una guerra— se convirtió en lo que era ahora. En sus primeras operaciones de combate fue valiente, fingió ignorar el miedo que lo seguía a todas partes, le pisaba los talones, se quejaba y cuestionaba todas sus decisiones. Sabía que si permanecía en Vietnam no podría ser valiente durante otro año más; durante dos o tres meses, quizá, pero durante un año no. Se le estaba acabando el valor y no sabía cuánto más iba a durarle ni lo que iba a hacer cuando se le agotase del todo. Entonces, una mañana, después de haber sobrevivido a otra emboscada más, mientras llamaba al transporte médico para que evacuasen a los heridos y a los muertos, lo comprendió de repente como una especie de milagro: él también había muerto. Su nombre figuraba en la lista de los que iban a morir y ya no se requería de él ninguna otra cosa; cuando le llegase el turno lo evacuarían a él. Ya no era necesario que continuara estando asustado y siendo valiente. El miedo lo había dejado directamente frente a la Parca.

El león estaba de nuevo en su jaula, esperando. Todos los grandes felinos habían entrado ya, inquietos, nerviosos, enseñando los dientes. Por todo el recinto resonó el estrépito de los barrotes y los cerrojos, el rechinar de las bisagras de hierro. Por una puerta de servicio salió atravesando el muro un ayudante, sacudiéndose las manos y las perneras del uniforme blanco de las vitaminas en polvo y la sangre de caballo. Miró a Hanson.

—Ahora lo entiendo —dijo Hanson—. Es mucha responsabilidad.

El ayudante afirmó con la cabeza y luego tuvo que irse. Todos los felinos estaban paseando nerviosos dentro de sus jaulas, haciendo tiempo.

Hanson no tenía televisor, así que tuvo que comprarse uno en un centro comercial para ver las noticias de la noche acerca de los tiroteos. Varios policías al final de la manzana, de pie detrás de la cinta amarilla que protegía la escena del crimen. Tres individuos armados, uno de ellos con un rifle de asalto, todos en libertad condicional, habían muerto en un tiroteo con un agente de policía que iba de incógnito. El agente se encontraba disfrutando de una baja administrativa con sueldo, un procedimiento estándar tras un tiroteo en el que hubiera un agente involucrado.

* * *

Hanson está durmiendo.

Es tarde. El león ronronea a su lado. Las hienas susurran entre la vegetación. A lo lejos se oye el fragor del tráfico por encima de las aguas negras, en el puente de la Bahía. La zona este de Oakland está desierta. El ayudante pasa por su lado sin hacer ruido, como un fantasma, vestido con su uniforme blanco.

Medalla al valor

Corría por Piedmont y era la segunda semana de sus vacaciones pagadas. Al día siguiente averiguaría qué era lo que el Departamento había decidido hacer con él. Lo hecho, hecho estaba, y volvería a hacerlo, y preocuparse no serviría de nada. Lo peor que podían hacerle era despedirlo. Pero todos los policías tenían miedo a Asuntos Internos, que era, con mucho, la unidad de detectives más grande que había dentro del Departamento de Policía de Oakland, ya que contaba con el cuádruple de agentes de la oficina de Homicidios. Cuando a uno lo contrataban, era como si le implantaran en el cerebro un chip de miedo a Asuntos Internos. Podían hacer lo que se les antojase.

En las entrevistas con Asuntos Internos se había obligado a sí mismo a decir: «Temí por mi vida». Aquellas palabras mágicas justificaban casi cualquier tiroteo. Fue lo único en lo que mintió. Pero mentir es lo único por lo que pueden despedirlo a uno, aunque no haya hecho nada malo.

Ningún agente del Departamento de Policía de Oakland había sido despedido nunca por haber matado a un ciudadano, ya fuera estando de servicio o de incógnito, y mucho menos procesado judicialmente. Con los años, uno o dos vieron finalizado su contrato, pero durante un corto espacio de tiempo, pues los abogados del sindicato de la policía consiguieron revertir dicha decisión, devolverle su puesto de trabajo y pagarle las nóminas atrasadas. ¿Cómo iba a hacer el Departamento para encontrar a alguien que quisiera trabajar en las calles de la zona este de Oakland si sabía que iba a ser cuestionado por disparar contra una persona en un momento de pánico, confusión o malentendido? Uno solo tenía que decir que había temido por su vida. Hanson lo había hecho todo a la perfección, pero había mentido.

No había nada que pudiera hacer para enmendarlo, salvo correr con más ahínco.

Iba corriendo por Fairview Avenue cuando de repente vio el coche patrulla de Knox subiendo la cuesta en dirección a él. Giró, se encorvó y agachó la cabeza y echó a andar con paso vivo en sentido contrario. Cuando oyó el leve toque que hizo el altavoz del coche policial, apretó el paso todavía más. El coche se le fue acercando hasta que oyó que, justo a su espalda, le decían en un susurro

amplificado:

—Anda, mamón, alégrame el día.

Dejó de andar y levantó las manos.

—¿Cómo va eso, Hanson? Acabo de enterarme de lo tuyo con esos tres Musulmanes Negros.

Hanson entrelazó las manos detrás de la nuca y adoptó una postura más abierta.

—Los testigos afirmaron que jamás habían visto nada igual, que tú los ejecutaste.

Hanson se volvió y lo miró.

—¿Y de qué más te has enterado?

—De que hay mucha gente a la que no le caes bien.

—Cierto. ¿Qué es lo que dicen?

—De todo. Corre el rumor de que estás trabajando de guardaespaldas de Felix.

—¿Y qué crees tú?

Knox soltó un bufido.

—Que eres un buen poli. Esos hijos de puta te habrían matado si tú no los hubieras matado a ellos. ¿Tres putos matones, con dos pistolas y una Uzi? No me jodas. Alguien tenía que acabar con ellos, da lo mismo el motivo. Hiciste un trabajo excelente.

—Bueno —respondió Hanson bajando las manos y yendo hacia el coche patrulla—, muchas gracias, Knox. Gracias, tío.

—Pero, probablemente, no deberías codearte con Felix Maxwell. Y no porque cause mala impresión, que sí la causa, pero... Yo llevo ya casi veinte años trabajando en la zona de la bahía, la mayor parte de ese tiempo en un departamento de policía de verdad.

Hanson asintió.

—De hecho, hubo una época en la que era un auténtico pez gordo allá. Un hijo de puta que se ocupaba de narcóticos y pandillas callejeras, una unidad especial —explicó Knox pensando en voz alta, meneando la cabeza al recordar—. Lo sé todo acerca de Felix Maxwell. Es inteligente y astuto, en la zona este de Oakland lo consideran un Robin Hood. —Miró a Hanson—. Pero es un sociópata y un cabrón de lo más traicionero. Y además está loco, lo sabe pero no se lo cree. No te fíes de él. Hazme un favor y ándate con mucho cuidado.

Aquella noche aún estaba despierto a las dos de la madrugada, con la vista fija en el techo. No había bebido lo bastante para dormirse, porque no quería tener

resaca al día siguiente, en la entrevista con el sargento Jackson.

Se puso a trabajar la respiración. Justo cuando iba a dormirse, se acordó de Mickey y de su yegua *Champán*. Lone Pine, un lugar en las montañas en el que la hierba era verde, el aire estaba limpio y los pájaros bailaban entre los árboles.

En el otro extremo de la ciudad, Felix también se encontraba despierto, mirando las estrellas. Aquella tarde le habían dado el alto una pareja de policías motorizados, solo para joderle un poco, como si pudieran. Le pusieron una multa de advertencia y se la entregaron entre risas. «Que tenga un buen día, señor Maxwell.» Cuando arrancó de nuevo, estaba tan furioso que estrelló el Rolls contra un coche que estaba aparcado. Luego se largó y le dijo a Levon que se encargara él.

Levon se limitó a mirarlo fijamente y después dijo: «Vale». Dijo que a lo mejor le convenía tomarse unas vacaciones, relajarse un poco mientras la policía estuviera tan sensible con lo del tiroteo del cementerio. En plan condescendiente. ¿Relajarse? En este mundo uno no puede relajarse. Si te relajas, te asesinan. Justo están esperando a que te relajes, eso es exactamente lo que quieren ellos.

A las diez menos diez de la mañana siguiente Hanson cruzó la entrada principal de la Ciudad de la Justicia, de camino a los ascensores. Se detuvo un momento ante el muro conmemorativo, de mármol negro, en el que figuraban los nombres de todos los agentes del Departamento de Policía de Oakland que habían fallecido cumpliendo su deber y la fecha de su muerte; cuarenta nombres y fechas grabados en el mármol bruñido. Parecía una lista pequeña, abigarrada y un poco cutre, con los nombres mal alineados entre sí, algunos con un tipo de letra ligeramente distinto; resultaba obvio que el grabador había ido cambiando con el paso de los años y que unos lo hacían mejor que otros, como si el presupuesto se hubiera estado empleando para otra cosa y cada vez que fallecía otro agente tuvieran que buscar dinero en alguna otra parte para pagar al mejor postor. Las letras eran demasiado pequeñas y los nombres quedaban menoscabados por aquel muro tan reluciente, al pie del cual habían colocado media docena de plantas bien frondosas. Había un registro de visitas unido con una cadena a un podio de madera flanqueado por la bandera de Estados Unidos y la del estado de California.

Los muertos habían fallecido por disparo de arma de fuego o por incidentes de tráfico, en persecuciones y accidentes de moto; la mayoría de ellos habían sido víctimas de la mala suerte, la falta de experiencia, la negligencia y la

confusión. Las calles no eran como la guerra; en la guerra, si uno duraba un par de meses, tenía grandes posibilidades de sobrevivir a su período de servicio, porque sabía lo que debía esperar y lo que debía buscar. En la guerra, uno prestaba atención todo el tiempo porque todos los días moría alguien, no cada pocos años. Había guerra todo el rato, sin problemas matrimoniales ni de dinero, sin atascos de tráfico, sin colas en los supermercados ni facturas en el buzón. Los policías se volvían negligentes porque, si intentaran permanecer alerta continuamente, como en la guerra, se volverían locos.

Hanson los oyó hablando detrás de la pared, muertos pero aún refunfuñando de lo mal que estaba todo: los inalcanzables jefazos del Departamento que eran políticos en vez de policías, los ciudadanos de la calle, los liberales que se consideraban moralmente superiores y que, pese a todos sus estudios, no sabían nada del mundo real. Y Tyrone en el este y el oeste de Oakland, por supuesto. A saber lo que le estaba pasando por la cabeza. Era lo mismo que intentar razonar con un puto buzón de correos, y, si lo intentaras, él lo consideraría una debilidad. Además, Tyrone, si le dabas la ocasión, te asesinaba. Las mismas conversaciones que Hanson oía todos los días en el vestuario.

Cruzó el vestíbulo echando un vistazo al enorme reloj, que representaba una gigantesca placa de policía, y se vio a sí mismo reflejado en el cristal de la tapa cerrada con llave de un tablón de anuncios. Salvo en la calle, cuando vestía de uniforme, tenía la sensación de llevar puesto un disfraz.

Mientras esperaba el ascensor, relajó los hombros, ralentizó la respiración y se dijo que no debía esperar nada, ni bueno ni malo. Lo que ocurriese sería el desenlace correcto. No pienses demasiado. No reacciones. No te enfades. Aquí no tienes amigos.

Las puertas del ascensor se cerraron tras él cuando llegó al quinto piso, un sombrío pasillo de paredes grises, paneles acústicos en el techo, aire reciclado y puertas macizas. Estaba silencioso, desierto, las motas de polvo apenas se movían en el aire quieto. Los oídos siseaban y silbaban. Durante solo un instante pensó que quizá se había bajado del ascensor en la planta que no era, una situada en zona vedada, pero luego vio que los números de las puertas eran correctos. El despacho de Jackson estaba al final del pasillo. Uno de cada dos despachos del quinto piso —los que tenían nombres en la puerta— estaba asignado a capitanes y otros rangos superiores.

Llamó a la puerta y Jackson le respondió que entrara y que cerrara la puerta. Hanson entró y cerró, pues desconocía el protocolo, y se mantuvo en posición de firmes.

Había salido de aquel sombrío pasillo y había entrado en otra dimensión. La luz era más suave y el aire se notaba más fresco. La alfombra persa tenía un

diseño sencillo pero elegante, en tonos negros y rojos oscuros. Junto a la pared había un sofá de cuero color canela y encima de él un gran cuadro que representaba un paisaje melancólico de la escuela del río Hudson, con el sol poniéndose en las montañas. Lo que había oído decir de que la esposa de Jackson era rica debía de ser cierto.

Jackson estaba sentado tras un escritorio de roble macizo, vacío excepto por un expediente laboral, que Hanson supuso que debía de ser el suyo. Jackson lo observó atentamente. Le recordó a los parientes que tenía en Carolina del Norte, en los pómulos y en los ojos verdes.

—Descanse, Hanson —dijo—. Relájese. Quítese la gorra, si quiere. En una sola tarde mató usted a tres ciudadanos. Siéntese.

Hanson fue hasta el sofá y Jackson giró su sillón para seguirlo con la mirada.

—Un par de testigos afirmaron que pareció una ejecución. Tres personas en un solo día —repitió—. Cuando estaba en Portland solo mató a un sospechoso, ahora que está aquí los despacha por lotes.

—Ellos me habrían matado a mí si hubiera esperado a que averiguasen cómo funcionaban las armas.

—Habían ido allí a matar a Felix Maxwell. Llevaban un par de días siguiéndolo, esperando una oportunidad. Eligieron un mal momento.

Si la Policía de Oakland había estado siguiendo a los Musulmanes Negros, reflexionó Hanson, debió de presenciar toda la escena.

—¿Qué relación tiene usted con Felix Maxwell? —le preguntó Jackson mirándolo a los ojos.

—Hace un año no sabía que existiese siquiera. Era el mayor narcotraficante del estado, puede que del país, y yo ni siquiera lo había oído nombrar.

—Nuestra unidad sabía que había estado hablando con él.

—Le advertí que no podía aparcar en doble fila delante de Raylene's Discount Liquor. Resultaba bastante obvio que era un narcotraficante. Aunque tal vez me precipité sacando conclusiones racistas cuando vi el Rolls Royce.

Jackson no sonrió.

—Después de eso, me tropecé con él alguna que otra vez. Me cae bien.

—Felix Maxwell no se tropieza con nadie por casualidad a no ser que lo tenga planeado de antemano. ¿Qué estaba haciendo usted con él la tarde en que disparó a los tres sospechosos?

Asuntos Internos había formulado aquellas mismas preguntas. Más de una vez. Jackson debía de haber leído los informes.

Hanson reflexionó unos instantes.

—Acababa de comprar unas chuletas en Flint's Ribs y estaba volviendo a mi coche cuando se acercó a mí. Quería que trabajase para él. Le dije que no podía.

Luego fuimos al cementerio y estuvimos hablando de las falsas estrellas que veía desde hace algún tiempo.

Jackson se recostó en su sillón.

—Los estábamos observando —reveló—. Lo hemos comprobado todo. No se lo creía nadie. ¿Quién iba a creerse una historia como esa? —Calló unos instantes—. El Departamento va a concederle una medalla al valor.

Hanson volvió a mirar el cuadro. No era una puesta de sol. Había un incendio en las montañas.

—¿Se acuerda de cuando en la Academia estuve golpeándolo con aquellos guantes? En aquel momento lo advertí en sus ojos. Si hubiéramos peleado, habría tenido que matarlo. Le hablé de ello al teniente. Quiero tenerlo a usted en la Unidad.

Hanson no dijo nada. Había un fuego en las montañas. Los ciervos y los gamos estaban huyendo hacia el valle, en busca de un río.

—¿Y bien?

—Gracias, sargento Jackson. Agradezco poder trabajar con usted. ¿Puedo pensarlo durante unos días?

Jackson puso cara primero de sorpresa, luego de fastidio y finalmente respondió:

—¿Por qué no? Tómese otra semana libre, la ceremonia de entrega puede esperar. Hágamelo saber.

—Gracias —dijo Hanson, y Jackson hizo un gesto afirmativo con la cabeza con el que le daba permiso para salir.

Ya estaba abriendo la puerta cuando Jackson le dijo:

—No la cague. Los miembros del ayuntamiento no están contentos con esto. Los Musulmanes Negros son sus chicos de los recados. En lo que a mí respecta, opino que hizo usted bien en matar a esos macarras. Eso servirá para mantener a raya a los otros. Pero el jefe no soy yo.

Hanson giró la manilla de la puerta.

—Sé que no se lleva bien con Barnes y con Durham, pero testifique a su favor en ese caso. Para ellos es muy importante. Llame al fiscal del distrito y arréglole con él.

Hanson asintió con la cabeza, salió al pasillo y cerró la puerta.

No quería formar parte de la Unidad. No quería ser policía, pero lo era, y él no era de los que se rajan. Jamás había abandonado nada. Si uno abandona una primera vez, abandonará también la siguiente, y la otra, hasta que ya sea incapaz de cumplir con ninguna misión que le encomienden, ni siquiera con una fácil, y más le valdrá entonces apuntarse con una pistola a la cabeza y abandonarlo todo.

Le vino a la mente Lone Pine. Se podía llegar allí desde Oakland, atravesando

las montañas, pero había que partir antes de que la carretera se cerrase a causa del invierno. Había que tomar dirección este, pasar el puerto de Tioga, luego cruzar Yosemite, y continuar hasta Mammoth Mountain; luego seguir la carretera en dirección sur atravesando pueblos fantasma, manantiales de aguas termales y lagos sin fondo, hasta ver el monte Whitney.

Porsche rojo

Hanson está durmiendo.

Es tarde, pero todavía faltan unas horas para que aparezcan los camiones de la basura en las calles desiertas, rugiendo y traqueteando, conforme va llegando el nuevo día. Por el momento, mientras Hanson duerme, todo está en silencio y el aire está sereno. Un par de comadreja de pelaje plateado bajan por la ladera que hay detrás de su piso, en dirección a los contenedores de basura del Safeway.

Al otro lado de la ciudad, en la frontera del distrito 5, el viento sopla entre las callejuelas, los callejones sin salida y los solares vacíos que la Policía de Oakland ha eliminado de su mapa de zonas de patrullaje. Allí los letreros de las calles han desaparecido, se han borrado o señalan una dirección que no es. Allí las ancianas que según Weege eran brujas viven y mueren solas, en los bungalós californianos de Bleeker Court.

En medio del viento, un Porsche 911 de color rojo acaba de entrar marcha atrás en un cementerio de vagones de mercancías rotos, centenares de ellos, ya sin ruedas y sin ejes, amontonados de dos en dos. Es un coche con la suspensión modificada y ventanillas tintadas de negro, y casi queda oculto a la vista desde la carretera sin asfaltar por la que ha entrado. Se abre la portezuela del pasajero lo más cerca posible de uno de los vagones y del bajo deportivo se apea Felix Maxwell. Cierra la portezuela, oye el chasquido del bloqueo, se incorpora y da un golpecito en la ventanilla. Cuando ve que baja el cristal, levanta una pistola a la altura de su cintura y dispara tres veces al interior del coche, iluminándolo con los fogonazos. El parabrisas se tiñe de rosa durante un segundo y se oscurece otra vez.

Felix vuelve a guardarse la pistola en la cintura de su pantalón hecho a medida y se agacha para mirar dentro del Porsche. Se sube la manga de la camisa hasta el codo y, con cuidado, la introduce en el coche. Palpa algo, lo retuerce y tira de ello, y finalmente vuelve a sacar el brazo sujetando una estrella dorada entre el índice manchado de sangre y el pulgar.

Se cuela entre el Porsche y el costado del vagón y, cuando ya se dispone a salir a otra carretera pasando por entre las hileras de vagones, hace un alto, se mete en la hilera siguiente, da medio paso atrás y escucha —o lo intenta—,

porque deben de estar pitándole fuertemente los oídos tras los disparos y los fogonazos lo han dejado deslumbrado. Guiña los ojos para enfocar la vista. Algo está observándolo. ¿Qué será? Contra el costado de un vagón semihundido, tan cerca que Felix ha estado a punto de no verlo, hay un chaval con una bicicleta, totalmente inmóvil, igual que un animal que sabe que está en peligro. Por fin Felix logra distinguir sus facciones, lo reconoce, y levanta la pistola. Ni siquiera estando medio ciego podrá errar el tiro.

De improviso surge una sombra de la hierba, a sus pies, y huye a toda prisa. Felix le dispara sin pensar, dispara una segunda vez, intentando verla entre la vegetación crecida y la basura desperdigada. Dispara de nuevo, a la nada. El chaval y su bicicleta ya no están. Tres vagones más adelante, el conejo negro se pone a mordisquear unas hojas de hierba sin apartar de Felix su ojo negro y perlado.

Weegee en peligro

Era media tarde y Hanson acababa de terminar de correr alrededor del lago Merritt por segunda vez aquel día. Estaba recuperando la respiración, un poco mareado, caminando bajo la marquesina de tres pisos de neón del Grand Lake Theatre, en el que estaban echando la película *Tiburón 3-D*.

Había escapado de sus locuras, las había dejado en el lago Merritt, buscándolo igual que un padre adoptivo alcohólico. Se sentía un poco fuera de su cuerpo e intentaba recuperar su antiguo yo antes de que se percatase alguien que pasara por Grand Avenue. Sabía que en parte se debía a que había estado casi dos semanas fuera de las calles, de baja tras el tiroteo. Había estado pensando demasiado. La vida era más simple trabajando en la calle, en el momento, esperando lo peor pero al mismo tiempo estando relajado. Era más fácil recuperar tu antiguo yo trabajando en la calle con una pistola, y allí uno podía actuar de forma bastante extraña antes de que nadie se diera cuenta siquiera.

Pasó por delante de un quiosco de periódicos del *Tribune* y un titular lo hizo frenar en seco: TENIENTE DE LA POLICÍA ASESINADO EN OPERACIÓN DE VIGILANCIA DE UNA UNIDAD ESPECIAL.

Buscó en sus bolsillos un cuarto de dólar, pero tan solo encontró una navaja plegable de diez centímetros, de modo que se agachó en cuclillas, dobló una rodilla, con las piernas doloridas tras la carrera, y leyó lo que pudo a través del plástico retorcido que protegía la caja, hasta el pliegue central.

El teniente no debía de haber estado supervisando de manera apropiada y alerta si recibió un disparo a través de la ventanilla de su coche. Otra operación de una unidad especial que salía mal..., y esta vez se iba a enterar todo el mundo. Pero el periódico del día siguiente no iba a proporcionar más información, con independencia de lo que en realidad hubiera acabado con la vida del teniente: un encuentro, una compra, un canje, un chivatazo, una amenaza, una mirada agresiva o una palabra mal dicha. No se necesitaba nada más, pensó Hanson mientras iba cojeando por Grand Avenue en dirección al Safeway. El Departamento empezaría a echar puertas abajo, y también varios miembros de la comunidad de narcos armados de Oakland, se dijo, para robarse

unos a otros los alijos.

En eso apareció en Grand Avenue un coche patrulla de la Policía de Oakland que vino hacia él. El poli que iba al volante lo miró fijamente. Debía de ser algún compañero del turno de día al que él no había visto nunca. Desde que regresó de la guerra, los policías siempre se fijaban en él de inmediato. Le había llevado trabajo, pero ahora por lo general se convencía a sí mismo de que no debía establecer contacto visual con ellos. Sin embargo, por cómo se sentía hoy, y aunque sabía que era una estupidez, cruzó la mirada con aquel poli. El coche aminoró la velocidad, después continuó y atravesó el cruce de calles.

Y luego, siguió pensando Hanson, si los policías decidían liarse a hostias a causa de la muerte del teniente, tras la miniguerra por la droga y el aumento súbito de los tiroteos desde los coches, todo volvería a ser como antes, excepto por que ahora había unos cuantos maleantes negros muertos —que iban a terminar muriendo de todas formas— y quizá otro tetrapléjico adolescente condenado a pasar el resto de su inútil vida viendo la televisión desde un colchón mojado de orines de la zona este de Oakland. Pero, claro, ¿qué más daba? Aun cuando todavía pudiera usar los brazos y las piernas, su vida habría sido una mierda. Putos policías, pensó Hanson moviendo los hombros igual que un boxeador. Que se jodan, se dijo mientras cambiaba el dolor de una pierna a la otra al pasar por delante de la cafetería de la esquina de Grand con Elwood y se relajaba para acometer el último kilómetro de calles en curva y cuesta arriba que llevaban hasta su casa. Giró a la izquierda para tomar Elwood y se lanzó a una dura carrera para ventilar su rabia a lo largo de dos empinadas manzanas, para a continuación doblar a la derecha y enfilear Mira Vista, una calle más empinada todavía, hasta el tramo de escaleras construidas en la acera rota y pasar junto a los coches aparcados con las ruedas giradas y encajadas en el bordillo. Giró de nuevo a la izquierda para tomar Alta Vista gruñendo, retando a su corazón a que reventase y lo matase. Venga, hazlo, cabrón, hazlo. Pero al llegar a Jean Street se detuvo, jadeante y sudando tequila, y se burló de su débil y cobarde corazón. En eso, oyó el tableteo de la bicicleta de Weegee, que subía por la cuesta, detrás de él.

—Weegee —saludó al tiempo que se incorporaba y daba media vuelta—. Me alegro... de... verte..., amigo.

Weegee venía a pie, empujando la bicicleta, apoyándose en ella, agotado y tambaleante, pero consiguió esbozar una sonrisa auténtica.

—Hola, agente Hanson. ¿Cómo es que hoy no estás trabajando?

—Estoy disfrutando de unas vacaciones pagadas.

—¿Por haber disparado a aquellos tíos?

—Sí, señor. Pero en realidad no son vacaciones. Están intentando decidir qué

hacer conmigo.

—¿De verdad disparaste tú solo a aquellos tres Musulmanes Negros para proteger a Felix?

—No fue por Felix. También pretendían dispararme a mí.

—Me han dicho que a lo mejor tú estabas trabajando para Felix.

—Nada de eso —contestó Hanson, y Weegee puso cara de alivio.

—Está claro que eres distinto de los demás polis —dijo—, pero no me imaginaba que fueras tan peligroso. Eran tres contra uno.

—No soy tan peligroso, simplemente practiqué mucho cuando aprendí a disparar. Cualquier cosa, si se practica lo suficiente, termina dominándose. Sea lo que sea. Montar en bicicleta, reconocer a las aves o disparar a la gente. Y esos pobres desgraciados estaban asustados y ni siquiera sabían utilizar las pistolas.

—¿Tú no estabas asustado?

—No exactamente. Es complicado. Ni siquiera yo mismo lo entiendo bien. Venga, vamos a entrar —finalizó Hanson. Cruzó el jardín de su piso y desató la llave del cordón del zapato—. Trae la bici. ¿Qué has estado haciendo?

—Nada, montar por ahí.

—Bueno, entra —le dijo Hanson. Le cogió la bicicleta, subió con ella los escalones de la entrada y abrió la puerta de la casa—. ¿Estás bien?

—Estoy bien —respondió Weegee—, no me va mal.

Pero no le iba nada bien, y no era solo que estuviera cansado, también estaba asustado. Hanson sabía reconocer una expresión de miedo, y en Weegee no la había visto nunca. Bajó la mano y se la posó en el hombro.

—Tienes pinta de que no te vendría mal beber un poco de agua. ¿Te apetece un vaso, colega?

—¿Con hielo?

—Marchando —dijo Hanson al tiempo que se llevaba la bicicleta a la cocina—. No tengo Coca-Cola ni refrescos ni nada, pero hielo sí, como para parar un tren, todo el hielo que quieras. —Empezó a reírse de sí mismo—. Cierra la puerta de la calle y enseguida nos echamos ese hielo por encima. —Echó agua en un vaso, metió unos cubitos y se lo llevó al cuarto de estar—. Siéntate —le invitó señalando el sofá—. Aquí tienes. Enseguida vuelvo —prometió, y un instante después regresó con una almohada encima de una manta doblada, puso ambas cosas en el sofá y añadió—: Por si acaso.

—¿Tienes que trabajar hoy?

—No, señor, sigo estando de vacaciones.

—Eso esperaba yo, porque, ¿sabes qué?, esta noche casi no he podido dormir.

—Se lo he notado enseguida, soldado. Entrenamiento policial. Por eso he ido a buscar este equipamiento especial para la siesta, el cual considero que debería

utilizar usted, junto con ese sofá de ahí, llegado el momento oportuno, para dormir un rato.

Weegee sonrió.

—A veces tienes una forma de hablar muy graciosa —dijo, y Hanson, con un escozor en los ojos, tuvo que levantar la vista hacia el techo durante unos segundos. A lo mejor, después de todo, lo que acabaría con él sería su corazón, su propio corazón.

—¿Estás bien? —le preguntó de nuevo.

—Sí, señor. Solo un poco cansado.

—Pues ponte cómodo —repuso—. Si necesitas algo, estaré ahí fuera, en el porche, leyendo. A tu servicio. No tienes más que darme una voz, ¿vale?

Weegee se quitó las zapatillas deportivas, colocó la almohada y se echó la manta por encima.

—¿Ahí atrás, en ese porche? —preguntó incorporándose a medias y señalando la parte posterior de la vivienda.

—En efecto, ahí es donde voy a estar, el único porche que me alquilaron cuando me vine a vivir a Oakland.

—¿Vas a ir a alguna parte?

—No, señor.

Hanson se sentó en el porche y se puso a contemplar cómo iba anocheciendo. Los pájaros se habían marchado hasta el día siguiente y el comedero estaba casi vacío. Se preguntó por qué estaría Weegee tan cansado. Debería haberlo presionado un poco más para que se lo dijera. No, se corrigió, no debería. Ya se lo diría luego. Aunque estaba preocupado por él, le daba alegría tenerlo en su casa. A lo mejor debería llamar a Libya para decirle que Weegee estaba con él. La casa estaba siempre vacía y triste. Quizá estuviera encantada. Alguien había vivido en ella cuando era nueva y bonita, antes de que la hubieran dividido en apartamentos, despreciado, arruinado y, por alguna razón, abandonado y convertido en una casa fantasma.

Hanson cogió un libro que había comprado el día anterior en Walden Pond Books y se puso a ojearlo por encima. Era un libro nuevo que trataba de la incursión que habían realizado las fuerzas especiales en 1970 en el campamento para prisioneros de Son Tay, e incluía una gran cantidad de material recientemente desclasificado. Sesenta efectivos de las fuerzas especiales a bordo de seis helicópteros cruzaron la frontera y continuaron adentrándose en Vietnam del Norte para atacar el campamento de prisioneros y rescatar a cincuenta soldados estadounidenses. Hallaron el campamento vacío, los soldados habían sido trasladados el mes anterior, no quedaba nadie a quien rescatar.

Si él hubiera regresado de Vietnam unos meses más tarde, probablemente

habría estado a bordo de uno de aquellos helicópteros. Examinó las fotos que había en mitad del libro por si viera alguna cara conocida; eran tipos como él, con el rostro ennegrecido, ya agotados y aguardando la muerte. Se preguntó qué tal les estaría yendo en la actualidad, de vuelta en el mundo. Se detuvo en una foto: cinco hombres que miraban a la cámara desde el interior de un helicóptero. Le pareció reconocer a uno de ellos. Acercó a la luz la página satinada en la que aparecía la granulada fotografía en blanco y negro.

De repente sonó el teléfono.

Lo miró con el ceño fruncido, como si pudiera silenciarlo con la mirada, pero simplemente volvió a sonar como siempre. Lo cogió y dijo: «Diga».

—*Felix va a matar al crío ese, el tal Weegee. Tiene que hacerlo él mismo, porque nadie más querrá encargarse.*

Acto seguido, la voz se perdió en medio de un ruido electrónico y por último se interrumpió la comunicación y el teléfono dio el tono de llamada.

Gracias, Tyree, pensó Hanson.

Dejó el libro, cogió su Hi-Power y fue a cerciorarse de que la puerta de la calle estaba cerrada con llave. Y las ventanas. Y la puerta del sótano. Después fue al cuarto de estar, donde estaba durmiendo Weegee en el sofá, se sentó frente a él, se puso la pistola debajo de una pierna y contempló cómo dormía. Weegee necesitaba que lo rescatasen, no solo de Felix, sino de todo. Weegee se merecía que lo salvaran. Se merecía todo. Por él merecía la pena vivir.

El teléfono sonó de nuevo. Hanson lo cogió y dijo: «Diga».

Era Libya.

—*Felix Maxwell está buscando a Weegee. Ha venido aquí. Tiene ojos de loco y está buscando a Weegee. Cuando se marchó, Tyree llamó...*

—Ya he hablado con Tyree —atajó Hanson—. Weegee está a salvo. Está conmigo. Estamos todos a salvo.

—*Mientras Felix siga vivo, no.*

Que la Policía de Oakland se quedase con su medalla al valor y sus unidades especiales. Si en efecto nadie podía matarlo, ¿por qué no usar su vida para ayudar a alguien, en vez de llevarla a rastras consigo oyéndola quejarse de las injusticias del mundo? Y si en efecto podían matarlo, ¿por qué no canjear la vida que ya había descartado por algo por lo que merecía la pena morir?

—He visto una cosa que no debería haber visto —dijo Weegee cuando Hanson lo despertó—. Pero no puedo contársela a nadie.

—¿Y ellos saben que la has visto?

Weegee hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—No te preocupes. No va a ocurrirte nada malo. Dentro de poco vendrá Libya.

En el otro extremo de la ciudad, los faros de un reluciente Rolls Royce que está de cacería van y vienen por las calles del distrito 5.

No hizo falta que le enseñara a Libya cómo manejar la escopeta.

Se acabó

Con una pequeñísima Beretta del calibre 22 metida en el bolsillo del vaquero y su ejemplar de *Encuentro con el firmamento: Guía de observación estelar* en la mano izquierda, Hanson pulsó el timbre para que le abrieran las verjas del complejo. Le abrió Tyree.

—¿Está aquí Felix? —le preguntó Hanson sosteniendo el libro en alto. En la portada los planetas orbitaban alrededor del sol, sus trayectorias aparecían dibujadas en un cielo de color azul oscuro—. Son las estrellas, Tyree —dijo—. A lo mejor está todo escrito en las estrellas, simple y claro, solo que no somos capaces de interpretarlo.

Tyree lo miró a los ojos, luego asintió y señaló un pasillo que conducía al búnker.

—Está hablando con Levon —respondió—, él le abrirá.

Observó cómo Hanson se volvía y echaba a andar por el pasillo. En el cuarto de al lado se oía el buscador de frecuencias sintonizado con la policía, pero el tráfico de la centralita era escaso.

Al llegar al final del pasillo, Hanson llamó con los nudillos en la puerta revestida de acero.

—Hola, Felix —dijo, hablando por el telefonillo que había a un lado.

Felix abrió la puerta y Hanson le disparó tres veces. El ruido que hizo la pistola pareció el de unos petardos pequeños. El cañón casi le tocaba la cara. En el puente de la nariz le aparecieron tres puntos negros, y la frente se salpicó de quemaduras provocadas por la pólvora. Felix cayó muerto y Hanson lo esquivó, penetró en el búnker y cerró la puerta. Levon, que estaba sentado en su sillón reclinable con un libro sobre el regazo que trataba de Costa Rica, levantó la vista hacia él, esperando que le disparase. *Elija Costa Rica para su jubilación. Jubilación, viajes y oportunidades de negocio para un nuevo comienzo.*

Hanson puso el seguro a la pistola y se sentó en el sofá de cuero. Dejó el libro de astronomía en el suelo. El olor picante de la pólvora flotaba en el aire entre ellos como si fuera humo de tabaco.

—Lo siento, Levon.

Levon cerró el libro y lo depositó en la mesa de la lámpara. Fuera, en el

pasillo, alguien aporreaba la puerta y el telefonillo sonaba incesantemente.

—Si la Policía de Oakland no ha averiguado ya que ha sido Felix, lo sabrá dentro de uno o dos días. No es posible irse de rositas después de haber asesinado a un teniente, por muy corrupto que fuera. Felix habría muerto de una forma o de otra —aseguró Hanson—. Pero lamento haberlo hecho yo.

—Voy a decirles que nos dejen en paz un rato —anunció Levon pidiendo permiso con los ojos para levantarse. Hanson asintió y Levon se levantó, fue hasta la puerta y habló por el telefonillo—. Enseguida salimos. Por favor, dejad de golpear la puerta, estamos intentando hablar. —Entonces le preguntó a Hanson—: ¿Qué es lo que quiere?

—Se acabó —respondió Hanson mirando el cadáver de Felix. Su rostro estaba surcado por varios regueros de sangre en forma de telaraña que iban formando un charco en el suelo y le empapaban el paño de la chaqueta.

—Pero ¿qué va a pasar ahora?

—Esto es todo lo que tenía planeado —dijo mirando la pequeña pistola que tenía en la mano. Solo quedaban cuatro balas en la recámara—. No quiero disparar a nadie más, de verdad que no, pero mataré a tantas personas como pueda antes de que ustedes me maten a mí. La policía tardará un par de días en reclutar un equipo táctico o una brigada de operaciones especiales que venga aquí y le prenda fuego a todo esto.

—¿Qué es lo que le gustaría hacer ahora?

—Salir por esa puerta y marcharme para siempre de esta ciudad. Pero no hay razón para que me vaya de aquí a no ser que sepa que usted no va a venir a buscarnos. La policía podría, pero lo dudo. Cualquier cosa que yo diga solo servirá para complicarles más las cosas. Así que quisiera que usted me prometiera que, una vez que me haya marchado, no va a venir a buscarme ni va a enviar a nadie detrás de mí, y tampoco detrás de Weegee ni de su hermana. De lo contrario, adiós. Puedo matarlo perfectamente, abrir esa puerta y acabar con esto.

—No es necesario que mate a nadie más. —Fue a arrodillarse junto al cadáver—. Felix —dijo, como si alguna parte de Felix aún estuviera viva para oírlo—, lo siento mucho, hijo, pero ya sabías que se estaba acabando el tiempo. Has sido inteligente y valiente, y has luchado por lo que eras todo el tiempo que has podido. Ahora duerme, yo me encargo de todo. —Introdujo una mano bajo la camisa de Felix, liberó el relojito de arena de su delicada cadena de oro y se incorporó. Le dio la vuelta y durante un momento observó cómo iba cayendo el polvo de diamantes, agitándose y siseando, hacia la parte inferior. Luego se lo guardó en el bolsillo, fue hasta la puerta y apretó el botón del telefonillo—. Tyree —llamó—, el agente Hanson y yo vamos a salir. Todo está en orden. Él va

a marcharse, y después tenemos que hablar. Le he prometido que podía irse, de modo que cuando salgamos no quiero ver ningún arma.

Quitó el cerrojo de la puerta y ambos salieron al pasillo.

—Tyree —dijo—, ten la amabilidad de acompañar al agente Hanson hasta la salida. Después vuelve aquí, por favor. Creo que no tenemos mucho tiempo para hacer planes.

Tyree lo condujo hasta la puerta, la abrió para que pasara y fue con él a pie hasta la salida del complejo.

—Tyree —le dijo Hanson—, gracias por haberme llamado. Lo siento...

—Tenía que ocurrir —atajó Tyree—. Y mejor que haya sido usted en lugar de otra persona. Para Felix ha sido mejor esto que si hubiera ido a la cárcel y lo hubieran asesinado en el patio.

Ya fuera del complejo, ambos se estrecharon la mano.

—Buena suerte, Tyree. Y también para Levon.

Tyree asintió.

—Se lo diré.

Domingo por la mañana. Para Hanson era temprano... o tarde. Iba a hacer un día estupendo, se dijo mientras arrancaba el Travelall y se apartaba traqueteando de la acera, salía de La Villa y enfilaba la calle Este 14. Miró por el espejo retrovisor y vio que podía dar media vuelta en mitad de la calle —si lo hiciera inmediatamente—, regresar a su pasado y detenerse allí donde le apeteciera empezar su vida de nuevo. Pero no sabía qué otra cosa distinta podía hacer, no había tomado nota de lo que había hecho mal la primera vez, así que continuó hacia el este de Oakland, hacia aquellas calles ya tan conocidas que se entrecruzaban unas con otras, hacia un futuro que seguía inventándose a sí mismo.

Lone Pine

Es medianoche en Lone Pine. La nieve forma remolinos en los haces de luz de los faros que suben por una carretera virgen que discurre bajo el monte Whitney, serpentean entre los árboles y penetran en un camino de entrada para coches casi escondida, donde finalmente se apagan. Ayudante del *sheriff* del condado de Inyo. Hanson se apea del coche patrulla y pisa la nieve, que le llega hasta los tobillos. Cierra la portezuela sin hacer ruido, con un leve chasquido. Está guapo con su uniforme caqui, tiene pinta de estar comiendo mejor y durmiendo más, tiene las mejillas sonrosadas a causa del frío.

El resplandor de una vela que arde dentro de la casa, que por lo demás está a oscuras, ilumina de forma parpadeante su figura cuando va caminando por la nieve hasta un establo situado detrás de la vivienda. Al llegar allí, abre la gruesa puerta de madera dibujando un profundo arco en la nieve. En el interior del establo podría ser septiembre, es como si el heno y la alfalfa dulce se hubieran segado y embalado esa misma tarde, porque todavía conservan la tibieza del sol otoñal y el aroma del trébol morado. La puerta del pajar está cerrada con un pestillo para protegerlo de la intemperie, las ventanas están opacadas por el paso del tiempo; en cambio, el establo resplandece de luz.

Champán relincha al verlo, y el potrillo de pelaje gris perla que nació a finales del verano se pone en pie. Hanson le da a la yegua una manzana que se saca del bolsillo del chaquetón y a continuación se agacha para darle un terrón de azúcar al potrillo.

—Volveré cuando haya salido el sol.

De pronto siente una breve pero intensa conmoción a su espalda, se vuelve y ve al conejo del templo, que ha emergido de una bala de heno rota y se le acerca mirándolo fijamente sin miedo alguno. Hanson sonrío.

—Estaba claro.

Le da la zanahoria que ha traído, luego se vuelve y se rasca la frente como si estuviera intentando recordar. Le envuelve el calor del establo: *Champán* y su potrillo, el conejo del templo, los ratones del pajar, la familia de mofetas que está hibernando debajo del suelo, las arañas en sus telas de araña, las palomas blancas que emiten arrullos desde las vigas del techo... Todos se encuentran a

salvo. Él los mantiene sanos y salvos, se dice a la vez que echa una última mirada y después cierra la puerta. La nevada ha cobrado intensidad y el granero resplandece con una luz suave que no viene de ninguna parte.

Cuando abre la portezuela del coche patrulla se enciende la luz interior y ve un objeto envuelto en papel de estraza; lo saca y vuelve a cerrar la portezuela con el codo. Retira el papel y observa el ramo de tulipanes amarillos que ha comprado para Libya. Es primavera, piensa. Estamos otra vez en abril.

La nieve ha cubierto el techo y el maletero del coche, y también los tapacubos. Permanece un momento ahí de pie, sintiendo la nieve en el pelo y en los labios, sosteniendo las flores en el hueco del brazo, contemplando la vela que brilla en la ventana, y vemos que no lleva pistola. Está desarmado. Al entrar en la casa llevando las flores, ve la tabla de Weegee apoyada contra la pared, al lado de la puerta trasera, y a su espalda la nieve termina de cubrir el coche patrulla.

Oímos a Libya en el dormitorio, en cuya ventana parpadea la vela.

—Vaya, ayudante Hanson. Es usted toda una sorpresa.

—Así es, pero usted más.

—Vamos a la cama —dice ella.

—Mira —replica Hanson.

—Son preciosas —contesta Libya.

Un minuto después, la vela se apaga.

Hanson está durmiendo con un brazo apoyado sobre la curva perfecta de la espalda de Libya, mientras la nieve se acumula contra la casa, cada vez más alta y más profunda, hasta que acaba por hacerla desaparecer.

Agradecimientos

A mi maravillosa madre, Jane Anderson.

A Judith Root, a la que amaré siempre.

A Jerry Schofield, el «catedrático».

A Emily Giglierano, mi editora de Mulholland Books, que me hizo la pregunta del millón

A mi agente, Lukas Ortiz. *Hakuna matata.*

A Karen Landry, gracias por todo el trabajo extra.

A Dianna Stirpe, la correctora que mejoró mi libro.

A Ken Khatain y Pat Neeser, que me mantuvieron vivo y fuera de la cárcel.

A Dennis McMillan, viejo amigo y editor.

A Chas Hansen, desde el lluvioso Longview.

A James Patterson, por su bondad y su generosidad.

A Eric Vieljeux, editor de *Pas de saison pour l'enfer*.

Al teniente James Alexander, el «bombardero».

A Kevin y Tina Frostad, que me apoyaron desde el principio.

A Andy Tillman, desde Oregón.

A Thierry Pitel, fiel amigo de París.

A Meridee Mandio, por sus inestimables consejos.

A Johnny Jozwiak.

A Corey Perry.

A Chase Hamilton.

Al *Mayordomo* Dennis Santistevan y su esposa Mariquita.

Al sargento mayor Forrest K. Foreman.

A Gustav Hasford.

A Jim Crumley.

Título original: *Green Sun*

Esta edición ha sido publicada por acuerdo con Little, Brown and Company, New York, New York.
Todos los derechos reservados.

Edición en formato digital: 2018

© Kent Anderson, 2015
© de la traducción: Cristina Martín Sanz, 2018
© AdN Alianza de Novelas
(Alianza Editorial, S. A.) Madrid, 2018
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid

ISBN ebook: 978-84-9181-098-8

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: REGA

www.AdNovelas.com